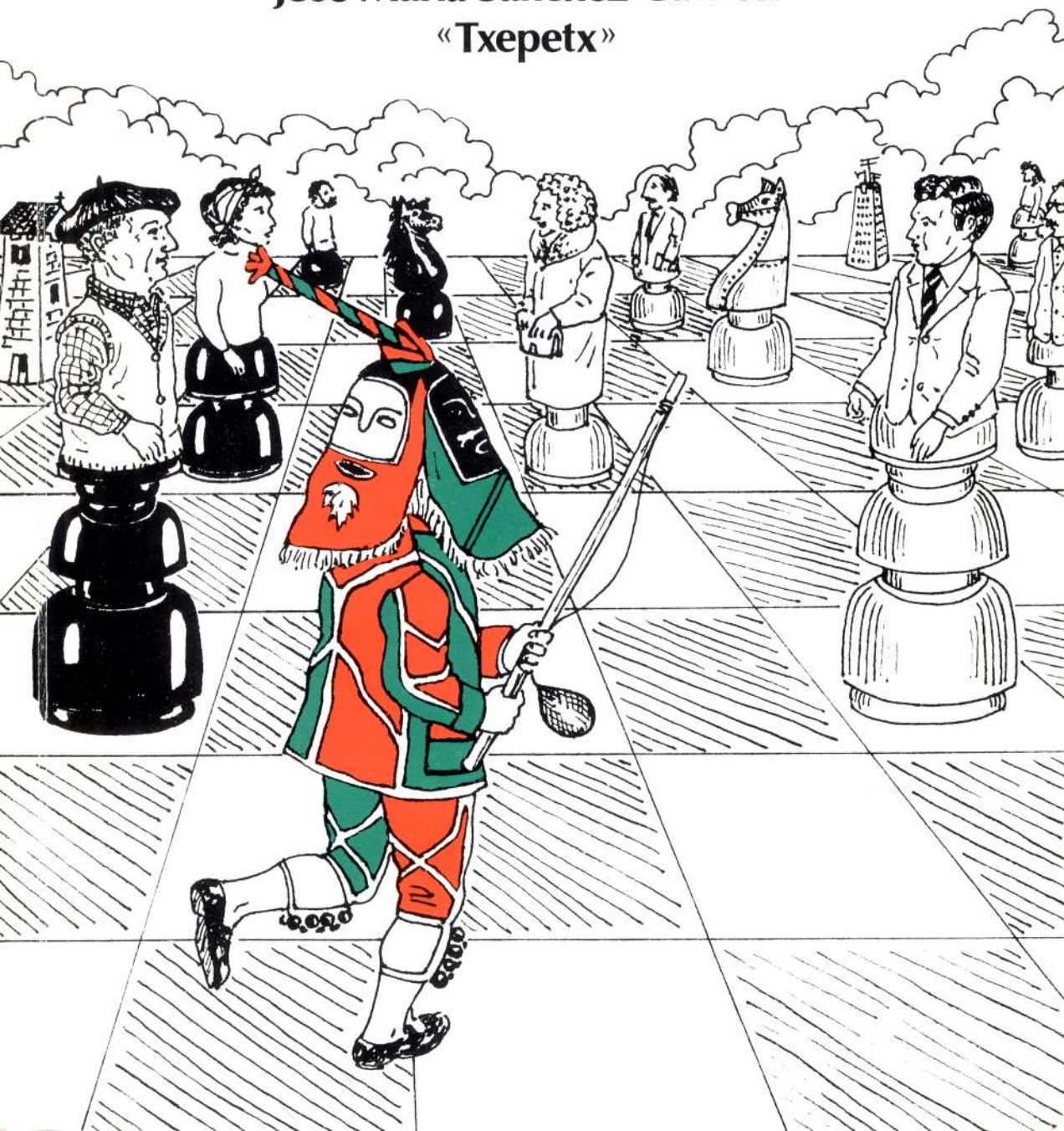


# EL ESPACIO BILINGÜE

José María Sánchez Carrión

«Txepetx»



Durante más de una década J. Ma Sánchez Carrión ("Txepetx"), levantino de origen, y euskaldunberri desde la adolescencia, se ha dedicado entre nosotros al estudio de la compleja problemática del bilingüismo desde tres vertientes complementarias: el estudio de lenguas, la investigación y la docencia. En la actualidad catedrático de lengua y literatura en el bachillerato, está licenciado en filología moderna (anglogermanística) por la Universidad de Salamanca, y ha ejercido sucesivamente como profesor de español en Escocia (Sacred Heart High School, Paysley), profesor encargado de inglés científico en la Universidad de Granada; *maixu* euskaldun en una pequeña escuela rural de la Montaña navarra, y profesor de lenguas modernas y de literatura en la segunda enseñanza. Sus trabajos sobre sociolingüística y teoría del bilingüismo, elaborados siempre sobre el telón de fondo de la realidad lingüística navarra, arrancan de una obra importante, pionera en muchos sentidos: "El estado actual del vascuence en Navarra. Factores de regresión. Relaciones de bilingüismo (1970)". E incluyen, entre otros, los siguientes estudios y ensayos: "Bilingüismo, diglosia, contacto de lenguas" (Anuario J. de Urquijo, S. Sebastián 1974) "Lengua y Pueblo" (Elkar, San Sebastián, 1980) "El marco sociológico y espacial en una situación bilingüe" (I.C.E. Lejona, 1980) etc.







# EL ESPACIO BILINGÜE



José María Sánchez Carrión  
«Txepetx»

# EL ESPACIO BILINGÜE

(Aspectos etnolingüísticos del bilingüismo  
y teoría lingüística de los espacios)



**EUSKO IKASKUNTZA**

©

Edita: José María Sánchez Carrión “Txepetx”

EUSKO IKASKUNTZA

Impreso en Industrias Gráficas Castuera. San Blas, 4 - Burlada (Navarra)

I.S.B.N.: 84 - 300 - 5151 - 1

Depósito legal: NA - 900 - 81

# INDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCION .....	11
<b>PARTE PRIMERA</b>	
(Nuevas perspectivas teóricas sobre algunos problemas básicos del bilingüismo vasco).	
1.1. Bilingüismo y espacio simbólico .....	27
1.2. Bilingüismo e hibridación .....	41
<b>PARTE SEGUNDA</b>	
(Elementos para una teoría de los espacios lingüísticos).	
2.1. Los espacios categoriales y el bilingüismo .....	63
2.2. El espacio dicotómico .....	81
2.3. Escalonamiento espacial .....	95
Apéndice: 2.3.2. Los espacios implícitos de «la vida» y la «muerte» .....	103
2.3.3. Relación metafórica y relación metonímica .....	108
2.4. Inclusión/Exclusión: la configuración de un circuito .....	113
2.5. Modificación de espacios, alteración de funciones .....	137
2.6. El espacio bilingüe .....	153
Apéndice: 2.6.2. La configuración categorial del lenguaje .....	163
2.6.3. Fases del retroceso espacial del euskara en una comunidad euskaldun .....	165
Síntesis Bibliográfica .....	171

Eoghan,  
Maitasunak utsune guziak  
betetzen ditunagan  
mundu horretaraino  
                    igan.



## Agradecimiento

*En el momento de dar estos materiales a la luz quiero dejar constancia expresa de la deuda que tienen contraída con nuestro amigo José Angel Irigaray, por su lectura inteligente y atenta, sus valiosas sugerencias, y el interés sincero con el que ha gestionado su publicación. Asimismo debo patentar mi gratitud a nuestro amigo el dtor. Rene Rangel, que leyó el borrador del trabajo enriqueciéndolo con sus observaciones. A mi esposa Bárbara, en todo momento colaboradora animosa. Y en fin a la Sociedad de Estudios Vascos, y de modo muy particular a nuestro amigo D. Angel Irigaray; y a quien fue digno Secretario de la Sociedad don Agustín Zumalabe quien en los momentos difíciles de su última enfermedad acogió con cariño la obra e impulsó con entusiasmo su pronta publicación.*

*Por lo que respecta a la segunda parte de este libro («El bilingüismo y la teoría de los espacios lingüísticos») que fue leída como tesis de licenciatura en Filología Moderna por la Universidad de Salamanca, siéndole dispensada la calificación de sobresaliente, es de rigor expresar nuestro más profundo reconocimiento a quienes en tan benévolo tribunal nos dignaron con su presencia y asesoramiento. En primer lugar, a nuestro amigo personal el dtor. D. Javier Coy, que aceptó su dirección y nos prestó todo tipo de ayuda para la culminación del trabajo. A los doctores D. Javier de Hoz y D.<sup>a</sup> Gudelia Rodríguez. Y a quienes a mas de jueces benignos en dicho acto académico han sido sobre todo, a lo largo de los años, nuestros primeros maestros universitarios por la tierra sin límites de la Lingüística los doctores D. Luis Michelena y D. Antonio Llorente Maldonado. A todos ellos el testimonio de nuestra mayor gratitud por habernos prestado desde campos distintos pero convergentes una ayuda tan excepcional como inestimable.*

«Nunca es tan difícil de destruir el error  
como cuando tiene sus raíces en el lenguaje»  
(Bentham)

# INTRODUCCION

## I

Como escribía no hace aún mucho tiempo Dell Hymes el lugar del habla en la vida humana apenas ha comenzado a comprenderse del modo en el que los antropólogos buscan comprender la significación y el lugar de otros aspectos de la vida: «Si con respecto a la religión, al parentesco, a los modos de producción, y a otros muchos temas por el estilo uno puede, por lo menos, argumentar a la luz de los numerosos informes etnográficos, con respecto al habla estos informes están aún por empezar a efectuarse»<sup>1</sup>.

## II

En los diez años que median desde esta observación del prestigioso antropólogo y lingüista americano la situación, a lo que sabemos, no parece haber cambiado sustancialmente. Y las razones, o si se prefiere, las responsabilidades de ello no se pueden desligar de lo que, a lo largo de las últimas décadas, han sido los caminos hollados por las propias ciencias lingüística y antropológica.

Así, mientras la lingüística de este siglo <sup>2</sup>, obsesionada por resolver los múltiples y apasionantes problemas que ofrece la investigación de los sonidos y de los elementos formales (morfológicos y sintácticos) del lenguaje, se ha desentendido, por considerarlo ajeno e incluso impropio del alto grado de abstracción y «matematización» perseguidos por esta disciplina, del estudio necesariamente más artesanal y más difícilmente formalizable de la vida de las lenguas como «medios vivos de comunicación e interacción recíproca» para una comunidad determinada, en un tiempo determinado, la antropología, a su vez, había considerado durante muchos años el estudio de estos temas (que exigían un profundo conocimiento no siempre fácil ni rápidamente accesible de las lenguas en cuestión) como competencia de la lingüística, ciencia a la que se llegaba a ver como una disciplina técnicamente muy especializada y temáticamente bastante aburrida. De este modo, no es que se evitaran descripciones sistemáticas de los hechos sociolingüísticos, es que, en muchos casos, los antropólogos se olvidaban incluso de la lengua de las sociedades que describían: y no es difícil, por ejemplo, toparse con estudios antropológicos que describen las actividades económicas o culturales de un pueblo con omisión del estudio del vocabulario empleado por éste para nombrarlas.



Lámina 1: «Las comunidades varían grandemente entre sí en el mero volumen de conversación, en el lugar asignado al habla en relación con el tacto o la vista, en la confianza o desconfianza hacia la palabra, en la proporción y clases de roles dependientes de habilidades verbales» (Dell Hymes).

En EE. UU. sin embargo, durante mucho tiempo lingüística y antropología se amamantan de las mismas ubres, y aun cuando aquélla se va desentendiendo progresivamente de los problemas antropológicos, la «antropología cultural» americana, como ha señalado E. Ardener <sup>3</sup>, siempre ha concedido al estudio del lenguaje un lugar primordial. De hecho fue gracias a la difusión de los trabajos de F. Boas y de sus continuadores más relevantes de la escuela norteamericana (especialmente Sapir y Lee Whorf, aun cuando no se pueden olvidar otras contribuciones <sup>4</sup>) y a la llamada escuela de Londres de Malinowsky <sup>5</sup> y Firth <sup>6</sup> que la antropología europea comienza a comprender la importancia del lenguaje y su interacción en el conjunto de la vida cultural de los pueblos. A partir de ellos los trabajos que conectan ambas disciplinas son abundantes. Pero en uno y otro caso la atención y los intereses se centran sobre todo en establecer las conexiones entre una (única) lengua y una (única) cultura, o aún entre la lengua (como sistema de conceptos) y el «universo cultural propio» que dicha lengua imprime en la colectividad que la usa <sup>7</sup>. Cuando con Levy-Strauss la antropología europea descubre el estructuralismo lingüístico <sup>8</sup>, la lengua es utilizada, además, para el análisis estructural de los textos, y la lingüística como la disciplina científica por excelencia a la que conviene imitar en antropología para buscar el sentido de los conjuntos, la semiología de la vida social. Pero el uso cotidiano del lenguaje (al margen del sistema de la lengua) sigue, salvo casos aislados <sup>9</sup> escapando a la observación y a la descripción. Se llega, sí, a una visión lingüística <sup>10</sup> de la antropología. Pero se descuida la interpretación antropológica de los usos lingüísticos sociales de los diferentes grupos que componen una misma comunidad lingüística. Algunas aportaciones de Malinowsky, de E. Leach <sup>11</sup> y de los antropólogos de la escuela francesa <sup>12</sup> parecen apuntar en este sentido, pero son más bien dispersas y no tienen continuidad <sup>13</sup>.

### III

Este estado de cosas va a comenzar a cambiar a lo largo de la década de los 60. Es entonces cuando los trabajos que relacionan la lingüística con las ciencias sociales comienzan a aparecer etiquetados bajo el nombre de «sociolingüística». El impulso fundamental a la sociolingüística procede, una vez más, del área norteamericana y canadiense (Bright, Weinreich, Gumperz, Ferguson, W. Labov, Fishman, Mackey, Dell Hymes, E. Haugen <sup>14</sup>, Le Page, etc., etc.) <sup>15</sup>. Pero no es posible olvidar contribuciones británicas (Ardener, Crystal, Pride <sup>16</sup>... pero sobre todo B. Bernstein <sup>17</sup>), ni desde luego, francesas <sup>18</sup>.

La sociolingüística aporta novedades muy notables al panorama lingüístico. No es la menor de ellas la importancia que le concede al estudio del bilingüismo. Este que, en efecto, había sido sistemáticamente relegado por la lingüística <sup>19</sup> (y desde luego la antropología) estructural, había recibido tradicionalmente bastante atención desde la psicología, la biología y la pedagogía del lenguaje, pero siempre al servicio de las teorías del aprendizaje, de los problemas de los trastornos del habla, y de la aplicación práctica a la enseñanza de idiomas. Ahora comienza a recibir (en cantidad y calidad crecientes) una gran atención por parte de especialistas de muy sólida formación lingüística. La importancia que los estudios de bilingüismo van a

tener para la sociolingüística no es casual. En realidad la sociolingüística se desarrolla como disciplina autónoma para atender a una serie de demandas urgentes y concretas: los problemas de normalización lingüística de las naciones en vía de desarrollo y de los nuevos nacionalismos lingüísticos <sup>20</sup>; los problemas de educación e interacción social en las naciones desarrolladas tecnológicamente <sup>21</sup>, y en ciertos sectores, la necesidad de comprender en el lenguaje las relaciones de alienación y dominio que la sociología marxista les había puesto de manifiesto en la economía y la vida social <sup>22</sup>. En todos y cada uno de estos problemas el bilingüismo ocupa un lugar central. De hecho el esquema propuesto por J. Fishman <sup>23</sup> para sistematizar el análisis del comportamiento lingüístico del sujeto bilingüe podría definir bastante bien los objetivos de esta sociolingüística en cuanto tal: ésta se propone establecer la relación entre la (s) lengua (s) y el usuario en torno a las conocidas interrogantes básicas de quién, a quién, cómo, para qué, cuándo, dónde (y hasta ¿por qué?) el hablante usa un código determinado (y precisamente ese) en oposición a otros códigos patentes y posibles.

#### IV

La sociolingüística ha enriquecido (y lo que es lo mismo: ha complicado) notablemente el panorama lingüístico actual con sus aportaciones. Tal vez no sea la menor de ellas la de que, al nivel más pedestre, ha hecho comprender al profano que, en lingüística, además del espécimen que se dedica al estudio de la estructura fónica, gramatical o semántica de la lengua, puede crecer otro tipo de estudio y otro tipo de estudio interesado principalmente por analizar la relación existente entre los hablantes y el uso, desuso y abuso que estos son susceptibles de hacer de los diferentes códigos o sistemas lingüísticos que conocen. Y si no se puede pretender que este árbol florezca en vistosos frutos de etimologías, paradigmas o morfemas, sí puede, en cambio, obsequiar con aclaraciones muy jugosas sobre cómo, por ejemplo, el uso de un cierto código en un contexto determinado está indicando una situación distante entre los interlocutores, una temática literaria, o al menos alejada de lo coloquial, y aún, un status social dado. Como esta frase es convertible a pasiva, quizás también pueda llegar a convencer algún día de rebote, de que resulta igualmente impropio exigir al profesional limitado por los objetivos de sus investigaciones al estudio exclusivo de los «órganos internos» del idioma, que entre en disquisiciones gratuitas sobre temas tales como el futuro de dicha lengua, la importancia o el descrédito que le conceden sus hablantes, los sentimientos que éstos asocian a ella, los problemas que su uso les crea. En el mejor de los casos (es decir, en el caso en que con los medios que nos son accesibles estos temas *puedan* ser contestados) son frutos de otro peral. Ser especialista en mecánica del automóvil no autoriza a dar clases de conducir. El conducir contiene otros elementos (como el código de la circulación). Y además unas nociones muy simples de mecánica aplicada: es decir, de la relación directa entre el conductor y el coche a través del acto de la conducción.



## V

Pero a pesar de la valiosa y voluminosa contribución de la sociolingüística al estudio del bilingüismo, el estudioso que accede a través de ella al conocimiento de éste se siente abrumado desde el primer momento, por la impresión de su caotismo. Las razones que provocan esta impresión son múltiples: el bilingüismo es objeto de numerosos enfoques diversos, tal vez complementarios, pero difícilmente aglutinables entre sí. Cada enfoque, cada punto de vista, acuña su propia terminología, a espaldas de la acuñada por el vecino: de esta manera mientras conceptos afines se utilizan para definir situaciones muy diferentes, a veces términos muy diferentes designan lo que, a todas luces, parece ser un concepto único. Las tipologías y taxonomías (esto es la continua división del bilingüismo en tipos y subtipos) abundan por doquier, pero apenas hay uno sólo de los problemas básicos <sup>24</sup> que haya sido resuelto de modo convincente: para cada uno de ellos existen multiplicidad de hipótesis, infinidad de soluciones, irreconciliables entre sí. No se sabe bien cuáles son los límites de los conceptos más básicos (empezando por el propio de «bilingüismo»), mientras que otros («rol», «tema», «tópico», «función»...) o se utilizan con una imprecisión atávica, o se les dan complejos contenidos divorciados del contenido «inconsciente» que tienen en el sistema de la lengua destinado a explicarlos, y con el que entran en continua colisión...

Pero hay, a nuestro modo de ver, aún una razón más profunda (que tal vez sea la causa de todas ellas) de por qué en lo que respecta al bilingüismo (y aún me atrevería a decir al uso lingüístico en general) todo es tan precario aún.

## VI

Cuando la lingüística empieza a interesarse por el estudio sistemático del bilingüismo lo hace en un momento en el que las tesis de De Saussure sobre la distinción entre lengua y habla han sido elevadas a la categoría de dogma <sup>25</sup>. Y es la necesidad de insertar las observaciones de hechos lingüísticos *que pertenecen a más de dos niveles distintos* dentro de una dicotomía simplista la que va a hipotecar en no pocos casos la utilidad de los modelos de interpretación que se proponen.

Para De Saussure el lenguaje tiene dos partes:

«La una, esencial, tiene por objeto la lengua, que es social en su esencia e independiente del individuo; este estudio es únicamente psíquico; la otra, secundaria, tiene por objeto la parte individual del lenguaje, es decir, el habla (*parole*), incluida la fonación, y es psicofísica <sup>26</sup>».

Al observar el fenómeno bilingüe los investigadores se percatan de que el bilingüismo «no representa una característica relacionada con la lengua como sistema o código (con la *langue*), sino que pertenece al dominio del uso, de la actividad lingüística <sup>27</sup>», esto es, pertenece, dentro de la dicotomía al mensaje, a la *parole*. Pero como la *parole* es, según Saussure «la parte individual del lenguaje», de aquí deducen inevitablemente que:

«La lengua pertenece al grupo; el bilingüismo pertenece al individuo. El uso individual de dos lenguas presupone la existencia de dos comunidades lingüísticas diferentes <sup>28</sup>».

No hay más bilingüismo entonces, hablando en propiedad, que el bilingüismo personal (*personal bilingualism* <sup>29</sup>); aunque, en sentido lato, algunos autores como Christophersen llegan a hablar de un difuso y más bien metafórico bilingüismo nacional (*national bilingualism*) que es el que se da en una nación, o al menos unidad política, compuesta de dos grupos de diferente lengua materna <sup>30</sup>.

Si el bilingüismo constituye como afirma R. Tetone «un aspecto subjetivo de la persona que habla» lo primero que cabe preguntarse es por qué la sociolingüística, que si es algo es visión *social* del lenguaje, no ha recogido velas en el asunto, y ha cedido el terreno en exclusiva a la psicología del lenguaje, única en este caso capaz de analizar y describir el comportamiento del sujeto bilingüe. Pero la realidad es muy otra: se hacen continuas profesiones de fe en el carácter individual del bilingüismo, pero en la práctica los enfoques que se imponen son primordialmente sociológicos.

Muchos de los tipos de bilingüismo que se reconocen (y entre ellos la famosa distinción de McNamara <sup>31</sup> y otros entre bilingüismo compuesto y bilingüismo coordinado) son exclusivamente sociales <sup>32</sup> o se manifiestan en el individuo a través de los grupos sociales. Para salvar esta contradicción se habla de «factores sociales» o «módulos socio-culturales» del bilingüismo (individual). O se oponen a términos exclusivamente individuales («bilingüismo») términos exclusivamente sociales («diglosia») oscureciendo así la interpenetración entre ambas dimensiones y llegando a la pintoresca conclusión de que la diglosia que es «un uso compartimentalizado de las dos lenguas del bilingüe» es únicamente *social* sobre la base de un bilingüismo exclusivamente *individual* <sup>33</sup>.

Cuando se reconoce en cambio que tanto el uno como la otra tienen una manifestación (o una dimensión) individual y otra manifestación social, estas contradicciones se resuelven. Debemos entonces dejar de hablar de «bilingüismo individual» y de factores sociales del bilingüismo (individual), y afirmar, de un modo más coherente, la existencia de un bilingüismo individual y un bilingüismo social (aquél estando contenido dentro de éste) <sup>34</sup>. Ambos tipos son distintos, pero interdependientes. Cada uno es susceptible de una descripción autónoma; cada uno tiene sus propios subtipos. Pero entre uno y otro tienen también sus estrechas relaciones.

## VII

Es cierto que en Saussure la antinomia tenía como principal objetivo el reconocimiento de *la langue* como objeto principal del estudio lingüístico, y su delimitación de la manifestación de este sistema en enunciados específicos, y en ello radica toda su importancia y todo su valor. Pero es preciso decirlo con claridad: entre la lengua como sistema social, y el habla como uso individual del sistema, existen eslabones intermedios y, concretamente, existe un uso social del lenguaje, una «parole social».

Cuando Saussure para ilustrar su dicotomía establece que:

«La lengua puede compararse con una sinfonía cuya realidad es independiente de la manera en que se ejecute; las faltas que puedan cometer los músicos no comprometen lo más mínimo esa realidad <sup>35</sup>», enseguida se nos ocurre que entre la sinfonía (sistema abstracto) y el músico (ejecución individual), está la orquesta, que es ejecución social de la sinfonía. Una misma sinfonía es interpretada de modo diferente por cada orquesta en razón del número de músicos, de la conjunción entre éstos, de las características de los instrumentos empleados, de la personalidad del director. El mismo músico interpreta la misma sinfonía de modo diferente según lo haga con una u otra orquesta: la ejecución del músico se produce dentro de la ejecución de la orquesta: y cualquier crítico musical que se precie puede diferenciar ambas ejecuciones y comentarlas separadamente (la de la orquesta como conjunto y la del músico individual) por más que ambas se desarrollan simultáneamente. Pero la pieza musical puede ser también ejecutada individualmente (el caso del músico solitario que interpreta una melodía): ¿Se trata entonces de un uso o una realización individual (*parole*) del sistema abstracto (*lengua*=melodía)? Eso depende: la ejecución individual de una pieza musical está mediatizada por una serie de «factores sociales» de la ejecución (tipo de instrumento que el músico, en función de la cultura musical de la zona, puede encontrar; gustos musicales establecidos; ambiente musical en el que se desenvuelve...) Al margen de estos factores sociales hay otros que son exclusivamente personales: su formación, su capacidad, su habilidad. Si los factores sociales *envuelven* por completo a sus factores individuales no hay, propiamente, ejecución individual de la melodía. El músico no tiene «personalidad musical» propia: es decir, reproduce, miméticamente, y sin aportación personal alguna la mera ejecución social de la pieza. Esto es lo que nos cuesta trabajo comprender: que un individuo no actúa siempre (es más, actúa en contadas ocasiones) como individuo. En la mayoría de las ocasiones actúa como miembro de un grupo (como parte), y sólo dentro del grupo su actuación «suena», tiene sentido. Pero un individuo tiene también la posibilidad de tocar su propia música: para ello ha de superar las interpretaciones cristalizadas de la melodía: la ejecución social (y ha de hacerlo potenciando sus factores exclusivamente personales). En eso, y no en otra cosa consiste la «creatividad»: apropiarse del sistema de modelos-puros al margen de las interpretaciones sociales constituidas, y reelaborarlo personalmente. Este apropiamiento suele ser, al poco, asimilado por el grupo como nueva «interpretación o ejecución social». Pero todo proceso creativo tiene este doble impulso: ruptura con el uso social; institucionalización social de la ruptura (que en ese momento deja de serlo y demanda del individuo que quiera serlo, que desee «hablar con voz propia» un nuevo desafío de creatividad).

Llevado a sus últimas consecuencias este razonamiento implica que la interpretación (ejecución) del sistema (modelos) sólo es personal cuando es creativa. Todo uso no creativo del sistema es simple reproducción a través del sujeto (en grupo o aisladamente) del uso constituido, de la ejecución social.

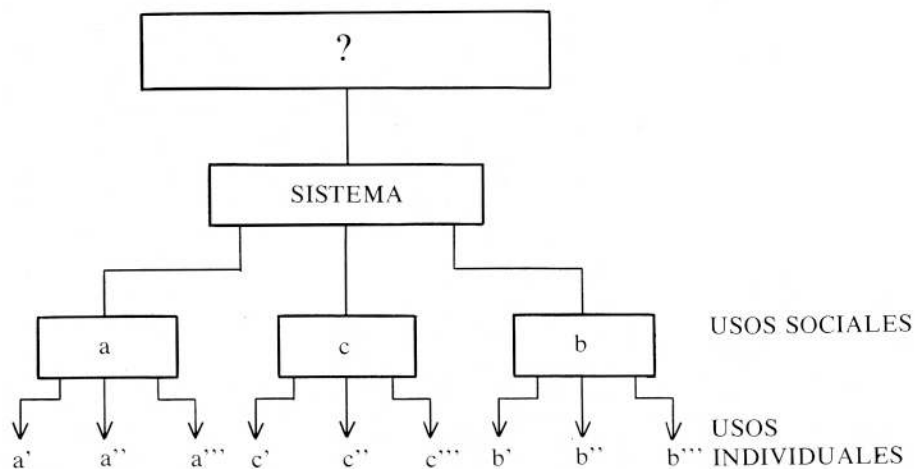


Gráfico I

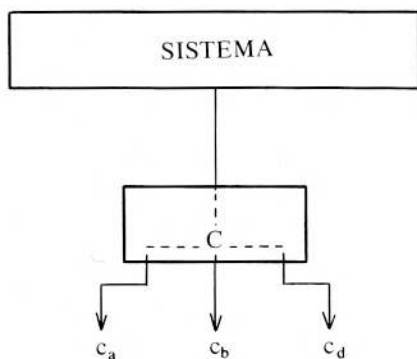


Gráfico II

EL PROCESO CREATIVO: A) Ruptura

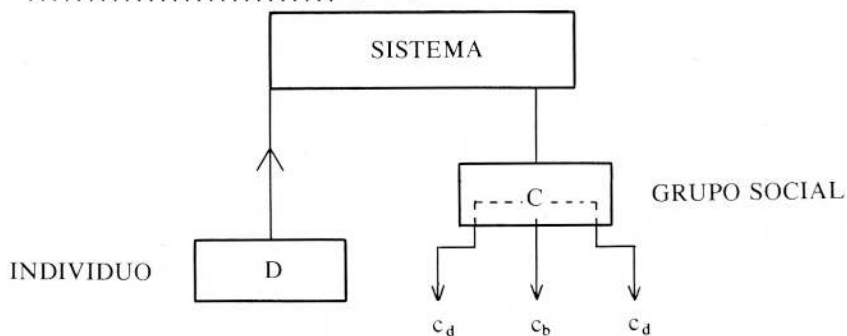


Gráfico III

b) Recomposición

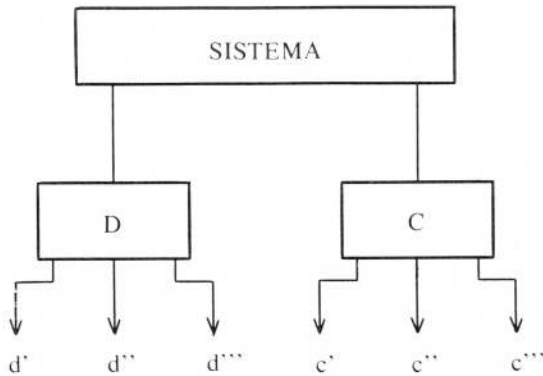


Gráfico IV

## INTERPRETACION DE LOS GRAFICOS

*Gráfico I.*—La interpretación del sistema abstracto se resuelve en forma de ejecuciones sociales cristalizadas, que pueden ser diferentes entre sí. No hay, propiamente, ejecución individual, sino simplemente reproducción mimética, a través del sujeto aislado, de esta ejecución social. Por encima del sistema («sinfonía», «lengua») existe un plano superior de modelos o ideas puras (más abstractos) de los que cada uno de los sistemas son a su vez interpretación parcial («gramática universal versus gramática particular»).

*Gráfico II.*—El sistema abstracto se concretiza a través de la ejecución social. La ejecución individual se produce a partir de ésta, pero aporta componentes personales (resultando posiblemente de un acceso *desde ella* al sistema, lo que permite una cierta interiorización del mismo, aun dentro de la norma social; mientras que en el primer caso el individuo sólo accedería al uso social). Se puede distinguir, pues, dos planos de interpretación del sistema (social=C; individual=a, b, c), aun cuando ambos ocurren simultáneamente.

*Gráfico III.*—Es el esquema del proceso creativo. El individuo prescinde de los moldes sociales constituidos e interpreta personalmente el sistema («crea su propia melodía»). La ejecución individual es recreación personal del sistema (lo social sólo actúa en él como «factor» extrínseco al proceso mismo).

*Gráfico IV.*—La creatividad personal es digerida socialmente: vuelve a cristalizarse en forma de una ejecución social constituida, incorporada socialmente que reproduce nuevas interpretaciones miméticas en el sujeto aislado («la melodía se populariza»).

## VIII

Yéndonos ahora con la música a otra parte, a la parte del lenguaje que es la que nos corresponde tratar, a poco que reparemos enseguida nos percatamos de que, cada uno de nosotros, a lo largo del día, hablamos de modo distinto (si no radicalmente distinto, si perceptiblemente diferente) de acuerdo con el grupo en el que en cada momento estamos ubicados: no hablamos de las mismas cosas ni siquiera con las mismas formas lingüísticas en público que en privado, en casa que en la oficina, con un grupo de amigos que con otros: cada grupo condiciona nuestro uso del lenguaje de un modo determinado. Y si quisiéramos saber cómo y en qué lo condicionan antes que hablar, de un modo vago y difuso de «factores sociales» de nuestra habla individual haríamos mucho mejor en delimitar con claridad cada uno de estos grupos (en función del sexo, status social, actividad profesional, parentesco, etc.): estudiar a través del análisis del comportamiento lingüístico de sus componentes qué usos lingüísticos son comunes a todos los miembros de un grupo. Lo que quede fuera es nuestra música particular. Lo demás es «nuestro» bailar al son que nos tocan (uso lingüístico social).

En cuanto al bilingüismo, es cada vez más evidente que el comportamiento individual del bilingüe se inscribe (con las posibles variaciones personales debidas a los componentes exclusivamente individuales del bilingüismo) dentro de las leyes que rigen el comportamiento lingüístico social de los grupos a los que pertenece. Hay un bilingüismo social, tanto como un bilingüismo individual (hay también factores individuales del bilingüismo social, y factores sociales del bilingüismo individual, puesto que ambos planos están imbricados), pero no hay, desde luego (a lo que sabemos) «lenguas bilingües»: pues o hay una (que eso sí, puede ser una lengua mixta), o hay dos...

## IX

Desde 1970, y a raíz de un estudio pormenorizado de las relaciones lingüísticas en el norte de Navarra (auténtico laboratorio lingüístico <sup>36</sup>), la naturaleza bifacial del bilingüismo era algo que se me imponía como la conclusión natural de lo que había tenido la ocasión de observar y analizar. Cuando quise fundar esta convicción en la bibliografía sociolingüística de la época que me era accesible, tras largos meses de estudio llegué al convencimiento del caosismo al que me he referido más arriba, y me impuse la necesidad de replantear la delimitación y definición de conceptos-clave que tal cual estaban resultaban absolutamente impropios para analizar y describir nuestra propia realidad lingüística <sup>37</sup>. Poco a poco he ido llegando al convencimiento de que el bilingüismo, huésped de muchas casas, permanece aún ajeno a una que le pertenece por derecho propio: la antropología de la vida cotidiana, o, en nuestro caso, la descripción antropológica del uso lingüístico diario, una de cuyas variantes lo constituye el uso lingüístico de las comunidades multilingües. De este modo, si de un lado mis intereses se han ido desplazando, progresivamente, desde la sociolingüística hacia la antropología



del habla, del otro la necesidad de comprender el bilingüismo se me aparece cada vez más inseparable de la misma comprensión del lenguaje.

Cuando en 1976, y durante dos años, me sumergí en una pequeña localidad de la Navarra euskaldun al objeto de estudiar la vida lingüística de una pequeña comunidad bilingüe <sup>38</sup>, determinados hechos fueron apareciendo ante mi vista con relativa claridad: si el comportamiento lingüístico de cada sujeto aislado tenía un componente común explicable dentro del funcionamiento lingüístico de los grupos (esto es, dentro de la mecánica del bilingüismo social), la misma diversidad de los grupos lingüísticos restaba por ser explicada: ¿Qué es lo que hace que dentro de un mismo territorio haya situaciones de lengua tan diversas en puntos colindantes entre sí?; y dentro de una misma localidad, ¿qué hace que la misma lengua tenga para un grupo unas funciones dadas, y para otro grupo funciones totalmente contrapuestas? No se trataba ahora de determinar estas funciones (función íntima, función de prestigio, función de intercambio exogrupal, función endogrupal...) tarea hasta cierto punto consolidada ya dentro del área vasca, sino de explicarlas: explicar su génesis y desarrollo.

Es evidente que estas leyes (o normas) debían de ser independientes del sistema de la lengua en cuanto tal pues este es, en uno y otro caso sensiblemente el mismo. Como la modificación se producía en función del espacio perceptible primariamente como espacio físico, pues dentro de una misma aldea las lenguas ganan y pierden espacios físicos: ganan la calle, pierden la escuela, ganan la casa, pierden el mercado o la taberna, etc.), comencé a pensar en la naturaleza tridimensional del bilingüismo y atribuí, ingenuamente aún, esta tercera dimensión al espacio físico, conforme a este esquema:

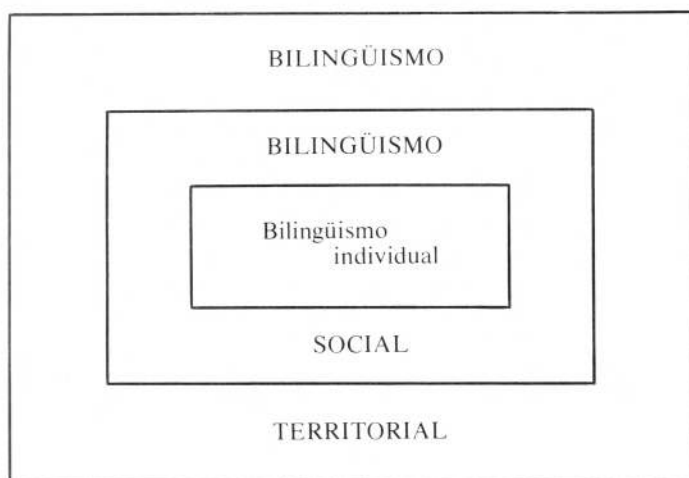


Gráfico V

Fue precisamente al tratar de segmentar dentro de él las unidades que rigen el comportamiento lingüístico de los grupos (provocando la diversidad de *funciones*) cuando descubrí que estos espacios que modulan y condicionan el uso social de las lenguas son «espacios mentales» o si se prefiere, categorías lingüísticas: lo que aquí vamos a designar como espacios lingüísticos o espacios diatípicos. Toda la casi infinita variedad de usos lingüísticos diferentes que acontecen dentro de un mismo territorio y aun de una misma localidad, son las consecuencia de una aplicación diferente de unas pocas y las mismas categorías abstractas. Estas categorías, percibidas hasta ahora confusamente, identificadas algunas de ellas con las funciones, entremezcladas arbitrariamente como «factores sociales» del contacto formarían un sistema: son por así decirlo genéricas («universales»), pero «se llenan» en cada caso de un modo diferente. Del mismo modo que unas pocas notas musicales dan toda la variedad de piezas posibles y un número limitado de sonidos la ilimitada variedad de las lenguas, unas pocas categorías de segmentación condicionarían todo el uso lingüístico del lenguaje, y aún más, la configuración categorial del lenguaje mismo que es la que condiciona su uso. Estas categorías son, pues, la dimensión superior del bilingüismo (social e individual): lo contienen, pero no son contenidas por él. Ellas en efecto, no se aplican únicamente a todas las relaciones (bilingües o no) de uso lingüístico sino, simultáneamente a cada uno de lo que podemos llamar «usos culturales» (hábitat, parentesco, vestido...)

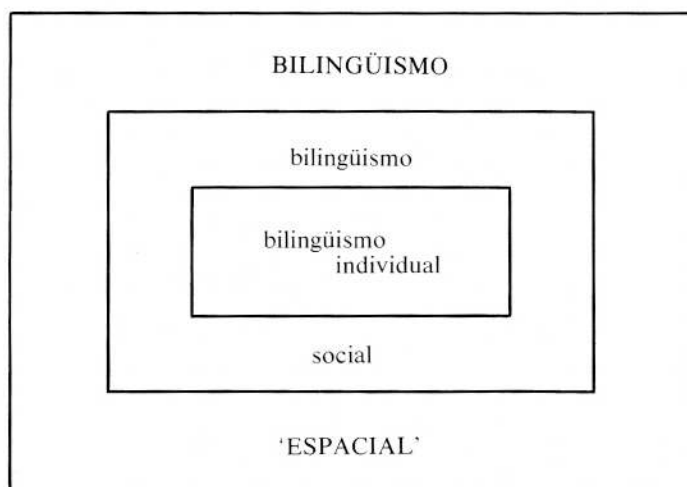


Gráfico VI: Tipos e imbricación de los bilingüismos

Los materiales que aquí presento, en dos partes cronológica y temáticamente independientes entre sí representan dos procesos: 1) el propio cambio de perspectiva en el estudio del bilingüismo y la preocupación por responder desde él a las interrogantes más cruciales que la situación presente del euskara suscita. Y 2) la historia y el desarrollo sucesivo de este «descubrimiento»: la teoría de los espacios lingüísticos.

He preferido presentar estos materiales como surgieron <sup>39</sup>, a pesar de la diversidad de su contenido, antes que reestructurarlos en forma de un sistema sin huecos, sistema que sólo me fue perceptible en cuanto tal al final del proceso, y que además sólo podría estar completo cuando hayan sido desarrollados hasta el final cada uno de sus planteamientos. Si por un lado ello puede dejar indiscretamente al descubierto sus evidentes reiteraciones, cambios de dirección, recuperación de caminos, y aún contradicciones no percibidas (que no en otra cosa consiste para nosotros el proceso del «pensar»), por otro lado revela la génesis del proceso, y salva ideas y sugerencias (algunas de actualidad muy inmediata) que esbozadas mínimamente en este trabajo pueden ser retomadas ahora por quienes, con más autoridad y capacidad que este autor, pueden llevarlas hasta sus últimas consecuencias. Es, a fin de cuentas, un trabajo arduo, disciplinado y colectivo <sup>40</sup> el único que nos posibilitará, algún día, poder iluminar con la luz de una nueva comprensión los enormes puntos oscuros que ensombrecen nuestra percepción actual de este fenómeno apasionante y complejo que es el lenguaje.

Si a más de abrir nuevas perspectivas a mis escasos pero solventes colegas del ámbito vasco, este trabajo consiguiera atraer brazos nuevos a esta viña vieja, y despertar en el lector generoso la preocupación por resolver las interrogantes que nos afectan desde perspectivas cada vez más desapasionadas y racionales, el autor, por su parte, dará por bien empleada la publicación de este trabajo, el trabajo de muchos años, y los años de muchas soledades.

«Txepetx»

Burlada, septiembre, 1980

## Notas aclaratorias

1. Dell Hymes: *Sociolinguistics and the Ethnography of Speaking*, pág. 81 de la obra colectiva «Social Anthropology and Language», Tavistock, London, 1971.
2. Hasta el transformacionalismo la europea principalmente.
3. Cf. su *Introductory Essay*, en *Social Anthropology and Language*, cit. pág. IX.
4. Como las de K. L. Pike *Language in relation to an unified theory of the structure of human behaviour*. Glendale Summer Institute of Linguistics. 3 vol. 1954, 1955 y 1960) Lounsbury *Language and Culture*, Hook, ed. 1969; New York University Press, dentro de la obra colectiva «Language and Philosophy»; Goodenough (*Cultural Anthropology and Linguistics* en Report of the Seventh Annual Round Table Meeting On Linguistics and Language Study. Washington, Georgetown University, 1957).
5. Malinowsky expuso su *Ethnographic Theory of Language* en el volumen 2 de «Coral Gardens and their Magic». George Allen & Unwin Ltd., London, 1935 (hay una edición más reciente de la misma editorial, de 1966). Malinowsky parte de la aserción de que «there is nothing more dangerous than to imagine that language is a process running parallel and exactly corresponding to mental process, and that the function of language is to reflect or to duplicate the mental reality of man in a secondary flow of verbal equivalents» (10). De aquí que «we shall see (...) to correlate the study of language with that of other activities, to interpret the meaning of each utterance within its actual context; (...) It will also force us to define meaning in terms of experience and situation» (9). A esto lo llamaré «the context of culture» que nos provee con los elementos relevantes «whereby we can translate words» (18) Para Malinowsky «between the savage use of words and the most abstract and theoretical one there is only a difference of degree. Ultimately all the meaning of all words is derived from bodily experience» (58).
6. Hay reedición de 1964 (con reimpresión de 1970) de las obras más conocidas de J. R. Firth *The Tongues of Men & Speech* (Oxford University Press, London).
7. Lee Whorf ha pasado por ser el representante más extremado de esta teoría. Pero la obra de B. L. Whorf, uno de los lingüistas más lúcidos que ha dado el siglo, ha sufrido interpretaciones muy distorsionadas. (Hay ahora edición española de su obra: *Lenguaje, Pensamiento y Realidad*. Barral Editores, Barcelona, 1971).
8. La admiración de la antropología estructuralista hacia la lingüística coetánea queda bien patente en el siguiente párrafo de su *Antropología Estructural* (traduzco de la edición inglesa, Basic Books, New York, 1963): «La lingüística ocupa un lugar especial entre las ciencias sociales a cuyas filas pertenece de un modo incuestionable. No es simplemente una ciencia social como las otras, sino, antes bien, aquella en la que, con mucho, se han hecho los mayores progresos. Es probablemente la única que puede clamar en verdad ser una ciencia y que ha logrado tanto la formulación de un método empírico como una comprensión de la naturaleza de los datos sometidos a análisis» (pág. 31).
9. Cf. notas 11 y 12.
10. Esto es, a reordenar, como hace Levy-Strauss en sus *Mitológicas* las narraciones primitivas como una gramática verdadera.
11. Cf. E. Leach *Concerning Tobriand Clans and the Kinship Category Tabu*. En «The Development Cycle in Domestic Groups». Cambridge University Press. Leach es sin duda, una de las voces más innovadoras del panorama antropológico contemporáneo, uno de sus trabajos más sugestivos puede leerse ahora en lengua española (Aspectos antropológicos del lenguaje: categorías animales e injuria verbal. En Nuevas Direcciones en el Estudio del Lenguaje. Revista de Occidente, Madrid, 1974, págs. 37-82).
12. En particular *La parole chez les Dogons* de Genevieve Calame-Griaule (Gallimard, 1965 y los dos volúmenes de André Leroi-Gourhan sobre «Le Geste et la Parole» Albin-Michel, 1964 y 1965).
13. Incluso los trabajos citados son más bien antropologías de las lenguas (de su semántica principalmente), aun cuando con referencias al habla.
14. E. Haugen es noruego, pero gran parte de su producción y su temática se publica y se relaciona con los EE.UU.

15. Bibliografía de casi todos estos autores las puede encontrar el lector interesado en el trabajo *Bilingüismo, diglosia, contacto de lenguas* (Anuario de Filología Vasca Julio de Urquijo, 1974). Citemos sin embargo las tres obras generales donde se puede encontrar recogida la bibliografía de lo más relevante producido hasta 1968:

*Language in Culture and Society* New York, Harper & Row, 1964.

*Sociolinguistics*. The Hague: Mouton, 1966.

*Readings in the Sociology of Language*. The Hague; Mouton, 1968.

16. Cf. para Ardiner su *Introductory Essay* en *Social Anthropology and Language* cit. D. Crystal *Prosodic and Paralinguistic correlates of social categories*. Ibidem, págs. 185-207. Pride *The social meaning of Language*. London, Oxford University Press, 1971.

17. Berstein enriquece la sociolingüística desde la sociología de la educación. Sus trabajos, reunidos en dos volúmenes bajo el título *Class, Codes and Control*. Paladin, St. Albans, 1971 son referencia obligada para cualquier acercamiento a la sociología del lenguaje.

18. M. Cohen: «Materiaux pour une sociologie du langage», 2 vol. Paris, 1971. H. Levebre. «Le langage et la société». Paris, Gallimard, 1966. Louis-Jean Calvet: «Linguistique et colonialisme». Petite Bibliothèque Payot, Paris, 1974; Pierre Bourdieu avec Luc Boltanski «le fétichisme de la langue» (Actes de la Recherche en Sciences Sociales, jul 1975), págs. 3-32.

En el área peninsular hay que hacer una referencia obligada a los trabajos de Lluís V. Aracil, por múltiples razones: porque abrió caminos por los que, con mejor o peor fortuna, han ido circulando otros; por la sagacidad crítica de sus planteamientos; y porque ha llevado al panorama internacional, con dignidad y agudeza, los problemas y los resultados de la investigación sociolingüística en el área catalana. Cf. entre otros: «Bilingualism as a myth» Institut de Recherche en Sciences de la Communication et de l'Education, Perpignan, 1968. «Sociolinguistics: revolution and paradigm» Sociolinguistics Newsletter, vol. IX, 3-9, 1978. «Educació i sociolingüística» Treballs de sociolingüística catalana, 2, pp. 33-86, Valencia 1979. Y los artículos «sociolingüística» y «substitució lingüística» de la *Gran Enciclopèdia Catalana* (vol. 13) Barcelona, 1979.

19. El interés de la lingüística por el bilingüismo se había centrado casi exclusivamente en su papel e influencia dentro de los mecanismos de préstamos lingüísticos e interferencia de sistemas. En una obra tan sólida como los *Elementos de Lingüística General* de André Martinet (Ed. española, Gredos, 1960) se le dedica al bilingüismo poco más de media página (p. 184) de respetables —y discutibles— lugares comunes. El cambio de perspectiva viene marcado por la extraordinaria obra de U. Weinreich «Languages in Contact» (publicada por vez primera en 1953 en *Publications of the Linguistic Circle of New York* y reeditada en 1970 (Mouton, The Hague-Paris). Weinreich, que recoge en su obra la bibliografía de lo más relevante que la lingüística occidental había producido sobre el bilingüismo hasta tal fecha, aunque preocupado principalmente por el análisis de los mecanismos y las causas estructurales de la interferencia, amplía el campo de visión hacia las teorías psicológicas sobre el bilingüismo y hacia lo que llama «the socio-cultural setting of language contact», analizando temas como el de las funciones lingüísticas en las comunidades bilingües, el rol de los factores socio-culturales, la naturaleza de la «lealtad lingüística» a un idioma dado, etc. También merece citarse la obra de Neroboj Vildomec *Multilingualism*, A. W. Sythoff, Leyden, 1963, cuya bibliografía completa bastante a la de Weinreich sobre el tema.

20. Algunos nacionalismos lingüísticos no tan nuevos (como el vasco) no impulsan sin embargo una preocupación teórica hacia estos temas, hasta fechas mucho más recientes.

21. El supuesto «desarrollo» o «subdesarrollo» sólo es posible aceptarlo con respecto a la tecnología, y no con respecto a ningún otro parámetro.

22. Esta última corriente es la que predomina en la escuela francesa, y en los primeros trabajos sobre el tema que aparecen en el área peninsular (Cf. por ejemplo Ninyoles «Idioma y poder social». Tecnos, Madrid, 1972).

23. Cf. *Sociolinguistic Perspective on the Study of Bilingualism*. Linguistics, n.º 39.

24. ¿Qué es el bilingüismo? ¿Cuándo se puede decir que un sujeto es realmente bilingüe? ¿Es beneficioso o perjudicial para el individuo? ¿Cómo debe adquirirse?, etc. etc.

25. Y no sólo la lingüística: para la antropología estructural la distinción langue/parole tiene un valor decisivo.

26. Pág. 64 de la edición española del Curso de Lingüística General. Losada, Ed. 1967.

27. Renzo Titone *Bilingüismo y Educación*. Fontanella, Barcelona, 1976, pág. 21.

28. Ibidem.

29. P. Christophersen: *Second Language Learning*. Penguin, 1973. Pág. 63.

30. «In theory one could imagine a nation, or, at least a political unit, consisting of two-mother tongue groups none of whose members was personally bilingual. In practice, however, if there is to be effective communication between the two groups in a bilingual country, some of the members at least will have to be personally bilingual». Christophersen, op. cit. De

este modo el «bilingüismo nacional» para P. Christophersen es una mera entelequia, pues o no hay ningún sujeto bilingüe (y entonces no hay ni siquiera bilingüismo nacional, sino lo que en otro lado he llamado co-lingüismo) o hay individuos bilingües, en cuyo caso el bilingüismo nacional es un problema del «bilingüismo personal» de los individuos de dicha nación.

31. La distinción la recoge también Weinreich. En el bilingüismo coordinado las dos lenguas funcionan independientemente y expresan dos modos de vida, dos culturas diferentes. En el bilingüismo compuesto ambas lenguas expresan el mismo contenido cultural (Cf. J. McNamara «Bilingualism and Primary Education. Edinburgh University Press, 1966).

32. Que la lengua describa o no una cultura diferente es, primeramente, un problema de la lengua, no del individuo. Sólo en el caso de que efectivamente interpreten dos culturas distintas puede ser un problema individual que el sujeto sea incapaz de captar mediante una nueva lengua otra cultura distinta; pero en estos casos difícilmente podremos hablar de bilingüismo en el individuo.

33. La discusión de este punto la desarrollé de un modo más exhaustivo en «Bilingüismo, Diglosia, Contacto de Lenguas», cit. pág. 25 y ss.

34. Cf. J. M. Sánchez Carrión *El marco sociológico y espacial de una situación bilingüe*, en «La problemática del bilingüismo en el estado español». Publicaciones del I. C. E., Lejona. 1980. Págs. 21 y ss.

35. Pág. 63 del Curso.

36. Recogido en *El estado actual del vascuente en Navarra. Factores de regresión relaciones de bilingüismo*. Pamplona, Príncipe de Viana, 1972.

37. Cf. *Bilingüismo, Diglosia, Contacto de Lenguas (hacia una delimitación de conceptos)*. Cit. La doble configuración del bilingüismo ha sido recogida, con evidente acierto a nuestro juicio, por otros trabajos posteriores de sociolingüística vasca.

38. La síntesis de estas observaciones fue recogida en un trabajo, que aún permanece inédito, titulado *Malda-Erreka: estudio antropolingüístico de una comunidad euskaldun*.

39. Los artículos «Bilingüismo y espacio simbólico» y «Bilingüismo e hibridación», precedieron a los cuatro que desarrollan la teoría de los espacios lingüísticos. Unos y otros surgieron a partir de la necesidad de elaborar ciertos aspectos enunciados en «El marco sociológico y espacial de una situación bilingüe», trabajo que, presentado en mayo de 1979 como ponencia en el Congreso de Bilingüismo de Zarauz, prescindió de incorporarlo aquí por haber aparecido publicado junto con el resto de las ponencias presentadas en dicho Congreso.

40. Colectivo en el único sentido en que lo entendemos de unión de esfuerzos individuales, y no de imposiciones y restricciones mutuas.



# PARTE PRIMERA

## I. 1

### **Bilingüismo y espacio simbólico**



## I

### ¿Qué es un espacio simbólico?

1.1. Un idioma para sobrevivir necesita un espacio simbólico propio. En nuestra concepción del bilingüismo este principio tendría una validez axiomática, o si se prefiere es un punto de partida no susceptible de ulterior demostración. ¿Pero en qué consiste este espacio simbólico? ¿Quiénes lo constituyen? Para comenzar a dar respuesta a estas interrogantes es necesario, en primer lugar, darse cuenta de que en la red del lenguaje confluyen elementos de muy diversa calidad. La lingüística ha llamado la atención y ha estudiado con particular énfasis lo que ha llamado *funciones del lenguaje*, generalmente con un criterio taxonómico, si bien resaltando en algunos casos una de estas funciones como la fundamental de la lengua. Así para el estructuralismo:

«La función esencial del instrumento que es una lengua es la de la comunicación. El francés, por ejemplo, es ante todo, el mecanismo que permite a las personas «de lengua francesa» entrar en relación unas con otras» <sup>1</sup>.

Junto a esta función prioritaria se admite sin embargo «que el lenguaje ejerce otras funciones que la de asegurar la mutua comprensión. En primer lugar, el lenguaje sirve, por así decirlo, de soporte al pensamiento, hasta el punto de que es posible hacerse la pregunta de si una actividad mental a la que faltara el marco de una lengua merecería propiamente el nombre de pensamiento (...). Por otra parte el hombre emplea con frecuencia su lengua para expresarse, es decir, para analizar lo que siente sin ocuparse excesivamente de las reacciones de eventuales oyentes. Encuentra en ella, al mismo tiempo, el medio de afirmarse ante sí mismo y ante otros sin que en realidad tenga deseos de comunicar nada. Se podría igualmente hablar de una función estética del lenguaje que sería difícil de analizar, de manera que se entremezcla estrechamente esta función con las de comunicación y expresión» <sup>2</sup>.

1.2. La determinación de qué función del lenguaje es la fundamental, depende en cada caso del punto de vista desde el que se aborde la conceptualización de qué es una lengua. Así, si vemos las lenguas como unos organismos o instrumentos que van sufriendo cambios y transformaciones interiores a lo largo del tiempo, y queremos dar cuenta de la causa de estos cambios es natural que la

función de intercomunicación adquiera ante nuestros ojos un relieve muy particular puesto que «si todas las lenguas se modifican a través del tiempo, ello acontece esencialmente para adaptarse del modo más económico posible a satisfacer las necesidades de comunicación de las comunidades que las hablan»<sup>3</sup>.

Sin embargo si adoptáramos este mismo criterio para determinar cuál es la función más importante de un idioma desde el punto de vista de su propia estabilidad o continuidad como instrumento vivo, muchas cosas restarían sin ser explicadas. Pues como escribe Michelena:

«Las lenguas no sólo son diversas hasta el infinito en cuanto sistemas; también lo son, en el tiempo y en el espacio como medios concretos de comunicación». «Unas son habladas por muchos millones y otras empleadas por pequeños grupos. Unas nunca han sido escritas. Y otras poseen una inmensa producción literaria y científica, (...) lenguas cuyo uso apenas sale de los límites de una comunidad, y lenguas de relación, que vienen empleándose para la comunicación entre grupos de diferente idioma materno»<sup>4</sup>.

Y mientras muchas de entre estas lenguas, constreñidas en espacios físicos muy limitados, «iletradas» y superminoritarias (en algunos casos apenas habladas por unos centenares de individuos) han pervivido en condiciones parecidas durante siglos, soportando la competencia de medios de comunicación más amplios, algunas de las llamadas «lenguas culturales» de gran funcionalidad en un tiempo, como el latín, han muerto, o han sufrido (como el griego, como el arameo) un drástico declive. De otro lado una misma lengua en unos puntos se mantiene y en otros desaparece, sin que sea posible establecer una correlación entre número de hablantes-vitalidad del idioma: el esquimal retrocede en Alaska, donde era la primera lengua de 34.000 individuos, y se mantiene en la Siberia soviética, donde es lengua materna de apenas un millar<sup>5</sup>. Situados en medios físico y culturales muy semejantes y con un balance de hablantes en favor –hoy por hoy– del gaélico, éste padece una agonía al parecer irreversible en los Highlands escoceses y las Hébridas, mientras que el faer-øereño se mantiene con pujanza entre sus 40.000 parlantes<sup>6</sup>.

De modo que o tenemos que explicitar mucho, desde este ángulo, qué entendemos por «funciones de comunicación» o tenemos que buscar en otro lado las razones que rejuvenecen a unas lenguas, y mandan a otras a la sepultura.

1.3. El mismo término «funciones de intercomunicación» es de por sí bastante impreciso. La naturaleza de lo que se comunica varía mucho en naturaleza y cualidad.

Creemos sin embargo que sería posible distinguir dos polos, más que como funciones separadas («función social» / «función de pensamiento») como cénit y nadir de la expresión lingüística. El polo inferior –o exterior– estaría constituido por el lenguaje del «nonsense» entendiéndolo en el sentido en que lo utiliza J. R. Firth, es decir el lenguaje corriente que:

«it is not the instrument of pure reason. It is as full of feelings, of the animal senses, as the common social life in the routine service of which we learn it»<sup>7</sup>.

Es el lenguaje no como instrumento de la razón pura, sino como

«a network of bonds and obligations»<sup>8</sup>.

El lenguaje como red y tributo de la convencionalidad social.

En el otro polo, en el cénit, tendríamos el lenguaje del «*sense*», esto es, de las ideas, del razonamiento puro, de la creatividad intelectual, lenguaje que se desenvuelve en estricta complicidad con el propio idioma y a veces en perturbadora oposición a las reglas y ritos sociales. En su estado puro cabe identificarlo como la *función intrínseca* que Lee Whorf atribuye a las lenguas:

«Cada lengua es un vasto sistema de modelos, unos diferentes de otros, en los que se hallan culturalmente ordenadas las formas y categorías mediante las que no sólo se comunica la personalidad, sino también se analiza la naturaleza, se notan o rechazan tipos de relación y fenómenos, se canalizan los razonamientos y se construye la casa de la conciencia»<sup>9</sup>.

Si la primera de estas funciones es la más externa, la más periférica a la lengua misma (por mucho que sea el espacio y el tiempo que ocupe para sus hablantes) la segunda es la más central o nuclear, por pequeña que sea. Si la primera es estrictamente social –esto es, socialmente condicionada–, la segunda es básicamente personal (no puede ser «masiva» nunca). Si la primera cubre lo que podemos llamar los espacios materiales del campo lingüístico (ya sean éstos formales, informales, orales, escritos, altos o bajos) la segunda ocupa el espacio que hemos convenido en llamar espacio nuclear o espacio simbólico. Espacio que estará ocupado por el núcleo de personas que *piensan* en ese idioma: que desde esa lengua formulan sus propias interrogantes racionales (esto es, con *sense*) y en algún caso aventuran sus propias respuestas. Este espacio atraería hacia sí, como un imán, a una porción de hablantes –situados en la periferia– más amplia que incorporan las relaciones de apalabramiento o procesos del pensar que efectúan los primeros. Incorporación que en muchos casos se traduce a una transformación del *sense* personal en *nonsense* social (reestructuración de ritos y mitos sociales). Pero esto ya es otro problema.

La idea que aquí exponemos es que la existencia y consistencia de un espacio simbólico propio la que determina la vitalidad o debilidad de un idioma: pues la existencia de este espacio propio motiva una adhesión directa de los individuos en él situados hacia el idioma en que reinterpretan su mundo, y una adhesión indirecta de los individuos situados en los espacios externos, pues estos espacios se alimentan de los primeros, aun cuando los desvirtúan. El ciclo de ideas que en el exterior del campo lingüístico funciona como cliché o ritual social, es en muchos casos el cadáver de un razonamiento surgido en el espacio simbólico de la reflexión personal (del *sense* individual)<sup>10</sup>.

## 2

### La estructura del espacio simbólico

Podemos imaginar las colectividades lingüísticas, en su estado más puro, como una constelación de espacios físico-culturales (o si se prefiere, de dominios) girando alrededor del espacio simbólico recreador (cf. gráfico n.º 7). Este tiene ciertas características que lo diferencian de sus «satélites»:

- Tiene consistencia propia.

- Es más reducido.
- «Su tiempo» es más breve puesto que ordinariamente nace después y muere antes que ellos».

## 2.1. Consistencia propia

Cuando un idioma es para una persona o un grupo su idioma de pensamiento hay una lealtad lingüística natural derivada de este mismo hecho. Es lo que he llamado *adhesión lingüística directa*. Cuando, por el contrario, una lengua no es para una persona más que un vehículo de intercomunicación social su adhesión a él está derivada de su utilidad funcional. A esto es a lo que llamo *adhesión lingüística condicionada*. Normalmente el bilingüismo «espontáneo» de una colectividad existe en tanto estas dos fuerzas son antagónicas: esto es, mientras el idioma de pensamiento es uno, y el idioma de intercambio <sup>11</sup> otro, de manera que gran número de sujetos cuenta con dos adhesiones lingüísticas simultáneas (pero de distinta naturaleza).

Tal situación se resuelve solamente cuando ambas fuerzas confluyen en una. Cuando el idioma de intercambio llega a tener presencia también en el espacio simbólico del pensamiento; o cuando el idioma de pensamiento se convierte en el vehículo preferente de intercambio. Volveremos a esto más adelante.

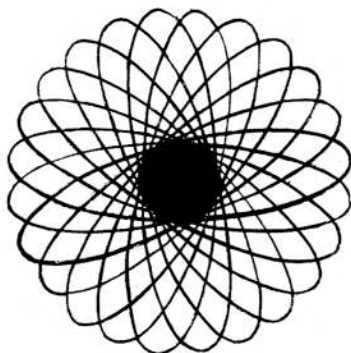


Gráfico n.º 7: El centro — ● — representa el espacio simbólico, o núcleo del campo lingüístico, ocupado por el pensamiento lingüístico recreador. En torno a él giran las órbitas de los distintos espacios físicos y sociales de intercomunicación.

## 2.2. Es menor

Normalmente el espacio que en una persona—o en una colectividad—ocupa el pensar es muy reducido en comparación con la suma de situaciones «constituidas» de expresión lingüística. Y sin embargo tal espacio es el más imponente de una y otra. Mientras que en las relaciones lingüísticas «fabricadas» la vinculación al idioma se mantiene sólo en función del hábito y la inercia lingüísticas, en el pensamiento la vinculación al idioma es de otra naturaleza: está fundada en su carácter cooperador y de complicidad en el *apalabramiento* del mundo <sup>12</sup>.

### 2.3. Es más breve.

En la génesis lingüística del niño el pensamiento lingüístico aparece después de la mera imitación <sup>13</sup>. En los trastornos del lenguaje el papel recreador desaparece mucho antes que la actividad repetitiva <sup>14</sup>. Simultáneamente en el nacimiento de un idioma –de los idiomas cuyo nacimiento nos es constatable cuales son las llamadas lenguas criollas <sup>15</sup>– la aparición de un espacio simbólico es posterior al proceso de cobertura lingüística de la suma de espacios exteriores. En la desaparición de un idioma éste se sigue moviendo en los espacios periféricos mucho tiempo después de que haya dejado de contar con un espacio simbólico propio <sup>16</sup>.

## 3

### El proceso de sustitución

3.1. El proceso de asimilación lingüística comienza en la periferia del campo lingüístico, generalmente. Y sólo se consume cuando penetra en su núcleo, cuando despoja a esta lengua de un núcleo propio, atrayendo a su propia periferia al núcleo residual de hablantes de la otra (sustitución de núcleos lingüísticos). Ello es debido a la distinta naturaleza de la adhesión lingüística. Un campo lingüístico que resulta inaccesible desde su núcleo <sup>17</sup> puede ser muy vulnerable desde su periferia. Porque la periferia tiene bastante de un mercado lingüístico donde los distintos productos sociales entran en competencia. En la periferia la lengua es exclusivamente un producto social, como el vestido, la propiedad, etc.: un status symbol. En ella el lenguaje se define no en función de su valor intrínseco, sino en función de su prestigio externo. Como la moda está sujeto a cambio y, llegado el caso, a sustitución.

Casi generalmente la periferia de un campo lingüístico está constituida por sus sujetos bilingües. Y ello no en razón del hecho mismo de su bilingüismo, sino por las características particulares del mismo. Pues si excluimos de este apartado –como conviene hacerlo– al bilingüismo cultural y al pseudobilingüismo, el bilingüismo contextual generalizado resulta ser en la mayor parte de los casos el resultado de una tensión provocada por la existencia de dos adhesiones lingüísticas de signo opuesto: una *natural*, derivada del hecho de la fijación directa a la lengua en la que se canaliza prioritariamente el pensar íntimo del sujeto. Y otra adquirida, derivada de adscribir el prestigio y la funcionalidad de intercambio a la lengua de otro campo lingüístico.

3.2. Naturalmente en la periferia también hay gradaciones, no es ella misma uniforme, y tiene desde una capa que ya es enteramente exterior al campo lingüístico en cuestión, constituida por los sujetos inicialmente bilingües para los que la nueva lengua ha llegado a ser no sólo lengua predominante de relación, sino exclusiva de pensamiento (pseudobilingües de la lengua B) y que sólo se desenvuelven en la lengua originaria (lengua A) para un intercambio cada vez más residual. En un proceso de sustitución normal estos sujetos pertenecen a una generación en la que la lengua nativa no llegó nunca a ser dominante: son bilingües de nacimiento en los que las condiciones exteriores de descompensa-

ción idiomática acaban prioritando en ellos en todos sus niveles el idioma invasor. Pero también hay en esta periferia una capa más interna donde el idioma dominado es una lengua de pensamiento que ejerce todavía una funcionalidad importante –pero decreciente– como lengua de intercambio. Por su parte el núcleo está constituido casi exclusivamente por monolingües o pseudobilingües activos (del idioma nativo): los sujetos que sólo pueden hablar en esa lengua, y los sujetos que sólo desean hablar en ella porque es la única que les permite sentirse *at home*: es decir, sentirse y expresarse a sí mismos como lo que desean ser <sup>18</sup>.

Si analizamos primero el proceso tal y como toma lugar en el individuo aislado estaremos en mejores condiciones de comprender la dinámica social del conflicto lingüístico.

3.3. Un individuo que ha repartido su lealtad lingüística hacia dos idiomas comienza ocupando en el idioma «de intercambio» los espacios más exteriores de emoción y pensamiento: el intercambio con la gente «que no conoce» (aunque sean de su misma comunidad lingüística), el intercambio con la gente «con la que no tiene confianza» (aunque la conozca: preferentemente de otro sexo u otra generación). Esto se va haciendo extensivo posteriormente al trato con gente que conoce y con quien tiene confianza, en un contexto (como por ejemplo ante forasteros o en sitios en los que éstos puedan estar presentes) en el que la ausencia de reflexión e intimidación es requisito imprescindible. En este proceso de *ocupación* de espacios de un idioma por otro, el idioma del núcleo simbólico se va progresivamente atrincherando en los espacios más íntimos: el hogar, la relación con los amigos más íntimos, la oración (espacios internos del sentimiento) y en fin el diálogo interior: la lengua de los sueños, y la lengua del eterno discurrir silencioso que lleva el hombre consigo mismo (espacios del pensar). Entre los espacios interiores y los exteriores toda una gama de espacios neutros (la calle, la taberna, el mercado) se convierten en campos de fricción donde se entabla la sorda batalla de las lenguas. Y en las que el sujeto hace intervenir normalmente, en cada momento, un número de variables *diatípicas* increíblemente grande a la hora de optar por una u otra de las lenguas <sup>19</sup>.

¿Cuándo y cómo termina la lucha?. Pues de lucha se trata y no de relación armónica. Es un conflicto entre lo que uno es (lingüísticamente hablando), asociado al idioma con el que ha apalabrado su propio mundo y lo que uno desearía ser, o los demás le hacen que sea, motivado desde un idioma exterior. Este conflicto termina en favor de la propia identidad lingüística con la recaptura de los espacios invadidos por muy exteriores que ellos sean; como ocurre por ejemplo cuando el sujeto acaba por dirigirse en su propio idioma a los forasteros. Y termina en la pérdida de la identidad lingüística originaria cuando uno restablece relaciones fundamentales de intimidad, realidad, pensamiento o afecto en el idioma que fue en su comienzo meramente exterior. Tal ocurre cuando la relación vinculante de enseñanza idiomática al niño ya no se vierte en el idioma nativo: el ciclo sustitutorio está consumado. A partir de este momento el idioma invasor se ha internado irremisiblemente en los baluartes más irreductibles de la lengua nativa y recomienza desde aquí el proceso de constitución de su propio espacio simbólico.



3.4. Si vemos el proceso como dos fuerzas opuestas actuando en sentidos contrarios nos damos cuenta de que el bilingüismo es sólo la consecuencia del equilibrio momentáneo. Equilibrio que no es más que la igualación transitoria entre una fuerza creciente y otra fuerza decreciente.

Por lo tanto la dirección del cambio lingüístico está determinada de antemano por la aceleración-deceleración de intensidad de cualquiera de las fuerzas en colisión.

Si para un individuo es más importante lo que lingüísticamente quiere llegar a ser, o lo que los demás quieren que él sea, ello conllevará un proceso de pérdida de identidad lingüística en el idioma propio, y de adquisición de una nueva identidad en el segundo. Proceso que puede tener lugar a lo largo de años, o incluso generaciones, sin que por esto se pueda decir en ningún momento que deja de ser progresivo, ya que por lenta que sea hay una progresión de estadios en un sentido determinado. Si por el contrario para un individuo –o colectividad– la aceptación de lo que es y el deseo de reconocimiento externo a su propia identidad lingüística por parte de los demás priva sobre cualquier otra consideración, sólo la necesidad más apremiante de intercomunicación interferirá en su homogeneidad lingüística.

3.5. De un modo enteramente paralelo ocurre en la colectividad. La confianza, cuando no el orgullo de lo que se es contrarresta la mayor funcionalidad de intercambio de idiomas «exteriores» al grupo en cuestión. Por el contrario la insatisfacción, cuando no la vergüenza, de lo que –lingüísticamente– se es incrementa el deseo de asimilarse al ser lingüístico del grupo vecino.

Esto parece de todo punto evidente. Pero ¿qué hace en última instancia que unos pueblos quieran ser lo que son y otros traten de camuflarlo? ¿Qué provoca actitudes contrarias dentro incluso de la misma colectividad lingüística?

Es la fidelidad a un espacio simbólico propio. Mientras unos ven en su idioma la respuesta a sus interrogantes vitales y a sus necesidades (lo que implican cuando menos que haya quien formule para sí o para los demás estas interrogantes y necesidades *en ese idioma*), otros ven en él un obstáculo.

## 4

### Espacio simbólico individual y espacio simbólico social

4.1. En un individuo su espacio simbólico está formado por aquello que lo define mejor, que lo individualiza: su propio pensamiento, y las relaciones lingüísticas de su intimidad. Ambas son estrictamente personales y son las que lo delimitan a él, en el conjunto de todos los sujetos, como «el mismo».

En el sistema de la lengua el espacio simbólico será el que hace a la lengua ser más ella misma: el que la individualiza entre otros sistemas al punto de hacerla, dentro de ese espacio propio, irremplazable. Es el espacio de la creatividad intelectual, en todas sus vertientes lógico-intuitivas: poesía, literatura, filosofía, arte y ciencia. Cuanto más denso es este espacio, más viva está la lengua. Cuantas más personas canalizan desde esta lengua su creatividad, y cuanto más genuina sea dicha creatividad (es decir, no se limite a la reproducción de

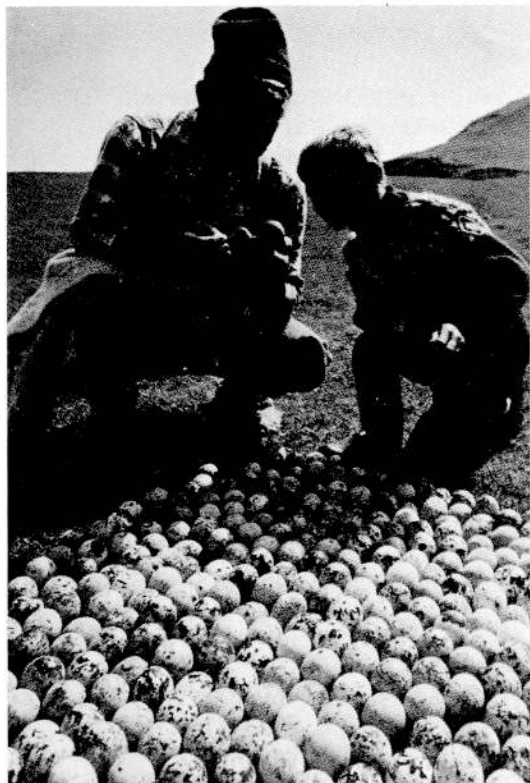


Lámina 2: La confianza, cuando no el orgullo, en lo que se es contrarresta la mayor funcionalidad de intercambio de idiomas *exteriores* al grupo en cuestión.

creatividades pensadas desde el espacio simbólico de otra lengua), tanto más insustituible es para los sujetos que han pensado en ella, o que han accedido mediante ella al pensamiento lingüístico recreador de los otros, incorporándolo para sí.

Desde luego que tanto para un sujeto dado, como para una colectividad lingüística, el espacio simbólico varía mucho según los casos. En algunos individuos es tan potente, que pasa directamente desde ellos al sistema de la lengua o espacio simbólico social: es el caso de los grandes artistas y pensadores de un pueblo. En otros es por ende tan reducido que apenas existe: es el caso de los individuos que no tienen pensamientos propios, sino que todo lo piensan a través «de los demás»: aceptan todas las opiniones o ideas que le vienen de fuera, sin dar valor ni tener el menor estímulo para enfrentarse a ellas con sus propias ideas. Estos sujetos están completamente a merced del mercado lingüístico-ideativo social: hablan lo que los demás les hacen hablar y dicen en cada momento lo que los otros esperan que digan.

De un modo semejante mientras hay comunidades lingüísticas que cuentan con un espacio simbólico de una potencialidad muy superior a la que corresponde a su número de hablantes (tal es el caso, por ejemplo, de los islandeses) <sup>20</sup> otras comunidades lingüísticas ya son incapaces de crear nada por sí mismos y desde su propia lengua, situándose en consecuencia en relación de dependencia hacia los espacios simbólicos de las comunidades vecinas: esto conlleva una labor constante de imitación, traducción, calcos que o acaba con el idioma propio—porque la inercia de la imitación rehuye el esfuerzo de la traducción—o lo desliza por los tortuosos caminos de la hibridación. En ambos casos la lengua, en cuanto tal lengua, se ve comprometida en un proceso de sustitución.

4.2. La vitalidad de la lengua no depende a nuestro entender de la cantidad de sujetos que la hablen. Sino de la calidad: puesto que el espacio simbólico es independiente para su existencia de la masa de hablantes. Esta sin embargo, sí depende de él. Los hablantes situados en la periferia de una lengua necesitan en todo momento que exista un núcleo ideativo de gentes que proyectan en esta lengua su creatividad. Si no encuentran este núcleo en su propia lengua lo buscan en otra: la periferia depende del núcleo porque las ideas «sociales» —es decir, aceptadas en función del consenso social, y no porque hayan sido pensadas o recreadas por uno mismo— están sujetas a un rápido desgaste: sufren un proceso de súbito envejecimiento y al poco no son más que cadáveres: en este momento necesitan ser sustituidas, pero para sustituirlas tiene que haber quien las proporcione. Aún cabe la posibilidad de que existiendo en una lengua este núcleo recreador una parte de la masa de hablantes sienta más fascinación por consumir las ideas que han sido producidas desde el núcleo de una lengua vecina. Qué ideas van a entrar en circulación social, y cuáles van a ser rechazadas, es algo que es completamente impredecible. La moda puede favorecer a unos hoy y a los otros mañana. Lo único empero que cabe asumir como un principio razonable es la adhesión lingüística incondicionada que un individuo mantiene hacia el idioma que le ha permitido una autointerpretación, de cualquier tipo. Si no existe un núcleo de sujetos para los que su lengua sea fundamentalmente eso, y si existiendo este núcleo no se transmite, va perdiendo entidad, no es posible avalar la supervivencia de ninguna de las lenguas actuales, sean rollizas o estén depauperadas.

## Conclusión

La asimilación lingüística es un proceso que en muchas ocasiones reviste el carácter de proceso de sustitución de necesidades. La necesidad de autointerpretarse, necesidad que para cada colectividad aparece asociada a su idioma, es sustituida por la necesidad de promoción social y de acceso a posesiones socioculturales más remunerativas, necesidad que es el umbral de la sustitución lingüística puesto que en este terreno unos idiomas están más capacitados que otros en virtud de tener un mercado lingüístico más amplio. Por cierto, que esta mercantilización del uso lingüístico lleva irremisiblemente a la subordinación a sus proporcionadores de mercancías <sup>21</sup>. No siempre, por más que sea cómodo explicarlo así es un proceso de un pueblo sobre otro. Salvo en casos muy excepcionales el proceso de asimilación provoca dentro de un mismo pueblo la pugna entre dos concepciones distintas del lenguaje. La defensa del propio idioma, sobre todo si éste es minoritario, y no goza de las garantías de un estado (y a veces aun a pesar de estas garantías), está íntimamente ligada a la existencia de un grupo consistente de hablantes que desde ese idioma tenga una concepción cultural propia de ellos mismos y la proyecten hacia la comunidad idiomática propia haciendo surgir ese vínculo que imprecisamente se puede denominar «auto-orgullo o conciencia lingüística».

Las dos concepciones del lenguaje que entran en pugna son antagónicas y conducen a posiciones divergentes. Si visualizamos el mundo actual como una red de poderío económico vemos cómo en la cúspide ya todos hablan los mismos pocos idiomas. Si lo visualizamos al estilo de Lee Whorf como un conjunto de interpretaciones diferentes en aproximación a un mundo de modelos superior a todas, la diversidad lingüística es unpreciado bien dentro del cual una lengua de millones de hablantes y la lengua de una pequeña tribu india tienen el mismo valor e idéntico interés como caminos complementarios de acercamiento a una misma realidad, interior a todas ellas <sup>22</sup>.

En un punto parecen coincidir por el momento ambas tendencias antagónicas: en la necesidad del bilingüismo. En el primer caso el bilingüismo internacional de las capas altas muestra en cada momento la jerarquía de las lenguas dentro de ese mercado (bilingüismo de expansión). En el segundo caso el bilingüismo casi generalizado de las pequeñas naciones es el resultado de compaginar el mantenimiento de la propia identidad con el intercambio internacional (bilingüismo de supervivencia).

Sólo las comunidades lingüísticas que carecen de un espacio simbólico propio (de una concepción cultural de sí que provoque una conciencia lingüística) se ven abocadas al monolingüismo de uno de los idiomas mundiales de poder (bilingüismo sustitutorio versus monolingüismo). Pero aún en estos casos es razonable asumir que desde una perspectiva más amplia el monolingüismo sea sólo una transición: la instrucción cultural desde la enseñanza primaria y la vecindad de ese pueblo con otra comunidad idiomática provocará a la larga el desarrollo de un nuevo bilingüismo entre lengua propia-lengua de relación (bilingüismo de expansión) <sup>22</sup>. Así pues la asimilación lingüística no afecta, hoy por hoy, al hecho y la necesidad cada vez más generalizada del bilingüismo. Pero sí al proceso de inmolación de una determinada identidad lingüístico-cultural de origen.

1. A. Martinet. *Elementos de Lingüística General*. Edición española. Gredos, Madrid, 1972. Pág. 5.
2. Ibidem.
3. Ibidem.
4. Luis Michelena *Las lenguas y la política*. Doce estudios sobre el lenguaje. Fundación March. Pág. 123.
5. Cf. Michael Krauss *On the Esquimo-Aleut*. En CURRENT TRENDS IN LINGUISTIC. Vol. 10. Mouton, The Hague, Paris. págs. 797 y ss.
6. Cf. por ejemplo John Nisbet *Bilingualism and the school* Scottish Gaelic Studies. Vol X part. 1. University of Aberdeen.
7. J. R. Firth «The Tongues of Men and Speech». Oxford University Press, 1970. Pág. 100.
8. Ibidem, pág. 113.
9. Benjamín Lee Whorf *Lenguaje, Pensamiento y Realidad* (edición española). Barral Editores, Barcelona, 1971. Pág. 283.
10. A su vez el *nonsense* puede ser representado o mejor re-conocido individualmente. Este reconocimiento cambia su realidad individual: lo dota de *sense*. En cierto modo como sugiere G. Zukav («La Danza de los Maestros», Argos V. Barcelona 1981 pp. 58-9) la participación *sensata* del participante cambia ipso facto la naturaleza del acto participador. Digamos también que el *sense* parece manifestarse en dos vertientes: lógica e intuitiva, aportación de las dos formas de pensar complementarias del cerebro humano (afirmativa y receptiva).
11. Nos referimos, claro está, al intercambio social, puesto que puede haber también un intercambio de pensamiento: pero para que éste exista es necesario que los dos sujetos «piensen», si sólo lo hace uno de ellos, puede ser el comienzo de un proceso de captura de ideas desde el espacio ideador hacia los espacios imitativos.
12. Utilizamos, entre otros posibles, el término *apalabrar* en consonancia con el uso que hace de él Ortiz Osés en su *Antropología Hermenéutica*, Edit. Ricardo Aguilera, Madrid 1973.
13. Cf. Morley: *The Development and Disorders of Speech in Childhood*. Baltimore, William and Wilkins, 1957.
14. Como nos hace notar Lennenberg «la conducta en cuanto al acto de nombrar se observa aún en casos de idiotez». Pág. 97 de *Una perspectiva biológica del lenguaje*. En Nuevas Direcciones en el Estudio del Lenguaje. Revista de Occidente, Madrid, 1974.
15. Ello es perfectamente razonable si tenemos en cuenta que «a creole language arises when a pidgin becomes the native language of a speech community» (Hall) y que un pidgin es en su origen «a makeshift language» (Jespersen) o como prefiere definirlo Hall lo que aparece «when two or more people use a language in a variety whose grammar and vocabulary are very much reduced in extent and which is native to neither side». Cf. *Pidgin and Creole Languages*. Cornell University Press, 1966.
16. Cf. «¿cómo muere una lengua?» de Benvenuto Terraccini en su obra *Conflictos de lengua y de cultura*. Imán, Buenos Aires, 1951.
17. Es por eso que es posible que suceda aquello que lamentaba Pío Baroja: «Neke du izkuntz illun batek izkuntz argi bati gogor egiten». En «Mitxelenaren lan hautatuak». Pág. 132. Etor, Bilbao, 1972.
18. Por su parte ambos subgrupos son diferentes. Cf. *El marco sociológico y espacial de una situación bilingüe*, cit.
19. Utilizo diatipo en el sentido de Denyson y Mac Gregory («a conventional connection of a language variety with a given category or categories of situation»). Cf. N. Denyson: «Some Observations on Language Variety and Plurilingualism». En SOCIAL ANTHROPOLOGY AND LANGUAGE. Tavistock, 1971. Págs. 157-183 y Mac Gregory: *Aspects of Varieties Differentiation*. Journal of Linguistics, 3, 177-197.
20. Así describe un humorista danés a este pueblo admirablemente culto: «Der Isländer ist ein intelligentes Wesen, das schreiben und lesen kann. In keinem anderen Land auf der Erde wird so viel gelesen wie in Island. In einem weiten entwickelten Wohlfahrtsstaat wie Schweden werden jährlich 75 Bücher pro 100.000 Menschen gedruckt. In Island beträgt die entsprechende Zahl 215. Jeder

Islander weiss einem vorher unbekannt war. Man soll nie Angst haben, einen Isländer zu fragen. Hat er wirklich ausnahmsweise keine Antwort auf das parat, wonach er gefrat wurde, so passt er deshalb nicht, sondern er benutzt die Gelegenheit auf eine ganze Menge andere Dinge zu antworten, nach denen er noch nicht gefragt wurde. Aber er brilliert nicht mit seinem Wissen, und er besitzt die sonderbare Gabe, das Interesse seines Gesprächspartners gefangen zu halten. Nicht umsonst gehört er einem Volk von Sagaerzählern an. Es ist völlig natürlich, dass der Nobelpreis in Literatur schon längst den Weg nach der Sagainsel gefunden hat». Cf. *Isländer sind auch eine art Menschen...*, por Willy Breinholst (antropólogo y humorista danés) en ISLAND, vol. 12. Anders Nyborg. Denmark, 1973. Págs. 23 y ss. No creo que sea necesario añadir que esta ingente y valiosa aportación cultural la desarrollan en su lengua materna, el islandés: lengua de una comunidad de apenas más de 200.000 hablantes.

21. «le processus d'unification du marché tend a substituer aux différences linguistiques incommensurables qui séparaient les ressortissants des différentes régions, des distinctions linguistiques d'une espèce nouvelle qui, paradoxalement, opposent les membres des différentes classes sociales en mesurant leurs productions linguistiques a l'étalon unique de la langue commune». Pierre Bourdieu avec Luc Boltanski *Le fétichisme de la langue*. Actes de la Recherche en Sciences Sociales, jul. 1975.

Cf. también la obra de otro francés: Louis-Jean Calvet *Linguistique et Colonialisme*. Petite Bibliothèque Payot, 1974.

22. Tal ocurre en el proceso de configuración de la nación mexicana donde los bilingüismos lenguas indígenas-castellano pasa primero por la asimilación lingüística del indio (monolingüismo castellano del criollo) y termina por resolverse en un bilingüismo castellano-inglés. El slogan de una de las academias que enseña inglés en México es muy ilustrativo de este proceso: «aprenda inglés en el México de hoy para poder vivir en el México de mañana». Alvar ha dedicado alguna atención al proceso de desindianización y mexicanización (aparición de una nueva identidad) en su trabajo *Bilingüismo e Integración*, que fue publicado en la Revista Española de Lingüística. Año I, fasc. I, págs. 25, 29. Madrid, Gredos, 1971, aunque más de uno de sus puntos de vista nos parecen, cuanto menos, discutibles.

23. Pero no basta con que tal interpretación exista en el mecanismo de la lengua si los hablantes no son conscientes de ella. Ha de ser «desvelada» o revelada, tarea de sus propios «pensadores». Como escribe felizmente Ortiz Osés (op. cit. pág. 98) «hacer hablar al lenguaje es verbalizar la originaria interpretación que aquél realiza entre hombre y mundo».

## **I. 2**

### **Bilingüismo e hibridación**





## I

Los estudiosos del bilingüismo le han concedido siempre una atención preferente a los problemas de interferencia lingüística. Hasta el punto que el estudio de los mecanismos de la interferencia ha llegado a ser para muchos el objetivo prioritario de cualquier aproximación eminentemente lingüística a la problemática del bilingüismo <sup>1</sup>.

La interferencia ha sido definida por el más «clásico» de sus modernos estudiosos como:

«those instances of deviation from the norms of either language which occur in the speech of bilinguals as a result of their familiarity with more than one language» <sup>2</sup>.

El propio Weinreich hace una distinción, completamente necesaria, entre la interferencia en la lengua y la interferencia en el habla.

«In speech interference is like sand carried by a stream; in language is the sedimented sand deposited on the bottom of a lake» <sup>3</sup>.

## II

En euskerología los estudios de interferencia lingüística cuentan con un ilustre decano: ese precedente *avant le mot* que es la interesantísima obra de Sebero Altube «Erderismos». Tal vez su único «pero» —explicable teniendo en cuenta las limitaciones de tiempo y lugar— sea que la imparcialidad descriptiva, tan necesaria en este campo como en otros, está todavía eclipsada por el talante sancionador de la gramática de viejo estilo <sup>4</sup>. Entre los más recientes, Ana M.<sup>a</sup> Echaide se ocupa de ella en su obra «Castellano y Vasco en el Habla de Orio» <sup>5</sup>, se encuentran descripciones dispersas en diversas obras genéricas <sup>6</sup>, y <sup>7</sup> muy recientemente ha merecido la atención de M.<sup>a</sup> Carmen Garmendia <sup>8</sup>.

Pero aunque no faltan ni materia prima, ni obreros cualificados para tan magna empresa, el gran tratado a la altura de la metodología moderna sobre el tema, está aún por desarrollar. Es sin embargo una evidencia que el euskara se encuentra hoy en día, mucho más que en los tiempos de Altube sometido a un proceso de cerco, derivado de la mayor extensión del contacto y consecuentemente de la generalización del bilingüismo entre los grupos lingüísticos.

En la presente situación, no es pues nada fácil saber por el momento si la ingente cantidad de arena que aparece a cada momento en el habla de los bilingües y en su producción escrita, acabará siendo llevada por la corriente de la fidelidad a la norma lingüística, o acabará sedimentándose en tal cantidad que llegue a anegar el lago.

### III

Esta preocupación yace latente en la mente de muchos. Produce en algunos malestar, en otros obsesión. Pero como si se tratara de un infortunio familiar casi todos prefieren no mencionarlo abiertamente, tal vez en la confianza –o en la creencia– de que ignorándolo acabará por disiparse. Entretanto no hay síntomas de un receso en la dolencia del enfermo: sólo un silencio cada vez más enojoso y espeso alrededor del mismo.

No me cabe la menor duda de que hoy por hoy, y dados los condicionantes que pesan sobre el idioma, el tema requiere ser tratado con pudor. Un pudor igualmente distante del exhibicionismo como del oscurantismo. Pero hay que abandonar la actitud completamente supersticiosa de que ignorar un problema es el mejor modo de solucionarlo.

### IV

El lenguaje es con frecuencia uno de los materiales predilectos de la sátira, la ridiculización, y el chiste fácil. Los euskaldunes, que se han visto en todas las épocas señalados por su «castellano de vascos» se han convertido repetidamente en blanco de bromas no siempre de la mejor calidad. Después de todo, si nunca es legítimo reírse de las carencias del vecino, lo es mucho menos cuando las habilidades del verdugo son mucho más limitadas que las de la víctima. Y qué pocos graciosos del «castellano de vascos» podían alardear no ya de bilingüismo, sino de ser capaces de hacer otro tanto en la lengua del satirizado. Tal actitud no es, en la mayor parte de los casos, más que una ostentación descarada de supuesta superioridad, extraída de la ilusión de unos de que su lengua es mejor que la de los otros (cuando no simplemente «la lengua»); ilusión amantada en las ubres de la posesión de la legitimidad lingüística: es decir, del dominio del propio grupo lingüístico, sobre el grupo subordinado.

Blanco tradicional de las gracias y las iras lingüísticas (azuzadas en muchas ocasiones por fanáticos conversos de la propia comunidad idiomática), el euskaldun ha aprendido a ser extraordinariamente paciente y comprensivo en las aproximaciones de los «erdaldunes»<sup>9</sup> a su propia lengua, reconociendo por encima de los numerosos defectos, el valor del esfuerzo realizado. Tal actitud tiene el mérito indudable de su benevolencia, aún diría de su humanidad. Pero desde la fría lógica del lenguaje ofrece el riesgo de que puede fomentar la ilusión del advenedizo –sobre todo si éste está deseando ilusionarse– dotándole de una seguridad que no tiene nada que ver con su capacidad real. Si esta *seguridad* es institucionalizada a través de su inserción en los mecanismos de transmisión de la lengua, los peligros potenciales son graves y evidentes.

## V

La pregunta que está en el aire es ésta: ¿cuándo una lengua deja de ser lo que es? ¿Hasta qué grado de mestizaje una lengua sigue siendo ella misma?

La teoría del lenguaje aporta pocas respuestas firmes a esta pregunta. En este, como en tantos otros campos, las opiniones ocupan el lugar de las conclusiones sólidamente establecidas. Así mientras Sapir piensa que

«el lenguaje es quizá el fenómeno social que más se resiste a influencias extrañas, el que más se basta a sí mismo. Es más fácil suprimir del todo una lengua que desintegrar su forma individual»<sup>10</sup>.

Autores como Th. Capidan piensan, por el contrario, que el último estadio del bilingüismo indiscriminado parece ser aquél en el que los bilingües devienen otra vez monolingües, pero en este caso de una lengua completamente mezclada, igualmente ajena a cualquiera de las dos que intervinieron en el «cok-tel»<sup>11</sup>. En este mismo sentido apunta Rosetti cuando escribe que

«el bilingüismo es la causa de la mezcla de lenguas; la creación de una lengua mixta es sólo cuestión de grado»<sup>12</sup>.

## VI

La diferencia de criterio entre unos y otros parece obedecer a que Sapir esté pensando en comunidades lingüísticamente homogéneas, es decir, básicamente monolingües, mientras que Capidan y Rosetti perciben ya el papel protagonista que el bilingüismo generalizado (e indiscriminado)<sup>13</sup> de una población tiene en el mestizaje. Por otro lado en la época de Sapir los estudios de criollización aunque ya contaban con feligreses tan devotos como el propio Schuchardt<sup>14</sup>, no disponían del fervor y la fidelidad que hoy día le profesan sus numerosos adeptos<sup>15</sup>. Sin las molestas evidencias que éstos arrojan día a día a la cara del puritanismo lingüístico se vivía —y aún se vive en gran parte— en la ilusión de las lenguas como sistemas *puros*.

Pero si por un lado es cierto que no hay hibridación sin bilingüismo (de una u otra clase), no es cierto que todo bilingüismo produzca la hibridación de las lenguas. En la América hispanoparlante el bilingüismo es una condición casi generalizada de los grupos indígenas: pero ello no ha supuesto ni la descomposición de los idiomas nativos, ni la cristalización de formas criollizadas en el español de los indios<sup>16</sup>. Los idiomas indígenas desaparecen, sin una fase de descomposición propiamente dicha. Por su parte la adquisición del castellano en el indio, que comienza con una fase de «bilingüismo incipiente»<sup>17</sup> culmina con la posesión de un código perfectamente aceptable en castellano, aún y cuando ello no se consume hasta la primera o segunda generación siguientes a aquella que se inició en el pre-bilingüismo<sup>18</sup>. En Filipinas, sin embargo, y basándonos no en los informes más o menos triunfales de los gobiernos, sino en los datos presumiblemente imparciales de los lingüistas<sup>19</sup>, todo lo que queda (o por lo menos quedaba hace pocos años) del idioma español eran unos pocos parlantes de unos cuantos «Spanish-creoles» ¿Qué hace la diferencia?

La diferencia la hace que en un caso el bilingüismo es un fenómeno marginal, periférico, y en otro es un fenómeno central para una misma lengua de partida: el

español. En México por ejemplo, el tipo de bilingüismo zapoteca-castellano es periférico en relación con la norma lingüística ostentada y representada por la gran masa de sujetos que hablan exclusivamente castellano. El castellano es además el vínculo de relación entre los propios indígenas bilingües pertenecientes a distintas comunidades idiomáticas. Ello provoca, a la larga que el bilingüismo sea aquí el tránsito entre un monolingüismo de partida (correlativo al índice máximo de marginación) y un monolingüismo de salida (castellanófono) correlativo a un índice máximo de integración. Norma lingüística y prestigio lingüístico están ostentados por los monolingües castellanoparlantes. Ser bilingüe sólo tiene un valor relativo (en cuanto que es una situación más favorable que el monolingüismo indígena), pero en determinados contextos puede ser un inconveniente (en cuanto trasluce una integración no consumada). Por el contrario en Filipinas no hay un grupo monóglota hispanoparlante, el castellano no es lengua de poder, ni siquiera de integración o de relación de las distintas comunidades idiomáticas. Ser monolingüe hispanófono es pues un serio inconveniente, y cualquier persona que en ese contexto quisiera mantener el castellano en alguna forma, tenía que mantenerlo forzosamente como lengua de «segundo orden» subsidiariamente con otra, o en continua concurrencia con ella. En estas condiciones la norma lingüística del castellano pasó a estar representada por sujetos en los que existía una continua coexistencia de sistemas: el resultado, como en el caso de la localidad de Barovitza observado por Th. Capidan fue, a la postre, un nuevo monolingüismo, pero de una lengua especial formada por la interpenetración y reajustamiento de los sistemas en concurrencia continua.

Todavía cabría preguntarse siendo esto así, por qué no se han criollizado los idiomas indígenas de Iberoamérica. Lo cierto es que aunque también ellos están sufriendo un proceso de sustitución en sus respectivos entornos, la situación no es asimilable a la del español en las Filipinas. Las lenguas indígenas de América, hasta su sustitución definitiva, cuentan con un núcleo de hablantes (monolingües o pseudobilingües) que piensan casi exclusivamente en ellas, y que actúan frente a los bilingües reales como censores de la pureza idiomática de sus respectivas lenguas. El castellano de las Filipinas no ha contado con nada parecido: desaparecido su núcleo monolingüe quedó como lengua subsidiaria, o lengua de relación de unos pocos sujetos, ninguno de los cuales pensaba predominante o exclusivamente en ella: en tales condiciones su pervivencia posterior sólo era posible fundiéndose en un nuevo modelo cultural.

## VII

La dinámica anterior puede arrojar luces sobre nuestro propio proceso. Hasta ahora el euskara no se ha hibridizado porque *mutatis mutandi* su situación tenía muchos puntos en común (en Navarra sobre todo) con la situación de las lenguas de la América indígena: desde el euskara el bilingüismo era un factor periférico al que se acudía como una transición hacia la inmersión lingüística definitiva en el castellano. En tanto esta integración no se producía, la norma lingüística del vascuence seguía estando representada, en cada una de las comunidades locales, por sujetos monolingües o pseudobilingües, con poco o prácticamente nulo conocimiento del castellano en la mayoría de los casos, pero sobre todo con un gran poder ideativo y representativo en euskara. El paso al castellano se producía tras una etapa de bilingüismo inicial y terminaba (a veces



Lámina 3: En América los idiomas indígenas desaparecen sin que les preceda una fase de descomposición propiamente dicha.

al cabo de varias generaciones, otras de un modo más drástico) con la adquisición como código único de la lengua de la comunidad erdaldun: lengua, que al margen de las particularidades locales, era adquirida de un modo «completo», es decir, lingüísticamente aceptable para la comunidad receptora, cuya norma estaba ostentada por sujetos monolingües castellanoparlantes.

En el momento actual, sin embargo, mientras el bilingüismo sigue siendo desde el punto de vista del castellano un fenómeno marginal, la situación desde el euskera es muy distinta: el bilingüismo es central. Es decir, dentro de la masa de castellanohablantes (y refiriéndome exclusivamente a los límites del País Vasco) los que además saben euskera son una minoría. Pero dentro de una masa de euskaldunes son minoría los que además no saben castellano. Como consecuencia de ello el euskera se ha convertido en un idioma exclusivo de gentes bilingües, y como en el caso del castellano en las Filipinas, para muchas de estas gentes en la menos importante <sup>20</sup> de sus lenguas.

Al perder su núcleo de monóglotas (y pseudobilingües) que interpreten la realidad exclusivamente desde el euskera, y desde el momento en que la norma, o si se prefiere, la legitimidad lingüística, no está representada por ellos sino por sujetos en los que, más o menos mezclados, concurren continuamente los dos sistemas, y cuyo poder ideativo se canaliza fundamentalmente en castellano, quedan sentadas las bases para una cristalización en el sistema de la lengua de las interferencias lingüísticas <sup>21</sup>.

## VIII

Llegamos pues a un punto que me parece muy importante, y que sin embargo proponerlo en toda su diáfana claridad, resulta hoy por hoy, «escandaloso», dados los oscurantismos que encubren la postración real del vascuence. Y este punto es el siguiente: un idioma para pervivir, como vimos en el capítulo anterior, necesita un núcleo de gentes que piensen y se expresen predominantemente (o exclusivamente) desde él y *es este grupo de gentes quienes deben representar para ese idioma determinado la norma o la legitimidad lingüística*: la meta hacia la que los bilingües incipientes o avanzados deben apuntar. Y ello no en virtud de ningún «apropiamiento» político o institucional, sino en virtud de que son ellos los que mejor conocen en cada momento dado de la vida de una lengua las leyes internas de su idioma.

Dado que, en el presente, esta situación no existe entre nosotros, parece obvio que si lo que se pretende sea la salvación del euskera, habría que trabajar en el futuro más inmediato para crearla. Para hacerlo sería necesario, en nuestra opinión, trabajar sobre dos «líneas» del idioma: condiciones de transmisión y condiciones de mantenimiento. Volveremos a ellas enseguida.

## IX

Pero antes de entrar en qué entendemos por condiciones de transmisión y condiciones de protección, vamos a analizar la aportación al tema de uno de los más destacados especialistas actuales en temas de hibridación lingüística, Keith Whinnom.



Para Whinnom aunque toda lengua pueda ser capaz de hibridizarse con otra <sup>22</sup>

«puesto que las lenguas no han acabado mezclándose todas en un único gran estofado lingüístico es obvio que existen barreras a la hibridación».

Estas barreras son clasificadas en cuatro grupos y las denomina:

- ecológica.
- etológica.
- mecánica.
- conceptual.

Por la barrera ecológica entiende los factores de contacto físico: la distancia o proximidad geográfica, la separación política, etc. El punto de partida o axioma elemental es que sin contacto físico la hibridación no es posible <sup>23</sup>.

La segunda barrera, etológica, consiste en la actitud emocional de los hablantes hacia las lenguas en confluencia: actitud que o bien puede hacerles especialmente celosos de la pureza de su idioma <sup>24</sup> (lo que según Whinnom acontece cuando un entorno hostil provoca en ellos sentimientos de inseguridad pero, culturalmente diferentes, les permite sentirse superiores a ese entorno), o en el otro extremo «situación de choque cultural en el que la población no ofrece resistencia e incluso es propensa a aceptar las innovaciones lingüísticas más galopantes» <sup>25</sup>.

La tercera barrera, mecánica, la denomina también forma externa, y atañe fundamentalmente a la estructura fonológica (al grado de compatibilidad e incompatibilidad entre sistemas).

Por fin, la cuarta barrera (conceptual) concierne a la forma interna del lenguaje: «es el modo de percepción de la realidad, condicionado primariamente por la lengua nativa del sujeto, adquirida durante la infancia, condicionado fundamentalmente por la estructura sintáctica y semántica de su idioma» <sup>26</sup>.

## X

Analizando ahora la situación vasca (al menos en cuanto a Navarra se refiere) según el modelo de Whinnom, vemos que el factor «ecológico» la favorece; que el fonológico no la impide <sup>27</sup> y que por tanto el carácter decisorio estará en la barrera conceptual y en la barrera emocional.

En cuanto a la primera de estas dos hemos de decir que, a priori, es efectivamente, un obstáculo natural al mestizaje. Pero dicho obstáculo no es, ni mucho menos, infranqueable. Podemos decir que la existencia de un núcleo monóglota, con un espacio simbólico en euskara lo protege. Pero se ve mermado en cambio por la generalización del bilingüismo contextual que actuaría, a través de la lengua de prestigio y de sus instituciones oficiales como un barrenador permanente de erosión cultural.

Por fin el factor emocional ha sido, en Navarra especialmente, desconsolador con respecto al euskara, permitiendo por una serie de prejuicios y complejos que hemos analizado en otra parte, tanto la sustitución lingüística como la impureza idiomática más irrefrenada <sup>28</sup>.

Puesto que las dos barreras primeras son inalterables, hay que trabajar con estas dos segundas (aspecto interno y aspecto emocional), si queremos mantener a la lengua al margen de la hibridación. Es a mantener en pie a ambas barreras a lo que apuntábamos al hablar de la necesidad de trabajar sobre las condiciones de transmisión y de protección de la lengua.

## XI

Hay por otra parte razones para pensar que ambas barreras no son enteramente extrañas la una a la otra, sino que más bien se encuentran en ese tipo de relación que los glosemáticos gustan llamar de determinación <sup>29</sup>.

Es decir, que una actitud emocional de resistencia a las inferencias en el sistema de la lengua, conserva o fomenta una autonomía conceptual en el idioma en cuestión. Esto puede expresarse de otro modo: toda autonomía conceptual actual en el plano lingüístico (y básicamente en sus aspectos semántico y sintáctico) parece ser el resultado de una resistencia anterior a la asimilación. No es sin embargo cierto que todo sistema actualmente autónomo de pensamiento tenga que provocar en el futuro, por el hecho de serlo, una determinada actitud de purismo lingüístico en sus hablantes <sup>30</sup>. El maltés moderno es el resultado de la mezcla lingüística de dos líneas de pensamiento tan diferenciadas entre sí como lo son el árabe y el siciliano <sup>31</sup>. El sheldru es un cocido hecho a base de mezclar estructura inglesa con vocabulario céltico <sup>32</sup>. En el russenorsk <sup>33</sup> una lengua franca que todavía a principios de siglo hablaban los pescadores noruegos, lapones y rusos, el coktel estaba hecho, como su propio nombre indica, con media copa de ruso y la otra media de noruego. En el famoso chinook jargon, la lengua comercial de los cazadores de pieles canadienses, los dos componentes fundamentales eran el chinook y el nootka, ambas lenguas indígenas, pero muy diferentes entre sí. Al resultado se le echaron unas cuantas gotas de francés e inglés, y unas guinditas de dialectos salishan <sup>34</sup>. Como a todo hay quien gane, el «hawaiian pidgin english», usado hoy en día por muchos de su medio millón de hablantes como lengua nativa, aunque destilado básicamente del inglés, está fermentado con vapores chinos, japoneses y de varias lenguas austronesias <sup>35</sup>. También en Africa los ejemplos son abundantes: citemos como muestra el mbugu, simpático hijo mestizo de un matrimonio entre una lengua bantú, posiblemente el asu, y una lengua no bantú que Goodman opina ser del grupo iraqw <sup>36</sup>.

Y estos son sólo unos pocos ejemplos sacados de entre los más exóticos con el propósito deliberado de evitar tener que señalar con el dedo las andanzas y desmanes de nuestras lenguas europeas que a pesar de su recatada apariencia no son, ni mucho menos, un edificante ejemplo de pudor lingüístico <sup>37</sup>.

En fin, los cruzamientos entre lenguas, desde tiempos más bien remotos, no conocen pese a todo, más barreras que las del buen gusto de sus hablantes. Dadas las condiciones idóneas para ello, y publicadas las proclamas, nada puede impedir el enlace. De las cuatro barreras de Whinnom, y dado que la primera es una verdad del bueno de Pero Grullo, puesto que aún no se ha ideado la agencia matrimonial de las lenguas, sólo la emocional es, a lo que parece, verdaderamente relevante: y es que sin amor ninguna unión es posible; sin ese legítimo deseo de penetrar el uno en el otro para dar lugar a un tercero, distinto de ambos.



Si el fruto de esa unión es hijo legítimo, o hijo espúreo, es cuestión de opiniones. En esto como en la vida humana de la que son parte y espejo, habrá quien acumule las gracias de sus progenitores. Y habrá quien acumule sus desgracias. Lo que es indudable es que el hijo tiene una entidad independiente, y que si convenimos con Michelena que en las estructuras de la lengua no hay adelanto ni atraso <sup>38</sup>, no hay por qué pensar que sea menos que sus padres. Mucho menos garantizar que sus progenitores en su reciente o lejana juventud no han hecho otro tanto.

## XII

Dejando aparte pues, categorías de valor, condenadas de antemano al más raso subjetivismo, la cuestión es muy otra. Se trataría por un lado de evitar, en lo que a la propia denominación de las lenguas se refiere, el fetichismo de la palabra, es decir de esquivar incurrir en ese estado que algunos, como Cassirer, estiman «pre-lógico» en el que la denominación, el nombre, es utilizado como un medio de control sobre el objeto <sup>39</sup>. A poco que indagemos enseguida descubrimos que esta mentalidad que tanto nos complace ver en el ojo de los que engreidamente denominamos «nuestros contemporáneos primitivos» forma vigas solapadas de nuestro sistema de funcionamiento habitual. Conservar el nombre previo <sup>40</sup> como un medio de ocultar u «olvidar» el cambio —o simplemente la sustitución— que se ha producido en el objeto, es una práctica que rebasa, con mucho, los límites de la actividad política de nuestros «contemporáneos civilizados». En este estado de cosas tal vez sea en algún caso obligación del lingüista, bien que incómoda obligación, informar a la comunidad lingüística, como simple paso previo a cualquier planteamiento (o como modo de evitar que el lenguaje, como entendía Max Müller, se convierta por la fuerza de su ambigüedad en un gestador de *mitos* inexistentes) que la palabra y el objeto por ella designado ya no guardan una estricta correspondencia: o sea que aunque llamamos a tal objeto con el mismo nombre, tal objeto no es sin embargo el mismo que aquél al que anteriormente habíamos convenido en llamar así. Y no es el mismo bien porque ha sido sustituido, bien porque ha sufrido cambios tan profundos que lo hacen diferente, *por más que todavía conserve el nombre originario*. La cuestión, aun cuando expuesta trivialmente, dista mucho de ser trivial. Muchos de los malentendidos en los que cotidianamente nos movemos tal vez se aliviarían con que recuperáramos ese imponente poder del logos, de la palabra, que no es otro que el de poder y saber llamar a las cosas por su nombre. Pero hoy día el lenguaje, imposible decir por qué extrañas distorsiones, se ha convertido, como ya nos había advertido Firth <sup>41</sup> en un simulacro: en un poderoso instrumento de enmascaramiento y ocultación.

Frente al purismo a ultranza, externo y formalista, hay pues muy buenas razones para pensar que la degeneración de un idioma no proviene de los préstamos —por abultados que sean— que éste solicita de otro u otros: lo que en el peor de los casos es una manifestación, bastan inocente por cierto, de debilidad, puesto que todo idioma posee en sí mismo recursos que elaborados convenientemente le permitirían el autoabastecimiento. La verdadera degeneración de un idioma proviene más bien del desvirtuamiento conceptual a que se ve sometido por una distorsión completa en su utilización y en sus fines.

Pero en el otro extremo, cuando un idioma concreto canaliza en torno a sí la lealtad lingüística y la adhesión emocional de un grupo de seres humanos, cuando este idioma es sentido por ellos como un factor de autoidentidad, que los vincula etnocrónicamente, con su propio pasado, hay que estar muy alerta de los riesgos que pueden hacer de todos estos esfuerzos una ficción, porque el modelo lingüístico-cultural al que ellos desean adscribirse, y al que imaginan pertenecer, esté en trance, o haya comenzado ya a ser sustituido por un modelo distinto.

Es cierto que cuando uno comprueba en su propia carne las capacidades limitadas de la mente humana actual para el multilingüismo no puede por menos sentir una comprensión infinita y una tierna complicidad hacia lo que Cole llama «that unfortunate stepchild of Creation»: el híbrido <sup>42</sup>. Pero como cuando como en el caso del euskara el modelo originario está aún en pie, cuenta con una probada capacidad innata de adaptación al momento actual, sin que ello haya de suponer el sacrificio de su propia identidad y pueda aportar en cambio el enriquecimiento de insertarse en su modo personal, genuino y milenario de ver el mundo, somos muchos los que pensamos que, no importan los sacrificios que haya que comprometer en ello, la hibridación debe ser ocasional, marginal a la perpetuación del idioma en cuanto tal, estación de paso.

Es esta la única razón (y no ningún *pedigree* de pureza lingüística) para tratar de desaconsejar que los deslices ocasionales de todo advenedizo a las artes expresivas de este idioma, rico en posibilidades aún no sospechadas, se convierta en un desenfreno colectivo, donde por no saber nadie ya dónde están y cuáles son los límites de lo permitido no se pueda gozar de la satisfacción de haber preservado el idioma milenario en la difícil hora actual, y no se pueda gozar siquiera de esos dos placeres innatos a todo lenguaje natural: el placer de la fidelidad a la norma, base de la intercomprensión social, y de la continuidad cultural, y el placer de la transgresión controlada de esta norma, fuente de toda innovación y creación lingüística individuales.

A este propósito Chomsky ha dicho con mucha justeza:

«En el caso del lenguaje creo que su característica más sorprendente es lo que en ocasiones se ha denominado su aspecto creativo, es decir el hecho de que poseemos un rígido sistema de reglas y de restricciones a esas reglas que constituyen la base para la libertad de la conducta. A menudo se cree, equivocadamente, que la libertad aumenta cuando disminuyen las restricciones; cuanto menores sean las restricciones, mayor será la libertad. Pero esto no puede ser cierto, pues significaría que si no hubiera restricciones, se disfrutaría de una libertad absoluta, lo que no es verdad en un sentido muy desinteresado de la libertad. Entendemos por libertad la capacidad de realizar actos significativos. Y la noción de acto significativo –bien en el dominio del lenguaje, o en el de la interacción social, bien en el arte o en cualquier otra materia– depende de los sistemas de reglas o normas que determinan las restricciones dentro de las cuales se realiza la plenitud de sentido. Así, por ejemplo, en un estilo de arte donde uno puede hacer lo que se le antoje, no existe propiamente creación artística. En la forma de arte en que existen restricciones objetivas pre-establecidas es posible desarrollar una actividad creativa y plena de sentido. Por tanto hay una relación entre las restricciones y la libertad creativa, lo que no significa que unas se intensifiquen en tanto que la otra mengua» <sup>43</sup>.

## XIV

Hay en una lengua determinados síntomas que advierten que la avalancha de arenas ha dejado de ser drenada y comienza a sedimentarse en el fondo del ancho lago del lenguaje. Uno de estos síntomas consiste en que las transgresiones aparezcan de un modo continuo en los dominios más pulidos de un idioma (el discurso público, la producción escrita, etcétera), o se implanten en los mecanismos más selectivos de la transmisión lingüística: escuela, pedagogos, autores de método de enseñanza del idioma en cuestión, etcétera). Aunque no es nada fácil, pues es efectivamente como dice Rossetti una cuestión de grado, saber cuándo una lengua deja de ser lo que era y pasa a ser «otra cosa», sí debemos tener en cuenta que un importante número de entre los lingüistas suelen admitir como criterio delimitador el de la intercomprensión. Como escribe Martinet:

«Debemos establecer que existe una lengua desde que se establece la comunicación en el cuadro de una doble articulación de carácter vocal, y *que se trata de una sola y única lengua mientras la comunicación está efectivamente asegurada*» <sup>44</sup>.

Por tanto, si esta comunicación no está asegurada, como ocurre cuando la generación que aprendió la lengua de un modo natural en la etapa anterior no puede entender a la generación de niños que la aprenden en el proceso actual, los síntomas son de por sí muy alarmantes, y hay que analizar serenamente, si más allá de ininteligibilidades más o menos superficiales derivadas de una doble adscripción entre dialecto (los padres) / estándar (los hijos), en el fondo de la discusión no hay una cuestión de incomprensión entre dos modos internos de ver el idioma: el genuino / el híbrido. Claro que el híbrido puede aparecer estandarizado, y el genuino tener muy escasa representación fuera del marco dialectal <sup>45</sup>. Pero ello es ya otro problema. Por encima de todo hay que evitar plantear los problemas transponiéndole los términos que pertenecen a otro problema distinto, porque de no hacerlo así, la defensa de la unificación idiomática, absolutamente necesaria para cualquier colectividad moderna, puede verse convertida en un triunfo de la hibridación lingüística.

Para evitarlo, y suponiendo que sea eso lo que se desee lograr, se deben de rehacer por todos los medios al alcance de la colectividad, las empalizadas que impiden el acceso de la criollización lingüística. Ya he dicho que traduciendo las cuatro barreras de Whinnom a nuestra situación concreta en Navarra éstas se podrían resumir en dos: condiciones de transmisión y condiciones de protección del euskara.

## XVI

### Las condiciones de transmisión

Para ilustrar este punto nos viene bien acudir a la antinomia que ya establecía Victor Henry <sup>46</sup> entre lenguaje natural y lenguaje artificial o adquirido. Para Henry el primero es un lenguaje transmitido de un modo natural (de padres a hijos; de nativos a no nativos), un lenguaje que funciona sin que los sujetos hablantes tengan conciencia de ello. El segundo es un lenguaje *aprendido* en el que la reflexión y la voluntad desempeñan el principal papel.

Sabemos ahora <sup>47</sup> que todos los mecanismos del lenguaje, desde los aparentemente más sencillos, a los más sofisticados, desde las reglas que rigen la formación de palabras, existentes o posibles <sup>48</sup> hasta las que determinan la combinación de lexemas en unidades más amplias de sentido, están regidas por leyes sistemáticas. De entre estas leyes algunas son específicas para cada lengua concreta <sup>49</sup>. El hablante no es «consciente» de ellas, pero constituyen la estructura de todo el sistema de relaciones que él es capaz de recrear <sup>50</sup>.

Cuando la transmisión deja de ser una transmisión natural la pervivencia del sistema queda amenazada por entero. La introspección lingüística y el análisis que requiere descubrir todas y cada una de las leyes del otro idioma, no está al alcance de todos los sujetos, en su triple exigencia de tiempo, voluntad y capacidad. Pero aun en el caso de existir esta introspección (lo que puede ser el caso, por ejemplo, del lingüista) queda que esta introspección sea la correcta, y que se divulgue mediante métodos adecuados: lo que exige en todo caso confrontarla con la *competencia* del nativo <sup>51</sup>. De lo contrario se corre el riesgo de reproducir las leyes de la propia lengua, de pensar en la lengua nativa, aun cuando se crea estar hablando la otra <sup>52</sup>.

El vigor de estas leyes en la realización del hablante es tal que éste aunque desconozca su naturaleza y sea incapaz de formularlas con la precisión del lingüista, siempre posee una matriz que le permite valorar cualquier frase relativa a su idioma como «correcta» o «incorrecta» <sup>53</sup>; existiendo de un lado un sentimiento de malestar lingüístico ante cualquier realización que las transgreda, y de otro, un sentimiento de «tenacidad lingüística» que lleva a los hablantes a sopesar cada préstamo, cada innovación, antes de adoptarla. Cuando por fin se adopta no queda como un cuerpo extraño dentro del sistema, sino que se «ajusta» a las leyes <sup>54</sup>.

Por el contrario, cuando estas leyes no se conocen naturalmente, y tampoco se conocen por reflexión, por el descubrimiento de las reglas que rigen su funcionamiento, se provoca en los hablantes un sentimiento de inseguridad que desemboca en la hibridación. Como no se sabe a ciencia cierta qué es y qué no es correcto, uno acaba amparándose en las leyes internas que domina: las de su propio sistema <sup>55</sup>.

## XVII

Cuidar las condiciones de transmisión quiere decir, antes que nada, favorecer la transmisión natural del lenguaje, allí donde esto sea aún posible, tratando de que haya un continuum entre la lengua del padre y la del niño. Para favorecerlo y evitar que entre ambos haya un salto, o una «ruptura» (lo que en inglés se llama *a gap*), y dado que el medio principal de adquisición del idioma a partir de determinada edad es la escuela, hay que hacer acorde en los primeros años el modelo lingüístico escolar con el modelo lingüístico familiar. Ello supone responsabilidades para ambas partes: alfabetización y enriquecimiento lingüístico de los padres que los acerque y los familiarice con las formas standard del idioma. Pero también acercamiento de la escuela a la norma nativa <sup>56</sup> y allí donde ello sea posible que la transmisión lingüística durante los primeros años de escolaridad esté confiada a individuos nativos en dicha norma.

En los casos en los que, por factores muy diversos, la transmisión natural no sea viable, la transmisión adquirida deberá tratar de reproducirla lo más fielmente posible. Ello conlleva un sistema de enseñanza en el que la lengua del nativo (comenzando por su lengua coloquial) <sup>57</sup> sea el objetivo primario del aprendizaje, pero también una colocación de *nativos* (o gentes con una competencia lingüística asimilable a ellos) en los puntos claves del proceso de transmisión. Si esto no es posible en todos los campos, se deberían prioritar aquéllos (como guarderías, primeros años de escolarización, euskerización de adultos con hijos en la ikastola...) que están destinados a tratar de reproducir lo más fielmente posible el aprendizaje natural.

## XVIII

### Las condiciones de protección

Por condiciones de protección entendemos salvaguardar una lengua, en nuestro caso el euskara, de todos aquellos factores que propician la hibridación. El más importante de ellos es, a nuestro entender, el bilingüismo indiscriminado. Para proteger al euskara de ello hay que reemplazar al castellano en todos aquellos «dominios» o espacios en que el euskaldún tiene, dentro de su zona idiomática, la necesidad de acudir al castellano por la sola razón de no estar cubiertos en vasco: administración pública, servicios, comercio, enseñanza en todos sus grados, medios de comunicación, etc. De este modo se consigue desplazar hacia el pseudobilingüismo a todo un sector de la población que se debate en las molestias del bilingüismo contextual, permitiendo rehacer un núcleo de hablantes para los que el euskara sea campo habitual y generalizado de expresión. Esta tarea va indisolublemente unida a una labor de preparación y adaptación lingüística del sujeto que le permita cubrir en un euskara correcto todos aquellos dominios que ha cubierto normalmente en castellano: trabajo crucial que debe ser objeto de una pedagogía lingüística adecuada.

## XVIII

Pero no se trata solamente de formar este núcleo. Hay que dotarlo —o quizás sea más correcto decir que ha de dotarse él mismo— de influencia y prestigio dentro de la comunidad lingüística. Como consecuencia de la anterior situación de subordinación, hay un desajuste entre las jerarquías de «capacidad lingüística» y «prestigio sociolingüístico».

Para comprender esto colocaremos cada jerarquía en una fila, con sus respectivos índices, y veremos cómo se corresponden.

Como es fácil de comprobar desde la óptica del euskara ambas jerarquías no se corresponden. A mayor capacidad en vascuence no se corresponde el índice mayor de influencia lingüística. Mientras que desde la perspectiva del castellano sí sería posible establecer una correspondencia bastante ajustada entre las dos jerarquías, en euskara los que hoy día tienen «poder» para imponerlo o son erdaldunes (capacidad nula) o lo están aprendiendo (capacidad baja) o son bilingües condicionados (capacidad media). Por el contrario muchos de los que sólo quisieran o sólo pueden hablar en euskara (índices máximo y alto de

Gráfico n.º 8

Indice	JERARQUIA DEL PODER LINGÜÍSTICO	Indice	JERARQUIA DE LA CAPACIDAD LINGÜÍSTICA EN EUSKARA
Máximo	Los que determinan la lengua que se ha de hablar	Máximo	Euskaldunes que sólo quieren hablar euskara
Grande	Los que enseñan la lengua	Grande	Euskaldunes que sólo pueden hablar euskara
Medio	Los que son imitados ling. por otros	Medio	Hablan euskara y erdara
Menor	Imitan	Menor	Erdaldunes que aprenden euskara
Mínimo	Son rechazados o ridiculizados	Mínimo	Erdaldunes

capacidad) tienen muy poca influencia dentro de la jerarquía de poder lingüístico, o incluso son rechazados o ridiculizados (poder lingüístico nulo).

Creo pues que queda claro qué entiendo por redistribuir el poder lingüístico, al menos en uno de sus aspectos <sup>58</sup>: reestablecer la correlación entre influencia y capacidad para una lengua dada, de modo que los que mejor dominan ese idioma sean los que mayor influencia lingüística ejerzan en él.

Si tuviéramos que resumir estos principios en una «fórmula magistral» a las que tanto nos han acostumbrado los slogans al uso, tal vez pudiéramos echar mano de la doctrina de Monroe, que hoy día padecemos en la más fraudulenta de sus interpretaciones y reformularla desde la sociolingüística con más nitidez, y menos aviesas intenciones. De este modo:

«el inglés (el control lingüístico del inglés) para los angloparlantes; pero el euskara (el control lingüístico del euskara) para los euskaldunes».





## Notas

1. La interferencia puede estudiarse además desde distintos frentes: interferencia fonética, interferencia gramatical, interferencia léxica, interferencia semántica... El trabajo puntal y referencia obligada en este campo es hoy por hoy, la obra de Uriel Weinreich *Languages in Contact, Findings and Problems* (citamos por la séptima edición, Mouton, The Hague-Paris, 1970). Junto a esta cf. también Einar Haugen: *The Analysis of Linguistic Borrowing*, *Language* 26, 210-31 (1950); J. E. Karsten: *Mélange des langues et emprunts*, *Scientia* 58, 182-92 (1935), André Martinet *Function, Structure, and Sound Change*, *Word* 8, 1-32 (1952), y entre las obras generales sobre multilingüismo que le concede una atención preferente, y además con muy amplia bibliografía: Neroboj Vildomec: *Multilingualism*, A. W. Sythoff, Leyden, 1963, y E. Haugen «Bilingualism in the Americas. A bibliography and research guide». Alabama, 1956. Los estudios sobre casos concretos de interferencias entre lenguas se cuentan por millares, y hay abundantes referencias a ellos en cualquiera de las obras citadas.

2. Weinreich, op. cit., pág. 1.

3. Idem, pág. 11.

4. Hay ya una edición reciente de esta obra (en Orain Sorta). Fue publicada por primera vez en la revista *Euskera*, Bermeo, 1929.

5. Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1968.

6. Por ejemplo en la obra de Karmele Rotaetxe *Estudio Estructural del Euskara de Ondárroa*.

7. Entre las más recientes, en la obra colectiva *El lenguaje en la Educación Preescolar y Ciclo Preparatorio*, Vasco-Castellano». Burlada, 1979.

8. Su opúsculo publicado por la Ikastola de Elgóibar: *Euskaraz Zenbait Perpausa Trakets*, es a pesar de su brevedad un trabajo sustancioso sobre el tema.

9. Este término, hoy ya común en todo el País Vasco, aun en castellano, designa a los que hablan una lengua distinta al euskara (euskaldunes) y por antonomasia entre nosotros a los castellano-parlantes.

10. Es necesario, sin embargo, para entender en su justo alcance lo que Sapir quiere expresar en esta afirmación, leerla en su propio contexto. Cf. Edward Sapir *El Lenguaje*. Edición española por el fondo de Cultura Económica, México, quinta reimpression 1975, cap. IX: la Mutua Influencia de las Lenguas. Págs. 217-234.

11. V em Congr. Intern. des Ling. Réponses au Questionnaire. Sainte Catherine, Bruges, pág. 36.

12. *Langue mixte et mélange des langues*. Acta Lingüística V, 1945-49. Pág. 78.

13. Cf. *El marco sociológico y espacial de una situación bilingüe*. VIII. En «La problemática del bilingüismo en el estado español». Lejona, 1980, cit.

14. Cf. sus *Kreolische Studien*, publicados de 1882 a 1890 (en IX volúmenes) en la *Sitzungsberichte der k. k. Akademie der Wissenschaften zu Wien* (Viena), también publicó varios artículos sobre temas criollos en la revista «*Zeitschrift für romanische Philologie*», Halle, Germany (más tarde Tübingen). Fue precisamente aquí, en el número 33 (págs. 441-461) donde apareció en 1909 su conocido trabajo sobre *Die Lingua Franca*.

15. Una porción bastante representativa de éstos se reunió por primera vez en una conferencia internacional en Jamaica, abril de 1968 (Mona, University of the West Indies) para demostrar que estas lenguas-pidgins y criollas –tenidas hasta entonces como lenguas marginales y marginadas «are of central importance to our understanding of language, and central too in the lives of some millions of people». Los trabajos presentados en esta conferencia se publicaron en un grueso volumen titulado: *PIDGINIZATION & CREOLIZATION OF LANGUAGES*, Cambridge, at the University Press, 1971 (en adelante citaremos por PIDG & CREOL).

16. Los llamados «dialectos mestizos» son, en todo caso, dialectos del español que además se van acercando progresivamente cada vez más a la norma standard, conforme decrece la influencia del sustrato indígena. Cf. sobre esto la obra de Rosenblat «La población indígena y el mestizaje en América», Buenos Aires, 1954. Asimismo, sobre dialectos indígenas del castellano Douglas Gifford:

*Serrano Speech: Notes on the Mestizo Dialect of S.E. Peru*. Forum for Modern Language Studies, volume V, n.º 2, april 1969, págs. 162-179.

17. «In the Huave-Spanish contact situation, the circumstances which might lead to the formation of a pidgin are lacking. Indeed, it is noteworthy that there are no recorded examples of Indian-Spanish pidgins in Mexico. Rather, convergent change seems to lead to one of two principal situations: extinction of the Indian language, or bilingualism. In the latter, progressively greater amounts of interference affect the norms of the Indian language, and more and more indian speakers learn Spanish as a second language and even teach Spanish exclusively to their children. Since we encounter a wide gamut of linguistic types in the Indian language structures of Mexico, we can only conclude that the explanation for the lack of pidgins must be sought in sociological terms», a tales conclusiones llegaba A. R. Diebolt estudiando la comunidad huave de San Mateo en México (cf. *Incipient Bilingualism*). En la obra colectiva *LANGUAGE IN CULTURE AND SOCIETY*. Harper & Row Publishers. New York, Evanston, London, 1964. Págs. 495-507.

18. Este es definido por Diebolt como «contact with possible models in a second language and the ability to use these in the environment of the native language» (en *Incipient Bilingualism*, cit. pág. 505).

19. «Today, apart from the many Spanish loan words in Philippine languages and a few speakers of Spanish in the upper echelons of society, the linguistic legacy of Spain in the Philippines is limited to the existence of several communities that speak a Spanish creole language as their mother tongue. Philippine Creole Spanish is not simply a Philippine language with unusually heavy Spanish lexical influence, nor is it Spanish with a large number of Philippine loan words. It is a distinct language, easily distinguishable from both its Romance and its Austronesian progenitors». Charles O. Frake *Lexical Origins and Semantic Structure in Philippine Creole Spanish* en *PID & CREOL*, cit., págs. 224-242.

20. Importante en un sentido fáctico, no en un sentido emocional.

21. Cf. Keith Whinnom *Linguistic Hybridization and the Special Case of Pidgins and Creoles*. En *PIDG & CREOL*. Págs. 91-116. Del mismo: *The origin of the European-based pidgins and creoles*. Orbis, 14: 509-527.

22. Y aun así añade: «it is a proposition wich needs careful shading».

23. Art. cit., págs. 92-3.

24. Whinnom aclara que no se trata sólo de actitud hacia el idioma, sino también, en casos, hacia los hablantes del idioma. Cf. pág. 93.

25. Ibidem.

26. Págs. 96-7.

27. Pero tampoco lo fomenta. El sistema consonántico vasco ofrece en algunos de sus fonemas una dificultad insalvable para muchos eraldunes.

28. Este no es, ni mucho menos, un fenómeno reciente. En la obra de Leizárraga de Elcano (1748-1835) que recoge lo que debió ser el habla euskérica de Pamplona y su Cuenca, por aquella época, se encuentran construcciones como las siguientes: «Cer da bada, edo nor da Jangoicoa? (...) Da espiritur purissimo bat, on guien principio, iturri ta centro (...); infinituqui ona, poderosoa, sabioa, justoa, perfectoa, inmensoa, principio ta fin gauza guciena». Y Lizárraga era, a fin de cuentas, escritor euskaldún y hombre que sin duda valoraba su idioma: pero la avalancha castellana en su léxico, en el orden de la frase, y en algunos conectivos está indicando qué vascuence tenía que usar para ser entendido por sus parroquianos.

29. Hjelmslev denomina determinaciones a las dependencias unilaterales en las que un término presupone el otro, pero no viceversa. Cf. sus *Prolegómenos a una teoría del Lenguaje*. Edición española por Edit. Gredos, págs. 41-42. En nuestro caso la autonomía conceptual supondría la existencia previa de una actitud emocional, pero no al contrario.

30. Pero si no va ligado selectivamente a ella acaba desintegrándose como tal sistema autónomo, por eso depende de ella.

31. En realidad el árabe y el siciliano-italiano, Cf. Lüdke. *Historia del Léxico Románico*. Edición española, Gredos, Madrid, 1974. Págs. 289 y ss.

32. Cf. McAlister: *The Secret Languages of Ireland*, Cambridge, 1937, págs. 630-224.

33. Cf. Olaf Broch «Russenorsk». *Archiv für Slavische Philologie* 41: 29-262 (1927).

34. Esta lengua mereció la atención de algunos de los lingüistas norteamericanos más prestigiosos del primer tercio de siglo, tales como Franz Boas (cf. *Note on the Chinook Jargon* en *Language* 9: 208-13 y Melville Jacob: *Notes on the structure of Chinook Jargon* también en *Language* (1932) n.º 8 págs. 27-50. Véase también el artículo de Terence S. Kaufman *Statements and Precís (a report on Chinook Jargon)*, y el de Michael Silverstein *Language contact and the problem of convergent generative systems: Chinook Jargon* ambos publicados en *PIDG & CREOL*, cit.

35. Stanley Tsuzaki *Problems in the study of Hawaiian English*; del mismo *Coexistent systems in language variation: the case of Hawaiian English*; asimismo cf. Elizabeth Carr *The English language in Hawaii*, todos ellos en *PIDG & CREOL*, cit.



36. Cf. Morris Goodman *The strange case of Mbugu (Tanzania)* en PIDG & CREOL. cit.
37. El libro de Philippe Wolff «Origen de las lenguas occidentales 100-1500 d. C.» ed. española Guadarrama, Madrid, 1971, es en éste, como en otros aspectos, una buena introducción al tema.
38. «Hizkuntz egituretan ez da atzerapenik, ez aurrerapenik». Cf. Mitxelena, «Zenbait Hitzaldi». Etorbidean Kultura. Bilbao, 1972. Pág. 130.
39. «La creencia en la magia se basa en una convicción profunda de la solidaridad de la vida. Para la mente primitiva el poder social de la palabra experimentado en innumerables casos se convierte en una fuerza natural y hasta sobrenatural (...) más tarde la función mágica de la palabra se eclipsó y fue reemplazada por su función semántica. Ya no está dotada de poderes misteriosos, ya no ejerce una influencia física o sobrenatural inmediata». Ernst Cassirer *Antropología Filosófica (Introducción a una Filosofía de la Cultura)*. Edición española por el Fondo de Cultura Económica, México, pág. 168 y ss. de la edición de 1968. La acotación que habría que hacer a esta opinión de Cassirer es doble; por un lado hay que convenir con Paul Radin de que hay entre «los primitivos» un uno por ciento por lo menos «para el cual las descripciones con que contamos son tan inadecuadas y deformantes como lo sería una descripción de la clase intelectual europea que le adjudicara las creencias y costumbres reunidas por Frazer en «La rama dorada». La segunda acotación es que existe entre nosotros «los civilizados» un porcentaje bastante superior de «primitivismo» que nos impide pensar que hemos dejado atrás, o eclipsado, ninguna función mágica de la palabra.
40. Piénsese en una lista de palabras, suficientes para llenar un diccionario, que han quedado reducidas a cáscaras vacías («revolución», «bien común», «orden social»...) como consecuencia de la contradicción entre sentido original e intención de uso posterior. John Wilson trata parcialmente este tema en su obra: *Language and the Pursuit of the Truth. The Syndics of Cambridge University Press, 1956* (hay edición española por Edhasa, Barcelona, 1971: cf. especialmente el cap. V sobre magia y ambigüedad, págs. 37 a 52 de la edición española).
41. «In the above remarks on human nature no notice has been taken of grand ideas, pure thought, or the highest reaches of the «spirit». Most of the features we have noticed are essential elements of our lives and it is precisely because so many of them are «irrational» that so much emphasis has here been laid on the seamy side of language. Our professors, biting the ends of their pens, deep in verbal proofs, have not only flattered themselves but also deceived their impressionable readers by persistently defining language as «the expression of thought» a medium for transmitting ideas to another individual» «a code of signs of symbols standing for concepts, ideas and feelings» a means of «manifesting outwardly the inward workings of the mind». Metternich was much nearer the mark when he pointed out to the professors that one of the commonest uses of language was for the concealment of thought, and that generally speaking the very last thing a man of affairs wanted to do, assuming such a thing to be possible, was to manifest the inward workings of his mind». Págs. 98-99 de *The Tongues of Men and Speech*. Oxford University Press. London, reedition of 1970.
42. En *Fanagalo and the Bantu Languages in South Africa*, pág. 547 de la obra colectiva *LANGUAGE IN CULTURE AND SOCIETY*, cit.
43. En *Revolución en la Lingüística*. Salvat, Barcelona, 1973. Pág. 18 y ss.
44. En *Elementos de Lingüística General*. Ed. española, Gredos, Madrid, 1972. Pág. 182.
45. Ello no es imposible que ocurra si la standardización se focaliza en aspectos periféricos (léxico u ortografía) y es más laxa en las capas centrales del sistema que para Lüdke. por ejemplo, son tres: su fonología, sus funcionivos, y sus normas morfo-sintácticas (cf. su H.<sup>a</sup> del *Léxico Románico*, cit. págs. 284 y ss.).
46. Cf. Charles Bally *El lenguaje y la Vida*. Edición española por Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 5.<sup>a</sup> ed. 1967. Cap. IV Lenguaje Transmitido y Lenguaje Adquirido. Págs. 157 a 179 de la ed. española.
47. Como escribe Chomsky en el prefacio a sus *Aspects of the Theory of Syntax*: «the idea that a language is based on a system of rules determining the interpretation of its infinitely many sentences is by no means novel. Well over a century ago, it was expressed with reasonable clarity by Wilhelm von Humboldt in his famous but rarely studied introduction to general linguistics (...) Nevertheless, within modern linguistics, it is chiefly within the last few years that fairly substantial attempts have been made to construct explicit generative grammars for particular languages and to explore their consequences» (Pág. V de la edición de 1969 editada por The M. I. T. Press, Massachusetts. (Hay edición española de esta obra en Aguilar, Madrid, 1971, con una amplia introducción a la obra de Chomsky por Carlos Peregrín Otero).
48. «Within traditional linguistic theory, furthermore, it was clearly understood that one of the qualities that all languages have in common is their «creative» aspect. Thus an essential property of language is that provides the means for expressing indefinitely many thoughts and for reacting appropriately in an indefinite range of new situations» (Aspects, cit., pág. 6). Lee Whorf llega a analizar «cómo están coordinados todos los sonidos elementales ingleses (fonemas) y sus agrupaciones mediante una ley intrincada, pero sistemática para crear todas las formas posibles de las palabras monosilábicas inglesas, llenas de sentido, existentes, o aún no pensadas» (Cf. págs. 285 y

ss. y págs. 252 y 262 de la edición española de su obra *Language, Thought and Reality* (en castellano, *Lenguaje, Pensamiento y Realidad*, Barral, Barcelona, 1970).

49. Otras son comunes a más de una lengua, y las habrá que sean propias de esa especie única de las que las demás lenguas no serían, como opina Michelena, más que variedades (cf. *Las lenguas y la política*, cit. pág. 120): el lenguaje natural. Sólo que éstas restan aún por ser formuladas explícitamente. Recordemos que ha habido en este campo dos tendencias contrapuestas: la de un estructuralismo acérrimo que insistiendo y llevando a sus últimos extremos la formulación de Saussure de que «dans la langue, il n'y a que des différences» (F. de Saussure, *Cours de linguistique générale*, ed. de 1966, p. 166) llegaron a negar la posibilidad de una gramática universal, y la que, enlazando la gramática tradicional con la revolución chomskyana ha defendido la necesidad de aquello que se llamó gramática filosófica. En sus «Aspects...» cit. escribe Chomsky que: «the grammar of a particular language is to be supplemented by a universal grammar that accommodates the creative aspect of language use and expresses the deepseated regularities which, being universal, are omitted from the grammar itself». Pero dentro de este mismo siglo ya había habido lingüistas, antes de Chomsky, que como O. Jespersen afirmaban que más allá de las estructuras sintácticas, particulares a cada lengua, existirían otras categorías universales, que Jespersen denominó «nacionales» (*notional categories*) «It will be the grammarian's task» escribía «to investigate the relation between the notional and the syntactic categories» (*The Philosophy of Grammar*, p. 65 y ss. de la edición de 1968, London, George Allen & Unwin Ltd.).

50. Cf. Lee Whorf: «las formas de los pensamientos de una persona son controladas por inexorables leyes de modelos, de las que ella es inconsciente» (*Lenguaje, Pensamiento y Realidad*, cit., pág. 283). asimismo Chomsky: «Any interesting generative grammar will be dealing, for the most part, with mental processes that are far beyond the level of actual or even potential consciousness; furthermore, it is quite apparent that a speaker's reports and viewpoints about his behavior and his competence may be in error. Thus a generative grammar attempts to specify what the speaker actually knows, not what he may report about his knowledge». (*Aspects...* cit.).

51. «The problem for the linguist, as well as for the child learning the language, is to determine from the data of performance the underlying system of rules that has been mastered by the speaker-hearer and that he puts to use in actual performance». (N. Chomsky, *Aspects...*, cit. p. 4).

52. Es esta una de las características de lo que Martinet definía (en una terminología que no ha tenido mucha aceptación) como *sabir*: «La situación en la que ahora fijamos nuestra atención es aquella en la que un individuo o un grupo de individuos intentan establecer contacto fuera del dominio de su propia lengua común. Si este individuo, o este grupo desea establecer, como es probable, una comunicación lingüística, es necesario que convenza a las gentes con las que va a entrar en comunicación para que aprendan la lengua que él habla, o bien que él mismo aprenda la lengua de esas gentes. Sin embargo no hay que excluir el que un deseo de comunicación se manifieste por ambas partes y que cada uno de los grupos haga un esfuerzo por comprender lo que el otro dice e imitarlo del mejor modo que le es posible. El resultado será una lengua mixta a la que cada uno de los grupos intentará identificar, más o menos, con la lengua del otro grupo, pero que de hecho se encontrará a mitad de camino de ambas». Cf. pgs. 203-5 de la ed. esp. de sus *Elementos de Lingüística General*, Gredos, Madrid, 1972.

53. Ello no excluye, naturalmente, la existencia de oscilaciones y conflictos. Como escribe Jespersen: «it is a natural consequence of the complexity of the phenomena of life which have to be expressed, and on the other hand of the linguistic means available to express them, that conflicts of various kinds are bound to occur, in which the speaker has to make a choice and the, possibly after some hesitation, uses one form where someone else in the same situation might have used another form» (*The Philosophy of Grammar*, cit., p. 338).

54. Como nos recuerda Lüdke existen tres tipos de préstamos: los préstamos de vocabulario («en los que se conserva aproximadamente la misma forma fónica de la palabra extranjera»), préstamos de formación («aquellas palabras que bajo la influencia de un modelo extranjero han sido recreadas a partir de material léxico propio») y los préstamos semánticos («pura y simplemente préstamos de significado»). Para Lüdke (p. 25) las causas de los préstamos son «políticas y culturales». De estos tres tipos el más externo a la lengua sería el primero, y aún dentro del primero aquél que manifiesta un grado mínimo de apropiación y de fusión con el léxico propio, lo que ocurre cuando la forma fónica de la palabra extranjera no se adapta a las leyes fonéticas del idioma receptor. Cf. H.<sup>a</sup> del *Léxico Románico*, tit. Esp. págs. 21-5 y 62 y ss. Michelena, por su parte, advierte con agudeza que «es posible que, si pudiéramos remontarnos tan lejos como quisiéramos en la prehistoria de las lenguas, llegara a borrarse totalmente, como algunos suelen decir, la distinción entre léxico patrimonial, heredado y préstamos. Pero como esto no es posible, es un hecho que dentro de un lapso de tiempo como el que aquí, consideramos la distinción conserva toda su efectividad». Planteando el problema de qué resultados ha producido en el euskara, el contacto secular con el elemento latino-románico escribe: «Se ve de inmediato, incluso sin mayor conocimiento de causa que esa lengua (el euskara) ha resistido con todo éxito a la presión, ya que hoy todavía conserva

una fisonomía propia que la distingue claramente de sus convecinas. Por otra parte, se ha acercado a éstas de mil modos y maneras y, con todo, esta semejanza adquirida no es un hecho más real que aquella disparidad inicial y permanente». (En «Sobre el pasado de la Lengua Vasca», Auñamendi, San Sebastián, 1964. Págs. 103 y 116-7).

55. Sería interesante, en este terreno, una verificación, sobre casos concretos de la opinión de Lotman, tarea nada fácil por la dificultad de establecer de modo concluyente parámetros que determinen de un modo definitivo los criterios de compatibilidad e incompatibilidad. Este escribía en su artículo «El problema de una tipología de la cultura»: «por analogía con las lenguas criollizadas, parece necesario tener presente que si en el curso de contactos culturales se obtiene la unión de dos jerarquías compatibles de códigos, obtenemos entonces un nuevo tipo cultural; si en cambio chocan dos códigos incompatibles, resulta de ello la destrucción recíproca: la cultura pierde su *langue*» (en la obra *Semiótica y Praxis*, Cuadernos Beta. Redondo, editor, págs. 77-78).

56. Conduciéndoles desde ésta, lenta pero progresivamente, hacia la norma standard.

57. En la obra *El lenguaje en el Ciclo Preparatorio y Educación Preescolar vasco-castellano*, cit. se distinguen, de acuerdo con las directrices de la M. L. A. A. los tres niveles en el desarrollo del lenguaje: inicial, básico, y perfeccionado. Creo que, entre nosotros sería necesario relacionar estos dos niveles con los dos grandes códigos intralingüísticos que distingue Bernstein entre los adultos de una comunidad monolingüe, y que normalmente se corresponden con sensibles diferencias de posición y clase social: el código restringido (*restricted code*) y el código elaborado (*elaborated code*). Uno tiene la impresión que uno de nuestros graves problemas actuales estriba precisamente en que es muy reducido, incluso entre los pseudobilingües vascófonos, el número de los que poseen un «*elaborated code*» en euskera. Leyendo a Bernstein desde aquí uno tiende a pensar que existe una especie de «proletarización» del uso lingüístico del euskara incluso entre hablantes de la capa media y alta de la población: «it is suggested—escribe por ejemplo—that the typical, dominant speech mode of the middle class is one where speech becomes an object of special perceptual activity and a «theoretical attitude» is developed towards the structural possibilities of sentence organization. This theoretical speech mode facilitates the verbal elaboration of subjective intent sensitivity to the implications of separateness and difference, and points to the possibilities inherent in a complex conceptual hierarchy for the organization of experience. It is further suggested that this is not the case for members of the lower working class. The latter are *limited* to a form of language-use although allowing for a vast range of possibilities, provides a speech form which discourages the speaker from verbally elaborating subjective intent and progressively orients the user to descriptive, rather than abstract, concepts. Basil Bernstein «Class, Codes and Control», volume I. Paladin, St. Albans, 1973, págs. 78-79. La definición, descripción e implicaciones de ambos tipos de códigos puede verse especialmente en las págs. 144 a 161 de esta obra.

58. Otro aspecto es el desarrollado en nuestro *Bilingüismo Diglosia, Contacto de Lenguas (hacia una delimitación de conceptos)*, Anuario del Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo, VII (1974) págs. 3-80 esp. pp. 62-67.

59. La interpretación que los *yankees* le dan actualmente a esta doctrina parece ser ésta: «América para los americanos, y Europa, y Asia, y Africa, y Oceanía».



# PARTE SEGUNDA

## II. 1

### Los espacios categoriales





### 1.1. El binarismo saussuriano

Aunque su nombre aparece frecuentemente asociado con ellas, las dicotomías no las inventó Saussure, ni mucho menos: la historia del pensamiento lingüístico, antes y después de él, está lleno de ellas, es decir, el «procedimiento» ya se conocía. Para citar un solo ejemplo la oposición entre nombre y verbo (el sujeto y su predicado), dicotomía que con mínimas modificaciones sigue siendo operativa en la lingüística más actual, se remonta por lo menos a Platón, y la idea de niveles en la estructura gramatical tiene, como se ha hecho notar <sup>1</sup>, una antigüedad semejante. El descubrimiento, sorprendente para muchos, de que hay bajo el sol menos novedades de las que habíamos imaginado, está llevando en la hora actual a un número creciente de investigadores a lo que Crystal llama «el complejo de Telémaco»: esto es, a tratar de conectar las propias investigaciones con el reconocimiento de líneas de pensamiento más ancestral, o simplemente más antiguo. Pero ello no parece criticable, cuando se tiene en cuenta que es la reacción natural a ese lapsus colectivo de la memoria histórico-cultural que sigue siendo una de las enfermedades más típicas de la época contemporánea.

Pero si Saussure no creó el procedimiento, su popularización en la lingüística de este tiempo tiene en él el pariente más próximo. De entre estas dicotomías la base de todas las demás, y también la más justamente popularizada fuera del ámbito de nuestra disciplina, es su célebre e importante distinción entre la lengua (*langue*) y el habla (*parole*). De acuerdo con tal distinción para Saussure el estudio del lenguaje comportaría dos partes distintas:

«La una, esencial, tiene por objeto la lengua, que es social en su esencia e independiente del individuo; este estudio es únicamente psíquico; la otra, secundaria, tiene por objeto la parte individual del lenguaje, es decir, el habla, incluida la fonación, y es psicofísica» <sup>2</sup>.

Esta distinción se ha mantenido inalterable hasta nuestros días, y es incuestionada incluso por Chomsky, tan crítico en ciertos puntos de las tesis de De Saussure. Chomsky, en efecto, relaciona con esta doble oposición lengua/habla, su propia distinción binaria entre *competence* (competencia) y *performance* (actuación). Para Chomsky la primera es definida como el conocimiento que el hablante oyente tiene de su lengua; la segunda es su uso real de la lengua en situaciones concretas.

Pero escribe:

«La distinción que aquí señalo está relacionada con la distinción *langue/parole* de Saussure, pero es preciso rechazar su concepto de *langue* como un mero inventario, y volver más bien a la concepción de Humbolt de la competencia subyacente como un sistema de procesos generativos»<sup>3</sup>.

### 1.2. Chomsky y la concepción ternaria del lenguaje

La relación que hace Chomsky de la competencia con la lengua, y de la actuación con el habla puede hacer pensar que Chomsky ve también el lenguaje como una estructura binaria, compuesta de ambos niveles. Pero no es así. Para decirlo de un modo gráfico, el techo transformacional se sitúa en un escalón más alto; esto se descubre a cada paso en sus escritos:

«la lingüística moderna no ha reconocido explícitamente la necesidad de suplementar cualquier «gramática particular» de una lengua con la gramática universal a fin de lograr una descripción adecuada. Característicamente ha tenido por descarriado el estudio de la gramática universal, y ni siquiera ha intentado tratar el aspecto creativo del uso lingüístico»<sup>4</sup>.

Por tanto para Chomsky «la gramática de una lengua concreta debe ser suplementada por una gramática universal que explique el aspecto creativo del uso lingüístico, y exprese las profundas irregularidades que por ser universales no aparecen en la gramática propiamente dicha. Sólo cuando es suplementada por una gramática universal da del todo cuenta de la competencia del hablante oyente la gramática de una lengua»<sup>5</sup>.

Es decir, que en la concepción chomskyana, el lenguaje se compone de tres partes, cada una de las cuales integra a la siguiente: el lenguaje humano, objeto específico de la gramática universal<sup>6</sup>, la lengua, objeto de las gramáticas particulares, y el habla (o actuación) cuyo principal objeto parece ser la investigación de la aceptabilidad de las estructuras formales<sup>7</sup>.

### 1.3. El desafío multilingual

La aplicación de los dos modelos lingüísticos fundamentales de nuestro siglo (el estructuralismo y el transformacionalismo) a las comunidades lingüísticas homogéneas se ha resuelto en un avance en el conocimiento y en la descripción de los sistemas lingüísticos de estas comunidades<sup>8</sup> fecundidad que ha creado en los hijos un legítimo orgullo y una incondicional devoción hacia sus padres procreadores. Sin embargo a poco que cualquier individuo con una sólida formación en cualquiera de estas dos corrientes abandona el panorama confortable de las comunidades homogéneas y se adentra en el caos multilingual, el optimismo se aminora bastante, si es que no se convierte en muda decepción: «¡felicidades aquellos que pueden hablar de sistema!» escribe descorazonado W. H. Whiteley, tras observar el plurilingüismo en Kenia<sup>9</sup>, y analizando la situación lingüística en Jamaica De Camp pone el dedo en la llaga de la más desconcertante diversidad: «Casi todos los hablantes de inglés en Jamaica podrían ser colocados en una especie de continuo lingüístico... Incluso el concepto de un continuo lingüístico es una super-simplificación, pues supone que toda Jamaica sea una única comunidad lingüística»<sup>10</sup>.

Es precisamente este desajuste que existe entre los modelos puros, y la realidad a analizar que se rebela continuamente a encajar dentro de ellos, lo



único que puede explicar lo que parece inexplicable: que los estudios sobre multilingüismo, que han proliferado durante los últimos años, cuando ya estaba consolidada la «revolución transformacional», y por parte de estudiosos de muy sólida formación lingüística, presenten tanta desproporción entre los esfuerzos aplicados y los resultados obtenidos, junto con una disparidad tan absoluta resultante de que cada expedicionario ha tenido que abrirse, en la soledad de la jungla, su propio camino.

Parece pues evidente que, si por un lado resulta cada vez más aventurado adentrarse en este mar tenebroso sin la sólida nave de una buena formación lingüística, la lingüística «monogámica» no puede por su parte desentenderse a la hora de plantear sus modelos, del bilingüismo: pues es este campo el que le puede desafiar con las más incómodas preguntas, cuya respuesta puede llevarle tal vez a una modificación de puntos de vista erróneos o incompletos que, sin su indiscreción, habrían corrido el riesgo de quedar definitivamente institucionalizados. H. W. Whiteley ha planteado dos de estas «fastidiosas preguntas», que creo que no han sido aún contestadas:

a) «¿Cómo podemos relacionar la competencia del hablante (en el sentido de Chomsky) ya haya sido adquirida formal o informalmente, en lo que para él es una segunda o una tercera lengua, con la competencia mostrada en esa misma lengua por aquel para el que tal lengua es su primera lengua?

b) «¿Cómo podríamos dar cuenta de la competencia de un hablante en un espectro de variedades de su propia y primera lengua?»<sup>11</sup>.

#### 1.4. Dos planos (individual y social) en el bilingüismo

Sirva esto como explicación, ya que no como justificación, de por qué los estudiosos del bilingüismo, salvo significativas excepciones, se han obsesionado con la idea de ver en éste un hecho exclusivo del comportamiento individual<sup>12</sup> es decir, de la *parole*. Puesto que, desde Saussure, todo lo que «social» es del dominio de la *langue*, la contradicción en los términos que supondría la concepción de «una lengua bilingüe», les lleva a refugiarse en el seno de la ortodoxia, a cambio de contradecir las propias evidencias: todas aquellas que están pregonando a voces que el bilingüismo individual, salvo casos muy excepcionales, está subordinado a un bilingüismo social, esto es, a una esfera de hechos lingüísticos colectivos.

Pero si en lugar de emplear lengua y sistema como sinónimos, distinguiéramos el uno del otro<sup>13</sup> reservando para el primero el terreno de lo «ideal» y reservando para el segundo la «realidad» formada por el conjunto de situaciones sociales de lengua, o bien designáramos a este segundo por lo que Denyson y Mac Gregory llaman *diatipos*, que a pesar de pertenecer *ab vitro* a dos lenguas distintas, forman en la práctica de una colectividad un todo orgánico, advertiríamos que no hay contradicción en la idea de «sistema bilingüe»<sup>14</sup> o en la idea «diatipos sociales multilingüísticos»: es decir, que son muchas las colectividades que cubren un único campo lingüístico<sup>15</sup> a través del uso de un número elevado, pero limitado, de *dominios sociales* de lengua que, analizándolos, resultan ser hijos de padres diferentes, y que incluso pueden llegar a ser sentidos como tales por sus hablantes<sup>16</sup> lo que no les impide funcionar como unidad. Del mismo modo porque haya una

contradicción en la idea de «un matrimonio bimatrimonial» no estamos autorizados a suponer que el tener dos esposas sea un hecho —o una transgresión— exclusivas de la conducta individual. Esto puede ser cierto en algunos casos específicos, pero no lo es en otros; en algunas sociedades el tener dos (o más) esposas es una norma social: son éstos los casos en que un individuo cubre con dos seres de identidad distinta una única función, el matrimonio. Y en nuestro caso es preciso reconocer que es este único maridaje con dos seres de temperamento y carácter muy diferentes lo que hace que la vida diaria de algunas comunidades bilingües no sea el remanso de felicidad que algunos imaginan, sino la fuente de roles, actitudes y tensiones que sólo pueden entenderse y estudiarse bajo la óptica del bilingüismo social. El sujeto bilingüe no pasa así en estos casos de dos lenguas homogéneas y puras a un uso «adúltero» o entremezclado. El individuo bilingüe reproduce más bien un esquema de codificación que se ha ido fijando en los dominios lingüístico-sociales de su colectividad. Esta actuación es, a veces, automática (de causa a efecto), y en otras ocasiones deja resquicio para modificaciones personales. Pero ello no hace para que ambos tipos sean perfectamente distinguibles el uno del otro, y una descripción que no los tenga en cuenta está condenada de antemano a la ininteligibilidad de los fenómenos que intenta observar y explicar.

### 1.5 Tópicos y dominios

Esta doble configuración es válida no sólo para el estudio lingüístico del bilingüismo, sino para cualquier acercamiento que desde la sociología, la pedagogía, la antropología, etc. se haga al mismo. Precisamente es en el campo más estrictamente lingüístico donde esta distinción encuentra más dificultades en ser aceptada. Muchos autores que definen al bilingüismo como un hecho exclusivo de la conducta individual sienten la necesidad de hablar de «factores socio-culturales del contacto»: parece como si sintieran la necesidad de reconocer un bilingüismo social en sociología, pero se resistieran a aceptarlo en lingüística<sup>17</sup>. Además de lo apuntado más arriba, el peso de una concepción de la lengua como sistema ideal está detrás de esta resistencia a estudiar los esquemas «reales» tan apartados a veces de lo que el propio investigador estima que debiera ser la competencia subyacente de los sujetos que analiza.

Pero incluso desde una concepción normativa de un idioma, que es perfectamente legítima en los casos en los que lo que se pretende es precisamente eso: una normalización, este estudio es necesario porque el acceso a lo «deseable» no puede separarse del conocimiento, en un momento dado de la vida de la colectividad, de lo existente.

A falta de coordenadas más precisas, que el tiempo y la propia formación del investigador<sup>18</sup> le irán aportando, una primera distinción, a la hora de acometer el estudio de una comunidad bilingüe, entre tópicos y dominios, ya puede permitirnos el organizar las observaciones de un modo más productivo. Los primeros serían individuales (tareas del bilingüismo individual); los segundos son codificaciones colectivas<sup>19</sup>. Por lo demás también aquí parece que es a través de un estudio exhaustivo de los primeros como podemos ir detectando esos «sistemas subyacentes» que constituyen los segundos.

## 1.6. El «espacio», dimensión superior del uso lingüístico

Sólo sobre la base de una delimitación de estas dos dimensiones dentro del bilingüismo es posible proponer el reconocimiento de una dimensión más que añadir a ellas <sup>20</sup>: el bilingüismo espacial. Pero el nombre mismo que le damos a esta dimensión se presta a confusión, y exige una aclaración previa. Ignoro si es sólo desde Saussure, y no viene de más antiguo, el hecho de que el espacio sea la cenicienta del lenguaje. Lo cierto es que muchos de sus discípulos, llevando a un extremo lo que en el maestro fuera una omisión <sup>21</sup>, han pensado que en ese sistema abstracto e ideal que es la lengua ya no había lugar para las banales cuestiones del espacio físico. El espacio es sacado así de la lingüística interna, y dejado en la puerta como geografía lingüística o mera cartografía, donde además los hechos espaciales son considerados como secundarios en relación con el tiempo, de quien depende realmente la diferenciación lingüística que se materializa en el territorio <sup>22</sup>.

Pero si es muy justa la subordinación del espacio al tiempo, la confusión del espacio con el espacio físico no lo es tanto. Es sin embargo una confusión muy natural, ya que esta confusión la efectuamos todos inconscientemente, y cuesta mucho trabajo deshacerse de ella. Creo que el planteamiento de Saussure es perfectamente lógico si se concibe el espacio exclusivamente como «lugar». Pero creo que es también posible imaginar que el espacio físico está contenido él mismo dentro de otro espacio «mayor» <sup>23</sup>, y ese no puede ser abandonado, en modo alguno, a las puertas de la lengua. Esta es mi propia idea del asunto, y trataré de justificarla.

Cuando yo mismo he hablado en trabajos anteriores de un tipo de bilingüismo que he llamado «bilingüismo territorial» y he segmentado este tipo de bilingüismo como una categoría independiente <sup>24</sup> de los otros dos, he sido víctima de esta misma ilusión: hechos que me hacían sentir que hay algo que condiciona la dinámica del contacto que pertenece a una esfera de hechos que ya no son ni la sociedad ni el individuo aislado, eran atribuidos, por eliminación, al espacio físico, o para ser más justo, al territorio. Sin embargo parece un principio de sentido común primero, y de coherencia científica después que todo campo de estudio ha de tener unas unidades básicas, o principios indivisibles, que nos permitan, a partir de ellos, recomponer las reglas que rigen las agrupaciones y el funcionamiento del campo en cuestión: porque tenemos los fonemas podemos emprender el estudio de la fonología al margen de las otras ramas de la lingüística, e incluso de un modo relativamente independiente del estudio de lo que Trubetzkoy llama los *sonidos del habla o sonidos del lenguaje*: es decir, del sonido físico en cuanto tal a través del cual los fonemas se manifiestan <sup>25</sup> en el discurso hablado. La teoría de la sintaxis de Chomsky parte a su vez de unas unidades elementales designadas como *basic strings* <sup>26</sup>. ¿Cuál habría de ser nuestra unidad de trabajo en el bilingüismo territorial? Habría de ser una que siendo específica de este ámbito no pudiera ser ulteriormente segmentable. Pero los territorios lingüísticos, que no son homogéneos, son además segmentables en otras unidades menores: las regiones, las comarcas, los valles. Se podría pensar entonces que la unidad básica es la localidad concreta. Pero las localidades varían enormemente entre sí: cómo pensar que podemos medir con el mismo patrón una localidad de medio millón de habitantes, como es Bilbao, y un pequeño pueblo de la zona rural, como puede ser Saldías <sup>27</sup>. La localidad es además un

tipo de hábitat culturalmente condicionado que no aparece en todos los territorios, ni aglutina en torno a sí a todos los habitantes de un mismo territorio. En el País Vasco hay una zona aún importante en que la población vive en forma diseminada, con un escaso contacto con cualquier localidad vecina que además no se materializa en una dependencia hacia una sola sino hacia varias de las localidades circundantes <sup>28</sup>. Aún en el caso de que para un territorio determinado pudiéramos escoger la localidad como unidad territorial ¿es la localidad, la aldea incluso, una unidad espacialmente insegmentable y homogénea? Vamos a centrar la vista (y el oído) en una pequeña localidad bilingüe de la Navarra euskaldun. Su población apenas ronda las trescientas almas. Cada uno de los grupos sociales <sup>29</sup> que la componen, ¿actúan homogéneamente a través de ella? Vamos a ver: tres niños están jugando en castellano en el patio de la escuela: al rato, ya en la calle, repiten el mismo juego en euskara. Dos mujeres se juntan en el camino que conduce a la casa del médico, van hablando de su dolencias, o del trabajo del día en euskara, al entrar en la sala de espera (donde no hay nadie, y aún no ha llegado el médico) siguen hablando de lo mismo en castellano. Dos amigas están hablando en euskara en la casa de una de ellas, salen a la calle y cambian al castellano. Si advertidos de estos hechos nos fijamos ahora en las modificaciones que tienen lugar dentro de la misma lengua, también nos tropezaremos con hechos significativos: dos mujeres van hablando en un tono normal de conversación en la calle, cambian al susurro al entrar en la iglesia, que en ese momento está vacía. Dos hombres o dos muchachos que van hablando así mismo en un tono moderado, suben la voz nada más entrar en la taberna. Un cura que utiliza un modelo formal con sus feligreses dentro de la iglesia, pasa inmediatamente a un modelo coloquial fuera de ella; el alcalde que está utilizando un modelo coloquial con sus convecinos, escoje, si le es posible, un modelo más distante al dirigirles la palabra «en público» para un asunto de interés común. Para cada uno de ellos cada uno de esos lugares lo está condicionando lingüísticamente de un modo determinado. Abstracción hecha de todas las otras variables que inciden en la situación. La localidad podría pues interpretarse como la suma de «lugares» que condicionan, de un modo u otro, a sus habitantes, lingüísticamente:

ETXEA	ESKOLA	KALEAK
ELIZA	TABERNA	MERKATUA
SOROA	MENDIAK	DENDAK

Gráfico n.º 9

Pero ¿son los lugares propiamente los que condicionan? Si el maestro se va de la escuela, o la escuela está vacía, porque los niños acuden a la concentración escolar más próxima, los niños citados van a jugar en ella en

vasco. Si el «baltzarre» tiene lugar en la taberna, no por ello el alcalde va a tratar de eludir un modelo algo más formal de expresión. Si el médico está ausente y las mujeres están limpiando su consulta, van a seguir hablando en euskara. No, no son propiamente los lugares: *son las categorías en las que están encuadrados, en un momento dado, dichos lugares*: son esas categorías las que nos interesan; son esas categorías las que son insegmentables; y son esas categorías las que son genéricas, las que están presentes en cualquier punto de un territorio donde haya un sujeto hablante, por más que esas categorías puedan contener, en cada caso «lugares» distintos, y por más que un mismo lugar, para un mismo individuo, en un mismo pueblo, puede estar situado en un momento u otro en una u otra categoría. Son estas categorías, y no otra cosa lo que entendemos por «espacios», espacios que por esta razón vamos a llamar *espacios categoriales*, o, alternativamente, espacios diatípicos. Así, por ejemplo, todo pueblo tiene espacios públicos, y espacios privados, espacios abiertos y espacios cerrados, espacios comunes y espacios restringidos, espacios propios y espacios ajenos, espacios internos y espacios externos. Pero estas categorías, que son genéricas se «llenan» de un modo específico en cada caso concreto. Pongamos un ejemplo: la casa, para nosotros, es un espacio restringido, es decir está ubicada dentro de la categoría «restringido», pero no ocurre lo mismo con los bororo del Brasil, o con los iroqueses del este de Norteamérica, para los que la casa es un espacio «común», pues en ella habitan todos los miembros de una sección de la tribu. Cuando el niño está en la escuela, ante la mirada vigilante del maestro, o de sus compañeros más sumisos a las directrices de aquél, la escuela es para él un espacio público: por tanto hablará en castellano porque le han enseñado a asociar espacio público con lengua pública = castellano. Cuando la escuela está vacía, la escuela está para él en un «espacio privado», y por tanto no encuentra obstáculo para desenvolverse en su lengua privada natural: el euskara; la escuela física tal vez sea la misma, pero la representación «simbólica» que se hace de ella varía en cada caso concreto, y varía, precisamente, al variar el «espacio» que la contiene. Una «reunión a puerta cerrada» hace de un lugar común un lugar restringido (en tanto dura la reunión). Un banquete, un *party*, una celebración, puede hacer de nuestro lugar restringido (la casa), un sitio común. Una escritura de propiedad convierte un espacio público en un espacio privado: una desamortización, o una «nacionalización» vuelve a lo privado en público. ¿Qué cambian, las cosas? No necesariamente: de todos, o del señor conde, el monte sigue siendo monte. ¿Las categorías? Las categorías son un casillero que contiene siempre las mismas casillas. Lo que cambia es la relación entre unos y otros: es decir, las funciones. A través del tiempo un dominio dado se desplaza, sucesivamente a través de un circuito categorial, que hace que en tiempos distintos, una misma cosa pueda tener dos funciones diferentes, e incluso contrapuestas <sup>30</sup>.

### 1.7. Distinción y relación entre el espacio físico y el espacio lingüístico

Podemos comprender la relación que existe entre el espacio físico y el espacio diatípico o lingüístico comparándola con la relación existente entre los fonemas y los sonidos del lenguaje. Distinguimos entre los sonidos físicos porque tenemos esas «unidades fonológicamente pertinentes» de segmenta-



<div>ENE ETXEA</div> <div>Restringido propio</div>	<div>ELIZA</div> <div>público sacro</div>	<div>SOROA</div> <div>rest. propio</div>	<div>GURE</div> <div>MENDIAK</div> <div>comunal- privado</div>
<div>BESTE</div> <div>ETXEAK</div> <div>restringido ajeno</div>	<div>TABERNA</div> <div>público-profano</div> <div>ESKOLA</div> <div>público-oficial</div>	<div>BESTE</div> <div>SOROAK</div> <div>restr. ajeno</div>	<div>KALEAK</div> <div>común público</div>

Gráfico n.º 10

ción que son los fonemas, que en relación con aquellos se nos antojan «abstractos» o «mentales», pero que no son por ello menos reales que los sonidos mismos. Del mismo modo separamos el espacio físico porque tenemos unas «unidades espacialmente pertinentes» de segmentación, que son las categorías diatópicas. Merced a ellas, del continuo que es el espacio físico establecemos una segmentación, una red de distinciones que nos condicionan social y culturalmente.

La tarea del bilingüismo espacial será pues la de detectar, y analizar estas categorías básicas que están presentes, en un momento dado, en la vida de una comunidad lingüística. El análisis de como se han reestructurado, en cada caso concreto, y en relación con las lenguas estas categorías, es ya tarea del bilingüismo social. Pero el trabajo del bilingüismo social debe estar fundamentado en el estudio de un número representativo de individuos, pues sólo así podemos entresacar en cada colectividad sus *unidades lingüísticas sociales*: es decir cada uno de los grupos para los que las lenguas han adquirido funciones idénticas, como resultado de una identidad en la aplicación idéntica de estas categorías «abstractas» a sus lenguas «concretas» <sup>31</sup>.

### 1.8. El espacio lingüístico como conjunto de categorías universales (de segmentación)

¿Dónde podríamos situar el espacio categorial, en la lengua o en el habla? Ni en uno ni en otro probablemente. Imaginemos el lenguaje como un caleidoscopio: cada combinación visual que el caleidoscopio produce sería una lengua distinta: algunas estando más próximas y otras más alejadas entre sí. La interpretación que el observador hace de la figura que tiene delante sería el habla de ese individuo, si imaginamos que cada cierto número de observadores contempla simultáneamente una única figura. Eventualmente podría ocurrir que una figura se quedara a mitad de camino entre una combinación «organizada» anterior, y otra combinación «organizada» destinada a sucederle: son los shocks lingüísticos como el de los esclavos africanos en el Caribe que se resolvieron en el surgimiento de lenguas distintas. Pero entre todas estas figuras y combinaciones diferentes, cada una de las cuales es vista de un modo diferente por cada observador ¿qué hay de común en ellas? Los cristales, ciertamente. Todas estas figuras son el resultado de la combinación casi ilimitada de un número limitado de cristales,

que entran en todas las combinaciones. Es lógico por tanto pensar que si queremos explicarnos la variedad enorme de las combinaciones (en nuestro caso la variedad interminable de situaciones de lengua) debemos de explicarnos dos cosas: la naturaleza de los cristales (su tamaño, forma, y color) y su movimiento.

El objetivo del bilingüismo espacial es el estudio de estos cristales. Ellos deben ser analizados, de momento, para cada comunidad concreta, pero al hacerlo, descubriríamos sin duda, cuales de ellos entran en todas las combinaciones, es decir, son universales. La meta del bilingüismo espacial se sitúa pues al nivel del lenguaje humano: su objeto es explicar la aparentemente inexplicable desigualdad y variedad de situaciones de lengua, como la *gramática universal* debe dar cuenta (o como prefiere Chomsky «suplementar») a las gramáticas particulares: el uno y la otra son el continente único de un contenido múltiple. Está claro que el espacio diatípico no puede ser, en modo alguno, un lugar concreto: estos están *contenidos* a su vez dentro de él <sup>32</sup>. Está claro además, o por lo menos trataremos de aclararlo en las páginas que siguen, que el bilingüismo espacial es sólo una rama de la gramática universal: es decir, los espacios categoriales pertenecen a ésta, no a aquél. Cualquiera que estos sean, si es que llegamos alguna vez a saberlo <sup>33</sup>, se aplican no sólo al lugar físico concreto, ni a las lenguas concretas, sino a cada uno de los dominios lingüístico-culturales de una colectividad: el vestido, el arte, el hábitat, la organización social, etc. *El bilingüismo surge como resultado de la aplicación a las lenguas de categorías que se aplican simultáneamente a las culturas*. Pero estos aspectos serán tomados en consideración más adelante.

### 1.9. Espacio, dominio y función

Esta teoría debe comenzar con la distinción entre lo que las cosas sean (en sí) y el espacio que para nosotros ocupan en un momento dado: lo que una lengua sea en sí, y el modo que tiene de sentirla y de ubicarla dicha comunidad. Pero esta distinción afecta tanto a la lengua como a cualquier otra cosa, y aunque es muy elemental, y en modo alguno nueva, es todavía fuente y origen de un sin número de trampas, incomprendiones y malentendidos que atrapan tanto al hombre de la calle como al hombre de ciencia, especialmente al sociólogo y al antropólogo. ¿La camiseta es una prenda interna o una prenda externa en nuestra cultura? Algunos responderían: es una prenda interior porque no se puede aparecer en camiseta en un sitio público. Sin embargo en un lugar público como es la calle, o un pabellón deportivo, si yo salgo hacer eso que ahora se llama «joggling» la camiseta sería mi ropa «exterior». La camiseta, en si misma, no es ni interior ni exterior, lo que ocurre es que en unos dominios (por ejemplo la enseñanza) está ubicada en una categoría interna. En otros dominios (el deporte, el trabajo en la mina, o el de unos jornaleros vendimiando a pleno sol) ocupa un espacio externo. Mi casa es «interna» para mí, pero es «externa» para los demás <sup>34</sup>

Es pues, completamente necesario, para comprender lo que sigue, la distinción que aquí hacemos entre tres cosas distintas que hemos llamado (no siempre acorde con el uso corriente ni técnico que se le da a estos términos), el espacio, el dominio y la función. El espacio es esta categoría de emplazamiento de algo dentro de un casillero de segmentaciones sucesivas. El dominio es una red de contenidos lingüístico culturales en sí mismo neutros.

La función es el dominio insertado en un espacio concreto, comprometido en ese espacio.

Al decir que la camiseta tiene una función interna y una función externa, queremos pues decir que un concepto del dominio del vestido (la camiseta) está ubicado en un espacio «íntimo» en unas ocasiones, y en un espacio «exterior» en otras <sup>35</sup>. Estas ocasiones están determinadas por su asociación con otros dominios que se ubican en un momento dado dentro del mismo *espacio*. (Cf. gráfico adjunto n.º 11).

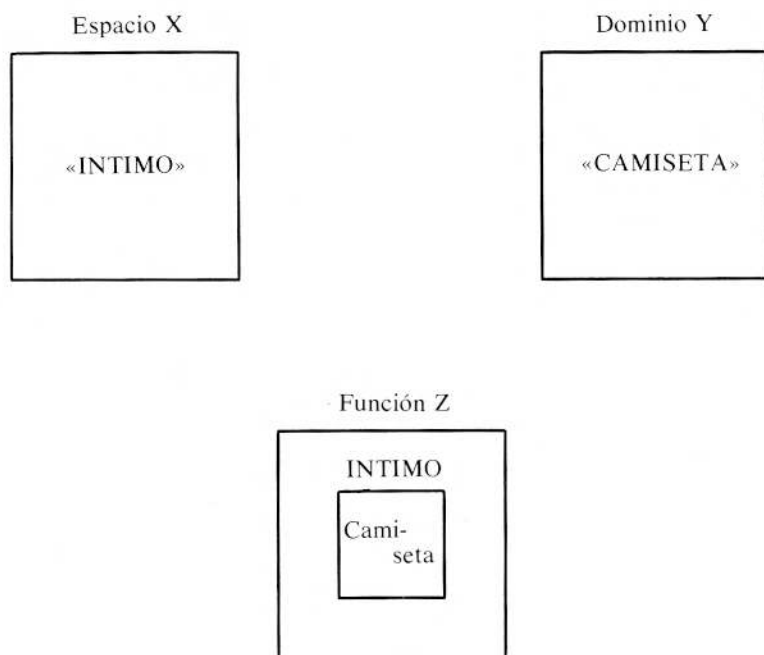


Gráfico n.º 11

### 1.10 El espacio físico como dominio lingüístico

El «espacio físico» está aquí considerado como un *dominio* y no como un '*espacio diatípico*'. Esto es así, porque la idea que nosotros –conforme a pautas lingüístico culturales variadas– nos hacemos de nuestro entorno físico está pasada por el tamiz de esta segmentación o compartimentación categorial. El espacio físico es, no obstante, un dominio que se nos antoja como espacio porque contiene a su vez, o puede contener, a otros dominios. En nuestra cultura dominios específicos tienden a desarrollarse en lugares específicos. La relación entre el *dominio espacial* y el resto de los dominios es enormemente rica y sugestiva, y merecería ser analizada en sí misma con atención. Pero por ser un caso especial de las relaciones entre dominios debe de quedar fuera de esta exposición.



Para superar la asociación inconsciente que establecemos entre espacio-lugar físico, insistiremos de cuando en cuando, que lo que llamamos espacio (diatípico) es un *espacio mental* o categorial. Aunque «mental» y «físico» siguen siendo conceptos que conviene manejar con un máximo de prudencia.

### 1.11 Definición del espacio «diatípico»

Las disgresiones anteriores nos han preparado para intentar ensayar una definición del *espacio diatípico*. Entendemos por tal:

*Una unidad básica del campo lingüístico que condiciona, modula o modifica el comportamiento lingüístico y social de los individuos 'ubicados' en ella en un momento dado.*

Vamos a desarrollar la definición:

*El espacio es una unidad básica del campo lingüístico:* entendemos el concepto 'campo lingüístico' como el cuerpo o el conjunto formado por los escalones (individual, social y espacial o categorial) en que hemos dividido el bilingüismo. Dentro de este campo el espacio diatípico será la unidad básica del bilingüismo denominado 'espacial';

*Modula o modifica el comportamiento lingüístico:* hay tantos espacios cuantos sean los condicionantes «pertinentes» del comportamiento lingüístico de la comunidad en cuestión. Allí donde no haya modificación del comportamiento lingüístico previo, estamos en el mismo espacio <sup>36</sup>. Allí donde haya una modificación socialmente relevante, estamos en un espacio distinto. La tarea de este tipo de bilingüismo es, justamente, la de desarrollar técnicas precisas que nos permitan delimitar los distintos espacios de que dispone una colectividad. En tantos estas técnicas no se establezcan, la delimitación ha de ser forzosamente provisional e imprecisa.

*Actúa sobre el comportamiento lingüístico y social de los individuos ubicados en él.* Con esto quiero significar que el espacio diatípico actúa sobre el individuo a través del grupo. O lo que es lo mismo: el espacio actúa sobre el grupo que en cada momento actúa sobre el individuo. Esto quiere decir que parece haber una proporción directa entre actividad lingüística social e influencia del espacio diatípico sobre el comportamiento individual. Cuando más actúa el individuo como grupo (como miembro de un grupo de fieles, de ciudadanos, de hablantes, de trabajadores, de parentesco, etc.) tanto más sujeto parece estar a la determinación que sobre los grupos lingüísticos operan los espacios categoriales de su comunidad. Cuando, por el contrario, el individuo actúa o piensa «desde sí» hablaremos de *espacio simbólico*: este podemos concebirlo como un espacio cuya función sea desmarcar al individuo (quizás modificándola en un sentido personal o aminorándola) de la presión que sobre él ejercen los grupos a los que pertenece <sup>37</sup>.

*En un momento dado (El tiempo, cuarta dimensión)*

El espacio contiene, a nuestro entender, muchos determinantes. Pero no contiene al tiempo. El tiempo modifica los condicionantes de los espacios. Es claro que el tiempo contiene al espacio.

El espacio es el continente de una manifestación lingüística determinada que pertenece a un *dominio*. La combinación formada por el espacio y el dominio en un momento del tiempo, la denominamos *función* (diatípica).

### **1.12 Hacia una tipología de los espacios**

El paso previo y urgente para cualquier análisis posterior es el de hacer frente a una tipologización de los espacios lingüísticos. Esta tipología choca con muchas dificultades, y hasta que se verifique de un modo concluyente (en el caso del bilingüismo a través de un número elevado de constataciones concretas de distintas situaciones de lengua, y en el de la antropología lingüística a través de su aplicación a series de dominios) habrá de estar sujeta a una continua revisión y reelaboración. La tipología de los espacios debe partir del postulado de que en cualquier caso estos forman entre sí un sistema <sup>38</sup>, aunque este sistema no aparezca claro a primera vista, ya porque unos espacios están dentro de otros, ya porque están entre sí en distintos tipos de relaciones.

## Notas

1. David Crystal. LINGUISTICS. Penguin, 1971, pp. 39 y 55.
2. P. 64 de la ed. española del Curso de Lingüística General. Losada, Buenos Aires, sexta ed. 1967.
3. «The distinction I am noting here is related to the langue-parole distinction of Saussure; but it is necessary to reject his concept of langue as merely a systematic inventory of items and to return rather to the Humboldtian conception of underlying competence as a system of generative processes». En *Aspects of the Theory of Syntax*, the M.I.T. Cambridge, Massachusetts, 1965, P. 5.
4. Idem., p. 6. En realidad como hace notar Rodríguez Adrados la historia de las ideas lingüísticas sigue una especie de movimiento pendular: 1.- La lengua como «naturaleza» (concepción precientífica, desarrollada luego por ciertos filósofos). 2.- La lengua como convención (ciertos sofistas y filósofos, descripciones de Dionisio Tracio y Prisciano...); 3.- La lengua, una vez más, como revestimiento del pensamiento (Escolástica, el Brocense, Port Royal); 4.- Las lenguas como sistemas particulares (atisbos medievales y renacentistas, neogramáticos, estructuralistas, descriptivas, teóricos del estilo); 5.- Una vez más, las lenguas como revestimiento de categorías universales (generativistas, teóricos de los universales lingüísticos). En «Historia de la Lingüística», textos de la U.N.E.D. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1976, págs. 27-8.
5. Ibidem.
6. Pero ambos estudios son complementarios (el de la gramática universal y el de las gramáticas particulares. En «El Lenguaje y el Entendimiento» (Ed. española Barral, 1971) escribe: «puede decirse sin temor a errar demasiado que la lingüística moderna se ha caracterizado por el interés apasionado por los hechos, mientras que la gramática filosófica se mostró igualmente fervorosa en su devoción a la generalización abstracta. Me parece que ha llegado el momento de unir las dos grandes corrientes del pensamiento moderno desarrollando una síntesis que se beneficiará igualmente de sus logros respectivos» (P. 43).
7. «There seems to be little reason to question the traditional view that investigation of performance will proceed only so far as understanding of underlying competence permits. Furthermore, recent work on performance seems to give new support to this assumption. To my knowledge, the only concrete results that have been achieved and the only clear suggestions that have been put forth concerning the theory of performance, outside of phonetics, have come from studies of performance models that incorporate generative grammars of specific kinds- that is, from studies that have been based on assumptions about underlying competence». (Aspects, cit. p. 11).
8. Para Chomsky, sin embargo, los éxitos del punto de vista estructuralista habría que circunscribirlos al estudio histórico (comparativo) y descriptivo. «La concepción del lenguaje sustentada por Whitney, Saussure y otros, con ser tan pobre e inadecuada, resultó enteramente apropiada para aquel período de la investigación lingüística» (P. 38 y ss. de *El Lenguaje y el Entendimiento*, cit.).
9. «Happy were those who could speak of *the* system!» (el subrayado es suyo). *A note on multilingualism*. En «Social Anthropology and Language». Tavistock Publications, London, 1971, pp. 121-129.
10. Social and Geographical Factors in Jamaican Dialects. Creole Language Studies. London, Macmillan, 1961. P. 82 y 84.
11. En *A note...* cit.
12. Una densa discusión de este punto en Sánchez Carrión *Bilingüismo, Diglosia, Contacto de Lenguas*. Anuario de Filología Vasca Julio de Urquijo, San Sebastián, 1974, pp. 3-80, y esp. pp. 25-30.
13. O acuñáramos otro término distinto. La noción de «diatipo» fue propuesta por Mac Gregory como «varieties of language within a community, specified according to use (purpose, function) whereas dialects are specified to groups of users». Para Denyson es «a conventional connection of a language variety with a given category or categories of situation». (Cf. Mac

Gregory: *Aspects of Varieties Differentiation*. Journal of Linguistics 3, 177-197, 1967; y N. Denison: *Some Observations on Language Variety and Plurilingualism*. PP. 157-185 de la obra colectiva «Social Anthropology and Language», cit.

14. Creo haber leído en Mackey esta misma idea de sistema bilingüe, pero no tengo ahora mismo a mano el trabajo donde me parece recordar que proponía tal noción.

15. Para Gumperz (A case from the Indoarian-Dravidian Border in India, en *Pidginization and Creolization of Languages*. Cambridge University Press, 1971, pp. 151-167) en determinados casos, o mejor en determinados tipos de comunidades bilingües, debemos considerar la competencia de un bilingüe como «a single system of irrelate rules». Cf. sobre esto «Bilingüismo, Diglosia, Contacto de Lenguas», pp. 30 a 37.

16. Pero como se expone en el siguiente capítulo es muy corriente que sitúe a cada lengua dentro de categorías distintas dentro de un mismo circuito.

17. El estudio lingüístico queda en estos casos limitados al estudio de la interferencia.

18. Entre nosotros dos trabajos de M.<sup>a</sup> José Azurmendi son contribuciones aprovechables en este sentido. Cf. su «Bilingüismo» en el «Libro Blanco del Euskara», Euskaltzaindia, 1978, pp. 621-659 y «Dependencia Lingüística» en prensa.

19. «Dominio» y «tópico» no se usan siempre en sociolingüística con el sentido que les damos aquí. La palabra «dominio» es, por otra parte una palabra un poco desgraciada en castellano porque tiene sentidos muy diversos en sociología, en política y en terminología jurídica. En ocasiones designa, como hacer constar Azurmendi (p. 630 de *Bilingüismo*, cit.) «una relación de supra-subordinación, que tiende al control del comportamiento social, y también a su formalización mediante leyes, penalizaciones, órdenes, etc.». Azurmendi concibe, sí, siguiendo a Fishman, los dominios como sociales, y afirma con razón «que uno de los problemas para poder apreciar nuestro grado de diglosia es la delimitación, clasificación y jerarquización de los distintos dominios» (p. 637) en lo que coincide. Pero en qué los distingue de los «tópicos» o «asuntos» no nos queda nada claro.

En mi opinión la idea de *dominio* en sociolingüística debe conectarse con la idea de *dominio* en antropología (tal como aparece por ejemplo en Sperber, correspondiendo a lo que Levy-Strauss llama «códigos»).

20. Cf. *El marco sociológico y espacial de una situación bilingüe*, cit. Cf. asimismo el gráfico.

21. Aunque más que omisión parece tratarse de una reacción lógica contra ciertos excesos de la geografía dialectal de la época.

22. «Al abordar la cuestión de las relaciones del fenómeno lingüístico con el espacio, abandonamos la lingüística interna para entrar en la externa». Y en otro lugar «¿Qué es lo que ha creado esas (las) diferencias? Quiénes crean que es el espacio, sólo serán víctimas de una ilusión. Por sí mismos el espacio no puede ejercer acción alguna sobre la lengua. Al día siguiente de su desembarco en S' los colonos salidos de S hablaban exactamente la misma lengua que la víspera. Se olvida el factor tiempo porque es menos concreto que el espacio; pero en realidad de éste es de quien depende la diferenciación lingüística. La diversidad geográfica tiene que traducirse en diversidad temporal». Pp. 305 y 315 del Curso.

23. Lo llamo «espacio» y no de otro modo, porque me parece que la única manera de comprender qué es lo que sucede con las lenguas en el 'espacio físico' es considerando, precisamente, al espacio físico como un *dominio*, contenido como el resto de los dominios, dentro de este espacio 'mental', categorial o lingüístico.

23. Pero relacionada con los otros. Cf. supra.

24. En Trubetzkoy el fonema es «el conjunto de las particularidades fonológicamente pertinentes de una imagen fónica» mientras que «el conjunto de todas las particularidades, tanto pertinentes como no pertinentes, que aparecen en un determinado punto de la corriente sonora en el cual se realiza un fonema, será designado con el nombre de *sonido del lenguaje* o *sonido del habla*» (Cf. ed. española de sus Principios de Fonología, Cincel, Madrid, 1973, pp. 34-5). Para el lego en la materia la explicación de Jacobson es sin embargo más pedagógica: «la fonética trata de recoger la información más exhaustiva posible sobre la materia sonora bruta y sus propiedades fisiológicas y físicas, la fonemática, y la fonología en general aplican criterios estrictamente lingüísticos para cribar y clasificar el material que proporciona la fonética». «La cuestión crucial, a la hora de establecer los vínculos y las fronteras que existen entre la fonología y la fonética es la de la relación que guardan las entidades fonológicas con el sonido. Según la concepción de Bloomfield, los fonemas de una lengua no son sonidos, sino meros rasgos sonoros agrupados en haces que los hablantes se hallan adiestrados en producir y reconocer dentro de la corriente sonora del habla, igual que los conductores se han acostumbrado a detenerse ante una señal roja, ya sea ésta la de un semáforo, una lámpara o una bandera o cualquier otra cosa, aunque no exista ningún rojo abstracto separado de tales señales reales. El hablante ha aprendido a hacer ciertos movimientos productores de sonidos, de tal modo que los rasgos distintivos estén presentes en las ondas sonoras, y el hablante ha aprendido a extraerlos de estas ondas. Esta concepción

inmanente, interna, por así decirlo, que sitúa los rasgos distintivos y sus haces dentro de los sonidos del habla, bien sea en su nivel motor, acústico o auditivo, es la premisa adecuada para abordar las operaciones fonemáticas, pese a que, repetidas veces, otras concepciones externas que de diversas maneras desligan los fonemas de los sonidos concretos la hayan puesto en tela de juicio» (Roman Jacobson y Morris Halle «Fundamentos del Lenguaje». Ciencia Nueva, Madrid, 1967). He estirado la cita porque es importante comprender la distinción entre fonemas y sonidos para comprender el paralelo que se establece a continuación entre la relación del espacio categorial con el espacio físico.

26. Es lo que se ha traducido al castellano (p. ej. por Peregrín-Otero) como «ahormantes básicos» que son las unidades elementales de la estructura latente. Cf. Aspects, p. 17.

27. Saldías es un pequeño municipio rural en la Montaña de Navarra, donde he vivido durante dos años. Las observaciones que menciono a continuación no pertenecen a Saldías, sino a localidades vecinas. Saldías es aún un pueblo uniformemente euskaldún.

28. La dependencia de un casero hacia la localidad no depende de la cercanía: cuando este sale de los límites de su caserío acude a la capital del valle o a la cabecera de comarca a aprovisionarse de los utensilios y enseres que sólo se encuentran en estos puntos urbanos o semiurbanos. De modo que su dependencia lingüística no tiene nada que ver con los límites municipales.

29. Es decir, cada uno de sus grupos sociolingüísticos: jóvenes, chicas, adultos, niños, ancianos, caseros, empleados, artesanos, clase media, etc. Estos grupos varían según la composición sociológica del lugar en cuestión, y aparte no son un simple «haz de individuos» pues un mismo individuo pertenece a varios de estos grupos: en razón del sexo, de la edad, del modo de vida, etc.

30. Una iglesia o un ayuntamiento en el que se encierran los familiares de los presos, o una escuela que en las fiestas del pueblo se habilita como bar, o un frontón que se usa como pista de baile, siguen siendo las mismas «cosas», pero ya tienen otra función; esto es una tautología.

31. «Abstracto» y «concreto» no son más que términos muy relativos, que resulta imposible utilizar con garantía. A su vez estas lenguas «concretas» serían «abstractas» en relación con las hablas...

32. En realidad la semántica nos ahorra las trampas de dicotomías o trinomías simplistas cuando introduce la noción del lenguaje y su metalenguaje. En cierto sentido las categorías son el metalenguaje del lenguaje corriente, pues lo contienen. Cf. por ejemplo F.H. George «Introducción a la Semántica», Fundamentos, Madrid, 1974 pp. 48-9 para la noción de metalenguaje.

33. De momento sólo es posible analizar categorías específicas de lenguas concretas, o «comunes» a varias lenguas.

34. En una playa la camiseta puede resultar «extraña». Y en un campo nudista, hasta «exótica». Interno y «externo» están utilizados de momento de un modo aproximativo. Su valor exacto será fijado más adelante.

35. Como escriben Beals y Hoijer en su Introducción a la Antropología (Aguilar, 2da ed. 1974) «en nuestra propia sociedad el grado en que cabe mostrar el cuerpo sin que se juzgue indecoroso varía con las circunstancias. Un bañador o un traje de noche pueden juzgarse impúdicos en un aula, aunque perfectamente correctos en una playa o en una sala de baile. Del mismo modo el profesor de Universidad acostumbra usar cuello, corbata y chaqueta mientras explica la lección; omitir estas prendas o aparecer con otras más apropiadas para la playa que para la clase, ciertamente se reputaría como incorrecto y como deshonesto. Así, pues, la honestidad parece ser una función del vestido culturalmente determinada, y es muy verosímil que no sea un propósito fundamental u originario» (p. 402).

36. Claro que, como ocurre con los diatipos de Denison, hay que establecer cuándo esta modificación es *significativa*, lo que es más fácil de ver en una comunidad bilingüe, que una comunidad monolingüe, pues en la primera todo cambio de lengua permite identificar desde un primer momento varios de estos espacios básicos.

37. Cf. el cap. sobre «bilingüismo y espacio simbólico», supra.

38. Este es el punto del que parte la semántica a su vez, pero como escribe Mounin «en el punto de partida el investigador se ve confrontado con esta paradoja: todos los lingüistas actuales están de acuerdo en que debe de haber alguna organización del léxico y de su contenido: los significados. Todos coinciden en que es imposible pensar que las palabras están presentes de un modo o de otro en nuestra mente en forma de elementos totalmente aislados entre sí. Esa convicción se expresa cuando se repite que una lengua no es una nomenclatura (Saussure), un repertorio, un inventario (Martinet) un saco de palabras (Harris), una pila de nombres (Whorf). Pero al mismo tiempo muchos lingüistas han repetido que dicha organización de los significados, aun vista a través del léxico, se resiste a cualquier análisis exhaustivo de tipo estructural» (p. 45 de Claves para la Semántica, Anagrama, 1974).



## **II. 2**

### **Los espacios dicotómicos**





## 2.1 Estructura de la dicotomía simple

Comencemos por analizar la estructura de la dicotomía simple. Allí donde la realidad es interpretada en forma de dos mitades, estas se encuentran entre sí en relación de oposición mutua o exclusión. La literatura antropológica ha reconocido multitud de estas dicotomías en prácticamente cada uno de los sistemas culturales de los pueblos estudiados, categorías que se aplican además a los dominios más diversos. Así por ejemplo, los subanum, tribu de las Filipinas, especificarían, según Frake, la diferencia entre los diversos tipos de enfermedades con la ayuda de varias de estas oposiciones binarias: simple/múltiple, abierto/oculto, grave/ligero, superficial/profundo, distante/próximo<sup>1</sup>. Oposiciones como «alto/bajo» «sacro/profano» ha sido posible descubrirlas en cualquier cultura, aun cuando «llenadas» en cada caso de modo diferente. Entre los omaha<sup>2</sup>, por ejemplo, la oposición alto/bajo contiene no sólo la distinción entre cielo/tierra, sino otra serie de dominios diversos como el día/la noche, el verano/y el invierno, el macho/la hembra, creación/conservación... Sin irse a ejemplos distantes, no es difícil intuir que en nuestra propia cultura áreas tan distintas como el paisaje, la función de los sexos, los grupos humanos, las actividades (rituales o religiosas/no-rituales o de la vida diaria) se estructuran de acuerdo con una u otra de estas categorías. Hasta la sociolingüística más moderna habla aún de «lenguas altas» y «lenguas bajas».

Pero aquí no nos interesa numerar qué gatos y qué liebres entran dentro del saco de cada cultura. Ello pertenece a otro ámbito: el estudio de las funciones, que varían enormemente de una cultura a otra, e incluso dentro de una misma cultura varían de acuerdo con la situación (o mejor dicho, con la ubicación). Entre nosotros el escupirse forma parte de los gestos «bajos e impuros». Pero en la zona gaelico-parlante de Irlanda<sup>3</sup> el escupir en la mano del prójimo es un gesto «alto» e incluso sacro, en cuanto que equivale al juramento: es decir, simboliza el cierre, con compromiso irrevocable de las partes contratantes, de un pacto verbal<sup>4</sup>. Un mismo gesto (escupir la mano del vecino) es ubicado en cada caso en un espacio opuesto, dando lugar a funciones completamente diferentes.

Dentro de nuestra misma cultura un mismo hecho, como el desnudo puede simbolizar la forma más alta de pureza (el desnudo «artístico») o la forma más grosera de obscenidad («pornografía»), de acuerdo con el espacio en el que se

ubique y con el contexto que lo sitúe <sup>5</sup>. Una misma persona puede en nuestra sociedad tener una función alta en un grupo (por ejemplo, su grupo familiar) y una función baja dentro de otro grupo social más amplio o diferente (por ejemplo, su grupo profesional). Puede ser rey en su hogar y criado en su empresa. O general (espacio alto) en el cuartel y recluta (espacio bajo) en su casa. Los ejemplos podrían multiplicarse interminablemente. Pero lo único que nos interesa todavía es deslindar claramente el análisis de las categorías (o espacios) en sí mismas, de las funciones culturalmente condicionadas en cada caso concreto.

## 2.2 El espacio de transición

Al tomar estas categorías aisladamente lo primero de lo que nos percatamos es, precisamente, de que se encuentran en una relación de oposición o exclusión mútua, relación que conviene denominar como contraposición. Una cosa (o persona) ubicada en un preciso momento en uno de estos espacios no puede estarlo en el espacio opuesto al mismo tiempo <sup>6</sup>. Pero esta oposición no es una oposición irreductible: no se trata de dos espacios incomunicados, aislados entre sí, antes bien se encuentran en una comunicación continua, comunicación que se efectúa *exclusivamente* <sup>7</sup> a través de una zona de transición, intersección, o zona limítrofe entre dos categorías extremas.

Ya Platón expresa bellamente en el Fedón, por boca de Sócrates, la idea (indudablemente más antigua, y de algún modo siempre presente en la historia del pensamiento humano) de que estos contrarios se mueven en círculo, dando lugar el uno al otro:

«Será evidente que todas las cosas nacen de sus contrarias, como ocurre cuando algo se engrandece, que debe haber sido antes más pequeño para que pueda aumentar después» <sup>8</sup>.

Pero bien concibamos a los contrarios como un círculo en continuo movimiento, o bien como una línea de opuestos, es evidente que en ambos casos estarán separados por esta zona, o franja, que vamos a designar como «espacio neutro» o espacio medio. Este espacio intermedio es el espacio de las transformaciones: en él lo puro deviene impuro mediante la transgresión o «pecado». Lo impuro da lugar a lo puro, mediante la purificación. Lo alto se torna bajo mediante la mengua o caída; lo bajo alto mediante el crecimiento o la elevación. En los conceptos sustantivos, esta zona es, como señala Leach, la que aparece cargada de mayor contenido ritual:

«Siempre que distinguimos categorías dentro de un campo unificado espacial o temporal lo que importa son los límites; concentramos nuestra atención en las diferencias, no en las semejanzas, y esto nos hace creer que los marcadores de tales límites son de valor especial, «sagrado» «tabú». El cruce de fronteras y umbrales siempre se rodea de ritual; también, por tanto, el cambio de un status social a otro (...). En todas las sociedades humanas la gran mayoría de los momentos ceremoniales son «ritos de paso» que marcan el cruce de límites entre una categoría social y otra: ceremonias de pubertad, bodas, funerales, ritos iniciáticos de todas las especies son los ejemplos más evidentes (...) En segundo lugar subrayaría que todo este proceso de fragmentar el mundo exterior en categorías de nombres y después organizar las

categoría para adaptarlas a nuestra conveniencia social depende del hecho de que, aunque nuestra capacidad de modificar el ambiente exterior es muy limitada, tenemos una capacidad virtualmente sin límites de jugar con la versión interiorizada del medio ambiente que llevamos en nuestras cabezas»<sup>9</sup>.

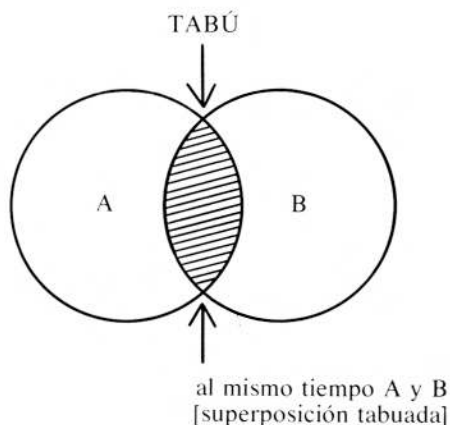


Gráfico n.º 12. Esquema de Leach sobre la relación entre ambigüedad y tabú.

Entre la soltería (espacio simple y libre: cf. el inglés *single* «simple» y «soltero» al mismo tiempo) y el matrimonio (espacio compuesto y atado) se interpone el ritual de la boda, que consagra el paso del uno al otro, en su doble contenido de «atadura» (cf., el español «enlace matrimonial») y composición («alianza») de dos en uno. Allí donde el camino de vuelta también se transita (lo que es el caso más general en las sociedades humanas), la ceremonia de disolución del vínculo contiene a su vez este doble sentido de «ruptura» y «desligamiento» de las partes contratantes.

Entre el día (espacio claro) y la noche (espacio oscuro) el alba y el crepúsculo son los marcadores o umbrales donde se concentra, invariablemente, la invocación ritual (son las plegarias al sol naciente y poniente; los maitines-laudes y vísperas que representan las «horas mayores» dentro del rezo canónico; los toques de diana y de retreta dentro del ritual militar). Entre la casa (espacio dentro) y la calle (espacio fuera): *etxe-kanpo*, el atrio o zaguán (atari) es a su vez el espacio de la transformación: en él entramos o salimos: nos ponemos el sombrero, cogemos el abrigo y decimos el último adiós para pasar a la vida «del afuera», o limpiamos nuestros pies en la alfombrilla, anunciamos nuestra llegada (timbre o saludo) y colgamos nuestra vestimenta más «exterior» para pasar al espacio-dentro del hogar. Es en el atrio donde el musulmán se descalza para penetrar en el espacio de lo puro, o donde el cristiano se «purifica» con agua bendita y consuma su transformación exterior (ponerse el velo, quitarse la boina, suspender la conversación...) (cf. gráfico n.º 13).

### 2.3. Contenido categorial del espacio de transición

Las categorías ubicadas en este espacio neutro concentran pues este doble contenido de «movimiento», «cambio de algo en su opuesto» y de «inestabilidad». El espacio medio no es visto como un espacio «de la normalidad». Entre nosotros, lo normal son los opuestos. lo intermedio es excepcional en tanto que es inestable: el atarí, el crepúsculo, la boda, el nacimiento, el despertar: tienen en común su «brevedad», su aparente fugacidad entre dos largos opuestos alternativos (pero «inmóviles», estables). Casi toda el habla coloquial está montada sobre una elección de opuestos: ¿cómo se encuentra Vd., bien o mal? ¿cómo es su trabajo, agradable o tedioso? ¿cómo son sus cuadros, feos o bonitos? Si queremos ubicarnos en una zona neutra, la elección lingüística es más difícil y más compleja que la selección de uno de los opuestos: «ni bien ni mal», «ni uno ni otro» (sino todo lo contrario): ubicación por eliminación de ambos contrarios. O debemos elegir entre términos que sólo aparentemente son neutros, porque el uso lingüístico los ha arrastrado hacia la zona de las oposiciones: cf. categorías como «regular» (ni bien ni mal), tibio (ni caluroso ni frío), «indiferente» (ni interesado ni desinteresado): Un trabajo «corriente», una persona «tibia» en sus convicciones, una actitud «indiferente», una aportación «regular» representan categorías sólo «teóricamente» neutras: en su intención están claramente marcadas dentro de uno de los polos opuestos <sup>11</sup>.



Gráfico n.º 13

Ello es debido a que el espacio intermedio deviene, casi inevitablemente, el espacio del hueco lingüístico. Si el lenguaje es, como afirma Leach <sup>12</sup> el medio de percibir de un modo discontinuo el continuo que es la realidad, la condición imprescindible de segmentar contrarios es dar un tajo lingüístico en la zona que los une. Este tajo consiste habitualmente en supresión lingüística (omisión de categorías intermedias) o en exaltación lingüística: exceso de relevancia, «anormalidad o excepcionalidad» atribuida a dichas categorías para evitar que se interpongan amenazando la estabilidad y el predominio de los opuestos. Conocemos las cosas como opuestas entre sí sobre la base de deslindar, separar o ignorar la naturaleza conectiva de la zona que las une.

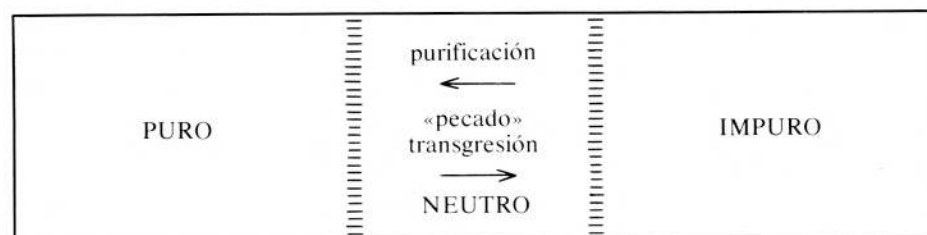
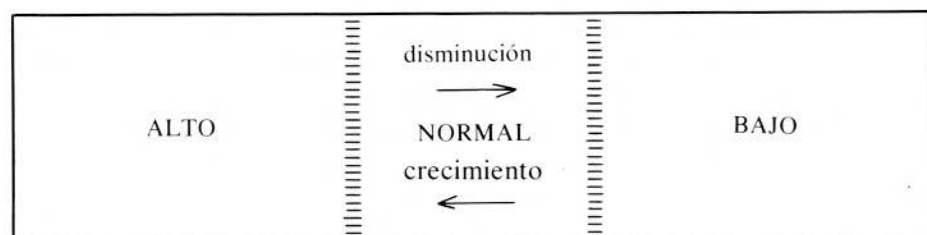
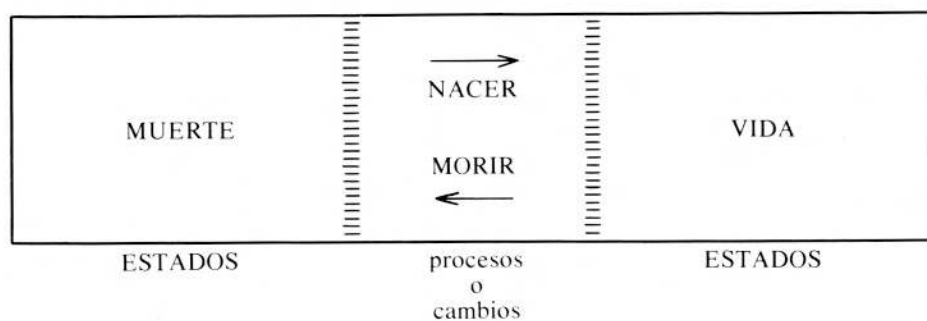
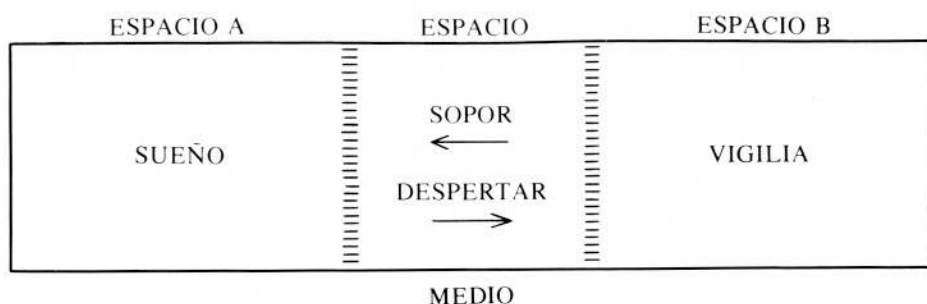


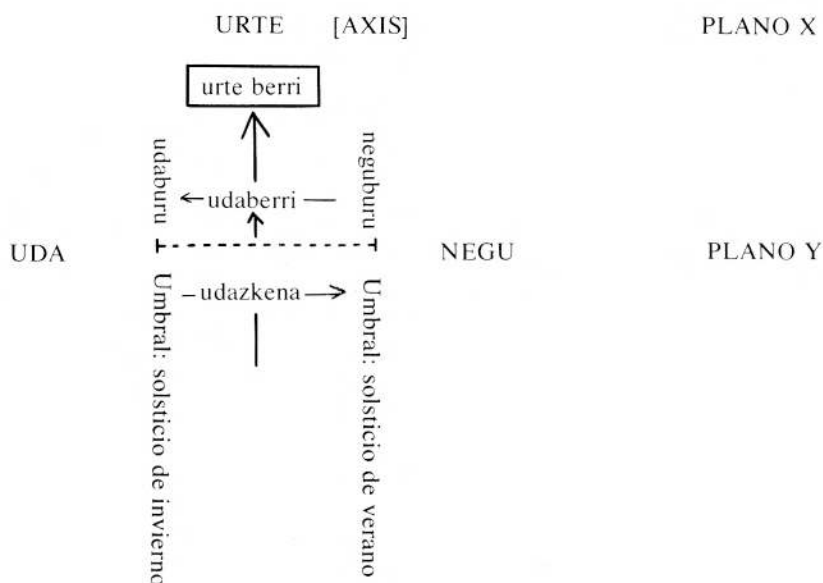
Gráfico n.º 14

## 2.4. Eje de una oposición

Pero el espacio de transición además de ser el campo propio de conexión entre contrarios es también el terreno de la resolución de ambos. Si la conexión podemos visualizarla mediante líneas horizontales que señalan el paso de una categoría a su opuesta, la solución de contrarios será una línea vertical que une a ambos en su confluencia (el espacio neutro) y los proyecta en un plano mayor. A esta línea la vamos a denominar eje o *axis*. La categoría-eje es inexpresable en los términos (en el plano) de la oposición: pero tiene expresión dentro del plano mayor en el que está contenida. Para decirlo de otro modo: la línea que resuelve los opuestos es un «hueco de silencio»: silencio que emerge como forma lingüística al ubicarlo en un plano paralelo desde el que los opuestos aparecen como complementarios y contenidos por él. Lo que resuelve la oposición entre uda/negua es urte (el año)

### Ejemplificación de la estructura primaria de una dicotomía

Gráfico n.º 15



pero *urte* es inexpresable dentro de los términos de la pura oposición, y sólo emerge lingüísticamente cuando se le sitúa en el plano superordinado desde el que uda/negua se complementan como un todo. En relación pues con el eje, los elementos no se oponen: se complementan.

Uda  $\neq$  Negu      Urte = (Uda + udaberri + udazkena + Negu)

Del mismo modo, en nuestro sistema lingüístico lo que resuelve la oposición entre sueño/vigilia es la vida; entre el día y la noche, la jornada; entre lo alto y lo bajo, el tamaño; entre el pasado y el futuro (conectados entre sí por el fugaz presente instantáneo), el presente intemporal de algunas lenguas como el hopi <sup>12</sup>, o el presente de la vida humana que contiene a uno como causa o recuerdo, y al otro como proyecto o consecuencia <sup>13</sup>.

*Explicación del gráfico.* La representación categorial del año, en euskara, permite observar con gran claridad, la estructura de un espacio dicotómico. Debemos aclarar sin embargo, para darle al ejemplo todo su valor, que las categorías subyacen al léxico. Esto es, el léxico temporal es, en sí mismo, un dominio, insertado dentro de un esquema previo de categorías implícitas (cumpliendo así, una *función*). Pero el análisis de la función ilumina en este caso la estructura de las categorías mismas.

El esquema de tiempo-anual se compone de dos planos. El plano inferior es el plano de las estaciones (*aroak*). El superior es el plano del año (*urte*), en el que aquellas están contenidas como complementarias. En su conjunto representan el ciclo de la vida de la naturaleza, en sus diferentes fases de nacimiento, plenitud, ocaso y muerte.

En el plano de las estaciones las dos categorías contrapuestas están simbolizadas por *uda* (estación clara y cálida) y *negu* (estación oscura y fría). El paso de una estación a otra se efectúa a través de unos espacios intermedios (o espacios de las transformaciones: del ocaso a la plenitud; de la plenitud al ocaso) cuyo carácter de transición se refleja en la propia naturaleza de los vocablos: del invierno al verano se pasa a través de *udaberri* el «verano reciente» o pre-verano (cf. el castellano primavera: primer verano). De *uda* a *negu* se llega a través de *udazkena* «verano final» (fin de la plenitud) o pre-invierno (cf. el vocablo *negulen* usado en ciertas zonas como equivalente de *udazkena*).

Este espacio intermedio tiene, en cada dirección dos umbrales o marcadores (*mugak*) que establecen de modo definitivo el fin de la transición y fijan la inserción definitiva en la respectiva zona de opuestos. Estos umbrales son los solsticios. El solsticio de verano (*uda-muga* o *udaburu*) abre la puerta al verano pleno. El solsticio de invierno (*negu-muga*, o *neguburu*) sanciona el paso final al pleno *negu*. Ambos umbrales concentran la mayor densidad de ritual de todo el ciclo, a través de los *ritos solsticiales* mediante los que la comunidad sanciona y contribuye mentalmente a consagrar la nueva situación (o estación). En el solsticio de verano se celebra el nacimiento de *uda*, nacimiento que ha sido preparado por la continua renovación de la naturaleza en los meses precedentes (*udaberri*). En el solsticio de invierno se conmemora el fin de *uda* (y la inmersión de la naturaleza en *negu*), fin que ha sido precedido por una etapa de progresivo declive (*udazkena*).

Dentro del plano de las estaciones hay un punto de convergencia de éstas entre sí (convergencia en el eje), en el que se supera la oposición dicotómica de las estaciones, y el día concreto se sitúa en el plano de la globalidad (o *urte*). Este día es el año-nuevo (*urteberri*), momento en que se diluye la relevancia de las estaciones para ubicarse en el plano mayor que delimita al año-total pasado (*urtezaharra*) del año totalidad (con su suma de fases) que comienza a vivir. Este umbral de convergencia en el que se recuerda el paso de un año a otro está en la actualidad ubicado en la noche del 31 de diciembre al 1 de enero, pero parece razonable pensar que en épocas pasadas estuviera

más cerca aún del solsticio de invierno, e incluso fuera coincidente con él. El fin o muerte de *uda* no es pues «muerte definitiva», sino muerte y nacimiento a la vez: consumación de un ciclo anual (urte zaharra) y comienzo de otro ciclo (urte-berri) que a través de sus diferentes fases y «crisis» conducirá a la naturaleza a una nueva plenitud.

## 2.5. Carácter relativo de una oposición. La solución de contrarios

Lo que aquí interesa recalcar es que dos elementos contrapuestos (dicotómicos) sólo son tales dentro del plano de su propia oposición: que esta oposición puede encontrarse contenida dentro de un plano mayor (espacio matriz) en relación con el cual tales elementos sólo tienen entidad como complementarios (partes de un todo mayor), y que la categoría o espacio mayor se conecta con sus espacios filiales a través de un eje: esto quiere decir que dicha categoría amplia está también presente en el plano de las oposiciones, pero no como categoría dicotómica, sino como una categoría inexpresable en los términos de dicho plano: o si se prefiere, como categoría plástica, como puro movimiento o posibilidad de resolución de ambos contrarios. Esto lo podemos ilustrar en un diagrama:

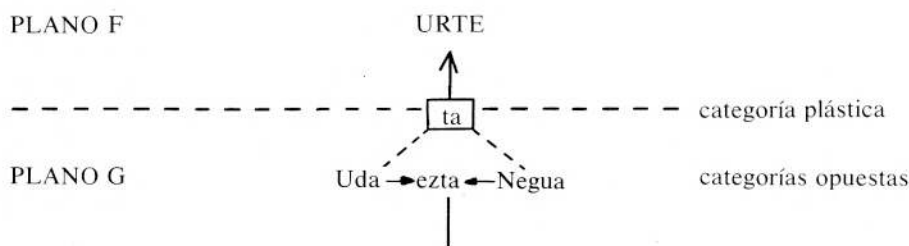


Gráfico n.º 16

En él *urte* está presente en el plano de los opuestos *uda/negu* en forma de conexión pura, de adición. La aplicación de *ta* a *uda/negu* permite encontrar el plano de *urte*, fuera del círculo de la restricción (*ezta*) en el que *negu/uda* funcionan como contrarios.

## 2.6. Naturaleza lingüística de la categoría resolutoria

El estudio de las dicotomías categoriales tiende a soslayar el análisis de la conexión que dos conceptos opuestos mantienen con la categoría superadora de la oposición. Pero olvidan asimismo que esta categoría se encuentra, de algún modo ya, presente en el plano mismo de la oposición, en forma de categoría inexpresable, o si se prefiere, de posibilidad de convergencia de ambos opuestos en un plano mayor. Y estas relaciones no pueden ser ignoradas <sup>14</sup>.

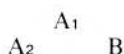
El mismo análisis de la forma lingüística de esta categoría integradora, o espacio resolutorio de una contradicción, tiene en sí mismo un enorme



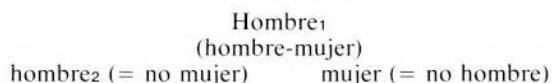
interés. El análisis de diversas lenguas revela que la pluralidad de procedimientos lingüísticos empleados puede reducirse prácticamente a cuatro procedimientos básicos:

a) *Integración*. – Consiste en resolver los opuestos mediante la suma lingüística de ambos. Esta suma se efectúa o bien mediante partículas puramente aditivas («y», «más», «con», etc.) o bien mediante fusión lingüística de los opuestos (yuxtaposición). Al primer tipo pertenecen formas como «tu y yo» «zu ta ní») que resuelven la exclusión tu (no) yo, mediante la suma. Al segundo tipo las formas yuxtapuestas tan frecuentes en lenguas como el euskara: neska-mutikoak, gizon-emakumeak, gazi-geza (cf. el español «agridulce»), andi-txikiera, etc., etc.

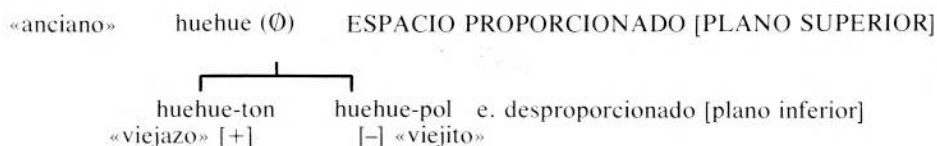
b) *Potenciación de uno de los pares*. – En esta solución el elemento que contiene a los opuestos tiene la misma forma lingüística que uno de los pares de la oposición. Esto quiere decir que en tanto uno de los términos tiene un valor restringido (constreñido sólo al plano de la oposición), el otro tiene un valor duple: uno como miembro de la oposición y otro como elemento superior que contiene a ambos. Esto puede representarse diagramáticamente así:



A este tipo pertenece, por ejemplo, la categoría de género en las lenguas románicas, donde el masculino es al mismo tiempo masculino y «neutro»; es decir, masculino y «masculino y femenino», mientras el femenino es sólo femenino. Una forma lingüística como «hombre» tiene, como es obvio, dos valores:



c) *Simplificación*. – La nueva categoría se obtiene mediante simplificación de ambos opuestos, a partir del elemento común que ambos comparten. Esto también se puede formular en sentido inverso: las categorías dicotómicas son la expansión, mediante sufijos derivativos que se oponen entre sí, de un elemento-base común a ambos. Así en euskara «muga» es la categoría superordinada que contiene a mugadun/mugagabe; en español «el fin» se superpone a la oposición finito/infinito. En nahuatl<sup>15</sup> la palabra base (o lo que es lo mismo, el sufijo cero) escapa a la oposición desproporcionado-grande/desproporcionado-pequeño que marcan los sufijos -pol/-ton adheridos a dicha raíz:



d) *Innovación*. – La categoría integradora tiene una forma distinta a cada una de las dos que fragmentan el campo lingüístico: es el caso de *urte* (globalidad de estaciones) frente a *uda* (estación clara-cálida) *negu* (estación oscura-fría); del castellano «tamaño» frente a *grande/pequeño*; del inglés *parents* (eusk. *gurasoak*) frente a *father* (progenitor masculino) *mother* (progenitora femenina), etc., etc. Esta forma lingüística nueva puede ser estructuralmente más compleja que las dos que forman la oposición. Tal es el caso, por ejemplo del vocativo nahuatl. Este tiene tres formas: una restrictiva al uso de hombres; otra restrictiva al uso de mujeres, y una común o general. La primera se forma simplemente añadiendo *é* a la palabra base; la femenina es el grado cero (diferenciado del no-vocativo sólo por la entonación de la frase y la acentuación de la última sílaba). La categoría genérica es sin embargo la que tiene la forma lingüística más compleja: se obtiene añadiendo los prefijos *ti* o *an* (según los casos) a la palabra base, y anteponiéndole al resultado la partícula *in*. Así la palabra *cihuatl* «mujer», exclamada por hombres (forma masculina), exclamada por mujeres (forma femenina) o exclamada en forma común da estos tres resultados distintos en nahuatl:

	in-ticihuatl	
	(«oh mujer», forma general)	
cihuatlé		cihuátl
‘oh mujer’ (en boca		‘oh mujer’ (en boca
de un hombre)		de una mujer)

Estos cuatro procedimientos fundamentales, con sus múltiples variedades, coexisten en casi todas las lenguas como recursos-base para la superación, en un plano paralelo, de las oposiciones dicotómicas que en dicha lengua fragmentan un campo lingüístico en contrarios. A poco que se indague no es difícil comprobar que una misma oposición puede resolverse simultáneamente por más de uno de estos procedimientos (*aita-ama*; *aita ta ama*; *gurasoak*...). Asimismo hay formas mixtas que mezclan varios de estos procesos. Así por ejemplo en gaélico escocés (y en irlandés) *duine* (pl. *daoine*) es una forma mixta de los procedimientos *b* y *d*: resuelve mediante una forma lingüística nueva la oposición de dos pares con valor restrictivo: *fear* (pl. *fir*) «hombre-s» / *bean* (pl. *mná*) «mujer-es».

Pero se sitúa también dentro del plano de la oposición masculino/femenino como equivalente de *fear*.

duine <sub>1</sub>		‘persona’ ‘hombre + mujer’
┌───┴───┐		
fear, duine <sub>2</sub>	bean	[gael. boireannach]
[sólo hombre]		[sólo mujer]

## 2.7. Oposición, contrastamiento y complementaridad

Así pues al estudiar una dicotomía simple debemos de tener en cuenta además de la relación de oposición pura entre dos contrarios dos relaciones

más: de un lado la relación que cada uno de los miembros de esta oposición tiene con la zona de transición o espacio de las diferenciaciones, relación que más que de oposición pura y simple (contraposición) es de diferenciación continua, en un proceso dinámico que preferimos denominar oposición progresiva o *contrastamiento*. Y luego la relación que estos tres espacios categoriales (los dos opuestos, más la intersección) mantienen con el eje, que en un punto de convergencia resuelve la oposición y la proyecta en un plano paralelo, como partes de un todo mayor: esta relación es de *complementariedad*.

El descubrimiento del eje proyecta consecuentemente luz sobre otra de las características de las dicotomías categoriales: su *escalonamiento*. Muchas, si es que no todas, las contraposiciones lingüísticas vigentes en una colectividad, están estructuradas en forma de un escalonamiento progresivo, de modo que unas categorías contienen a otras (y excluyen a unas terceras) que a su vez pueden fraccionarse en nuevas oposiciones.

Ello hace, a su vez, posible distinguir una relación más excluyente que la simple oposición, y es la que existe entre dos elementos de una oposición y la categoría o categorías que en el plano más amplio funciona como opuesta a aquella dentro de lo cual aquellos elementos están contenidos (como parte). La oposición, por ejemplo, que dentro del sistema verbal de la lengua vasca existe entre el pronombre o las formas verbales de la primera persona y las de tercera persona es de mayor grado que la que existe entre las formas de primera y las de segunda persona: ello es debido a que la tercera persona se contrapone ya a las otras, en el plano en el que *nik/zuk* se complementan como componentes de una categoría única de presencia <sup>17</sup>.

PRESENCIA (Nik +zuk)		AUSENCIA (ARK)	
hablante		oyente	
nik	≠	zuk	

Ello se refleja claramente en la estructura del sistema verbal vasco a través del evidente anisomorfismo de las formas de tercera persona: anisomorfismo que tiene su razón de ser en el hecho de que estas formas emergen lingüísticamente en un plano distinto a las dos anteriores. De hecho el proceso para «destilar» a partir de *nik/zuk* el pronombre de tercera persona es un proceso de dos exclusiones:

PRESENCIA : Gu[k]  
(Gu[k] = ni[k] + zu[k])

Ni eznaiz Zu OPOSICION  
EZ NI TA EZ ZU ... BERA DA

EXCLUSION MUTUA

## Notas

1. Frake, Ch. O. *The Diagnosis of Disease among the Subanun of Mindanao*. American Anthropologist, vol. 63 n.º 1, 1961. Cf. igualmente Levy-Strauss «El Pensamiento Salvaje», especialmente cap. VI. «Universalización y particularización». (Fondo de Cultura Económica, México, 1.ª reimp. 1970).
2. Levy-Strauss, cit. ibidem.
3. La observación e información de este hecho la recogí personalmente en el verano de 1980 en la costa occidental de Irlanda (distrito de Galway).
4. Según mi informante él no tenía noticia de que un pacto cerrado mediante semejante ritual hubiera sido jamás transgredido.
5. Esto es, en relación con su cadena de afinidad. Cf. infra.
6. López no es general y recluta al mismo tiempo: es general *en* el cuartel, y recluta *en* casa.
7. De lo contrario los espacios no son opuestos, sino son el mismo. Cf. nota 8.
8. «En efecto: si todos los contrarios no naciesen recíprocamente, en círculo, y lo hicieran en línea recta, sin girar de uno al otro, todas las cosas tendrían la misma figura y finalmente acabarían. *Diálogos* de Platón. Ed. española Bruguera, 3.ª ed. 1979 pág. 166.
9. En *Cultura y Comunicación*. Siglo XXI, Madrid, 1978, pp. 48-9.
10. «Al ponerse el sol le decían *agur* en Mañaria, allá por los años de 1929 y 1930 cuando yo andaba por aquella región (...) Y le dirigían además unas palabras llamándole «Santa Clara» que en vasco según las canciones dedicadas a St. Clara en Ondárroa significa «argi» (luz) y afirmando que se retiraba donde su madre». Tal escribe Barandiarán, que ha recogido numerosos ejemplos semejantes. (Cf. *Mitología Vasca*. Pág. 54, Txertoa, San Sebastián, 1979).
11. Dentro, concretamente de la categoría negativa.
12. Cf. E. Leach *Aspectos antropológicos del lenguaje: categorías animales e injuria verbal*. En *Nuevas Direcciones en el Estudio del Lenguaje*. Selecta de Occidente, Madrid, 1974, p. 50.
13. «El verbo hopi intemporal no hace distinción entre el presente, el pasado y el futuro del acontecimiento mismo, pero siempre tiene que indicar qué tipo de validez intenta dar el parlante a la exposición del hecho: a) informe de un acontecimiento; b) expectación de un acontecimiento». (Cf. Benjamín Lee Whorf. «Lenguaje, Pensamiento y Realidad», cit., pág. 249). En inglés el presente habitual contiene, en cierto modo, a todos los continuos.
14. Jakobson (op. cit.) afirma que los fonemas «no denotan más que pura alteridad» (p. 19). En los espacios no sólo hay alteridad: hay también transición y contraste; y hay complementariedad o convergencia dentro de un espacio mayor (y nuevas segmentaciones en espacios derivados).
15. Los ejemplos del nahuatl están tomados de Thelma D. Sullivan *Compendio de la Gramática náhuatl*. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1970. La interpretación que hago de los ejemplos es, en cambio, completamente personal.
16. En gaélico *bean* es propiamente «andre (a)», y *boireannach* se corresponde con eusk. «emakume (a)». En irlandés *bean* contiene ambos significados (como el cast. «mujer» = mujer (no hombre), esposa). Cf. para el gaélico Roderick Mackinnon «Gaelic». The English University Press, London, second impression, 1972.
17. Más que presencia/ausencia tal vez inmediatez/mediatez. Hemos desarrollado este tema en otro trabajo aún inédito.

## **II. 3**

### **Escalonamiento de los espacios**



### 3.0. Niveles en las categorías del lenguaje

Ya hemos visto cómo el propio estudio de una dicotomía simple o si se prefiere, de dos espacios contrapuestos, conduce por sí mismo a la idea de escala: a saber que dos oposiciones determinadas se insertan, o pueden insertarse, dentro de otra u otras categorías mayores que las contienen. Y que a su vez uno cualquiera de los miembros de la oposición (o ambos independientemente) puede generar una nueva oposición en un plano subordinado, y al margen del elemento opuesto del plano de referencia.

Esta idea, que en modo alguno es nueva, constituye un punto de partida fundamental, pues según ella sólo podríamos comprender la naturaleza de una oposición dada (por ejemplo «lengua/habla») al ubicarla *correctamente* dentro del circuito de segmentaciones sucesivas en que está contenida. Ya Levy-Strauss en el «Pensamiento Salvaje» escribía que:

«todos los niveles de clasificación ofrecen un carácter común: cualquiera que sea aquél que la sociedad considerada pone por delante es necesario que autorice –y aún que envuelva– el recurso posible a otros niveles, análogos desde el punto de vista formal al nivel privilegiado, y que no difieren más que por su posición relativa en el seno de un sistema global de referencia que actúa por medio de una pareja de contrastes: entre general y especial por una parte, entre naturaleza y cultura por otra»<sup>1</sup>.

Sin embargo, esta idea, tan trabajosamente aprehendida, se escapa enseguida de las manos. La mayor parte de las concepciones históricas, filosóficas, antropológicas y lingüísticas que tenemos prescindimos de ella. Casi todas nuestras clasificaciones («lengua»/«habla»; «materialismo/espiritualismo»; «pensamiento occidental/pensamiento primitivo»...) actúan como oposiciones absolutas dentro de un plano único, que olvida o soslaya el carácter relativo de la oposición dentro de uno de entre múltiples escalonamientos posibles.

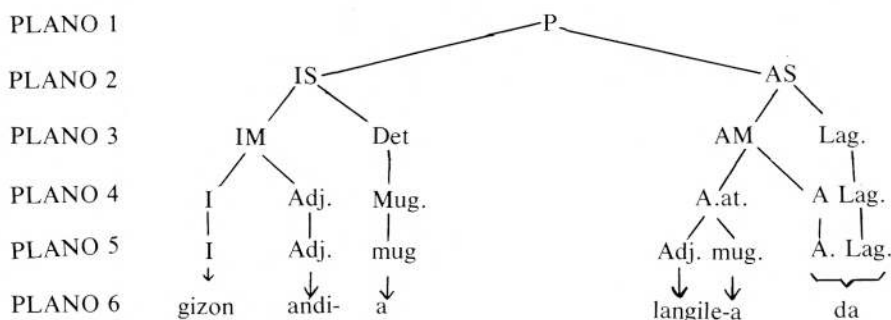
Y no obstante la idea de escalonamiento en las categorías del lenguaje se puede encontrar (por citar un solo caso) con claridad en un diagrama tan poco sospechoso de actual como el famoso árbol de Porfirio<sup>2</sup>. Y es la misma médula de la última (¿o tal vez penúltima?) ola en la lingüística de nuestros días: la teoría generativa.

Pero los problemas que plantea distan mucho de estar resueltos: a) ¿hasta qué punto el escalonamiento del lenguaje reproduce o difiere del escalonamiento de los fenómenos de la naturaleza? b) ¿a qué reglas o leyes generales

se acomodan los distintos tipos de escalonamiento? Estamos tal vez aún muy lejos de poder responder a estas preguntas.

### 3.1. La idea de nivel en las estructuras sintácticas

Sí es evidente, sin embargo, que la teoría de la sintaxis ha avanzado más y mejor en este sentido que la teoría semántica<sup>3</sup>. Si tomamos por ejemplo el análisis transformacional que Patxi Goenaga<sup>4</sup> hace de la frase simple «gizon andia langillea da» y lo adaptamos a un modelo de representación espacial, podemos distinguir en él los siguientes niveles y categorías:



Todo el conjunto aparece dispuesto de un modo coherente. Cada plano desarrolla y contiene los elementos del plano sucesivo. Dejando a un lado el problema de la correspondencia o no de las categorías propuestas con la naturaleza de la lengua analizada (es decir, dejando a un lado el problema de si *andi* es o no realmente un adjetivo; o de si *langille* debe o no ser considerado dentro del sintagma verbal, etc.) el modelo, en cuanto tal, es un modelo adecuado, pues permite comprender la naturaleza de la frase en seis planos sucesivos (de lo profundo a lo superficial; de lo implícito a lo explícito), y da cuenta además de las relaciones de estos planos entre sí.

El modelo sintáctico generativo permite además encontrar (al margen de que la propia teoría generacional no lo analice frecuentemente así) *relaciones distintas a la mera relación de oposición* (única relación considerada por otras corrientes lingüísticas) y elementos-base que hemos podido distinguir al analizar la configuración de un espacio dicotómico.

### 3.2. La estructura de un circuito espacial

Para comenzar, todo el conjunto de segmentaciones sucesivas (desde la primera  $P = IS + AS$ , hasta la última que prefigura la forma final de la frase) forma un *circuito*. Todo circuito se resuelve entre dos contornos relativos ( $P$  y «gizon andia langillea da»), ya que a partir de determinado grado resulta imposible decir cuál es el espacio matriz que inició la primera segmentación, o cuáles son los espacios filiales que resuelven la última (de hecho elementos





Gráfico n.º 18

como la entonación, la intención y el contexto que pueden hacer que esta misma frase signifique cosas distintas e incluso opuestas, quedan, en esta representación concreta, fuera del circuito). El circuito se compone de dos *cuerdas*: la cuerda A contendría a todos los elementos que quedan contenidos dentro de IS; la cuerda B, los que quedan dentro de AS. Estas dos cuerdas se encuentran entre sí en relación de *polaridad*. Entre cada cuerda sería posible distinguir un eje o *axis*, que podría ser representado como una línea vertical, que va de arriba a abajo y que contiene las categorías-eje (sintagma, conjunto, categorías gramaticales previas; categorías gramaticales últimas; morfemas –o palabras–).

Asimismo entre cada una de las cuerdas existe una *zona de transición* formada por las categorías conectivas («ni IS ni AS; IS y AS al mismo tiempo» categorías conectivas que pueden estar explícitas (elementos conectivos: preposiciones, sufijos, etc.) o implícitas («innombradas»): reglas de unión y separación de las cuerdas (yuxtaposición, orden de los elementos en la frase que sitúan cada cuerda en su zona respectiva, etc. etc.).

La oposición se produce, pues, entre elementos que se segmentan dentro del plano respectivo, esto es, en los límites de su propio plano (y dentro de su

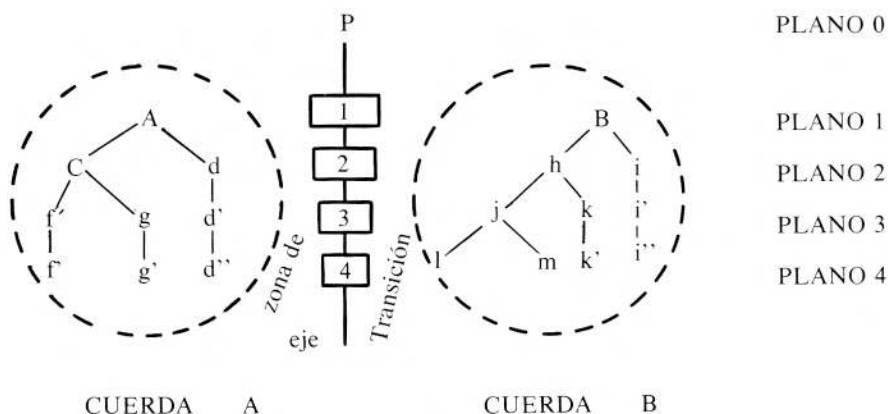


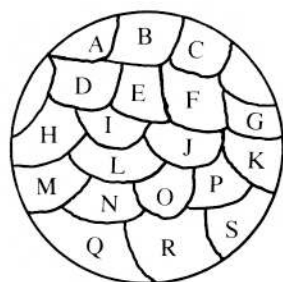
Gráfico n.º 19  
Imagen espacial del circuito sintáctico anterior. Arriba detalle del eje.

respectiva cuerda): Así la oposición entre andia y langillea es operativa dentro del plano 2 (como parte de la oposición entre IS y AS) pero la oposición entre langille y *a* existe sólo a partir del plano 5 en que el atributo se segmenta en langille/-a). El «eje» menor de dos miembros de una oposición en uno de los planos derivados es la categoría única de su plano superior (el eje de adjetivo y atributo es el sintagma atributivo). Los elementos de escalones distintos se encuentran entre sí en relación de *gradualidad*, que podríamos representar numéricamente en los casos en que hubiéramos delimitado previamente la composición del circuito <sup>5</sup>. En cada escalón resulta posible distinguir una contraposición (entre elementos opuestos dentro de ese plano) un contraste, y una complementaridad de todos ellos con la categoría nexo. Cada elemento, como parte de una cuerda dada se encuentra al mismo tiempo en relación de polarización con los elementos de la otra cuerda. En el plano 2 polaridad y oposición se identifican. Pero a su vez, al nivel del circuito (P) las cuerdas, la zona de transición y el eje se encuentran entre sí en relación de *complementaridad*, que podemos denominar *proyección*. Esta proyección del circuito (en cuanto totalidad única) es expansiva (cuando se la considera de arriba a abajo) y convergente, cuando va de abajo a arriba (cf. gráfico n.º 19).

### 3.3. Proporcionalidad de niveles y escalas

Dos ideas más conviene retener para la inteligibilidad del proceso: una muy fácil de comprender, que cada plano o escalón representa la aplicación de una escala diferente: que va de mayor a menor. Otra, que determinados elementos se proyectan a través de diversos planos sin segmentarse (pero especificándose o concretándose: esto es, sufriendo en cada plano la escala de aplicación respectiva): la categoría de «auxiliar» aparece en el esquema sintáctico que estamos utilizando como modelo en el plano 3 y permanece insegmentada hasta el plano 5: pero en el tercero debe considerarse como un

elemento de la escala de los conjuntos; en el siguiente como una categoría gramatical previa y en el último como una categoría gramatical concretada.



SISTEMA ESPACIAL DE LA LENGUA

El conjunto de todos los circuitos forma el sistema espacial de la lengua.

### 3.4. Los niveles de las estructuras significativas

Estos componentes y relaciones que hemos podido reconocer a partir de un circuito sintáctico cualquiera, debiera ser posible reconocerlos al observar la estructura semántica de una lengua. La idea, que recoge Lee Whorf del pensamiento oriental (y que es enteramente extraña para el mundo moderno) de que «la naturaleza y el lenguaje son interiormente semejantes»<sup>6</sup> parece virtualmente exacta, y el análisis «interior» de la estructura de las lenguas conduce ciertamente a ella. Pero con respecto a los significados choca una y otra vez con la tendencia inconsciente y profundamente arraigada entre nosotros a pensar que las palabras *son lo que para nosotros significan*. Olvidamos continuamente que el significado de una palabra es enteramente funcional: es el resultado de la inserción de un dominio neutro dentro de un espacio concreto del que adquiere la significación y las asociaciones concretas que en nosotros evoca. Disecionamos la naturaleza siguiendo líneas (o mejor circuitos) que nos vienen indicados por nuestras lenguas nativas, e ignoramos que el circuito existe al margen de la palabra en sí misma, por más que siempre se nos presentan unidos, y que una palabra (o un dominio dado) distribuidos de modo diferente a lo largo de dicho circuito aporta análisis distintos de la misma «realidad» (y no por ello menos lógicos). Parece que el único modo de escapar a la ilusión que todo lenguaje teje sobre nosotros, y que nos sitúa dentro de una perspectiva parcial, dogmática y masificada de las cosas está en comprender la relatividad de nuestras percepciones y la necesidad de aceptar correcciones que deben venir desde fuera de ella. Correcciones que como supo ver Lee Whorf deben de ser: «las de todas aquellas lenguas que como consecuencia de una evolución independiente han llegado a análisis diferentes, pero no por ello menos lógicos y provisionales»<sup>7</sup>. Es sólo entonces cuando podemos salirnos de nuestra propia rutina, tratar de ubicarnos en otra perspectiva, y desde ella exponer esta nueva perspectiva como un espejo sostenido frente a la nuestra propia, aceptada hasta entonces, inconscientemente, como la única posible y «razonable».

## Notas

1. Pág. 198.
2. El filósofo neoplatónico Porfirio inventó una clasificación dicotómica muy en boga durante una época. El árbol de Porfirio prevé una sucesión de géneros y especies. Todas las divisiones se basan en el principio de tercero excluido (no puede haber una clase intermedia), mientras que las especies derivadas deben agotar cada género y cada una de las etapas en sub-categorías. (Cf. Susan Stebbing «A Modern Elementary Logic, London, Methuen, 1963, pp. 107-110).
3. «Furthermore, quite apart from the question of universal constraints, it seems obvious that in any given linguistic system lexical entries enter into intrinsic semantic relations of a much more systematic sort than is suggested by what has been said so far. We might use the term «field properties» to refer to these undoubtedly significant though poorly understood aspects of a descriptive semantic theory» (Chomsky, Aspects, cit. p. 160). «Cómo no caer en la cuenta —comenta J. Nivette— de que más que en cualquier otro campo de la gramática generativa, nos encontramos aquí —es decir, en el terreno de las marcas distintivas del léxico y sus matices— en presencia de una tierra sin explotar, y que antes de llegar a resultados tangibles será necesario aún un cúmulo de trabajos e investigaciones?» (op. cit. pág. 64).
4. En «Gramatika bideetan», Erein, Donosti, 1978, pág. 133; P. = frase (perpauza); IS = Izenaren sintagma (sintagma nominal); AS = Aditzaren sintagma (sintagma verbal); IM = Izenaren multzo (conjunto nominal); AM = Aditzaren multzo (sintagma verbal). Lag. laguntzaile = auxiliar; mug. = mugatzaile = marcador, o limitador; I = izena (nombre); A = aditza (verbo), Adj. adjetiboa = adjetivo.
5. Por ejemplo  $P_1 AS$ ;  $P_2 AS$ ;  $AS_1 P$ ;  $AM_2 P$ , etc.
6. «Lenguaje, Pensamiento y Realidad». Ed. española Barral, Barcelona, 1971, pág. 280.
7. En «Lenguas y lógica» dentro de la selección de sus escritos «Lenguaje, Pensamiento... cit»). Pág. 275.

## **II. 3. Apéndice**

**Los espacios implícitos  
de «la vida» y «la muerte»**



### Los espacios implícitos de la «vida» y la «muerte»

Este es uno de los ejemplos que puede ilustrar con mayor claridad lo que hemos intentado explicar más arriba: la sujeción de nuestras percepciones sobre el mundo externo a una perspectiva dada por una ubicación de las ideas más elementales a unas categorías implícitas (espacios lingüísticos) con las que se nos presentan «atadas» y formando un todo único que nos parece «real», esto es, conforme a la naturaleza de las cosas. «Vida» y «muerte» son dos conceptos fundamentales en nuestra concepción del mundo que nos resistiríamos a aceptar como meras imágenes subjetivas, y que pensamos describen realidades absolutas igualmente evidentes para cualquier ser humano en cualquier sitio. Sin embargo, a poco que se investiguen culturas radicalmente diferentes de la nuestra (y en muchos casos, al investigar las etapas previas de nuestras propias culturas) se descubre claramente que esto no es así. El investigador honrado no puede por menos que sentirse desconcertado ante la presencia de representaciones que no es posible hacer encajar dentro de los propios modelos... a menos, claro, que uno sea capaz de verlas desde otra perspectiva.

«Las ideas de la muerte de los primitivos —escribe Levy-Brul— son vagas, confusas y en ocasiones contradictorias. No hay apenas observador que no se queje por no haber podido clarificarlas». Y más adelante escribe «¿No es obligado que el primitivo se pregunte, por lo menos en ciertos momentos, lo que será de él en la otra vida?», ¿dónde estará? ¿en compañía de quién, qué es lo que haré, qué es lo que tiene que temer, y qué es lo que puede esperar de ese más allá al cual un brujo puede enviarlo en cualquier momento? *«Pero el hombre de las sociedades primitivas ignora esta ansiedad»*. El antropólogo adopta en esta ocasión el punto de vista implícito de que esta ansiedad —es decir, todo el conjunto de nuestras preocupaciones y temores ante la idea de la muerte— son «lo razonable» sin comprender que no son menos razonables las actitudes de los «primitivos» que las nuestras propias. Razonable es en sí mismo un término poco razonable. Sólo tiene valor como «consecuente con su propio sistema». Y ambas actitudes tienen su razón de ser, su propia coherencia.

Todos los miedos, resquemores y hasta terrores que provoca en nosotros la idea de la muerte no son connnaturales a la idea en sí, sino consecuencia del espacio en que la situamos. Los conceptos vida/muerte están ubicados entre nosotros (cf. gráfico n.º 20) dentro del mismo plano como categorías contrapuestas. La vida es el espacio de lo conocido; la muerte, de lo

desconocido, la vida de lo lleno («está lleno de vida»), la muerte de lo vacío («el vacío de la muerte»). Pero sobre todo la vida es para nosotros un espacio de posesión, mientras que la muerte está ubicada en un espacio de privación. La vida representa para nosotros la síntesis de todas nuestras (presentes, pasadas y esperables) posesiones (económicas; y no económicas, como fama, buen nombre, éxito, etc.). La muerte es lo que acaba con todo esto. En nuestro lenguaje estar «sin vida» privado de vida –y estar muerto– son sinónimos (mientras que a nadie se le ocurre decir de alguien que está vivo «que está sin muerte»).

Todo ello revela una concepción implícita de la muerte como privación de algo que se sobrevalora. Es esta privación la que produce dolor, terror y llanto, y la que genera en nosotros la necesidad de una compensación; todas nuestras teorías religiosas sobre la vida post mortem están construidas a nivel visceral: como compensación o consuelo del dolor irreparable que nos produce la idea de poder «perder la vida».

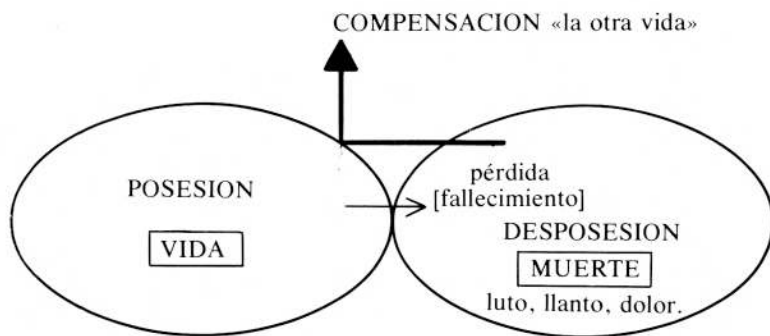
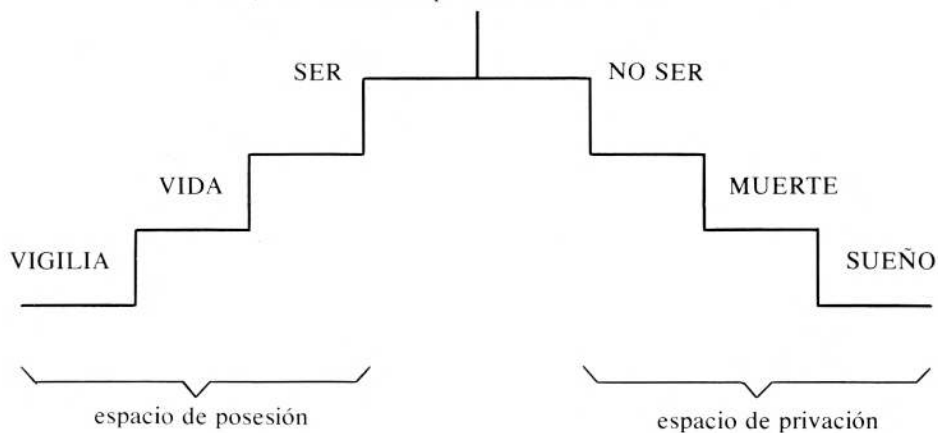
Hasta tal punto estamos acostumbrados a esta óptica que, se objetará, es «de lo más natural». Y sin embargo de los múltiples informes etnográficos que poseemos de multitud de pueblos a los que atribuimos, impunemente, la condición de «primitivos» encontramos perspectivas increíblemente más ricas, más armónicas, y desde luego más liberadoras de ese sentimiento de ansiedad que Levy-Bruhl echaba de menos en los «primitivos» y que no tiene razón atribuir a que «para el primitivo apenas cuente el destino individual», como él pensó.

En muchas sociedades no estatales la muerte no provoca temor porque no existe como espacio propio. La muerte es solamente un umbral, o si se prefiere, una acción, una transformación. Esta transformación va «de una vida» a «otra vida». La categoría vida no se segmenta, como entre nosotros en dos opuestos (vida/muerte): pero se sitúa en distintos planos. Dentro de estos planos la «vida humana» no es la vida por excelencia (puesto que al fin y al cabo «todo es vida») sino es el espacio de la perspectiva. La vida humana está en el espacio de lo inmediato, a diferencias de las otras (accesibles en ciertos casos mediante mediación ritualizada: invocación a los espíritus o a las fuerzas anímicas de otros planos). En el plano de perspectiva lo que se opone a la vida humana no es «la muerte» sino la vida no humana. Aquella se diferencia de éstas en que es la conjunción de dos elementos, que viviendo separados en planos diferentes, se juntan en el espacio de perspectiva para constituir lo que se da en llamar «vida humana»: estos dos elementos son de un lado el cuerpo, y de otro algo que no se corresponde exactamente con nuestra idea de alma sino que más bien es, como expresa acertadamente Levy-Bruhl– «un ser que tiene vida propia, y que sin embargo es él». Es el *iningukua* de Australia central, el *kra* y el *ntoro* de África occidental, el *nayarong* de los malayos, etc., etc. En tanto este ser está presente en el cuerpo el individuo vive la *vida humana*. Pero si se aleja no puede decirse que muera: muere y subsiste al mismo tiempo. Es decir, cambia de condición. Estos dos principios (que en la concepción precristiana vasca debieron ser *lohi*<sup>1</sup> de un lado y algo que tal vez fuera *gogo*, aunque no es seguro) se

1. Debo al dtor. Michelena, en comunicación personal, el conocimiento de que la palabra que designa en primitivo euskara el «cuerpo» (o tal vez mejor el principio «material») es *lohi(a)*,



Gráficos 20 y 21:  
«Vida»/«Muerte» en el pensamiento occidental moderno



encuentran unidos entre los esquimales por el nombre (*atka*). El nombre es la categoría eje, y como tal resuelve los términos de una oposición proyectándola en un nuevo plano. Esto parece evidente cuando el esquimal Mamayuk le dice a Stefansson algo que no parece bien interpretado por este, a saber: «que el nombre es la misma cosa que el alma (*nappan*) de un muerto, es otra palabra para referirse a la misma cosa». En realidad en el muerto la dualidad entre *nappan*/cuerpo no existe. El muerto vive como *atka*. Nombre no es, pues, para los esquimales, lo mismo que para nosotros. Para nosotros es una mera etiqueta de la persona. Para los esquimales es el punto de convergencia hacia un plano distinto de vida. También en este punto parece divergir

y no *soin*, como yo había deducido erróneamente en un principio. El doctor Michelena me hace saber que este *lohi* (que hoy se encuentra exclusivamente con su sentido de «barro») aparece como equivalente de «cuerpo» todavía en los textos arcaicos vascos. Y me expresa su convicción de que *gogo* haya sido a su vez, en efecto, la palabra designadora del principio anímico.

A propósito de este *lohi* el doctor Rangel –en comunicación privada– me hace notar su sorprendente parecido con el hebreo e-lo-hi-m.

completamente la interpretación vasca precristiana de la actual. En aquella el nombre tiene una estrecha relación con el ser de las cosas: relación que viene implícita en la propia proximidad formal de los dos conceptos: el de nombre *izena* y el de ser (*izana*) (cf. a este respecto lo que dice Barandiarán de la idea arraigada en el País Vasco de que la maldición lanzada sobre un nombre alcanzaba al objeto por él designado, como manifestación de la creencia de la capacidad de influir en las cosas a través de los nombres: esto es, el nombre como el plano superior a la cosa en sí).

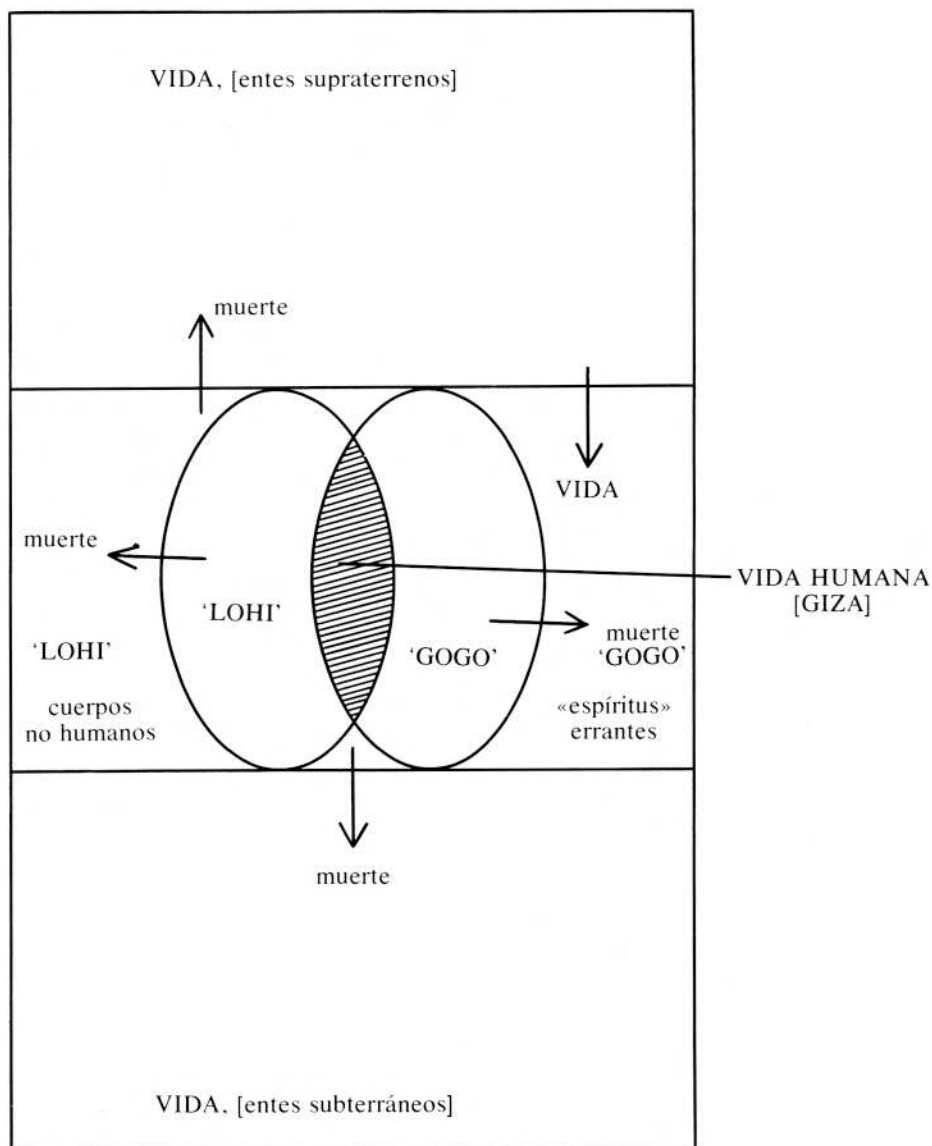
«Vivir» es, por tanto, única y exclusivamente, albergar dos opuestos unidos por el nombre. «Morir» es el proceso por el que cada uno de estos elementos de espacios distintos, vuelve a su espacio propio: se rompe la conexión, y siguen viviendo ambos, pero independientemente. Esto lo que está refiriendo Grubb de los *lengua* al afirmar que en ellos: «la otra vida es simplemente la continuación de ésta, sólo difiere en que se haya privado de su cuerpo». O cuando a propósito de los bagokongos se dice que «los muertos están vivos. Son incluso los vivos por excelencia». Pero es que ni siquiera el cadáver propiamente «muere». En realidad la palabra «cadáver» sólo tiene sentido dentro de nuestra perspectiva: la de cadáver es una palabra de privación. En muchas lenguas no es posible encontrar esta palabra. Codrington parece asombrarse de que entre los melanesios «un hombre muerto y el cadáver se designan con la misma palabra». Y es que en realidad desde una perspectiva en la que la muerte no ocupa un espacio propio (es sólo proceso, cambio, transformación) el cadáver no existe. Existe el cuerpo que continúa sin su *tamtegi* su vida propia. Vida que a veces se imagina como semejante a la que tuvo unido al principio anímico, o que a veces se funde con la de la naturaleza de la que entra a formar parte. En la primera concepción (la identidad de la vida del cuerpo sin su «espíritu» con la vida corporal anterior) estriba la costumbre tan arraigada en distintos pueblos y culturas históricas de llevar al cuerpo del difunto ofrendas y comidas. Esto parece que en algunos casos sea una creencia literal, es decir, que efectivamente se acepta que los muertos tienen necesidad «de comer y de beber». Pero no debemos olvidar que esta creencia puede desenvolverse igualmente dentro de un plano metafórico: mediante él la colectividad afirma y explicita su convicción en la continuidad y solidaridad de la vida.

También en la mitología vasca los muertos «consumen las ofrendas», y si centramos la atención en la estructura de la lengua nos encontramos con que la palabra latina *corpus* se toma para designar los dos conceptos que el cristianismo interpreta como dicotómicos: el cuerpo vivo (*gorputza*) y el cadáver (*gorpu*). Pero si analizamos la propia composición de la palabra *gorputza* (*gorpu* *utsa*), y *reparamos además en que esta misma palabra designa en ciertas zonas del país, aun hoy, también el cadáver, nos percatamos de que el préstamo se inserta en la lengua en un momento en que las categorías aún no se han segmentado*. El cadáver no existe como tal en el mundo precristiano vasco: sólo existe como puro cuerpo (*gorpu utsa*): que al separarse del principio anímico sigue su propia vida, pero en forma diferente.

### Relación metafórica y relación metonímica

En la exposición anterior nos hemos encontrado con que un mismo hecho: las ofrendas al cuerpo del «difunto» pueden tener dos niveles de interpreta-

Gráfico 22 «Vida»/«Muerte» en el pensamiento 'primitivo'



ción, por parte de la comunidad que las practica: puede ser una creencia literal de que el «difunto» realmente necesita comer y beber. Pero puede ser una representación metafórica: es decir, un símbolo que manifiesta la creencia general en la continuación de la vida (el símbolo como superación de la apariencia).

	Latín	«Proto-euskera»	Euskera fase 1	
Lleno	CORPUS	LOHI	LOHI, edo GORPU	LOHI, edo GORPUTZA
vacío	CADAVER			GORPU
		Llena	Lleno	

Gráficos 23 y 24: La segmentación categorial de «cuerpo» y «cadáver» en euskara e inglés.

	Latín	Francés	Inglés f. 1	fase anglo-normanda a	b	Inglés f. 3	
Lleno	CORPUS	CORPS	BODY [Lic]	BODY or CORPS	BODY	BODY	Full
vacío	CADA VER	CADA VRE			CORPS MORT	CORPSE	Empty
			Lleno	Lleno			

Esto nos lleva a algo que forma parte del mismo entramado del lenguaje y con lo que nos confrontamos a cada momento a la hora de tratar de descubrir las categorías implícitas que subyacen al léxico de una lengua. Igual que en el ejemplo anterior una idea surgida inicialmente como «símbolo» puede quedar fosilizada como «creencia»; en las estructuras del lenguaje conceptos que han sido desplazados inicialmente de su plano de ubicación para resaltar matices expresivos de otros planos acaban fosilizados, enquistados en estos espacios a modo de inquilinos permanentes. Piénsese por ejemplo en conceptos como «infinito, enorme, ilimitado». Hoy día hablamos con la misma alegría de que el «universo es infinito» o de que mis problemas son «infinitos». Si en un momento el resultado de llevar lo «infinito» al espacio de lo «grande» puede producir un incremento de la expresividad de la frase, cuando este desplazamiento se cristaliza, lo que ocurre es que la palabra pierde su propio plano: se produce así una dislocación, un caos continuo de las categorías.

Lo mismo ocurre cuando una categoría opuesta ocupa el eje de una oposición, o el eje se convierte en una categoría opuesta. Esto por lo demás, ocurre continuamente: es tomar la parte por el todo: *nuestra* cultura, por la Cultura, *nuestras* normas por la Norma; mi casa por el Pueblo; mis ideas por la Realidad.

Al primer proceso lo designamos como uso metafórico y al segundo uso metonímico. A la larga todo nuestro lenguaje no es más que una sutil

metonimia y una inconsciente metáfora: situar el espacio de esta metáfora, y romper la falsa perspectiva de nuestras metonimias es no sólo empezar a descubrir algo nuevo sobre el lenguaje, es, tal vez, comenzar a saber algo sobre nuestro propio sentido.



## **II. 4**

### **Inclusión-exclusión (La configuración de un circuito)**





«Sostengo que el niño percibe el medio físico y social como un continuo, es decir, no conteniendo cosas separadas. Al niño, en buena ley se le enseña a imponer sobre este medio una red discriminatoria que sirve para distinguir el mundo como compuesto de un gran número de cosas separadas, cada una de ellas designada con un nombre. Pero este mundo es una representación de nuestras categorías lingüísticas y no viceversa. Porque mi lengua materna es el inglés me parece evidente que *bushes* y *trees* son todos diferentes tipos de cosas, pero no hubiera pensado esto si no me hubieran enseñado que era así»<sup>1</sup>.

Esta opinión de Leach constituye un punto de vista bastante generalizado en el estructuralismo moderno. No hay una *realidad* única que nuestras lenguas nos transmitan fielmente. Cada lengua, o cada sistema cultural, nos condiciona a ver la realidad de un modo determinado, y puesto que las lenguas y las culturas son distintas entre sí, parece que estemos condenados a «fijarnos los unos en los otros, pero sin vernos unos a otros»<sup>2</sup>.

¿Debemos resignarnos a esta situación, a esta radical incomprensión que sólo se aliviaría tratando en cada caso concreto de entender cómo cada pueblo ha interpretado su propia realidad –en el caso incluso de que esto pueda ser posible– o hay, como sospecha Michelena, encubiertos por el tupido follaje de infinitas diferencias superficiales, procedimientos universales y comunes?<sup>3</sup> Es decir, una realidad subyacente común cuya intelección nos permitiría explicar y comprender nuestras múltiples diferencias?

Chomsky, al menos, retomando la tradición del pensamiento racionalista moderno, ha pensado que es así:

«El problema teórico más incitante de la lingüística –escribe– es el de descubrir los principios de la gramática universal que se entretajan con las reglas de las gramáticas particulares proporcionando la explicación de fenómenos que parecen arbitrarios y caóticos»<sup>4</sup>.

Y en otro lugar:

«Los principios que determinan la forma de la gramática y que seleccionan una gramática de la forma adecuada sobre la base de ciertos datos constituyen un campo que, siguiendo un uso tradicional, podría denominarse *gramática universal*. El estudio de la gramática universal, entendido de esa manera, forma parte del estudio de la naturaleza de las capacidades intelectuales humanas. Su objeto es la formulación de las condiciones necesarias que debe satisfacer un sistema para que resulte idóneo en tanto que posible

lengua humana, condiciones que no se cumplen por accidente en el caso de las lenguas humanas existentes, sino que, por el contrario, están enraizadas en la «facultad del lenguaje» del hombre y constituyen, por lo tanto, la organización innata que determina los rasgos relevantes de la experiencia lingüística y el conocimiento de la lengua que se origina a partir de dicha experiencia. La gramática universal constituye por tanto, una teoría explicativa de un tipo mucho más profundo que una gramática particular, aunque la gramática particular de una lengua también puede ser considerada una teoría explicativa» <sup>5</sup>.

#### 4.1. Carácter generalizado del procedimiento inclusivo/exclusivo

El investigador que se toma la molestia de estudiar las lenguas desde una perspectiva sociocultural, es decir «como medios vivos de comunicación recíproca en un país y en un momento determinados» <sup>6</sup> intuye en ocasiones la existencia de determinados procedimientos comunes. Uno de estos procedimientos es el que consiste en clasificar la realidad particular mediante un patrón de inclusión-exclusión, patrón mediante el que todo pueblo del que el autor de estas líneas tiene noticia <sup>8</sup> distingue por lo menos entre un tipo de sistema (s) lingüístico (s) que considera como propio, y otro tipo de sistemas (o sistema) que considera ajeno, o muy ajeno a él mismo <sup>7</sup>. ¿Es este un procedimiento genérico a la especie humana (o como prefiere Cassirer, al animal simbólico que es el hombre) o utilizando la terminología de Lee Whorf tendríamos que considerarlo, más modestamente, como una categoría específica similar a lenguas (y culturas) diferentes? <sup>8</sup>

Aunque personalmente nos inclinamos a pensar que se trata, efectivamente, de lo primero, el objeto de este trabajo no es otro que formular unas hipótesis y dejar planteada la pregunta. El campo limitado en el que se desenvuelven nuestro conocimiento de lenguas y culturas distintas a la propia haría, por el momento, pretencioso cualquier intento de dar una respuesta concluyente a un problema tan complejo.

#### 4.2. El escalonamiento de los circuitos

La hipótesis de la que parto es que esta segmentación forma, en nuestras culturas, un *círculo categorial*, que aplicamos no sólo al lenguaje, sino a cada uno de los elementos significativos del endosistema (grupo humano, hábitat, atuendo, alimentación, etcétera). Tal segmentación no se efectuaría además de un modo lineal.

— — — — —

sino en forma de un escalonamiento sucesivo que va de mayor a menor:



Todos los grados de un escalonamiento forman, como he dicho, un *círculo*. Y una de las tareas del etnolingüista parece que sea la de detectar

cada uno de los circuitos básicos que están actuando en una comunidad, del que el de inclusión/exclusión es solamente uno de ellos <sup>9</sup>. Es sin embargo una tarea nada fácil, ya que es costoso en ocasiones situar un escalón, es decir, saber qué puesto ocupa dentro de la gradación, siendo asimismo difícil establecer cuándo empieza y cuándo acaba un circuito.

Tomemos por ejemplo las categorías kachín para los animales familiares que Leach <sup>10</sup>, nos presenta agrupadas linealmente:

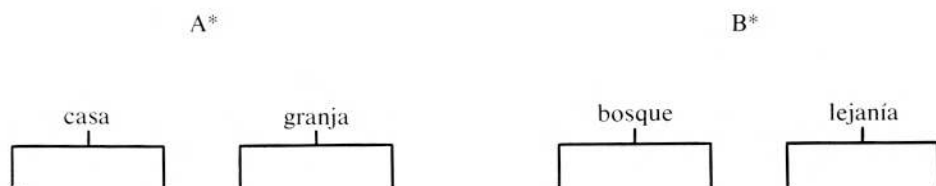
CASA      GRANJA      BOSQUE      LEJANIA

Viendo esta cadena enseguida se nos ocurre que podría agruparse de este modo

$$\begin{array}{ccc} & A & \\ a' & & a'' \end{array} \qquad \begin{array}{ccc} & B & \\ b' & & b'' \end{array}$$

donde la oposición A/B sería la existente entre espacio habitado por el grupo / espacio deshabitado. Asimismo a' y a'' parecen susceptibles de segmentaciones sucesivas (casa común; casa propia o casa ajena), pero allí donde carezcamos de información sobre la existencia de otros grados (matrices o filiales) de una categoría designaremos por X a dicha categoría desconocida. Todo circuito pues, se desenvuelve dentro de un contexto relativo: entre una categoría matriz (X) que desconocemos, y una categoría filial (X) que asimismo no conocemos aún.

De modo que, si con una información lineal tuviéramos que ubicar las categorías kachin de los animales domésticos, lo haríamos de este modo:



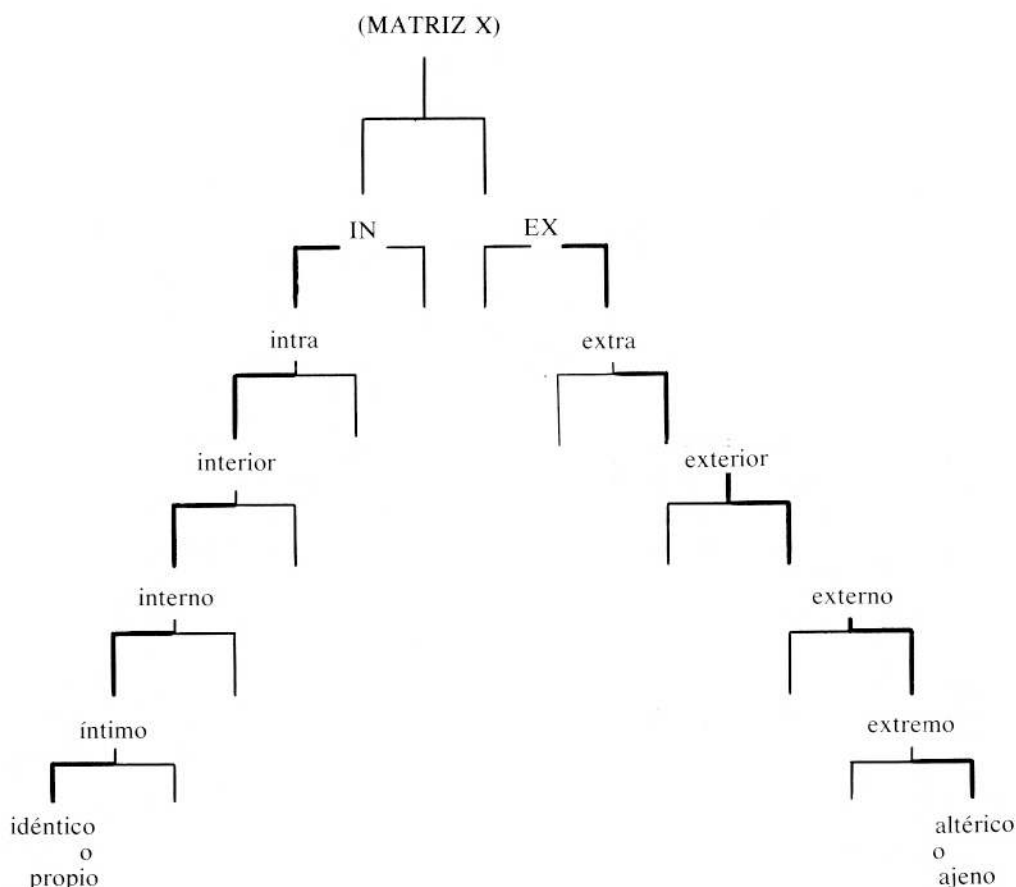
#### 4.3. Estructura espacial y terminología lingüística de este circuito

Hay razones para pensar que, dentro de un circuito, la segmentación no es sin embargo infinita, como no lo es el vocabulario de una lengua. Pero es enormemente difícil de sistematizar porque espacios, dominios y funciones aparecen contenidos unos dentro de otros <sup>11</sup>.

Conviene, pues, para comprender las relaciones entre espacios, proponer una terminología diferente para cada uno de los grados del escalonamiento. Esto implica vocablos distintos para cada uno de los pares (o en su caso tríadas) de un escalonamiento, pero también vocablos distintos para los

espacios que aun procediendo de una matriz común representan distintos grados de esa matriz. En el circuito que vamos a analizar la terminología elegida combina este triple propósito de oposición (entre pares contrapuestos) semejanza (entre elementos de una misma *cuerda* o serie) y diferencia (entre cada uno de los grados de esta serie). Choca sin embargo con la dificultad casi insalvable de poder confundir estos términos con el sentido que tienen en el uso normal: a poco que reparemos en ello nos percatamos de que la lengua que usamos es una lengua básicamente metafórica, ambigua y que ha perdido en gran parte la capacidad para las matizaciones, haciéndonos ver cómo intercambiables y sinónimos conceptos que pertenecen a distintos grados de un escalonamiento. Con el fin de salvar esta dificultad propondremos en ocasiones pares alternativos de términos, y se acudirá a ejemplos aclaratorios. Por lo demás esta terminología es sólo provisional, ya que sólo su aplicación sucesiva a series de dominios diferentes puede determinar su viabilidad o su necesidad de ser reemplazada por otra más conveniente.

De acuerdo con todo ello estructuramos el circuito completo de inclusión/exclusión de esta manera <sup>12</sup>:



La actitud de una colectividad hacia su lengua o sus lenguas, depende, por ejemplo, en gran medida, de cómo ha dispuesto su concepción del lenguaje dentro de esta red de espacios categoriales sucesivos, disposición que a veces varía entre miembros de una misma comunidad idiomática <sup>13</sup>.

En este primer acercamiento al tema vamos a tratar de analizar el circuito sin excesiva discriminación, analizando simultáneamente aspectos antropológicos y lingüísticos. Después de todo no se trata más que de poner el pie en una tierra para nosotros desconocida.

#### 4.4. La matriz X

En el cuadro anterior la oposición que hemos llamado in/ex (in-out) se segmenta a partir de una matriz X, que no es desconocida. ¿Pero tal matriz realmente ha existido alguna vez, o es una mera hipótesis de trabajo? ¿Hay alguna lengua actual donde esta segmentación no se haya producido?, ¿o dónde un mismo vocablo concentre ambos significados? Trataremos de responder a estas preguntas, siquiera parcialmente, utilizando unos pocos ejemplos de unas pocas lenguas, ejemplos que por su propia limitación (que es la del autor mismo) no pueden tener más que un valor indicativo, y en modo alguno concluyente.

En las lenguas que nos son menos desconocidas <sup>14</sup> in-out no están siempre en relación de oposición. Después de todo la oposición que hacemos entre ellos es una oposición subjetiva: una cosa que está «fuera» de otra, puede estar «dentro de una tercera». Una misma cosa está dentro o fuera, en castellano, según desde dónde y como se mire. Un mismo hecho (ir al cine) es «salir fuera» si lo contemplo desde el espacio que estaba ocupando hasta ese momento (mi casa) y entrar dentro si lo contemplo desde el espacio que voy a ocupar (cf. gráfico n.º 23).

En castellano dentro-fuera están en relación de oposición: si utilizo en un contexto dado uno de ellos, no puedo utilizar el otro, pues se excluyen mutuamente: no puedo decir, por ejemplo está «dentro, fuera del armario» ni «está fuera dentro del armario». Sin embargo «dentro-en» o «fuera y en» no están en relación excluyente, sino complementaria:

«dentro, en el armario»

«fuera, en el perchero»

En inglés hay una oposición entre out-within, o outside-inside, pero no hay una relación excluyente entre out-in sobre todo cuando el primero precede al segundo. Así son perfectamente corrientes frases del tipo:

He is out into the country.

They have gone out in the homefield.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que si la camisa está fuera del armario no puedo decir «está fuera en el armario», mientras que si está dentro sí puedo decir en cambio «dentro en el armario» <sup>15</sup>. Esto quiere decir que *en* tiene dos sentidos que podemos representar así:

en<sub>1</sub>

en<sub>2</sub>, dentro      fuera

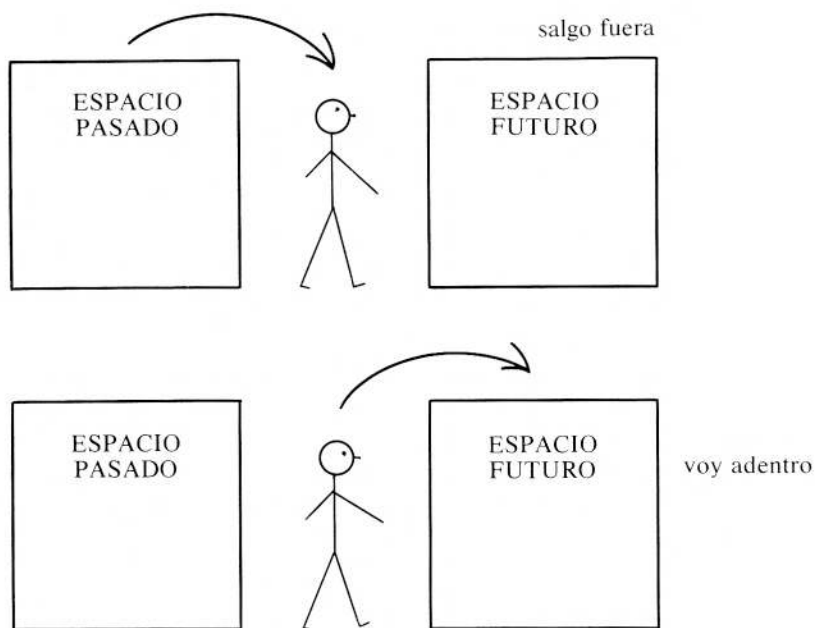


Gráfico n.º 23

en<sub>1</sub> sitúa algo dentro de un espacio, ya sea aquél que constituye el punto de perspectiva, ya sea otro que queda fuera del punto de perspectiva. En<sub>2</sub> ha situado una cosa dentro del espacio de la perspectiva, como opuesto a las cosas que están fuera de él.

Esto mismo es lo que ocurre entre el inglés IN<sub>1</sub>, que es genérico en relación con IN<sub>2</sub>, que es intercambiable con within.

En islandés encontramos el mismo esquema: út/innan se excluyen, pero í puede no excluir a út, en cuyo caso tenemos í<sub>1</sub>: út í vatni («fuera, en el agua: es decir, fuera de mi espacio de perspectiva, que es la tierra, pero dentro de otro espacio, el agua»). El esquema del islandés sería pues éste:

í  
í, inn      út, úti, útan

La intersección entre in<sub>1</sub> y in<sub>2</sub> (í<sub>1</sub> í<sub>2</sub>) estaría representada en ambas lenguas por á, át. Estas preposiciones no sitúan a una cosa precisamente «dentro» del espacio de la perspectiva, pero la aproximan: á baenum/at the farm; á safninu / at the library (en islandés representa además el movimiento del interior de un espacio al interior de otro espacio: ganga á fjöll, que en inglés se representa por in+to: go up into the mountains). (Cf. gráfico n.º 25).

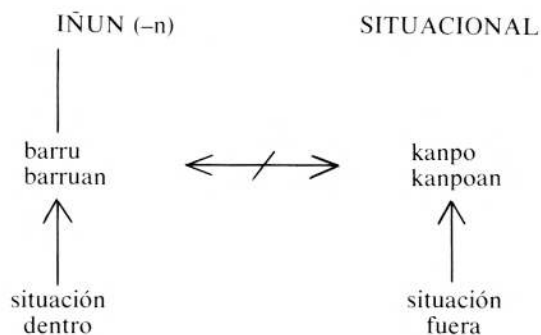


Gráfico n.º 24

La oposición kanpo/barru en euskara, a partir de una matriz situacional.

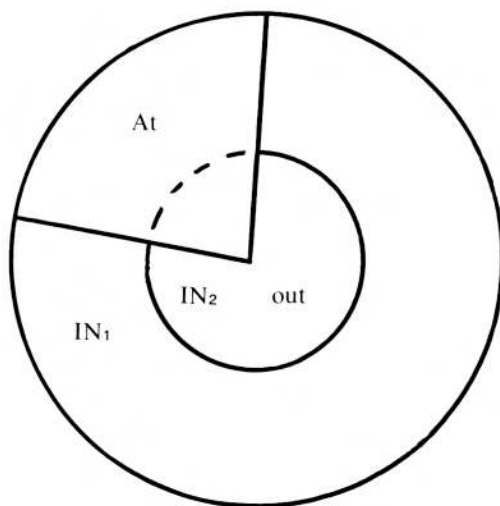


Gráfico n.º 25

Hipótesis sobre la situación espacial de las preposiciones situaciones del inglés

El proceso aparece más claro aún en euskara: barru/kanpo son dos conceptos mutuamente excluyentes, pero -n es complementario tanto a ellos como a cualquiera de las posposiciones que indican situación:

kanpoan: «en afuera».      barruan: «en adentro»

ondoan, atzean, azpian, gainean <sup>16</sup>, etc. (Cf. gráfico n.º 24).

De aquí extraemos la conclusión de que en nuestras culturas la oposición in-out se efectúa a partir de una *matriz situacional*: esa matriz selecciona el conjunto de las cosas presentes en un espacio mayor: es decir, el conjunto de

las cosas existentes. La oposición de inclusión-exclusión parece así derivarse de una matriz anterior de PRESENCIA(-AUSENCIA): la inclusión o la exclusión son dos grados de la presencia. La ausencia no está fuera, simplemente no está. En euskara, por ejemplo, esta matriz podríamos denominarla la matriz INUN, a partir de la cual las cosas pueden situarse «barruan» o «kanpoan», una cosa que en euskara está INUN EZ (en ninguna parte) no puede estar «kanpoan». En castellano es la matriz del «dondequiera»: «dondequiera que esté dentro o fuera».

En inglés la chocante disparidad existente entre within-without (dentro de-sin) sólo podría explicarse a partir de un within sinónimo de  $in_1$ ;  $in_1$  que indica la presencia a diferencia de la ausencia (without).

Más contundente aún es el caso del bahasa indonesio donde *di/ke* no pueden comprenderse dentro de nuestra segmentación dentro-fuera, sino como dos grados de la presencia. En bahasa indonesio no hay «espacio de perspectiva» idéntico al nuestro. Las cosas están dentro de un espacio, quietas o en movimiento, en cuyo caso están *di*, o están en desplazamiento de un espacio a otro espacio en cuyo caso están *ke*. No hay equivalente, ni tiene sentido, en bahasa, decir los niños «están fuera». Los niños están «bermain-main di luar» jugando en un sitio o van *ke luar* a un sitio. En realidad en indonesio todo está *di*: «dondequiera» es precisamente «*di mana-mana*». El *ke* es el movimiento de una situación *di*, a otra situación que también será *di* pero en un espacio distinto <sup>17</sup> (cf. gráfico n.º 26).

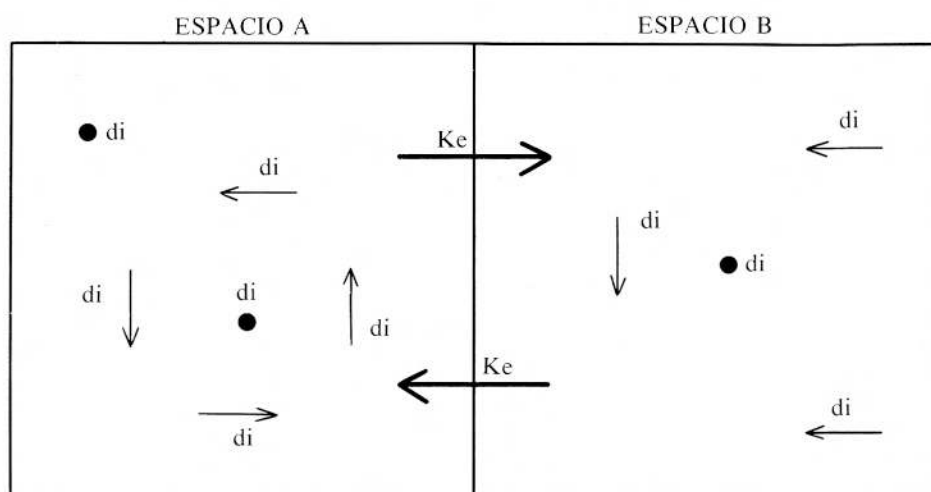


Gráfico 26

Concluyendo pues, el conjunto exclusión-inclusión se origina a partir de una matriz inicial que selecciona el conjunto de las cosas que son imaginadas como existentes, y para muchos pueblos sólo existe aquello que son capaces de nombrar, conforme al aforismo alemán:



*Kein Ding sei, wo das Wort gebricht* (no hay cosa alguna donde la palabra cesa). Algunos pueblos llevan además esta identidad entre lo existente y lo nombrado al punto de concebir como existentes todas las cosas que tienen nombre. Hay un dicho muy conocido en euskara que refleja precisamente esta concepción:

*izena duan guztia omen da* <sup>17bs</sup>

Aplicado al dominio del lenguaje, la matriz X representa el conjunto de cosas que es visto como lenguaje humano. Para una comunidad dada las lenguas que no tienen nombre, propiamente no existen: quedan fuera de la categoría de lenguaje, son pensadas como balbuceos, gritos animales, indiferenciadas unas de otras y constituyendo un único «grupo de ausencia» de lenguaje. Es a este nivel de ausencia donde los griegos concibieron a los bárbaros, donde muchos pueblos sitúan a los que quedan fuera de la tribu <sup>18</sup>, y donde los vascos también, en una etapa de su historia, debieron situar a todos aquellos que no hablaban no ya la lengua propia, sino la lengua por antonomasia, como se desprende de la existencia del vocablo «erdara» que es propiamente un vocablo de ausencia: más que la lengua de los no euskaldunes, es la lengua de los semihablantes (erdi-era «media-lengua» según la interpretación más comunmente admitida) esto es, de los que tienen la desgracia de no poseer «la» lengua. Es indudable que en esta orgullosa concepción de sí mismos hay que buscar la razón de la misteriosa pervivencia, en condiciones secularmente adversas, de su identidad como grupo lingüístico autónomo.

#### 4.5. in-out

A partir de esta selección, se establece una segunda segmentación entre IN/EX que separa lo comprendido, de lo no comprendido: lo que permanece dentro o fuera de los límites de la percepción intelectual. Aplicado al dominio del lenguaje IN significa lo que suponemos como aprehendido o aprehensible, EX, es lo que queda fuera de esta capacidad de aprehensión: es el campo de lo *exótico*, que concentra en torno a sí, alternativamente, la atención, el miedo, la ira o el desprecio. Una lengua exótica, un pueblo exótico, un lugar exótico, son simplemente cosas que por quedar muy alejadas de nuestras pautas habituales de comportamiento son desplazadas fuera del límite de lo que consideramos «normal» o predecible.

Pero se percibe enseguida que no todos vemos las mismas cosas «in» y las mismas cosas «out», ni siquiera en el terreno de los hechos prácticos de la vida cotidiana. Tomemos un ejemplo muy sencillo: un café con leche. En castellano lo vemos como dos cosas presentes en una (pero aun así en sí mismas distintas). En euskara se ve como una sola cosa: kafe-esnia. El inglés puede ver a la leche como una cualidad que adquiere el café: milked coffee. En islandés la leche está: mjólk út á kaffi «fuera sobre el café». Si no estamos de acuerdo en un café con leche, ¿cómo pensar que todos podemos tener las mismas ideas sobre qué es «lo normal» y qué «lo exótico»?

#### 4.6. intra/extra

Segmentando *in* en dos obtenemos la siguiente oposición intra/extra, que divide lo aprehensible en dos campos: lo conocido y lo desconocido en el



Lámina 5: Lo exótico es todo aquello que por quedar muy alejado de nuestras pautas normales de comportamiento desplazamos fuera del límite de lo que consideramos «normal» o predecible.

sentido más laxo de ambos términos: es decir, lo «intráneo» de lo «extraño». Aplicado a un grupo humano el extraño por excelencia es el extranjero, es decir, el «habitante de un país extraño», como revelan indiscretamente nuestros vocablos <sup>19</sup>.

El castellano *extranjero*, el francés *étranger*, proceden, via *estrangere*, del vocablo latino *extraneus* «extraño» <sup>20</sup>. Todavía en rumano *străin* tiene ambos sentidos de «extraño y extranjero» <sup>21</sup>. Las lenguas germánicas parecen aún menos piadosas: en alemán o en islandés el extranjero no está *extra* está sencillamente «out». Así el alemán *ausland* («país out») y *ausländer* el desdichado habitante de este país. La misma composición tiene el islandés *útlönd/útlendingur*. El *foreign* inglés parece venir, a pesar de su extraña ortografía <sup>22</sup> del francés *forain* equivalente a nuestro «forastero» que también se queda «fuera», esto es *outside*, de donde derivan los británicos el *outsider* con toda su fina carga despectiva <sup>23</sup>. El euskérico *atzerri* parece tener esta misma composición, si tenemos en cuenta que ate remite a una etapa de la lengua anterior a la importación del vocablo latino *campus* <sup>24</sup> y suponiendo que *atze-* sea en este caso una modificación del /ate/ inicial. Cuando *campus* desplaza a *ate* en sentido de «fuera», se acuña, paralelamente el término *kanpotarra* (forastero), aunque tal vez estos términos se hayan dispuesto en algún momento de la vida de la lengua en gradación sucesiva. Si esto fue así, el *atzerritarra* habría sido «exótico» mientras que el *kanpotarra* simplemente «extraño», aunque más extraño que el *arrotza* tal vez, como se deduce de que este vocablo signifique todavía en algunas zonas del país el «huésped», es decir, un grado mayor de cercanía dentro de lo extraño <sup>25</sup>.

Las lenguas que hablan los pueblos que son sentidos como extraños no son ya «exóticas» propiamente dichas, ni tampoco gruñidos, son simplemente lenguas raras, «extrañas»: extranjeras. El pasmo ante lo exótico es sustituido aquí por una piadosa conmiseración hacia los hablantes de esas intrincadas «*algarabías*» <sup>26</sup>, conmiseración que suele ser la otra cara de un sentimiento de superioridad más o menos ostentoso <sup>27</sup>. Cuando alguien del propio grupo sustituye esta actitud por una de admiración hacia lo «extraño» es sentido entre nosotros como «extra-vagante»: es decir que se mueve excesivamente por el inútil campo de lo *extra* <sup>28</sup>.

#### 4.7. interior/exterior.

La siguiente segmentación opone, dentro de *intra*, dos grados de lo conocido: lo conocido y participado, lo conocido pero no participado.

Es la frontera entre lo interior y lo exterior, dentro de lo intráneo. Aplicado a la organización social, el grupo interior es aquél del que se siente uno más directamente partícipe: en unos casos la tribu, en otros la comunidad local, o la comunidad regional, cuando unas y otras están contenidas dentro de los límites de una unidad mayor «intránea» (estado, nación o federación de pueblos con lazos comunes). Aplicado al dominio del lenguaje, la lengua interior es la norma lingüística subnacional de este grupo, que podemos llamar el dialecto <sup>29</sup>. La hostilidad o frialdad que suscita lo extraño ha sido sustituida en este escalón por unos sentimientos menos tensos, pero más efervescentes: es la tradicional rivalidad entre pueblos o grupos vecinos (entre bizkaitarras y gipuztarras; entre navarros y «provincianos», etc., etc.).

La agresividad hacia lo extraño se ha disuelto provocando una efervescencia de la emulación y la ironía entre grupos mutuamente «exteriores». Las formas lingüísticas de este grupo aunque comprensibles, son sentidas como diferenciadas, y objeto de frecuentes caricaturizaciones que son acogidas con hilaridad por los miembros del mismo grupo interior. Esta broma permanente sobre los «exteriores» es además uno de los instrumentos más eficaces que tiene el grupo para tomar conciencia de una cohesión común a individuos que por lo demás, no tienen a veces mucho que ver los unos con los otros. La actitud predominante en estos casos, a nivel tanto lingüístico como humano, es la de pensar que los otros grupos exteriores representan una modalidad desviada, cuando no simplemente degenerada, de un modelo originario común que ha sido mantenido con fidelidad sólo por el grupo propio. El individuo que se distancia de esta actitud hacia un apropiamiento de lo «exterior» a su grupo, no es sentido ya como extravagante, pero sí como «desarraigado».

#### **4.8. interno-externo**

La siguiente segmentación selecciona dentro de lo interior dos clases: lo interno y lo externo. Lo interno no es ya sólo lo participado, sino lo directamente vivido, todo aquello con lo que se mantienen unos vínculos efectivos a lo largo de la vida cotidiana: son las relaciones familiares, las relaciones profesionales, los lazos de amistad y trato diario que se resuelven en una red de derechos y obligaciones recíprocas. Aplicado al lenguaje, la lengua interna, dentro de la norma interior, es el modelo lingüístico del propio grupo social y profesional: entrarían aquí las llamadas «lenguas de clases», es decir, los códigos sociales de Bernstein <sup>30</sup>, las jergas profesionales <sup>31</sup>, etc. Lo externo es en cambio algo que, aunque participado, no es directamente vivido: son esos «conocidos» con los que nos tratamos todos los días a través de unas conexiones formales, pero frías, del engranaje social. Las relaciones entre ambos grupos pueden ser de indiferencia, incluso de solapado desdén, pero no de rivalidad en la mayoría de los casos: aunque no entren en su esfera interna el individuo depende de ellos para el funcionamiento diario de la actividad social. Por tanto, y salvo en los casos en que se haya propuesto destruir el sistema, evitará tensiones que pueden romper o calentar en exceso el aparato. Las normas externas son también frecuente objeto de caracterización, con fines de comicidad, o bien porque los sujetos encuentran una fuente de placer inagotable en reproducir y caricaturizar lo que sienten como fuera de lo «interno» propio: la imitación que hace el alumno de la forma de expresarse de su profesor; la que hace el feligrés, del cura; o la señora, de la verdulera del mercado, pertenecen todas ellas a este tipo de cosas. El que se sale, en el trato con su grupo «interno» de la norma específica a éste, no es tachado de «desarraigado», pero sí según los casos, y el punto de mira, de «vulgar», «cursi», «pedante» o «corrientito».

#### **4.9. íntimo-extremo (no íntimo).**

Lo interno es dividido a su vez en dos partes: lo íntimo y lo extremo. Extremo tiene aquí un sentido muy especial que no se ajusta a lo que significa en el lenguaje corriente. En este grado, lo íntimo es el espacio ocupado por las relaciones sociales y afectivas que de algún modo están ya muy cerca del



Lámina 6: La lengua interna es el modelo lingüístico del propio grupo social y profesional.



«ego», son sentidas como una prolongación de él mismo. Aplicado al dominio del lenguaje lo íntimo es el *lenguaje de la intimidad* un lenguaje que en muchas culturas está fuertemente caracterizado con respecto al lenguaje interno pero extremo (es decir, no íntimo). Entre nosotros se caracteriza por su mayor libertad, su espontaneidad y ausencia de formalismo. En euskara hay vocablos y fonemas «afectivos» que se sitúan casi exclusivamente en este espacio <sup>32</sup>. La característica que distingue a lo íntimo de lo extremo es, pues, su menor concesión a las convenciones sociales que constriñen a éste. En la organización del grupo es el espacio ocupado por las relaciones personales más intensas: el parentesco en sus grados más próximos, las amistades «íntimas». Las relaciones dentro de este espacio están marcadas, generalmente, por la mutua confianza, que no excluye, desde luego, la mutua irritación. La utilización del lenguaje de la intimidad en un espacio no-íntimo (o extremo) es sancionada como «atrevimiento». La utilización de un lenguaje no-íntimo en la intimidad, como «frialdad» o «distanciamiento». Pero ello, claro está, dentro de nuestras específicas pautas culturales.

En nuestra concepción del hábitat el espacio íntimo es, por antonomasia, la casa propia, que está muy delimitada en nuestra estructura mental de las otras casas, aun las de nuestros convecinos y amigos. Esto se refleja en nuestras lenguas por el tratamiento lingüístico especial que le damos a la propia casa: en inglés, alemán y lenguas escandinavas *home/heim/heim* es, por esencia, la propia casa: *to go home*, *to be at home*, es, sin posibilidad de equívoco, ir o estar en la propia casa. En alemán, *heim* es además un adverbio que significa «en la propia casa», como asimismo el islandés *heima* <sup>38</sup>. Es cierto que en estas lenguas *home/heim* es usado con otros sentidos, pero tales sentidos tienen un origen metafórico, extraído del contenido afectivo y personal que para el hablante tiene la «home»: tal es el sentido de «patria» con el que se usa en inglés frecuentemente; el sentido de «tierra» que tiene en alemán, o el sentido de «vida» y «mundo» que cobra el islandés *heimur* (en el sentido de «esta nuestra vida» o «este mundo nuestro» en expresiones del tipo: *koma í heiminn* «venir al mundo», «fara af heiminn»: «dejar este mundo» (lit. venir a casa, ausentarse o partir de casa). Este mismo sentido extensivo y participativo de lo íntimo se descubre en numerosas expresiones del lenguaje coloquial tales como «síntase Vd. como en su propia casa» (ingl. «feel yourself at home»).

En castellano no hay propiamente una polaridad de términos para distinguir la casa propia de las demás, aunque *hogar* comparte con *casa* parte del sentido de «home»/«heim» (cf. gráfico n.º 27). Pero además podríamos distinguir entre *casa*<sub>1</sub> (la casa propia) y *casa*<sub>2</sub> (la casa ajena). Sólo la nuestra propia tiene el privilegio de poder ser usada sin artículo que medie entre ella y el sustantivo, en una relación especial de solidaridad: ir a casa, estar en casa y ser de casa, es, en cualquier circunstancia, ir a, estar en y ser de, la propia casa. El propio término *casa* que reemplaza al latino *domus* en comunidades románicas tan distantes entre sí como la castellana y la rumana (*rumano casa*) sugiere una época en la vida del bajo latín en que ambos términos convivieran para designar una oposición parecida a la que se establece en inglés entre *home/house*. Según Corominas <sup>34</sup> *casa* proviene del latín «choza, cabaña». Pero todavía en el lenguaje coloquial se oyen expresiones del tipo: «me voy a mi choza» o «me voy a mi madriguera» o «refugiarse en el nidito de amor», donde la casa propia es tratada con el carácter desenfadado y afectivo que le

concedemos a las cosas de la intimidad. Claro que también sugiere otra cosa: que nuestras lenguas románicas llegadas hoy, por propio pulso, a las metas más altas tienen su humilde cuna (o su modesta casa originaria), como Cristo, en el pesebre de los aldeanos y no en las *domus* de los señores romanos, ni en esos confortables monasterios medievales donde desde entonces hasta nuestros días se sigue llamando al Abad del monasterio con el significativo título de Dom <sup>36</sup>.

En la cultura románica la casa se relaciona con la familia, o mejor, con el círculo familiar más restringido. De casa se deriva en castellano *casarse* (asimismo del rumano casa se deriva *casatori a se*: casarse); y todavía hoy entre nosotros, uno de los significados sociales fundamentales del casamiento es: «poner casa propia».

En la cultura nórdica esta relación parece más estrecha en el caso de la mujer <sup>36</sup>, como se desprende de que en islandés antiguo, según hace notar Zoëga <sup>37</sup> el adverbio *heiman* (casero, propio de la casa) se usa en determinados contextos para referirse al matrimonio y a la dote de la mujer.

En la cultura vasca el contenido mítico de la *etxe* es particularmente intenso y vivo a lo largo de las épocas de que podemos tener noticia alguna. Los términos *etxejojaun* y *etxeoandere* describen, todavía hoy, en las comunidades rurales de la Navarra vascófona un *status* de prestigio dentro de la colectividad <sup>38</sup>. Junto al término *etxe* encontramos también en algunas zonas del país un vocablo, *baita* que hoy parece obsoleto. ¿Ha sido este término un simple sinónimo de *etxe*, o le añadía algo a este vocablo del sentido restrictivo que tiene el inglés «home»? Algo de esto parece indicar el hecho de que *baita* aparezca como posposición de los posesivos y sustantivos con el sentido de dentro de (es de decir, en la intimidad de): *nere baitan*: en mi interioridad, dentro de mí. En cualquier caso este desplazamiento del «yo» a la casa o de la casa al «yo» traduce muy bien la profunda relación inconsciente que los vascos establecen entre ambos términos: relación que en algunos casos es sentida no ya como una relación de intimidad, sino como una relación de identidad <sup>39</sup>.

CASA	HOUSE, HAUS HÜS	ETXEA
a casa, en casa		
HOGAR	HOME HEIM	ene etxea BAITA (?)

Gráfico 27  
Campo semántico de «la casa» en español, inglés (alemán, islandés) y vasco.



Lámina 7: El islandés es una de las lenguas con un tratamiento lingüístico más específico de la «casa propia».

Lámina 8: La *etxe* es un espacio muy fuertemente vinculado a la propia identidad del euskaldun.



#### 4.10. identidad-alteridad



Por fin dentro del espacio de intimidad la última segmentación es la que distingue el espacio de identidad/espacio de alteridad. El espacio de identidad es el que se concibe como parte integrante de sí, como adherido a uno mismo de tal modo que la destrucción de este espacio supone para el individuo su destrucción como tal. Es la esfera del «ego» (del «yo», el «ni» el *I* que a diferencia de los otros pronombres los ingleses siempre escriben inmodestamente con mayúscula, del *ég* islandés). El espacio de alteridad es un espacio que aunque puede ser íntimo, no es el individuo mismo (es el espacio del *ik*, o de nuestro *tú*, allí donde tú-Vd. diferencian grados de intimidad-extremidad; del islandés þú frente a þér; al. du/Sie). En nuestra concepción del grupo humano, el espacio de identidad es pues el sujeto aislado: «soy yo», el yo hablante <sup>40</sup>. Aplicado al lenguaje la lengua de la identidad es la que está «dentro del sujeto mismo», formando parte inseparable de él: es la lengua en la que analiza sus procesos mentales y afectivos: sobre todo aquellos procesos más personales y más recreadores: la lengua de lo que en otro lugar se ha llamado su espacio simbólico. La lengua de alteridad es, en cambio, una lengua que aunque puede haber llegado a penetrar hasta la intimidad del sujeto, no es consustancial a su propio pensamiento: eventualmente puede ser relegada al olvido si desaparecen las presiones o las circunstancias que la han conducido hasta la intimidad del hogar. La lengua de identidad por el contrario, no se olvida nunca. Puede haber dejado incluso de «exteriorizarse», como ocurre cuando el sujeto ya no encuentra interlocutores válidos con los que expresarse y comunicarse a través de ella <sup>41</sup>: pero sigue organizando en el interior del sujeto mismo sus propios pensamientos, su propia organización de la «realidad». Puede haber, es cierto, en la vida de un individuo «cambios de identidad lingüística»: pero son excepcionalmente raros fuera de la edad en los que esta identidad no ha quedado fijada <sup>42</sup>. Puede haber también individuos que tengan dos (o más) identidades lingüísticas: pero son extraordinariamente limitados en comparación con el número de sujetos a los que ordinariamente atribuimos la condición de bilingües <sup>43</sup>.

#### A modo de conclusión

Normalmente un idioma sobrevive en tanto es lengua de identidad para alguno de sus sujetos: ya sea esto a nivel de un territorio, o a nivel de una localidad concreta. Cuando ya no hay ningún sujeto que tenga incorporada su identidad a este idioma, no importa lo «interno» que tal idioma sea sentido por la comunidad en cuestión (que normalmente para entonces ya es pseudo-bilingüe de un idioma B, si es que no monolingüe en él) se puede decir que el proceso de sustitución está consumado. Desde la teoría de los espacios el problema de la sustitución y de la normalización lingüística consiste en analizar cómo puede un idioma pasar de ser inasequible, a ser asequible, de ser extraño a ser reconocido, de ser reconocido a ser aprendido, de ser aprendido a ser interiorizado, y de ser distinto a mí, a ser parte de mí. Este proceso tiene lugar a través de una sucesiva ocupación de los espacios categoriales, mediante un proceso de sustitución de funciones. Funciones desempeñadas en la lengua A van siendo sustituidas por funciones desempeñadas por la lengua B. Es normalmente un proceso que va desde la esfera del EX a la esfera del IN, y donde en algún momento de la vida de la comunidad

dos lenguas distintas, durante un período de tiempo variable, comparten un único circuito (forman un único «sistema») dando una impresión de «equilibrio» que los hablantes asocian, inconscientemente con la situación de «bilingüismo» que padecen. Pero no hay, hablando con propiedad, ni equilibrio ni bilingüismo, sino sólo una fase en el proceso que señala la igualación momentánea entre una fuerza creciente y una fuerza decreciente.

## Notas

1. En *Aspectos antropológicos del lenguaje: categorías animales e injuria verbal*. Pág. 50 de la obra colectiva «Nuevas Direcciones en el Estudio del Lenguaje». Ed. española por Revista de Occidente, Madrid, 1974.

2. Esta frase aparece en Noam Chomsky «Language and Mind» (Ed. española «El lenguaje y el entendimiento»). Seix Barral, Barcelona, 1971, P. 46.

3. En *Las lenguas y la política*, separata de la obra colectiva «Doce ensayos sobre el lenguaje». Madrid, 1974, p. 120.

4. «El lenguaje y el entendimiento», cit. p. 79.

5. Idem, pp. 49-50.

6. «Las lenguas y la política», cit., p. 124.

7. No sólo entre sistemas lingüísticos, sino simultáneamente entre cualquiera de sus dominios lingüístico-culturales. Esta distinción aparece en casi todas las sociedades tribales, desde luego todas de las que nos ha sido posible obtener alguna información. Escribe por ejemplo Levy-Strauss: «se ha dicho a menudo, no sin razón, que las sociedades primitivas fijan las fronteras de la humanidad en los límites del grupo tribal, fuera del cual no perciben más que extraños, es decir, subhombres sucios y groseros si es que no no-hombres: bestias peligrosas o fantasmas». (El Pensamiento Salvaje, p. 242). Una sociedad que no hiciera esta distinción ya sería, por este simple hecho, digna de estudio y atención.

8. La terminología gramatical de Lee Whorf aparece en su trabajo «Categorías gramaticales». Publicado en su libro «Lenguaje, Pensamiento y Realidad». Ed. española Barral, 1971. Cf. esp. pp.120-1.

9. Encontramos en las obras de antropología frecuentes ejemplos de otros, si bien normalmente estructurados en torno a una oposición binaria, sin escalonamiento alguno, como oposición entre dos elementos. A este tipo pertenece, por ejemplo, el circuito moderación/exceso, que Sperber analiza para los dorzé aplicándolo a cuatro dominios distintos: el culinario, el económico, el sociológico y el fisiológico. Cf. las pp. 77 a 106, de su obra «El simbolismo en general». Referencia completa en la bibliografía final.

10. Estas cuatro categorías corresponden a las siguientes relaciones: casa: no comestibles; granja-comestibles en sacrificio; bosque-comestibles sin reglas; lejanía-no comestibles. Cf. pág. 77 de «Aspectos antropológicos del lenguaje...» cit.

11. O unos subordinados a los otros.

12. Cada matriz se segmenta en sentido doble: esto da un total de 32 espacios en la terminal. Lo que unido a las 16 categorías axiales (patentes en el plano inmediato) da un total de 48. Aquí nominamos sólo los espacios extremos (el más a la derecha y el más a la izquierda) de cada segmentación, con nombres autónomos: lo contrario exigiría una utilización de 63 términos distintos, lo que resultaría en la misma confusión que queremos evitar. La distinción entre cada uno de los espacios de este circuito puede obtenerse utilizarse el procedimiento combinatorio: así por ejemplo los ocho espacios del segundo escalón son: in-intra-interior, in-intra-exterior; in-extra-interior; in-extra-exterior; ex-intra-interior; ex-intra-exterior; ex-extra-interior y ex-extra-exterior. Representándolos por dos letras iniciales A/B o I/E, es fácil desarrollar sus sucesivas derivaciones. Normalmente dentro de un circuito completo de 63 casillas, hay alguna o algunas vacías, que no corresponden a ninguna categorización de un dominio dentro de un sistema cultural. La exposición que sigue tiene por objeto desarrollar la serie o «cuerda», como preferimos llamarla, que va segmentándose sucesivamente a partir del elemento más a la izquierda de cada grado (es decir, desde in).

13. En el campo del bilingüismo la tarea del bilingüismo social será precisamente la de determinar cuántos grupos de segmentación existen, y cómo se relacionan entre sí. Cada grupo está formado por las gentes para las que las lenguas están dispuestas idénticamente dentro de un mismo circuito: o mejor, para aquellos para los que las lenguas tienen: «funciones» idénticas.

14. De las lenguas que cito a continuación no me considero totalmente incompetente en castellano, en euskara o en inglés. El islandés es, por su parte, una lengua que por razones que no vienen al caso no me es, ni mucho menos, «extraña». Tiene además sobre otras la ventaja de que su testimonio puede servir, salvo matices superficiales, para el resto de las lenguas escandinavas, en particular el noruego. He rehuído traer a colación más ejemplos del alemán y del francés porque el distanciamiento mantenido en estos últimos años hacia ambas lenguas me

impiden en la actualidad otra cosa que no sea saludarlas como a dos «familiares desconocidos». Las otras lenguas son –con la excepción, claro, del latín– tan extrañas para mí como para el lector, y pago escrupulosamente la deuda que contraigo al mencionarlas citando la fuente de donde extraigo la información. Claro que, como sucede con el ejemplo del bahasa indonesio, que es, por lo demás, una lengua muy sencilla, una cosa es la fuente y otra el agua que le sacamos.

15. Ingl. «inside, in the cupboard».

16. Lit. «en adentro», «en junto», «en abajo», «en arriba». Por ejemplo: geure etxea eliz ondoan dago: nuestra casa está «en junto» a la iglesia. Xagua sukalde barruan sartu zaigu: el ratón se nos ha colado «en dentro» de la cocina. Gure atzean etorri ziren mutillak: los chicos que vinieron «en detrás nuestra», etc., etc.

17. Utilizo para el bahasa el libro de J. B. Kwee «Indonesian». Teach Yourself Books, Hodder & Stoughton, London, 1965. El bahasa indonesio es el resultado de la estandarización de una lengua franca que se desarrolló a partir del siglo XVI en la península Malaya y las ciudades costeras del archipiélago indonesio: su principal lengua-fuente ha sido el moderno malayo.

17 bis. Es decir «todo lo que tiene nombre existe», pero la anteposición verbal «omen» introduce una connotación indirecta e impersonal a esta declaración: «se piensa que...», «se dice que...».

18. Son muchos, por ejemplo, los antropólogos que han querido ver la explicación del canibalismo de algunas tribus en la supuesta «ausencia de humanidad» que éstos atribuían a sus enemigos y víctimas. Pero si esto puede ser cierto en determinados casos específicos no parece que pueda establecer como un postulado genérico, ni como la única explicación. En su trabajo sobre los jalé de Nueva Guinea Klaus Friedrich Koch recoge esta anécdota: «En una ocasión cuando un europeo le dijo a un indígena que comer carne humana era uno de los hábitos más degradantes, el salvaje contestó: ¿por qué es degradante? Vosotros coméis vacas, ovejas y pollos, todos ellos animales inferiores; nosotros sin embargo comemos hombres, que son criaturas superiores que se hallan por encima de todos los animales. ¡Sois vosotros los que estáis degradados! (Cf. Los Jalé en Pueblos de la Tierra, tomo III, pág. 71). Por otro lado, nuestros pueblos «civilizados» que abominan, justamente, el canibalismo, encuentran sin embargo justificación en la exterminación más inhumana de otros pueblos coetáneos, pensando, tal vez, que no son tan «humanos» o tan «superiores» como el suyo propio. La historia contemporánea de los últimos cincuenta años ofrece muestras suficientemente descorazonadoras al respecto.

19. El «intráneo» sería a su vez el grupo humano mayor del que el individuo se siente miembro.

20. Cf. Corominas «Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana». Gredos, Madrid, 1973. P. 264.

21. Los ejemplos del rumano están tomados de la «Gramática Rumana» de A. Rauta, Universidad de Salamanca, 1947.

22. Pero la ortografía inglesa no necesita explicarse: circula por la izquierda.

23. *Outsider*, no es sin embargo el extranjero, sino el individuo exterior al propio grupo, o como lo define The Advanced Learner's Dictionary of Current English (Oxford University Press, 1963) «a person who is not or who is not considered to be a member of a group, society, etc.». En ciertos contextos puede adquirir el sentido de nuestro «arribista».

24. Que en euskara toma la forma kanpo.

25. Aún el diccionario de Kintana, destinado a modernizar conceptos, da para *arrotza* como primera acepción la de «huésped», y en la segunda acepción y del propio ejemplo que pone «arrotz euskalduna»: forastero que sabe hablar vasco» se desprende que no existe en euskara actual una contradicción entre ambos términos, mientras que de ningún modo un *euskalduna* puede ser considerado para otro como *atzerritarra*.

26. Aunque es un ejemplo muy conocido, no estará de más recordar que algarabía viene de al-arabiya «lengua árabe» (Cf. Corominas, p. 40), y que su cambio semántico a «griterío confuso» refleja bien que actitud se tenía ya por entonces ante las lenguas de los pueblos avasallados, en este caso los moriscos.

27. En el caso del francés, el diccionario recoge todos estos sentidos de la palabra *étrange*: «extraño, raro, singular, paradójico, inaudito, chocante, estrafalario, inexplicable». Por si fueran pocos piropos se han hecho con un verbo *étranger*, que aparte de nuestro «extrañar» tiene el sentido de «ahuyentar del país a los animales». Esto es algo más que ostentoso *chauvinisme*: es flagrante desprecio al personal.

28. Nuestro *vagar* viene de *vago* y no de *vacare* no tiene en efecto ya el simple sentido de moverse ociosamente, sino deambular sin oficio propio y para supuesto perjuicio de los demás. Ahí está (o estaba) nuestra ley contra «vagos y maleantes».

29. En el sentido prudente que Martinet le da en 5-15 de sus «Elementos de Lingüística General» a este término como «productos divergentes de una lengua común». Los llamados

«dialectos sociales» de 5-17 entrarían dentro del grupo siguiente. Cf. Elementos de Lingüística General. Ed. española Gredos, Madrid, 1972, pp. 195-197.

30. Corresponde a Basil Bernstein dentro de la lingüística contemporánea el mérito de habernos aclarado qué cosa son lo que imprecisamente habíamos llamado «dialectos sociales». Bernstein distingue dos códigos fundamentales que denomina *elaborated code* & *restricted code*, estos dos tipos de código, afirma, pueden distinguirse a dos niveles: un nivel lingüístico y un nivel psicológico: «they can be defined, on a linguistic level, in terms of the probability of predicting for any one speaker which syntactic elements will be used to organize meaning across a representative range of speech. In the case of an elaborated code, the speaker will select from a relative extensive range of alternatives and the probability of predicting the organizing elements is considerably reduced. In the case of a restricted code the number of these alternatives is often severely limited and the probability of predicting the elements is greatly increased. On a psychological level the codes may be distinguished by the extent to which each facilitates (elaborated code) or inhibits (restricted code) an orientation to symbolize intent in a verbally explicit form. Behaviour processed by these codes will, it is proposed, develop different modes of self-regulation and so different forms of orientation. *The codes themselves are functions of a particular form of social relationship or, more generally, qualities of social structures*» (el subrayado es mío). Es además interesante tener en cuenta que mientras los que poseen el código elaborado poseen, simultáneamente, el restringido (es decir son «bi-codigales, o bicodales») los otros son «monocodales»: «Children socialized within middle-class and associated strata can be expected to possess *both* an elaborated and a restricted code, whilst children socialized within some sections of the working-class strata, particularly the lower working-class, can be expected to be *limited* to a restricted code» (el subrayado es de Bernstein). Cf. Class, Codes and Control. Volume I. Paladin. St. Alban, 1973. Los fragmentos citados se encuentran en las pp. 147 y 159 respectivamente de esta edición.

31. Entrarían también aquí las llamadas «lenguas especiales», como las de los soldados, la de los cazadores, la de los marineros, la del hampa, la de los estudiantes, y también la lengua de la llamada «liga de varones» (al. Männerbund) «que guarda las cosas de la vida sexual como secreto de su asociación y las protege por medio de la lengua especial». Sobre estas lenguas puede verse Walter Porzig «El Maravilloso Mundo del Lenguaje», ed. española por Gredos, Madrid, 1970, pp. 262 a 270. La frase entrecomillada es suya y aparece en la p. 270 de esta obra.

32. Los fonemas tt, dd, el posesivo *ene*, los diminutivos-afectivos txo, ño, tto, el pronombre personal de segunda persona ik, que determina toda una forma de la conjugación familiar, en la que a diferencia de las formas derivadas de zu-zuk (neutra-cortés) se distingue entre un tú masculino y tú femenino: ik duk «tú, chico, lo tienes» ik dun «tú, chica, lo tienes». Esta conjugación es además enormemente intrincada, y su función social varía de unas comunidades locales a otras: en algunas está restringida al trato íntimo entre personas del mismo sexo y edad (especialmente varones entre sí), en otras es más genérico su uso, y en otras está siendo desplazada por el tratamiento «formal».

33. El islandés presenta además una pluralidad de términos para «home»: heima, heimili, heimkynny. El segundo de ellos, aunque sinónimo en la actualidad de *heima*, parece haber correspondido en un principio al inglés *homestead*: que designa la casa propia con su territorio propio (de tierras y edificios). El tercer término liga aún más estrechamente los conceptos de casa y familia (cf. inglés *household*): el segundo elemento de la composición de este vocablo está emparentado, como se advierte fácilmente, con el inglés *kin* (islandés *kyn*), que tiene este sentido de «parientes más allegados». En inglés existe la expresión *next of kin* para indicar las relaciones más próximas del individuo. *Kyn* designa pues los vínculos más inmediatos insertados normalmente en una relación de parentesco. Esos vínculos se canalizan y se proyectan en la *heima* formando la *heimkynny*, la casa familiar. Hemos confrontado este ejemplo, como todos los del islandés en cuatro fuentes diversas: G. T. Zoëga: A Concise Dictionary of Old Icelandic. Oxford University Press, London, edit. 1972. Stefán Einarsson ICELANDIC (Grammar, Texts and Glossary). Baltimore, The Johns Hopkins Press, sixth printing, 1972. P. J. T. Glendening «Icelandic». The English Universities Press, London, third impression, 1970, y sobre todo Námskeid í Íslenzku. Linguaphone Institute, London 1961.

34. Cit. pág. 136.

35. El mismo origen tiene nuestro «don», lo curioso en este caso es que el «Dom» abadescos siga asociado a la expresión del máximo grado de jerarquía y autoridad dentro de la «casa común» que es el monasterio.

36. Esto parece ser un hecho derivado del principio de división del trabajo que hace de la mujer «la reina de la casa». A veces más bien monarca absolutista, y en otros casos reina bastante destronada. Cf. también nuestras expresiones «ama de casa» y el inglés «housewife» que no tienen propiamente paralelos masculinos.

37. Op. cit. p. 191.

38. Nótese que en euskara ambos términos sí son, efectivamente, paralelos. Esto parece obedecer a una igualdad de importancia de las funciones atribuidas a uno y otra con relación a ella. Como escribe Caro Baroja (Los Vascos, Istmo, Madrid, 1972) «Considérase de todas formas, en la generalidad del país, que los términos *etxeakoandre* = señora de la casa y *etxejoiaun* = señor de la casa, son paralelos: el uno rige otros asuntos, la otra otros» (pp. 213-4). Se ha querido ver sin embargo, en algunos casos, una preponderancia del papel de la mujer como residuo de una etapa de matriarcado anterior. Analizando una población rural vasca de la montaña de Navarra Olza Zubiri escribe: «En la decisión paterna hay una influencia muy clara de la madre. Esta influencia se deriva del papel que juega la madre en la casa, y que es muy difícil de conocer y determinar» (Psicosociología de una población rural vasca. Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1979 pp. 49-65). Hace también constar la situación actual de estado de crisis en la casa familiar, situación que ha alcanzado también al matrimonio (p. 59). Con respecto a la etapa de matriarcado, José Angel Irigaray ha visto una relación de la estructuración social matriarcal con el papel de ministro de la *etxeakoandre* en la religión vasca primitiva (cf. sus *Aspectos de antropología socio-cultural en la evolución diacrónica del euskara*. Munibe, XXIX 3/4-1977, 175-302, p. 284 especialmente).

39. «*Etxe* significa casa y familia; *etxeokak* «los de la casa» significa los familiares». «El *etxe* es algo sagrado, especialmente protegido por la cruz de su puerta, de sus apartamentos y establos, por las imágenes de santos que cuelgan en sus aposentos y cocina, por el fuego del hogar bendecido por el agua bendita que se conserva en casa, por la luz-vela-bendita, por el laurel bendito y las flores de San Juan, igualmente benditas que se guardan en la habitación, todos ellos conceptuados como símbolos y expresiones permanentes de una oración dirigida a Dios» (J. M. de Barandiarán, la Casa Vasca, en el EL LIBRO BLANCO DEL EUSKARA, obra colectiva. Syadeco-Euskaltzaindia, 1978. Pp. 312-313. Una de las manifestaciones de esta relación tan estrecha entre casa e individuo consiste en que en la zona rural vascofona el «apellido» del individuo es el nombre de la casa de origen. Escribe Barandiarán: «El *etxe* es tierra de albergue, templo y cementerio, soporte material, símbolo y centro común de los miembros vivos y difuntos de una familia. Es también la comunidad formada por sus actuales moradores y por sus antepasados. Tales son los atributos de la casa tradicional vasca que ahora, con los nuevos modos de vida, van desfigurándose y desapareciendo».

«En estrecha relación con el *etxe*, se desarrollaron durante siglos los principales modos de vida (que tienen su expresión en las viejas leyes y costumbres) y todo el sistema mitológico y religioso que establece y asegura la comunión de vivos y difuntos. El mundo conceptual del vasco gira, pues, alrededor de ETXE, que a su vez persigue un ideal: hacer que cada uno de sus habitantes viva sin dolor y sin pena, en armonía con los suyos, en comunión con sus antepasados en esta vida y en la otra». (J. M. de Barandiarán «Mitología Vasca». Txertoa, San Sebastián, 1979).

40. Los antropólogos han visto, en diversos casos, límites de identidad distintos a los del individuo aislado, en pueblos donde el «yo mismo» está formado por dos o más personas. Así en muchos pueblos del África Negra, escribía Levy-Brühl, hay una relación de identidad entre el hermano menor y el hermano mayor, hasta el punto de que no se consideran las relaciones de la mujer con los hermanos de su marido como adulterio, ni se castiga al fratricidio por ser considerado una especie de suicidio». Entre las tribus indias del Ecuador «el padre y el hijo recién nacido constituyen una única persona: el alma del niño está íntimamente ligada a la de su padre, y todo lo que le suceda al padre durante esos días críticos se supone que le afectará al niño» (Cf. La Mentalidad Primitiva, pp. 76 y 154 respectivamente. Reseña completa en bibliografía final). En algunos pueblos de la India existía la costumbre de que al morir el varón sus esposas se arrojaban a la pira funeraria en que era incinerado aquél, lo que sugiere también una relación de identidad de éstas con aquél. Es sin embargo difícil establecer si se trata de *identidad* propiamente dicha, o un grado muy intenso de la intimidad: después de todo también en nuestra sociedad este tipo de relación de *cuasi-identidad* existe entre el hijo pequeño y la madre.

41. No es el caso solamente del último grado en la desaparición de un idioma; puede ser, también, a nivel individual, el de un sujeto lingüísticamente aislado en un país extraño.

42. Es decir, fuera de esa edad que R. Tetone y otros llaman de «madurez dispositiva» para el aprendizaje natural de las lenguas. Cf. Renzo Tetone, «Bilingüismo y Educación». Fontanella, Barcelona, 1976, esp. pp. 96 y ss.

43. He hablado de los distintos tipos de bilingüismo en «Bilingüismo, Diglosia, Contacto de Lenguas». Anuario de Filología Vasca «Julio de Urquijo», San Sebastián, 1974, esp. pp. 55 y ss. y en el «Estado...» pp. 25 y 285 y ss.



## **II. 5**

**Modificación de espacios  
alteración de funciones**





## 5.0. Otros circuitos

Junto al circuito inclusión/exclusión hay otros circuitos funcionando en la vida de una colectividad. Para la comprensión del proceso de sustitución lingüística (o lingüístico-cultural) sería necesario comprender la naturaleza de otro circuito que segmenta la realidad en categorías de valor/desvalor: esta segmentación es la que nos hace ubicar a unas cosas como sacras, a otras como profanas, a unas como útiles, a otras como inútiles, a unas como prestigiosas, a otras como desprestigiadas. Como en el caso del circuito anterior, lo único genérico a cada caso concreto parece ser el proceso mismo de compartimentación, de estructuración de un dominio cualquiera en dos compartimentos estancos separados entre sí por una zona de transición rodeada de expectativas y tabuaciones.

Pero carecemos por el momento de orientación sobre cómo estructurar este circuito, por lo que las referencias a él serán todavía imprecisas.

Hay, sí, una serie de puntos que interesa dejar establecidos. Aparte de la necesidad de distinguir los propios espacios (categorías genéricas) de los dominios y de las funciones, convendría intentar asimismo una primera tipología, siquiera provisional y básica, de estos últimos.

### 5.1. Funciones y dominios: las cadenas de afinidad.

Los dominios habrá que dividirlos en dominios-tipo y subdominios. Un *subdominio* es aquél que está contenido dentro de un dominio mayor, que es, con respecto a él, su *dominio-tipo*. El parentesco es un subdominio del grupo social. La casa es un subdominio del hábitat. Las prendas de vestir son un subdominio del atuendo. Con relación a ellos: el grupo social, el hábitat y el atuendo serían dominios-tipo.

Las funciones podrían ser aisladas, excluyentes, independientes y afines.

Dos funciones excluyentes son las formadas por dos dominios que no puedan aparecer simultáneamente en un mismo espacio. Por ejemplo, entre nosotros el desnudo y los lugares públicos se disponen, normalmente en relaciones excluyentes: dado uno, no puede aparecer el otro. Dos funciones independientes son dos dominios que se ubican normalmente en espacios categoriales distintos: por ejemplo el uniforme de trabajo y la casa doméstica; pero que ocasionalmente pueden aparecer con carácter pasajero asociados entre sí.

Los dominios que aparecen –o pueden aparecer– dentro de una misma categoría especial son *funciones afines*: todos los dominios de un mismo espacio ocupan una *cadena de afinidad*<sup>2</sup>: entre nosotros, por ejemplo, hay una cadena de afinidad entre la casa doméstica –el parentesco (o el grupo humano íntimo)–, la comida casera–el traje informal–el lenguaje coloquial... Pero por supuesto los componentes de una cadena de afinidad varían de una cultura a otra<sup>3</sup>.

Y varían de un tiempo a otro dentro de la misma cultura<sup>3bis</sup>.

## 5.2. La gramática de la cultura

Podemos visualizar las distintas *cadena de afinidad*, como los distintos tipos de estructuras latentes que constituyen la gramática cultural de un pueblo<sup>4</sup>. Este es, por cierto, un modo sugestivo de interpretar una cultura: a modo de una gramática. Las partes fundamentales de la oración, serían aquí cada uno de sus dominios-tipo (el hábitat, el atuendo, la organización del grupo humano, el trabajo, el sistema de creencias, el comportamiento social, el lenguaje). Estos elementos estarían en cada momento entre sí en una relación de concordancia, constituyendo las cadenas de afinidad. Entre nosotros un tipo de hábitat (por ejemplo, la oficina) se asocia a un modo de vestir (el traje formal) a un tipo de organización del grupo (los compañeros del trabajo) a un tipo determinado de comportamiento, al desarrollo de unos temas determinados de conversación (o de «creencias») y a un cierto tipo de lenguaje. Cuando todos estos elementos están situados en el mismo espacio categorial entonces la gramaticalidad es máxima, pero puede ser que uno o alguno de ellos no encaje perfectamente: en el lenguaje corriente solemos decir entonces «que está fuera de lugar», y en realidad es eso precisamente lo que ocurre, aunque en realidad está fuera de la categoría en la que normalmente se hubiera esperado que apareciese.

Pero como han estudiado los transformacionalistas con insistencia en la agramaticalidad hay diferentes grados<sup>5</sup>. Tendríamos aquí también que distinguir con Chomsky entre «gramaticalidad» y «aceptabilidad»; aquélla afecta al sistema cultural en cuanto tal; ésta afectaría a la actuación individual dentro de un sistema determinado.

«Las oraciones más aceptables –escribe Chomsky– son las que son más probables, más fáciles de entender, menos chapuceras, y en cierto sentido, más naturales. Se tiende a evitar las oraciones inaceptables y a reemplazarlas en la realidad del discurso, por variantes más aceptables»<sup>6</sup>.

¿Ocurre ello también en este terreno? El concepto chapucero (clumsy) es muy impresionista, y el de naturalidad (more natural) ha de ser entendido restrictivamente: natural dentro de los límites de ese sistema.

Dentro de un sistema cultural, una «frase» tiene también grados diversos de agramaticalidad: el grado mínimo se produce, a lo que parece, cuando sólo uno de sus elementos está catalogado «en otro espacio», siempre que este espacio sea además un espacio próximo a aquél en el que tiene lugar la actuación. Volviendo al ejemplo anterior: si yo me presento en la oficina (lugar de mi espacio público) con el traje de ir por casa (prenda de mi espacio privado) tal vez al jefe le pueda parecer «poco aceptable» o «chocante». Pero

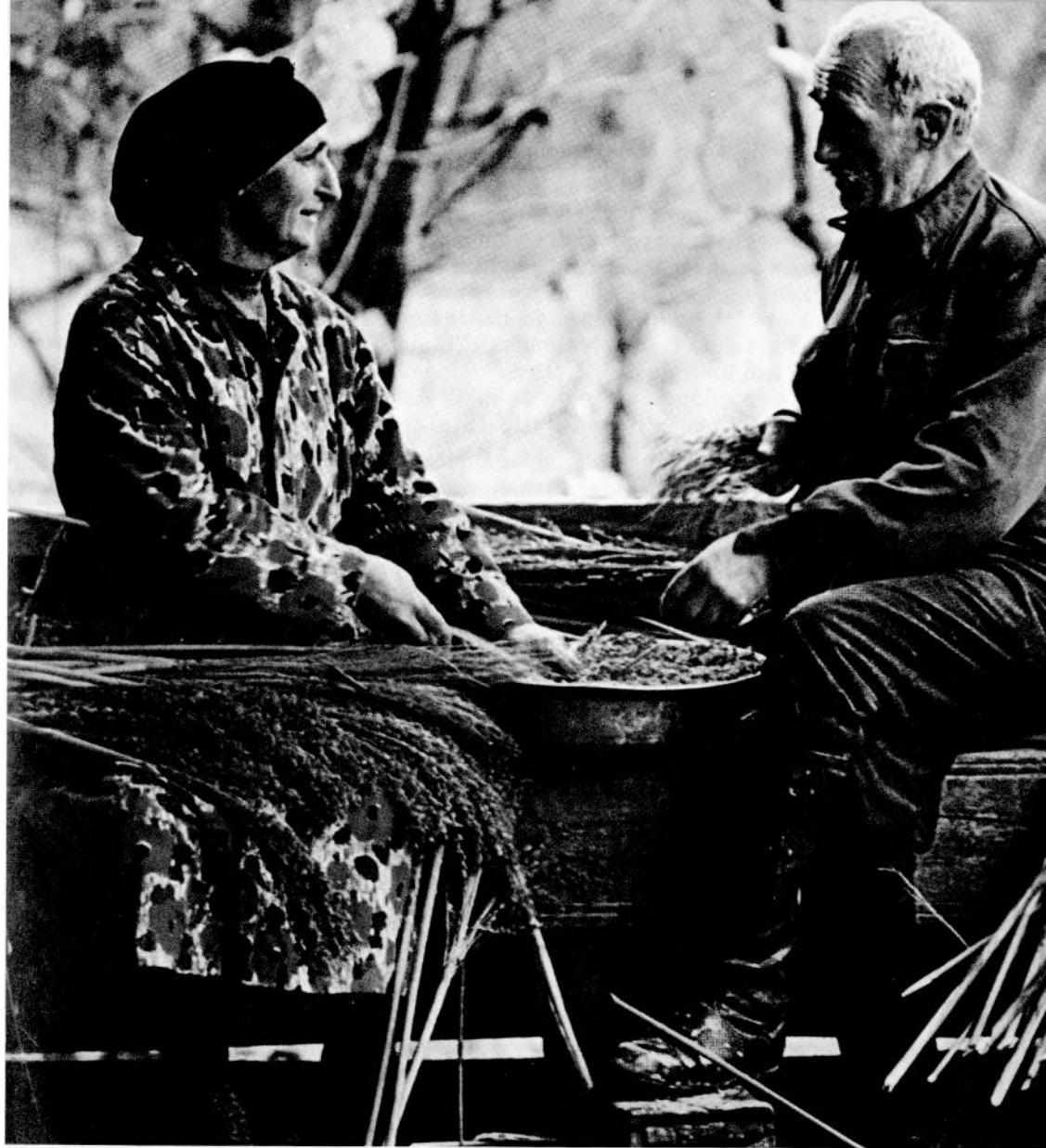


Lámina 9: En cada momento el lenguaje se integra en lo que Malinowsky llamaba «el contexto situacional»: es decir forma una cadena de afinidad con cada uno de los dominios culturales que aparecen en dicha situación: el trabajo, el lugar, el grupo humano, el vestido...

si la transgresión es ocasional, la cosa no pasará a mayores. Si me presento con un traje ubicado en el espacio categorial «exterior»<sup>7</sup>, es decir situado en otro escalón del circuito, como por ejemplo el traje regional de mi pueblo, o el de la banda de música local (incluso suponiendo que yo perteneciera a tal institución), habrá bronca. Si me presento a la oficina (espacio público) en traje de pijama (prenda íntima ubicada dos escalones más abajo) o con un traje «extraño» (el de Policía Montada del Canadá) me echan del trabajo. Y si me presento con un traje exótico (tres escalones o grados de inaceptabilidad) como el de centurión romano, o la falda de lianas de los jalé de Nueva Guinea, no importa cuánto sepa el jefe de mi devoción hacia estos pueblos, lo normal es que coja inmediatamente el teléfono y llame a otro jefe: el del psiquiátrico más cercano.

El mismo efecto se produce situando dominios que aunque estén en espacios próximos unos de otros (o contiguos) pertenecen a espacios distintos a aquél en el que tiene lugar la «actuación»<sup>8</sup>. Si en la oficina (espacio público) me dedico a realizar una actividad de mi espacio privado (hacer crucigramas, leer un periódico, pegar los sellos en mi álbum) la cosa puede no ir mal del todo, como está a la vista del contribuyente viendo lo que sucede en casi todas las oficinas del mundo. Pero si además me voy acompañado de mi tío paterno (pariente interno) que tiene especial habilidad para los crucigramas, y además voy en zapatillas (atuendo del espacio restringido o íntimo) el efecto de inaceptabilidad es semejante al que se produce insertando en una cadena de afinidad un elemento en un espacio *no contiguo* y con dos o más grados de separación en el escalonamiento. De aquí extraemos esta ley:

El *índice de exclusión* de un elemento dentro de un espacio es tanto mayor cuanto mayor sea la distancia entre el espacio propio de ese elemento y el espacio propio de la actuación, o cuanto mayor sea el número de elementos cuyos espacios no encajan entre sí.

Nuestras categorías habituales de «aceptabilidad» o «inaceptabilidad», nuestras ideas y catalogaciones sobre: «inusualidad», «rareza», «extravagancia» o «locura» no son, en la mayoría de los casos más que patrones que aplicamos, en una gradación sucesiva, a elementos que no encajan, en un momento dado, dentro de nuestra cadena personal de afinidad, o la cadena de afinidad de nuestro propio sistema<sup>9</sup>. Margaret Mead ha escrito sobre esta cuestión, que tiene tantas implicaciones y que tal vez pudiera conducirnos a ciertos replanteamientos, unas ideas lúcidas que no me resisto a dejar de transcribir:

«Existe en nuestra sociedad un tipo de neurótico que se confunde continuamente con los individuos impedidos fisiológicamente. Es el individuo que está en desacuerdo con los valores de la sociedad. El pensamiento psiquiátrico moderno tiende a atribuir su desajuste a unos condicionamientos de infancia, y le sitúa en la desagradable categoría de los físicamente mutilados. Un estudio sobre los condicionamientos primitivos no admite una explicación tan simple. No tiene en cuenta que las personas desplazadas en cada sociedad son siempre esos individuos que muestran unas tendencias temperamentales opuestas a objetivos culturales, o que el tipo de individuo, que se encuentra desplazado entre los mundugumor siempre será distinto a aquél que se encuentra desplazado entre los arapesh. No explica por qué tanto la materialista y bulliciosa Norteamérica, como una materialista y bulliciosa tribu de las

Islas del Almirantazgo producen vagabundos, o por qué el individuo dotado de fuertes sentimientos es el desplazado en Zuni y Samoa. Todo este material sugiere que existe otro tipo de persona desplazada cuyo fracaso en ajustarse habría que atribuirlo no a su propia debilidad o defectos, no a un accidente o una enfermedad, sino a una discrepancia fundamental entre sus disposiciones innatas y las características estándar de su sociedad» <sup>10</sup>.

### 5.3. El proceso de sustitución lingüística.

La noción de índice de exclusión, o de agramaticalidad cultural de un elemento dado en un espacio dado, tiene también una gran importancia para entender el proceso de sustitución y lucha lingüística. Este no es en efecto más que el proceso de invasión de una lengua de los espacios de otra lengua. O mejor, de sustitución de los dominios que se explicitan lingüísticamente desde la lengua A, por dominios explicitados en la lengua B. En este proceso la lengua B puede limitarse a ocupar los espacios que posee L-A, pero sin alterar la distribución de éstos: estamos en este caso ante un proceso de cambio lingüístico. Pero puede simultáneamente descomponer toda la trama espacial de la L-A y reorganizarla de nuevo: estamos entonces ante un doble proceso de descomposición de una cultura y de instalación de otra distinta.

Una vez más vemos la necesidad de distinguir entre los espacios, los dominios y las funciones. Cuando al negro australiano se le saca del desierto, se le mete en las miserables *wurlies* de cualquier pueblo australiano, donde viven hacinados, obteniendo algún dinero a cambio de obtener láminas de ópalo y constituyendo para los blancos la capa social más baja de la población (los *boongs*) no se les están sustituyendo simplemente unos dominios por otros: se les está descomponiendo todo su circuito de configuración categorial del mundo <sup>10</sup>. Cuando, respetando su modo de vida, simplemente el gobierno sustituye sus chozas por cabañas prefabricadas está sustituyendo un dominio.

Los espacios no «mueren» propiamente: se reestructuran, a veces de un modo incongruente con un sistema de reestructuración anterior que aún no ha terminado de desaparecer <sup>12</sup>. O permanecen en su sitio, pero ocupados por otros dominios distintos a los que en la etapa anterior los ocupaban. Un dominio no es reemplazado por un dominio igual: no creemos que se pueda hablar de dominios iguales tratándose de lenguas diferentes <sup>13</sup>, sino por funciones iguales, o funciones semejantes: es decir con dominios que se sitúan en la misma categoría que se situaban para ese pueblo los dominios de los que ha sido desprovisto. Un taparrabos hotentote y un calzón corto europeo son, en sí mismos, dos cosas (dominios) distintos: la sustitución de éste por aquél se hace a base de que éste ocupe para los hotentotes el espacio que ocupaba aquél: es decir, haciéndole que tenga una función idéntica o semejante. Las franjas tatuadas <sup>14</sup> que las mujeres formosanas se hacen sobre la cara y los cosméticos con que se tatúan nuestras contemporáneas europeas son dos dominios distintos que ejercen funciones idénticas, o semejantes en ambas culturas: la de resaltar supuestamente la belleza del rostro femenino; la sustitución de las franjas por el cosmético occidental acaba con un dominio (las franjas) pero respeta una función (el adorno no ritual) <sup>15</sup>.

Toda cultura que pretende suplantarse a otra, sabe bien que es más fácil suprimir un dominio, que suprimir una función. Un misionero que se empe-



ñara en atraer a su propio sistema de creencias a los indígenas australianos, enseguida se daría cuenta, por ejemplo, que es más fácil convencerles de la existencia de «el Paraíso» si se les convence de que éste es («aproximadamente») lo que éstos llaman *Alcheringa*, que si empieza por decirles que su *Alcheringa* no existe: es decir, si consigue situar «Paraíso» en el espacio categorial donde ellos representan su mítica «Alcheringa»<sup>16</sup>. No sólo los misioneros con los indígenas, los hombres de estado y los «genios» modernos de la publicidad echan mano continuamente de este mismo procedimiento con nosotros.

Con las lenguas ocurre algo similar. Una sustitución lingüística es más fácil si la comunidad invadida es convencida de que es posible con la nueva lengua desempeñar de un modo por lo menos tan apto<sup>17</sup> todas aquellas funciones que ella aprecia en la propia. Hay algo que facilita este proceso, y es que a veces la ocupación inicial se produce sobre algún espacio que esa comunidad, debido a su modo de vida o a su grado de desarrollo material, no había podido aún llenar<sup>18</sup>, tal ocurre, por ejemplo, cuando esa comunidad no posee una lengua escrita; en estos casos el acceso a la escritura que supone en muchos aspectos un acceso a perspectivas culturales más amplias, y a un estándar de vida más elevado, se convierte en el acceso a la lengua ocupante; se consigue así crear en un *espacio vacío*<sup>19</sup> una cadena de afinidad: por ejemplo: instrucción pública-instructores extranjeros-lengua oficial en el que la lengua invasora se presenta como elemento indispensable de concordancia o gramaticalidad de la cadena. Ni que decir tiene que estos espacios que son los más fáciles de ocupar (y que son aquéllos por los que trata de introducirse cualquier innovación) son siempre los más difíciles de reemplazar; exigen en todo caso si lo que se pretende no es la destrucción de la función, sino que se cubra mediante la lengua nativa, todo un esfuerzo de adaptación y reelaboración de la lengua propia para el que ni la invasión del espacio ni el hábito de la inercia de una comunidad para cubrir esa función mediante el dominio lingüístico de la otra lengua, la han preparado de antemano.

#### 5.4. Extensión espacial de una lengua

Cuando una lengua se ha introducido a partir de un espacio vacío, y este espacio se convierte en un espacio necesario e importante para la comunidad en cuestión, la lengua invasora puede comenzar un proceso de extensión espacial hacia «espacios llenos» por la lengua nativa, pero cuyos dominios van siendo reemplazados progresivamente por dominios de la lengua ocupante que ejercen funciones idénticas. Pero la sustitución de un espacio «lleno» no es automática, y sólo tiene lugar tras una fase más o menos prolongada de bilingüismo: es decir que durante un tiempo, un mismo espacio está ocupado por dos dominios: uno en la lengua A y otro en la lengua B, que cumplen para esa comunidad funciones semejantes o idénticas. Si ese dominio es, pongamos por caso, el mercado o la actividad comercial, ello quiere decir que durante un tiempo esta actividad tiene lugar indistintamente en las dos lenguas.

Así pues, en un momento de la lengua, en una unidad territorial que puede ser una localidad concreta, el mapa lingüístico de esta localidad está formado por tres tipos de espacios, unos que sólo se cubren desde la lengua B, otros

exclusivos aún de la lengua A, y unos terceros donde las dos lenguas coexisten <sup>20</sup>.

### 5.5. Ocupación y sustitución

El proceso de ocupar un espacio vacío es un proceso distinto de el de reemplazar a una lengua del espacio que ocupa. Si reservamos para el primer proceso el nombre de *ocupación*, sólo el segundo será una *sustitución* en el justo sentido del término. La fase inicial de un proceso de sustitución la denominamos *transgresión*: toda sustitución comienza con una transgresión de espacios.

La transgresión plantea toda una serie de preguntas desde esta teoría: ¿Cómo puede remplazar una lengua nueva a otra que ya está establecida en ese espacio constituyendo una cadena de afinidad con otros dominios culturales (con un grupo humano con el que estamos acostumbrados a expresarnos en esa lengua, con unos temas a los que estamos acostumbrados a ver lingüísticamente desde esta lengua...) <sup>21</sup>. Para explicar cómo tiene lugar este proceso, que tiende a ser en muchos casos largo y costoso, vamos a acudir a ejemplos cotidianos que puedan explicarnos cómo toma forma en una *cadena de afinidad*, y dejando a un lado el lenguaje, el proceso de modificación cultural de uno de sus elementos básicos.

### 5.6. La estructura de la transgresión.

Una transgresión se convierte en sustitución cuando se efectúa a partir de los elementos que tienen «significación» (o «autoridad») dentro de ese espacio concreto: si se trata de sustituir en la oficina el traje de chaqueta, por un traje más informal, es necesario que tal traje lo adopte el jefe, o en su defecto, un número significativo de empleados. La adopción del traje informal por parte de los visitantes ocasionales no afectaría al proceso, al menos de un modo central, pues éstos no tienen «significación» dentro de ese espacio.

Pongamos otros ejemplos de transgresiones espaciales: una misa (espacio público-sacro) que se efectúa en un descampado (espacio externo-no sacro). Una clase que se da al aire libre (espacio p. cerrado-espacio externo abierto), o un espectáculo teatral (categoría pública) que se monta en la casa de un adinerado burgués (hábitat de la categoría privada). Para que estas transgresiones sean tales y no simplemente una función distinta, es necesario que el resto de los elementos de la cadena no se desplace: «sean aún inteligibles»: es decir, una misa en el campo sigue siendo misa mientras haya cura, feligreses y ritual. Una clase sigue siendo clase en la calle, si hay maestro, alumnos y lección. Si en lugar del cura (hombre de un espacio sagrado) <sup>22</sup> está mi suegro (hombre de mi espacio privado y no-sagrado) y en lugar del ritual hay un comentario de textos de Althusser, o un cambio colectivo de impresiones, o si en la calle, en lugar de dar una lección, se juega a las canicas, no importa cómo se siga llamando la cosa, pero la función parece evidente que ya no es la misma. ¿Qué sentido tiene entonces introducir un término prestado —el campo en lugar de la iglesia; un grupo familiar, en lugar del grupo de fieles; unas ropas corrientes, en lugar de unas ropas ceremoniales, etc.— dentro de

una cadena de afinidad? Se trata de introducir en un dominio parte de las connotaciones de otro dominio, pero sin alterar la función sustancialmente. En la clase en el campo, o en una plaza, se intenta que ésta tenga para el niño la amenidad y el desenfado que tienen las actividades lúdicas que él desarrolla normalmente en ellas. En una misa «en familia» se trata de que ésta tenga el carácter de familiaridad que tienen para los participantes las actividades que desarrollan con los miembros de su grupo humano más íntimo. Cuando un doctor, para dar a un paciente, o a sus familiares, la noticia de la incurable enfermedad que padece los saca del hospital o la consulta y los lleva al jardín está intentando introducir una connotación agradable dentro de una cadena de afinidad que ofrece al sujeto asociaciones desagradables (hospital-enfermedad, etc.). Es sin embargo evidente que estas transgresiones en muchas ocasiones sólo consiguen contaminar dicho elemento de las asociaciones que poseía el anterior: recordar ese jardín se nos vuelve tan penoso como recordar la consulta o el hospital: se ha insertado en la nueva cadena de afinidad: jardín-doctor-enfermedad incurable. Si la transgresión no es ocasional, la clase en el campo acaba volviéndose para el niño en lo mismo que era la clase en el aula (posiblemente tan tediosa y tan rígida como le era aquella que motivó la transgresión).

El proceso inicial consiste entonces en modificar la índole del comportamiento social de los participantes, haciendo que éstos introduzcan en un espacio las connotaciones de otro. Si la función no se altera, lo que ocurre a la larga es sin embargo que ese elemento *se contamina*: acaba integrándose en la categoría a la que se ha desplazado previamente <sup>23</sup>.

De un modo semejante la invasión de un dominio en la lengua B del espacio ocupado por el dominio de la lengua A, tiene por intención o como resultado inicial, introducir en esa función parte de las connotaciones (las más positivas) de otra función que ya desempeña la lengua B en un espacio próximo a él; así por ejemplo, cuando la lengua B es lengua exclusiva de la escuela, o de la administración, o de la prensa, su introducción en la calle, en un contexto en que usábamos sólo la lengua A, produce en un momento inicial el efecto de introducir en una función (intercambio entre vecinos) la connotación de los espacios «públicos» asociados a valores tales como urbanidad, formalismo, cultura, educación, status social, que el hablante, consciente o inconscientemente, atribuye a dichos espacios. Cuando tal transgresión se ha consumado, las asociaciones se debilitan: esa lengua B es ya también «lengua de la calle» (y en la calle ya no es ninguna otra cosa). Hay aquí un problema difícil de resolver y es por qué unas funciones en un momento dado tienen más poder de atracción, más influencia, sobre el comportamiento lingüístico de un pueblo, que otras. Por qué la escuela ejerce más poder de atracción que la casa, o la lengua del médico o el maestro, o del funcionario (hombres del espacio externo) que la lengua de los padres (personas del espacio íntimo): cuanto en tantos sentidos aquéllos son más lejanos al hablante que éstos. Pero la explicación de este fenómeno, que compete a la sociología del lenguaje, tampoco parece posible sin recomponer el circuito alto/bajo (valor-desvalor) con que los grupos humanos categorizan igualmente sus dominios, y analizar luego, como en el caso del circuito de exclusión-inclusión, como una comunidad dada ha adjetivado su visión de la realidad dentro de estas categorías <sup>24</sup>.



### 5.7. Gradación del proceso

Para terminar queda por señalar que la transgresión de espacios se hace, salvo casos no demasiado infrecuentes de genocidio cultural, de forma escalonada: va de unos espacios a otros a través de espacios intermedios, contiguos a ambos. Para poner un ejemplo, una lengua «exótica» para llegar a ser lengua de intimidad de un sujeto ha tenido que ser primero extraña, luego simplemente exterior (lengua ritual, o de intercambio); luego externa (lengua formal, o pública) luego lengua interna (privada o coloquial). Sólo en último lugar pasa a ser su lengua de pensamiento: esto último, además, ocurre sólo muy raramente cuando el sujeto no ha estado sometido al contacto lingüístico con dicha lengua desde su niñez, sino que éste comenzó a partir de una etapa en la que su lengua nativa había contribuido ya de un modo decisivo a fijar lo que Epicteto llamaba «las figuraciones y opiniones de un hombre sobre las cosas» <sup>25</sup>.

1. Hay bastantes indicaciones en las obras antropológicas que apuntan sobre la existencia de este circuito. Pero aparece estructurado en uno solo de sus pares: sagrado/profano. ¿Las categorías de puro/impuro que se asocian a ellos como sinónimos, no estarían más bien en una relación metafórica como grados distintos de un proceso de segmentación? Así estructura Levy-Strauss la cadena básica de afinidad de los murgin australianos, dentro del espacio categorial: puro, sagrado/impuro, profano.

PURO, sagrado: macho-superior-fertilizante-mala estación.

IMPURO, profano: hembra-inferior-fertilizado-buena estación.

«Salta a los ojos —escribe L. Strauss— que este cuadro oculta una contradicción. En efecto, los hombres son superiores a las mujeres, los iniciados a los no-iniciados, lo sagrado a lo profano. Sin embargo todos los términos exteriores están colocados como homólogos en la estación de las lluvias, que es la del hambre, el aislamiento y el peligro. En tanto que los términos inferiores son homólogos a la estación seca durante la cual reina la abundancia y se celebran los ritos sagrados». Pero estas contradicciones, ¿no proceden más bien de un sistema de interpretación que ve sinónimos donde hay elementos en gradación diferente? Del mismo modo en relación con mi mujer (categoría íntima) un compañero de trabajo es «exterior» a mí, pero en relación con el público que acude a la oficina es «interno». ¿Hay contradicción? No si no vemos como intercambiables pares que pertenecen a un escalonamiento sucesivo.

2. Junto a las *cadena de afinidad*, podríamos hablar de cadenas de semejanza o cadenas metafóricas que se establecen entre elementos de diversos grados derivados de una misma categoría o matriz inicial. A este tipo parecen pertenecer las correspondencias que se establecen en muchos pueblos entre rito-elemento natural-animal o planta: por ejemplo en el ritual del sílex tallado: grulla-cielo; pájaro rojo-sol; águila-montaña; cf. Levy-Strauss, pág. 67. ¿Pero no pertenece al mismo tipo de cosas nuestra cadena metafórica entre ritual litúrgico-pan y vino-cielo-cordero pascual; infierno-macho cabrio? Al hablar de los «pueblos primitivos» los antropólogos ven con frecuencia identidad donde quizás sólo haya, o haya habido inicialmente, metáfora. Después de todo, también entre nosotros metáforas pasan a ser identidades.

3. Entre los osagos el corte de pelo y el clan están dentro de la misma cadena de afinidades (Levy-Strauss, pág. 250). Entre los indios del sureste de los Estados Unidos, cada enfermedad concreta está en relación causa-efecto con una especie animal: así, según los chickasaw los males del estómago y los dolores de la pierna vienen de la serpiente, los vómitos del perro, los dolores del maxilar, del ciervo; los trastornos del maxilar, del oso... etc.

En el norte de Australia hay una afinidad entre el grupo totémico y la alimentación, por ejemplo. Cada grupo puede comer todo aquello menos el animal cuyo nombre lleva. En algunas tribus hay, además, afinidad grupo totémico-tipo de trabajo: cada uno de los grupos totémicos se dedica a una actividad determinada. La afinidad tipo de trabajo-sexo es, con todo, la más generalizada. Normalmente el hombre proporciona el alimento y las mujeres se dedican a las actividades domésticas. Así entre los ammassalaniut de Groenlandia, mientras el hombre se dedica a las actividades de la caza, la mujer «prepara la comida de toda la familia, prepara las pieles y el hilo hecho de tendones de animales, y luego corta y cose los vestidos de piel y de piel. Descuartiza los animales muertos según métodos tradicionales y luego los distribuye según el grado de parentesco». (Robert Gessain, pág. 90 tomo VII Pueblos de la Tierra). Sin embargo entre los yaghan de la Tierra del Fuego el alimento lo proporciona la mujer: «los yaghan de la Tierra del Fuego —escribe R. Service— subsisten casi exclusivamente de los mariscos recogidos por las mujeres» (Service, pág. 49).

Pero otros pueblos establecen, por ejemplo, cadena de afinidad entre el sexo y un tipo determinado de alimentación. A este tipo de afinidad pertenecen las que se establecen entre alimentación determinada-período en la vida sexual femenina, cadena cuya transgresión puede ser castigada de modo violento. En Uganda, la mujer no puede beber leche durante la menstruación (Welter, pág. 60). En algunas tribus se escarifican sobre los senos de las muchachas ciertos alimentos que no podrá comer hasta haber contraído matrimonio y nacido el primer

hijo (Welter, pág. 61). Entre los basutos a la mujer encinta le está prohibido comer huevos, gallinas, patos, cerdos, liebres y búhos (Ibidem). El ciclo sexual femenino puede a su vez estar en la misma cadena de afinidad que la alimentación del esposo: «Entre los aranda, los totems no son pertinentes por relación al matrimonio, pero sí por relación a la alimentación: la endogamia totémica es posible, pero no la endococina» (Levy-Strauss, 153). Entre los tikopia de Oceanía, como entre los nuer del África, el marido se abstiene de consumir los animales o plantas prohibidas a su mujer, por la razón de que el alimento ingerido contribuye a la formación del esperma. (Levy-Strauss, Firth, Evans Pritchard). Entre los bosquimanos hay afinidad entre posición que se ocupa en el grupo social (categoría social) y la parte del animal cazado que se puede comer: la carne y la grasa superficial de los cuartos traseros, las entrañas y las patas, constituyen la porción reservada a las mujeres y a los niños. Los adolescentes varones tienen derecho a la pared abdominal, a los riñones, a los órganos genitales y a las tetas; el cazador a la espadilla y a las costilla. La parte del jefe consiste en una gruesa tajada de cada cuarto y cada filete, y en una costilla cogida de cada costado». (L-Strauss.).

3<sup>bs</sup>. Como me lo ha hecho notar sagazmente la doctora Gudelia Rodríguez, puesto que el tiempo contiene a los espacios: es su dimensión superior.

4. Esta idea, no formulada así mismo, pero de modo básicamente semejante, con diversos matices, está presente en gran parte de la antropología contemporánea. Para Ruth Benedict las culturas son «patterns», es decir, sistemas integrados. La palabra pattern acumula las nociones de red, modelo y conjunto coherente (la Antropología, pág. 160). Para Lucien Segab, lo fundamental de la etnología sería elaborar modelos, a diferencia de la etnografía, que es una mera recopilación de materiales. Mauss, por su parte, concibe las sociedades como «sistemas coherentes y apremiantes» en el que las actitudes y los pensamientos del individuo, incluso los más íntimos, están condicionados por una mentalidad colectiva fuertemente estructurada. (Ibidem, pág. 142). Para Levy-Strauss, el pensamiento mítico «edifica conjuntos estructurados, por medio de un conjunto estructurado, que es el lenguaje» aunque en su opinión lo hace «utilizando *odds and ends*, es decir, residuos y restos de acontecimientos, testimonios fósiles de la historia de un individuo o de una sociedad». (L-Strauss, pág. 42) Para Leach el funcionalismo y el estructuralismo antropológicos vendrían a ser parte de un todo en interacción: «Los rasgos individuales de la conducta observada y los detalles individuales de las costumbres se pueden tratar como análogos a las palabras y enunciados de una lengua, o como fragmentos de una interpretación musical» (Leach, pág. 10). Para Radcliffe-Brown cualquier cultura individual constituye «una unidad sistemática o integrada en la cual cada elemento tiene una función distinta» (Lowie, pág. 272). Para Malinowsky la única meta digna de estudio en antropología sería el papel que cada factor individual desempeña dentro de una cultura dada. Concibe al lenguaje como un elemento situado en el contexto de esta cultura: «it is what we might call the context of language which supplies us with the relevant elements whereby we can translate the words. Translation, then becomes rather the placing of linguistic symbols against the cultural background of a society, than the rendering of words by their equivalents in another language» (Malinowsky, p. 18). Pero el lenguaje no es solamente parte: es también todo: es el «verbo» de una oración que es, toda ella, también, verbal.

5. «En una breve crítica formulada en *La Machine à Traduire* a propósito de los componentes inmediatos, George Mounin muestra que la sintaxis de esta gramática sintagmática permite la reducción de todo tipo de frases a fórmulas algebraicas, pero impide la aplicación de tablas de verdad (matrices) para calibrar su aceptabilidad o no aceptabilidad gramatical. Georges Mounin señala oportunamente que estos valores son semánticos, es decir, son valores que revelan significaciones, así la fórmula algebraica  $N + V + N$  representa simbólicamente una construcción correcta (por ejemplo Juan ama la lluvia). Se debería establecer para hacerla operacional los valores de verdad de  $N$  de  $V$  y de  $N$  es decir, tres matrices de manera que esta gramática pueda producir proposiciones como Juan ama a la lluvia, pero no del tipo: la lluvia ama a Juan. Georges Mounin concluye, con razón, que la gramática sintagmática es capaz de describir y de simbolizar la estructura de una lengua, pero no puede garantizar su operatividad. Para ello habría que añadirle una clasificación semántica». (Jos Nivette, p. 33). Asimismo Sperber, p. 30 y ss.

6. «The more acceptable sentences are those that are more likely to be produced, more easily understood, less clumsy, and in some sense more natural. The unacceptable sentences one would tend to avoid and replace by more acceptable variants, wherever possible, in actual discourse». (Chomsky, p. «11»).

7. No hay que olvidar la distinción entre *actuación* y *competencia*. La inaceptabilidad sería el criterio de una situación concreta (=actuación) la no gramaticalidad afectaría aquí al sistema cultural mismo de la comunidad. Como escribe Leach «el racionalismo antropológico tiende a considerar los sistemas culturales compuestos por una especie de colectividad «la mente humana». De aquí deducen que es necesario estudiar un número de ejemplos empíricos

contrapuestos (un número de interpretaciones distintas de la misma partitura por orquestas diferentes) antes de que podamos estar seguros de que conocemos cuál es la «realidad» abstracta común que subyace a todos ellos». (Leach, p. 8).

8. En el sentido de *performance*.

9. Escribe Sperber: «el saber cultural más interesante es el saber tácito, es decir, el que no es explicitado» «los datos fundamentales para el estudio del saber tácito son datos intuitivos, son los juicios que los miembros de un grupo cultural expresan sistemáticamente sin desarrollar el argumento que los fundamenta. Por ejemplo: los miembros de una misma sociedad concuerdan en juzgar que determinado dicho es insultante en determinada situación, pero son incapaces de definir cabalmente los criterios en que se basa su juicio. El saber cultural explícito sólo es interesante porque es el objeto de un subyacente saber tácito. La tarea del antropólogo es explicar la posibilidad de tal saber, o sea, describir las condiciones universales de su aprendizaje» (P. 18).

10. En «Sexo y temperamento en las sociedades primitivas». Pp. 320-321.

11. «A 5 kms. de distancia por la carretera que se dirige hacia el sur se hallan las decadentes *wurlies*, que son las cabañas de los aborígenes rodeadas de coches abandonados y coches famélicos, que constituyen el paisaje cotidiano de una vida miserable mantenida sólo gracias a la ayuda del gobierno. Los harapientos habitantes de estas chozas suelen ir de vez en cuando a la ciudad, generalmente los domingos por la noche, acabando la visita en una juerga animada con abundante vino dulce. No es de extrañar que la excursión termine en una pelea contra el *Salvation Army* (Ejército de Salvación) que en estas noches se dedica a frecuentar los «antros de perdición» para ejercer su labor filantrópica (Jeffrey Craig: *un pequeño pueblo australiano*, pp. 44-9. Pueblos de la Tierra, tomo III).

12. «Aunque la organización social esté reducida al caos en razón de las nuevas condiciones de existencia impuestas a los indígenas y de las presiones laicas y religiosas que experimentan, la actitud reflexiva intelectual subsiste. Cuando ya no es posible mantener las interpretaciones tradicionales, se elaboran otras que, como las primeras, están inspiradas por motivaciones y por esquemas». «Nadie duda de que si ese proceso de deterioro se interrumpiese, ese sincretismo (entre dos sistemas originalmente distintos) no pudiese servir de punto de partida a una sociedad nueva para elaborar un sistema global en el que todos los aspectos encajarían de nuevo» (Levy-Strauss, p. 232).

13. Algo parecido parece querer decir Malinowsky al escribir: «Let me start with the apparently paradoxical and yet perfectly plain and absolutely plain preposition that the words of one language are never translatable into another. This holds of two civilised languages as well as of a «native» and a «civilised» one, though the greater the difference between two cultures, the greater the difficulty of finding equivalents» (Malinowsky, p. 11).

14. Ni siquiera en este ejemplo concreto se puede estar seguro de que se trate de la misma función, y no de una función distinta. Como nos explica Sung-hsing Wang (Pueblos de la Tierra, tomo IV, p. 156) se tatúan la frente tanto los hombres como las mujeres. En segundo lugar la localización del tatuaje está en relación de afinidad con determinadas habilidades profesionales especialmente apreciadas: «El privilegio de llevar tatuajes en la mandíbula está reservado a los cazadores de cabezas, de la misma manera que el de tatuarse las mejillas, lo está a las mujeres que tejen con gran habilidad». Es decir, dentro de una segmentación Alto-Medio-Bajo se ubican: frente, mejilla, barbilla (en cuanto al dominio del tatuaje).

ESPACIO BAJO: frente-actividad profesional no marcada.

ESPACIO MEDIO: mejillas-habilidad profesional en actividad profesional marcada-mujer.

ESPACIO ALTO: barbilla-habilidad-actividad profesional marcada-hombre.

15. En muchas ocasiones, dos objetos semejantes o incluso idénticos, como los pendientes, pueden desempeñar funciones completamente diferentes. El *labret* de los haidas que nosotros veríamos como un adorno de los labios es, sin embargo, una prenda íntima: «Entre los indios haidas —escriben Beals y Hoijer— una mujer rara vez se turba por descubrir la mayor parte de su cuerpo, pero se ruborizará violentamente si se la ve sin su labret» (pp. 405). Entre nosotros el velo es una prenda ritual o un adorno formal, mientras que el corsé es una prenda íntima, en cambio «en algunas regiones del África mahometana, una mujer puede enseñar el pecho pero no la cara, porque ésta debe permanecer velada delante de todo el mundo, excepto de sus parientes más próximos» (Ibidem, p. 402).

16. Para los australianos Alcheringa es más bien un tiempo mítico y legendario, que un lugar. «Cada individuo, escriben Spencer y Gillen, es una reencarnación directa de un antepasado del Alcheringa, o bien la parte espiritual de un animal del Alcheringa. Cada miembro de la tribu viene al mundo en virtud de una reencarnación del elemento espiritual de uno de estos antepasados semi-animales que no mueren jamás, y por consiguiente, una vez nacido lleva, necesariamente, el nombre de aquel animal o planta que su antepasado era en el Alcheringa, y del cual es una transformación o un descendiente» (Levy-Bruhl, p. 37).

17. si es que no más apto.
18. Hay algo también que dificulta este proceso, y es que algunas funciones están tan íntimamente en solidaridad con el idioma que son irremplazables. Piénsese en el caso del euskara, en el bertsolarismo.
19. La categoría espacio lleno/vacío, constituye asimismo un circuito. Aquí nos referimos a espacio vacío en el sentido que le da la fonología a las «casillas vacías» de un sistema.
20. A su vez el espacio bilingüe puede ser AABB    ABBA    o    BAAA.
21. Ello es precisamente lo que obstaculiza durante años la penetración de un idioma. Cf. «El estado...» pp. 285 y ss.
22. La noción sacro/profano es posiblemente un espacio filial de una matriz más amplia, como hemos indicado más arriba: *sub-infra*. Mary Douglas en un sugestivo trabajo, los relaciona con las categorías de orden/desorden; pureza/peligro.
23. Utilizo la palabra contaminación en el sentido que tiene en antropología. «La mancha, por lo menos en el pensamiento de los indios de América del Norte, consiste en la conjunción demasiado estrecha de dos términos que estaban destinados a permanecer cada uno de ellos en estado «puro» (L-Strauss, p. 83).
24. «Las ideas de contaminación en la vida de la sociedad actúan en dos niveles, uno ampliamente instrumental, y el otro expresivo. En el primer nivel, el más evidente, nos encontramos con gente que trata de influenciar el comportamiento de unos con respecto a otros. Las creencias refuerzan las presiones sociales: se convoca a todos los poderes del universo para garantizar la última voluntad de un anciano, el derecho de los débiles e inocentes. Habitualmente el poder político se mantiene de modo precario. Y los gobernantes no constituyen una excepción. De modo que nos encontramos con que sus pretensiones legítimas son respaldadas por creencias en poderes extraordinarios que emanan de sus personas, de las insignias de su oficio, o de las palabras que pueden pronunciar» (Mary Douglas, p. 15).
25. Apud Cassirer: «El hombre no puede enfrentarse ya a la realidad de un modo inmediato; no puede verla, como si dijéramos, cara a cara. La realidad física parece retroceder en la misma proporción que avanza su actividad simbólica. En lugar de tratar con las cosas mismas, en cierto sentido conversa constantemente consigo mismo. Se ha envuelto en formas lingüísticas, en imágenes artísticas, en símbolos míticos, o en ritos religiosos, de tal forma que no puede ver o conocer nada sino a través de este medio artificial. Su situación es la misma en la esfera teórica que en la práctica. Tampoco en ésta vive en un mundo de crudos hechos o a tenor de sus necesidades o deseos inmediatos. Vive en medio de emociones, esperanzas y temores, ilusiones y desilusiones imaginarias, en medio de sus fantasías y de sus sueños. Lo que perturba y alarma al hombre, dice Epicteto, no son las cosas, sino sus opiniones y figuraciones sobre las cosas».



## **II. 6**

### **El espacio bilingüe**





6.0. El desarrollo del circuito espacial inclusión-exclusión, aplicado al dominio del lenguaje humano, nos permite obtener la configuración categorial del lenguaje, desarrollada en el gráfico adjunto (n.º 28). Este circuito distingue siete grados básicos en la inclusión y otros tantos de exclusión. Conforme a él, cada individuo, desde su nacimiento, va ubicando los distintos fenómenos lingüísticos que percibe en siete escalones o planos, llenados de modo distinto según cuál sea su comunidad de pertenencia.

6.1. Cuando la lengua del propio grupo ocupa el primer escalón, tenemos el grado más acabado de monolingüismo. Esa lengua, interpretada ella sola como todo el conjunto del lenguaje humano difícilmente admitirá no ya una predisposición hacia el bilingüismo de ninguno de sus hablantes (éstos encontrarán más sentido en aprender el lenguaje de los pájaros que los absurdos gorgoros sin sentido de los «brutos con apariencia humana»), sino que ni siquiera será sensible a admitir préstamos o influencia alguna de lo que no es considerado más que como un manotajo de gritos informes <sup>1</sup>.

6.2. Cuando el grupo reconoce la existencia de otras lenguas, aparte de la propia, se ha dado ya el primer paso hacia un posible bi o multilingüismo. Este paso es más bien exiguo si la lengua propia es sentida como la única civilizada, y las otras como «exóticas» o salvajes. Pero provoca el bilingüismo no como medicina propia sino como prescripción ajena: es decir, tal tipo de actitud suele ser acompañada del piadoso deseo de enseñar la lengua (que más que enseñarla consiste en sacársela) a los infelices sujetos a los que atribuimos, bastante primitivamente por cierto, la condición de «primitivos». Provoca pues, un bilingüismo de beligerancia: hacer que aprendan nuestra lengua los demás. En ocasiones, para facilitar esta «encomiable» asimilación «de los tontos», una minúscula fracción del grupo de los listillos se adelanta en el aprendizaje de la «lengua primitiva and exótica», para abrir mejor las puertas de la invasión que se avecina. Y hémos aquí ante la patriótica columna de misioneros, intérpretes coloniales y futuros profesores de inglés de las tribus famélicas del desierto de Gibson (a más de otros comerciantes del ramo de olivo). Para compensar la reventa autorizada de la lengua de civilización, y la liquidación por traspaso de la sociedad y lengua nativas, el futuro dueño del negocio se apropia para su uso doméstico de unas cuantas simpáticas chucherías que incorporar orgullosamente al archivo lingüístico nacional. Y ahí tenemos, entre otras, palabras como «tabú», «cacique», «cacao» y «aguacate», para que no digan «los primitivos» que no les escuchamos.

6.3. Si a más de la lengua propia es sentida como «civilizada» alguna entre estas otrora exóticas muchachas, entonces se va a más. El idioma propio se hace más sensible a los cortejos de las lenguas «de su misma categoría», flirteos que a modo de cálidos intercambios se reflejan en la tendencia a admitir (con los solos límites que el pudor imponga) ciertas interpenetraciones (en forma de préstamos de vocabulario primero, préstamos de construcción después; y de incorporación de sonidos cuando la otra lengua ha dominado ya categorialmente a la propia). Cuanto más en consideración se tenga a la lengua «extranjera» (y menos a la propia) tanto más frecuentes y diversas serán estas licencias en el sistema de la lengua receptora. Provoca, además, en sectores cada vez más amplios de la colectividad nacional (cualquiera que ésta sea) el deseo de llegar a poseer completamente estas lenguas. Esta pasión colectiva se institucionaliza en forma de «enseñanza oficial de las lenguas extranjeras», enseñanza que se circunscribe a unas pocas, entre las múltiples existentes, y que refleja, de modo indirecto, la diferente cotización de una lengua, en una época determinada, dentro del mercado lingüístico internacional, dominado por ciertos patrones extralingüísticos de valor (lenguas de civilización), desvalor (lenguas exóticas o lenguas «minoritarias»). El aprendizaje de las lenguas consideradas de cultura por dicha colectividad produce en los sujetos que acceden a él el tipo de bilingüismo que hemos llamado «cultural» (sin que ello implique que en sí mismo lo sea, o lo sea más que otros), y que se caracteriza, precisamente, porque el conocimiento de la lengua en cuestión es exhibido, y hecho valer en la sociedad respectiva como «símbolo de cultura» del que se esperan gratificaciones (económicas, profesionales, etc.) a nivel personal <sup>2</sup>.

6.4. Los sujetos que como consecuencia de una tendencia social que prima el aprendizaje de ciertas lenguas (y soslaya o ridiculiza el estudio de otras) llegan a adquirir de un modo efectivo alguna de aquéllas, devienen bilingües de un tipo que podemos ubicar como «exterior». En su caso el espacio intráneo no está ya ocupado en exclusiva por «nuestra lengua», pues la lengua aprendida también es suya, también les pertenece. Pero esta posesión es de un tipo exterior: la lengua extranjera para otros es para ellos una lengua exterior que van a utilizar en sus contactos y relaciones (directas; o indirectas mediante canales indirectos de comunicación como literatura, prensa, radio, etc.) con grupos exteriores al grupo de pertenencia. Cuando la asimilación de esta lengua implica simultánea o sucesivamente (como es el caso de la emigración voluntaria al país «extranjero», principalmente en individuos de nivel cultural elevado) la inserción en este grupo previamente exterior, o cuando a nivel social esta lengua acaba siendo vehicular del grupo regional de pertenencia (como es el caso, por ejemplo, del inglés en Puerto Rico, previamente una lengua «extranjera»), deviene un tipo de bilingüismo que llamamos *interior* <sup>3</sup>. En este bilingüismo es frecuente que una de las lenguas (la que previamente era sólo la norma exterior del grupo en cuestión) sea sólo un código externo que se utiliza con grupos profesionales distintos (p. ej. profesionales de la vida pública y oficial) o clases sociales diferentes (con «la buena sociedad») distintas a aquélla en la que el grupo interno está ubicado. Pero si la lengua externa se introduce en la esfera interna del grupo, utilizándose con miembros del propio grupo social y profesional, entonces estamos ante un *bilingüismo interno*. Este bilingüismo interno suele consistir en que uno de lo dos sistemas cubre las funciones de la esfera «formal» o

«extrema» (= no íntima), el otro las funciones de la intimidad y de los grados más marcados de confianza. Pero si las dos lenguas son utilizadas en la intimidad estamos entonces ante un bilingüismo *íntimo*. En el bilingüismo íntimo el sujeto (o el grupo) tiene dos lenguas de expresión, pero sólo una de ellas aglutina sus procesos mentales más personales y creativos. Si hay dos lenguas para la organización interior del pensamiento, entonces estamos ante el grado más acabado de bilingüismo: el *bilingüismo de identidad*.

En cada caso hay que comprender cuál es la función de las lenguas en el sujeto, y cuál es la función de las lenguas en la sociedad de la que forma parte: es decir, dentro de qué casillas espaciales o categoriales tiene ubicados el uno y la otra las lenguas respectivas. Un individuo puede tener un bilingüismo de identidad en una sociedad básicamente monolingüe (o monolingüe con respecto a una de las lenguas del sujeto en cuestión): pensemos en el caso de un nativo aymará en Santiago de Chile, o de un euskaldún que vive sin trato con otros euskaldunes en un pueblo de Castilla; o un misionero que vive solo entre una tribu de indígenas de la selva tropical. Pero también puede darse el caso de un sujeto monolingüe en una sociedad donde la mayor parte de sus miembros tienen un bilingüismo interior. O existir un bilingüismo de intimidad en el individuo dentro de un bilingüismo exterior de la sociedad: tal sería el caso de un sueco-parlante casado con una inglesa (y con hijos de identidad bilingüe) en una sociedad como la escandinava <sup>4</sup>, donde hay, con respecto al inglés un «bilingüismo exterior»: una exigencia oficial de conocimiento escolar de dicha lengua. Todas las combinaciones son posibles: pero cuanto más distante sea el circuito individual del circuito social tanto más problemas y dificultades acarreará a aquél su bilingüismo. Las distintas modificaciones de la conducta lingüística individual (hacia grados distintos de bilingüismo, o hacia el monolingüismo en ciertos casos) se explican, en la mayoría de los casos, por las tendencias de aquél a acomodarse a las funciones lingüísticas cristalizadas en ésta. La situación lingüística individual es más inestable que la situación lingüística social: pero ésta no es, en modo alguno, inamovible. Las funciones lingüísticas sociales (a través de la acción de sus grupos y subgrupos respectivos) están también en continuo movimiento: movimiento que se refleja en la expansión y contracción de las lenguas a través de los territorios concretos.

Los grupos lingüísticos sociales (unidades del bilingüismo social) no son otra cosa que grupos que categorizan de modo semejante su (s) lengua (s). Un territorio, o una sociedad «nacional» se compone de varios de éstos. En cualquier caso debemos de evitar a la hora de analizar los procesos caer en la sibilina trampa de confundir lo que las lenguas son en sí, de las funciones que tienen para sus hablantes (esto es, el dominio, con la función). Percibimos las lenguas a través de las funciones que éstas tienen dentro de los grupos sociales en que estamos inmersos. Y como, normalmente, estamos dentro de varios de estos grupos, las percibimos contradictoriamente. Un sujeto puede al mismo tiempo considerar al castellano como «lengua extranjera», y sin embargo el castellano funcionar en él como lengua de intimidad (si es que no de «identidad»). En el primer caso él está aplicando los patrones del «grupo nacional» del que se siente partícipe. En el segundo caso está viviendo las funciones de su grupo íntimo, o sus propias funciones. Un euskaldún que vive su intimidad en euskara, puede ocultar su condición de bilingüe en un grupo social en el que el euskara está ubicado como lengua «exótica». La pérdida

de categoría social de un idioma es un síntoma de regresión, como su revalorización social es el primer paso para revitalizarlo. Pero en última instancia los idiomas viven o mueren en el sujeto: en cada sujeto. Viven en él haciéndolo cómplice de los propios pensamientos. Mueren apartándolo de ellos, lo que puede provenir de convertir a la lengua en mero cliché social, o acomodando el pensamiento a las demandas del mercado lingüístico social, sujeto a parámetros extralingüísticos.

Pero las lenguas *son*, al margen de lo que sean o no sean para sus hablantes. Lo verdaderamente asombroso, en este proceso, es que el ser de las lenguas, tan enormemente variado y rico parezca depender, para su continuidad, de las funciones que les asignan sus hablantes. Funciones a veces tan pobres, tan mezquinas y tan distantes de aquéllas que corresponden al ser de la lengua. Hay algo absurdo en ello: tan absurdo como confiar un valioso tesoro al capricho de un chimpancé.

## II

De los tipos de bilingüismo que hemos enunciado más arriba hay uno que difiere de todos los demás, no sólo en grado, sino en naturaleza: el bilingüismo de identidad. Este, en su forma más acabada, representa en efecto la presencia de dos identidades lingüísticas diferentes, en el mismo individuo (o en el mismo grupo) y al mismo tiempo. Desde el bilingüismo espacial el bilingüismo de identidad difiere de los otros tipos porque supone la coexistencia simultánea de dos circuitos. El sujeto (o el grupo) posee en cada uno de ellos una personalidad lingüística completa (esto es un standard nacional, una variante regional, un código interno, un modo de hablar íntimo, una lengua de pensamiento...). Si por un lado esto enriquece (o mejor, duplica) la personalidad lingüística del sujeto, por otro lado puede ser causa, para determinados individuos, de desajustes emocionales: precisamente porque los circuitos no encajan: cada uno de ellos supone inclusiones y exclusiones diferentes. El sujeto pertenece a dos comunidades lingüísticas distintas, pero puede ser mirado con recelo en ambas, en virtud, precisamente, de lo que Christophersen llama su «double or divided allegiance»<sup>5</sup>.

Pero este conflicto se produce precisamente por la confrontación de la identidad lingüística dual de un sujeto, con dos identidades «sociales» o nacionales que funcionan separadamente y se excluyen mutuamente. Es decir, un bilingüe luxemburgués<sup>6</sup> no tiene el mismo sentimiento de «inestabilidad» que un bilingüe alsaciano. El primero forma parte de una nación, toda ella bilingüe. El segundo está inserto en una frontera donde cada una de las dos identidades lingüísticas (francesa y alemana) que conviven en él, es considerada por cada una de las naciones monóglotas respectivas como «opuesta». El bilingüismo es, en este caso, la incómoda transición entre dos espacios lingüísticos opuestos<sup>7</sup>. En el caso luxemburgués el bilingüismo es «la marca» de todo el espacio lingüístico. Pero es evidente que a nivel supranacional la doble identidad lingüística de un territorio o de otra nación, puede ser sentida por los estados monóglotas con perspectivas mutuamente excluyentes, con el mismo recelo con el que el sujeto bilingüe es sentido en una comunidad de monolingües. Así pues ni siquiera el grado más acabado de bilingüismo está totalmente libre de las tensiones y conflictos que los otros

tipos acarrear sobre sí. De hecho autores como Lambert y Fishman han propuesto un término «anomia» (*anomie*)<sup>8</sup> para describir el sentimiento de incertidumbre social que un hablante puede experimentar si la comunidad lingüística de acceso (*target community*) comienza a convertirse para él en un segundo grupo de pertenencia, y sus lazos con el primer grupo, en consecuencia, se debilitan. «Aquellos que consiguen el dominio completo de una lengua —escribe Paul Christophersen— pueden tener que pagar su flexibilidad sufriendo las angustias de la anomia, y del desarraigo». Pero eso tampoco es culpa de las lenguas. Es la ubicación, por parte de las colectividades, de la lengua «de los otros» en un espacio contrapuesto al propio la que provoca el recelo hacia el «extranjero» y hace del bilingüe un hombre marginal (sospechoso de no ser «lo que parece»: de no ser «uno de nosotros»).

6.5. La comprensión de la configuración categorial del lenguaje permite pues distinguir, de un modo simple y coherente, entre grados o tipos de bilingüismo claramente distintos entre sí, pero imbricados unos dentro de otros. Dentro de este esquema la oposición «lengua/habla» puede aún resultar operativa, a condición de que se la entienda como funciones dicotómicas (y a la vez complementarias dentro de un espacio mayor) *presentes en cada plano*. No tiene, pues, a nuestro entender demasiado sentido el interpretar la lengua como sistema exclusivamente social y el habla como individualización particular del sistema. Parece más sensato admitir la lengua en el sentido chomskyano de «sistema de procesos generativos» y el habla como realización o actuación de dicho sistema. Pero sistema y actuación se hallarían presentes en cada uno de los escalones del circuito, como categorías de cuerdas opuestas conectadas entre sí por una categoría eje que resuelve la oposición en el plano mayor. Es decir, que hay tanto una lengua individual como un habla social (y desde luego una lengua social y un habla exclusivamente individual). Pero la lengua social no se opone al habla individual. En el plano de identidad se oponen lengua individual y habla individual. Pero la lengua individual está contenida dentro de espacios mayores de lenguaje («lengua familiar», «lengua social», «lengua regional», «lengua nacional», «grupo lingüístico de afinidad» y finalmente «lenguaje humano»). Y el habla individual está a su vez contenida, justamnte, dentro de categorías mayores, paralelas, de actuación lingüística («habla microsocioal», «habla macrosocioal», «habla de la colectividad regional», «habla nacional», «habla del grupo lingüístico afín», «habla humana»). Si esta oposición existe, existe en cada uno de los niveles como manifestación, en última instancia de la duplicidad entre el modelo abstracto y su exteriorización concreta: de modo análogo a como existe a nivel de la estructura sintáctica de cada idioma concreto. Al modelo puro se accedería a través de escalones intermedios cada uno representando un nivel de abstracción o generalización mayor con respecto al plano subordinado. Pero el modelo nos es perceptible en cada plano, primariamente como actuación (y muchas actividades lingüísticas se quedan detenidas ante el umbral de la actuación sin traspasar al espacio del modelo previo), luego como sistema.

6.6. No es pues ningún absurdo afirmar, desde esta perspectiva, la existencia de un bilingüismo social. De hecho, el bilingüismo tiene, como el lenguaje mismo, distintos escalones o planos: individual, microsocioal, macrosocioal, nacional. En última instancia hay un multilingüismo «humano», esto es, a nivel del Hombre como conjunto, o como categoría eje desde la que se



llega por segmentaciones sucesivas al hombre particular que somos cada uno de nosotros. Ese «multilingüismo del lenguaje humano» no es otra cosa que la manifestación, bastante evidente, de que el Hombre, o el ser humano tal y como lo conocemos, se expresa en lenguas diferentes. La pregunta última es pues, ¿qué supone o qué significa a nivel humano el multilingüismo?

6.7. Comencemos por abajo: en cada uno de los planos subordinados, y desde la teoría de los espacios, el bilingüismo se presenta siempre como una *tensión*<sup>10</sup>. Es decir, es la ubicación de una persona, grupo o colectividad, en la intersección entre dos macro-espacios (o dos circuitos) opuestos: cada uno de ellos ocupado por una lengua diferente, y cuya contraposición (esto es, cuya contradicción de funciones: función íntima, función de intercambio; función de identidad/función de expresión, etc.) se intenta superar por esta ubicación en la zona dual, en el espacio de transición. Si desaparece la oposición entre los espacios desaparece la necesidad conciliatoria en la que el bilingüismo tiene su raíz. Pero esta tensión tiene niveles y grados diferentes. Pensemos por ejemplo en el bilingüismo de identidad: la condición más generalizada a través de la cual unos cuantos sujetos acceden a una identidad lingüística dual estriba en que su grupo más inmediato (esto es, su grupo social íntimo): padres, amigos personales, cónyuge, hijos, etc., tenga identidades lingüísticas diferentes (p. ej. padre: erdaldun; madre: euskaldun; hijo: bilingüe de identidad erdaldun y euskaldun). Si su grupo de relaciones más personales e intensas tiene una sola identidad lingüística, el sujeto desplaza su bilingüismo a un tipo menos intenso: la lengua que ha desaparecido de su grupo inmediato será desplazada a funciones progresivamente más «ajenas» o «extremas». A su vez si todo el grupo íntimo tiene una identidad lingüística dual (todos son bilingües), el grupo mismo se encuentra dentro de la acción de espacios mayores: la lengua que ocupa menos espacios de su circuito lingüístico va cediendo terreno, e incluso, eventualmente en caso de igualdad relativa de fuerzas, es posible que ambas lenguas se fundan en un único nuevo modelo.

La condición, de modo enteramente semejante, de que un bilingüismo íntimo se perpetúe, estriba en que el grupo superior que contiene a la familia (grupo laboral, grupo social: vecinos, etc.) tenga un modo de hablar diferente (hable una lengua diferente a la del grupo de intimidad): es por ejemplo el caso del bilingüismo de los inmigrantes en un país de lengua diferente<sup>11</sup>. O bien que este grupo «mayor» tenga él mismo dos intimidades lingüísticas diferentes (parte de los miembros de este grupo establecen sus relaciones de confianza en una lengua; parte en otra). Esta segunda situación parece *más favorable al «bilingüismo de intimidad» que la primera, como lo prueba el caso de que los hijos de los inmigrantes que no encuentran su lengua familiar en su grupo de relación más próximo acaban perdiendo la lengua materna con mayor facilidad que aquellos otros que pueden usarla como vehículo de comunicación en su plano más inmediato*. La dinámica lingüística de los EE.UU. proporciona un buen ejemplo a este respecto. A su vez si todo este grupo tiene una expresión lingüística dual (todos son bilingües) es frecuente que la lengua sometida por la acción conjunta de los espacios a un proceso de regresión quede convertida en una jerga interna, o lenguaje de casta, cediendo gran parte de su originalidad estructural. El proceso ocurrido con el caló de los gitanos españoles tiene mucho que ver con esto: al ser todo el grupo interno (gitano) bilingüe, la lengua interna se ha desplazado a una jerga

sin otra autonomía que la léxica. Muy diferente ha sido, sin embargo, durante varios siglos, el proceso del sefardita en Oriente <sup>17</sup>.

Un bilingüismo interno se mantiene con mayor facilidad allí donde la sociedad regional posee las dos lenguas diferentes: una lengua queda así como lengua del propio grupo profesional y de clase; la otra como lengua de comunicación con los grupos y clases sociales distintos al propio. Cuando toda la sociedad regional posee ambas lenguas (al margen de los roles y grupos sociales) es difícil que no estemos en una de aquellas situaciones para las que Ferguson <sup>13</sup> acuñó, originariamente, el término «diglosia» (árabe culto, árabe vulgar). Las lenguas se disponen en posición jerárquica, y el grupo que sólo consigue el control incompleto de una de las dos (de aquella cuyo aprendizaje está condicionado por el acceso a la educación escolar) queda completamente a merced del grupo que controla ambos idiomas.

Resulta, por fin, igualmente obvio que dos lenguas nacionales, favorecen mejor la conservación, en algunas colectividades regionales de un bilingüismo interior (la existencia como lenguas nacionales belgas del francés y el flamenco mantiene mejor el bilingüismo interior en Bruselas, que se mantiene, por ejemplo, en las islas Frisias, donde el frisón no tiene, en Holanda, el carácter de lengua nacional). Y en fin, para que una «nación» trate de conservar en su seno dos (o más) lenguas diferentes, es necesario que se le concedan a ambas un status y un prestigio idéntico: ambas deben ser consideradas como «instrumentos culturales» (o lenguas civilizadas). Si una de ellas es considerada como anécdota exótica (p. ej. el esquimal en Alaska) el bilingüismo progresa en un solo sentido: en el grupo subvalorado, y en consecuencia los espacios se descompensan: un grupo (dominante) cubre todo su circuito con un solo idioma (grupo norteamericano en el caso alaskaño); el otro cubre su circuito (o su campo lingüístico: la suma de sus necesidades de expresión lingüística en todos los niveles y grados) con la ayuda de las dos lenguas (grupo esquimal, en el ejemplo citado).

6.8. ¿Pero de qué plano depende el que dos lenguas, o, mucho mejor, el que la lengua «de los otros» (las otras lenguas) sean consideradas como «lenguas de civilización» y en consecuencia se mime y se proteja su existencia como un patrimonio (cuando no un tesoro) cultural común a todos y valioso *también* para nosotros? El plano del que depende es el plano del lenguaje humano, que es el plano del Hombre mismo. Es en la comprensión de lo que el Hombre es donde está la posibilidad de comprender como opuestos que se reconcilian entre sí la unidad y la variedad de todas las lenguas. Porque es el Hombre mismo el que al mismo tiempo es uno, y es múltiple. Uno, porque dondequiera que esté e independientemente de cómo se exprese es, por encima de todo, Hombre, ser humano. Y múltiple porque es uno a través de su propia variedad, de su intrínseca originalidad. Toda la lucha lingüística, toda la exterminación de pueblos, toda nuestra común barbarie tiene su común raíz en esta ignorancia. Cuando un grupo humano (o varios a una) se apropian del papel de totalidad que no les pertenece y sitúan a otros pueblos, o tan siquiera a uno de ellos, fuera de esta inclusión global que pertenece a todos, los pueblos pierden la idea de su propia ubicación dentro del espacio humano, y generan circuitos aberrantes, circuitos metonímicos, hechos a base de exclusiones cada vez más amplias.

Hay un nuevo tipo, o una nueva posibilidad de comunicación entre los hombres, que comenzará a resolver esa contradicción primaria entre unidad y variedad recíprocas. En el dominio del lenguaje supone comprender la dignidad de cada lengua, y la complementariedad de todas entre sí, como expresión magnífica de la sinfonía unitaria y múltiple del ser humano. Situar a las lenguas, y situarse como ser humano en este espacio de entendimiento y enriquecimiento mutuo es comenzar a comprender la metáfora intrínseca del lenguaje humano, deshacer la babel de la discordia, y emprender un nuevo camino hacia esa interrogante suprema (que no es otra que la de nuestro propio sentido) de la que nos hemos desconectado por nuestras «externas», «extrañas», «exóticas» y «salvajes» ideas sobre los demás y sobre nosotros mismos.



APENDICE I  
LA CONFIGURACION ESPACIAL DEL LENGUAJE



Lámina 10: Desde la infancia aprende el niño a clasificar las distintas normas lingüísticas que percibe, de acuerdo con el esquema categorial de la comunidad en que vive.

(?)

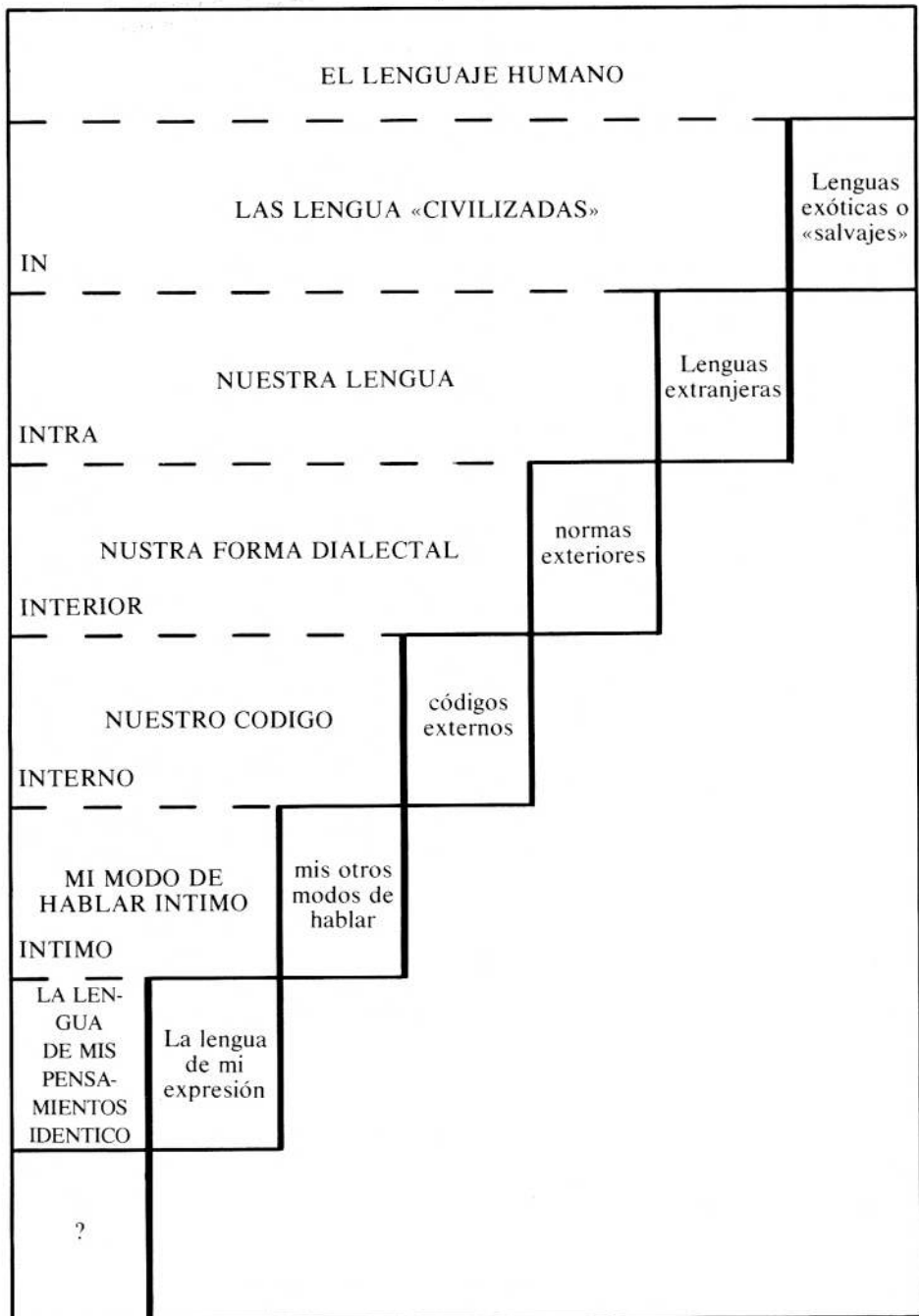


Gráfico 28. La configuración categorial del lenguaje.



## APENDICE II

Fases en el proceso de regresión espacial del euskara en una comunidad euskaldún: al reducirse las funciones de una lengua, su categoría global se desplaza igualmente hacia abajo. Los espacios superiores van siendo ocupados por la lengua invasora, que llega a ser considerada como la única «verdadera lengua».

### FASES SUPERIORES

1. El euskara sería concebido como la única lengua existente. Fuera de él no hay lenguas.
2. El euskara es concebido como la única lengua «civilizada» y normal. Fuera de él, las otras son «semi-lenguas» (fase histórica).
3. Hay otras lenguas «completas», pero el euskara es «la nuestra» (fase moderna).

### FASES INFERIORES (O DE RETROCESO)

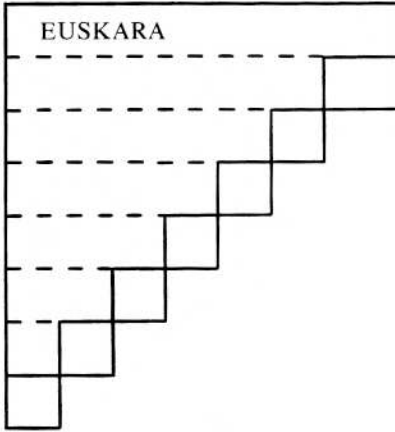
4. El euskara no es lengua «completa» pero es nuestro modo de hablar en la comarca, o en el «país».
5. El euskara es el código interno de nuestro pueblo, o el código interno de nuestro grupo de trabajo, pero nada más.
6. El euskara es mi modo de hablar en la intimidad.

### FASE RESIDUAL

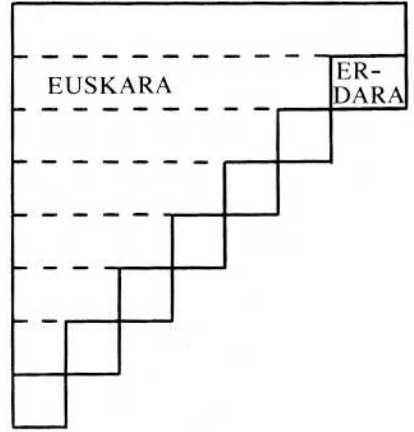
7. El euskara no me sirve para expresarme. Pero pienso en él.

FASES SUPERIORES

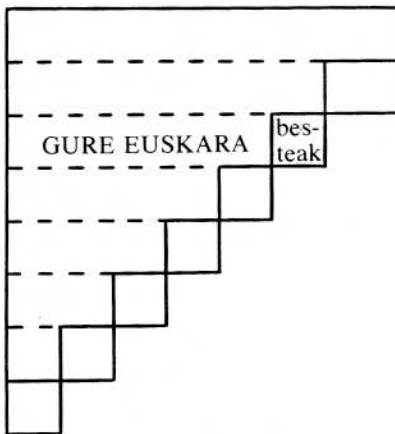
EUSKARA



1



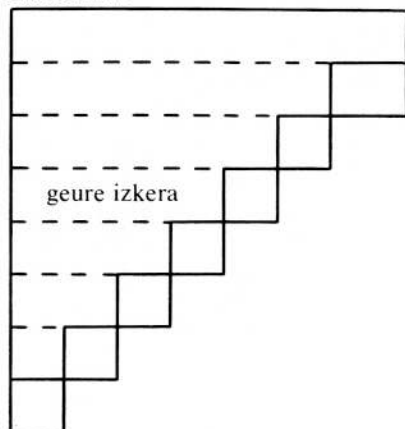
2



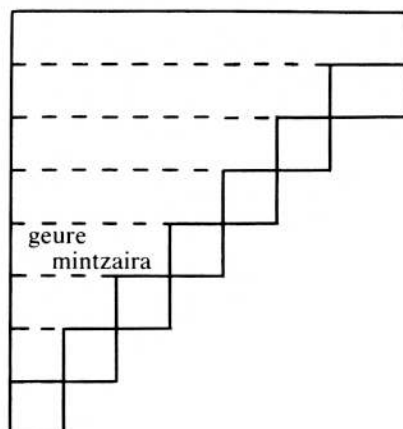
3

## FASES INFERIORES

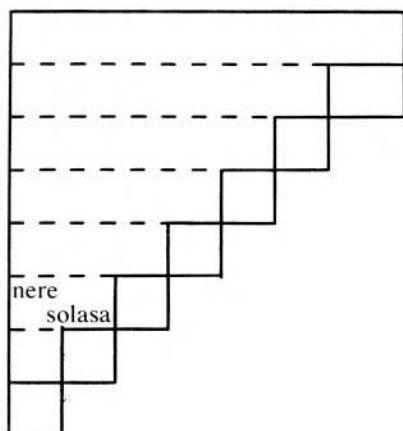
EUSKARA =



4



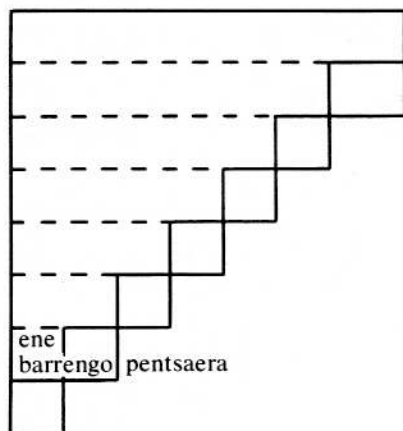
5



6

## FASE ULTIMA

EUSKARA



1. «Se ha dicho a menudo —escribe Levy-Strauss—, no sin razón, que las sociedades primitivas fijan las fronteras de la humanidad en los límites del grupo tribal, fuera del cual no perciben más que extraños, es decir, subhombres sucios y groseros, si es que no no-hombres: bestias peligrosas o fantasmas. Esto es a menudo verdad, pero se olvida de que las clasificaciones totémicas tienen, como una de sus funciones esenciales, la de romper este cierre del grupo sobre sí mismo, y de fomentar la noción aproximada de una humanidad sin fronteras» («El Pensamiento Salvaje», cit. pág. 242). La verdad es que muchas de nuestras tecnificadas tribus modernas —como la norteamericana por ejemplo— o, por lo menos, algunos de entre sus grupos sociales, parecen más cerca de esta concepción de la humanidad como «ellos solos» que los infelices «primitivos» incapaces de llegar con el prójimo a extremos de destrucción y degradación como los campos de concentración y la guerra biológica que este siglo nos ha puesto ante las narices, de mano de estos «civilizados». En los casos en los que el propio grupo es categorizado como «toda la humanidad» es muy probable que todo el circuito se desplace un escalón: esto es, que el último espacio no se segmente: que no se conozca la identidad individual «El individuo no es aprehendido más que a a título de elemento del grupo del que forma parte, el cual constituye una verdadera unidad. Según el lugar más o menos importante que ocupa en el grupo tiene este elemento más o menos relieve en la representación» (Levy-Brühl «El alma primitiva», pág. 92). Este gregarismo o adocenamiento global, contrapartida de un sentimiento infundado de superioridad humana, parece ser la otra cara en efecto del «alma primitiva» de nuestro contemporáneo hombre moderno.

2. Todavía recuerdo, no sin cierta tristeza, el revuelo producido en un claustro de profesores de cierto instituto en el que este autor ejercía precisamente de profesor de inglés, al proponer que se adoptara el acuerdo de incluir el euskara dentro del horario oficial, y como materia alternativa a elegir por el alumno (entre francés, inglés y euskara). Mis titulados interlocutores parecían sentir la misma repulsión que si se les hubiera propuesto sustituir el francés por el hotentote. Y parecían desconocer que la disociación que ellos hacían entre euskara-cultura oficial lejos de reflejar la categoría intrínseca del euskara manifiesta más bien los mediocres sucedáneos que nuestra colectividad toma por «cultura» y las pocas esperanzas de remediarlo que existen mientras los responsables de ello sigan imponiendo tan *chapuceras* categorías de valor.

3. La distinta situación lingüística de los cantones suizos podría ser tipificada, por ejemplo, del siguiente modo: los cantones de habla romance (la Suiza grisona) tienen un tipo de bilingüismo interior (el alemán lengua externa y de prestigio; el romanche lengua interna del grupo); los cantones de habla francesa tienen un bilingüismo exterior (salvo en áreas fronterizas). A su vez el bilingüismo existente en la Suiza germana entre alemán standard-schwyzerdütsch es un bilingüismo *interno*. Hay bastantes datos sobre la situación lingüística suiza en Weinreich (Languages in Contact, Mouton, The Hague, Paris, 1970, esp. pp. 84 y ss.).

4. Hay referencia a la situación sueca en R. Tetone «Bilingüismo y Educación». Ed. Fontanella, Barcelona, 1976, Pp. 294-6.

5. «Coordinate bilinguals have a kind of double or divided allegiance; they belong in a sense to two communities, and it is this divided allegiance that strikes unilingual people as «startling, abnormal, almost uncanny», en Second Language Learning, Penguin, 1973, pág. 77.

6. Cf. sobre el caso luxemburgués Nicolas Ries «Le Bilinguisme et le caractère luxembourgeois», Bureau International d'Education (86) 16-25.

7. En el caso alsaciano este sentimiento de inestabilidad trata de compensarse mediante una sobreafirmación de su patriotismo «francés» y mediante la categorización de la lengua no como «alemán» sino como «alsaciano» (el alsaciano como norma regional, dentro de la «nación» francesa). Es curioso, para cualquiera que haya pasado por Strasburgo como los estudiantes se ofrecen mediante anuncios en los periódicos, carteles en los escaparates, etc. para dar «clases de alsaciano» en tanto que no hay, teniendo al otro lado la frontera alemana casi ningún ofrecimiento para dar «clases de alemán».

8. Cf. Lambert «Psychological approaches to the study of language», en H. B. Allen (edit) «Teaching English as a Second Language», MacGraw-Hill, 1965, pág. 39.

9. O. cit. pág. 81.

10. En el sentido primario que ofrece el diccionario, esto es, el «estado de un cuerpo estirado por la acción de dos fuerzas opuestas que lo solicitan». Estas dos fuerzas son en nuestro caso, una ubicada en la cuerda *in* y otra ubicada en la cuerda *ex*. Hay desde luego distintos grados de esta tensión. A nivel social ese pseudobilingüismo parece mucho menos tenso que el bilingüismo interno (cf. sobre esto mi trabajo «El marco sociológico y espacial de una situación bilingüe», cit. Es también posible que ciertos bi o plurilingüismos generados a partir de concepciones distintas del ser humano, escapen a esta característica.

11. El caso de los inmigrantes ha sido estudiado, entre otros, por E. Haugen. Cf. «Language and immigration». Norwegian-American Studies and Records, n.º 10 1938, 1-43, y sobre todo *Bilingualism in the Americas*, University of Alabama, American Dialect Society, 1956.

12. Sobre la situación del sefardita, actualmente en retroceso, cf. Marius Sala: *La maniere dont une langue romane contribue a la disparition d'une autre* (a propos du judeo-espagnol de Bucarest). Actas del X Congreso de Lingüística y Filología Románica. Strasburgo, 1962 (Paris, 1965). Pp. 373 y ss. Gentile Farhi «La situation du sephardit à Istanbul». *Hispanic Review*, V, 1937, pp. 151 y ss. Y Kalmi Baruck «El judeo-español de Bosnia». *RFH*, n.º 17, 1930, pág. 113-54.

13. «Diglossia», *Word* 15: 325-40, 1959. Cf. sobre este término nuestro trabajo «Bilingüismo, Diglosia, Contacto de Lenguas» (hacia una delimitación de conceptos), cit. en especial págs. 55-72.

14. Sobre el bilingüismo en Bélgica, cf. François Olijf «La question des langues en Belgique», 2 vol. Bruxelles 1940 y 1947. Cf. también «Les problèmes du bilinguisme en Belgique». *Etudes Germaniques*, 1958, 3, pp. 289-302.

15. La situación frisona, en lo que era en 1949, aparece expuesta en la obra de P. Post «Bilinguisme in Nederland». Groningen-Batavia, 1949.

16. La mención al esquimal no es gratuita. Su situación en sus cuatro territorios políticamente distintos se ha expuesto, siguiendo a Michael Kraus (On the Esquimo-Aleut, *Current Trends in Linguistic*, vol. 10. Mouton, The Hague, Paris, 1973) en el trabajo «Bilingüismo, Diglosia...» cit. pp. 64-5.



## **Síntesis Bibliográfica**



## LINGUISTICA GENERAL/TEORIA DEL LENGUAJE

### a) Obras generales

- BALLY, CH. «El lenguaje y la vida». Losada, Buenos Aires, 1967.  
BLOOMFIELD, L. «Language». George Allen & Unwin Ltd, London, 1935 (rep. 1970).  
CRYSTAL, D. «Linguistics». Penguin, 1971.  
CHOMSKY, N. «Aspects of the Theory of Syntax». The M.I.T. Press, Massachusetts, 1965.  
CHOMSKY, N. «El lenguaje y el entendimiento». Seix y Barral, 1971.  
CHOMSKY, N. Y OTROS. «Semántica y sintaxis de la lingüística transformacional» Alianza Universidad, Madrid, 1974.  
FIRTH, J.R. «The Tongues of Men and Speech». Oxford University Press, reed. 1970.  
HJELMSLEV, L. «Prolegómenos a una teoría del lenguaje». Gredos, Madrid, 1971.  
JACOBSON, R. & HALLE, M. «Fundamentos del lenguaje». Ciencia Nueva, Madrid, 1971.  
JESPERSEN, O. «The Philosophy of Grammar». George Allen & Unwin Ltd, London, 1968.  
JESPERSEN, O. «Language. Its nature, development and origin». George Allen & Unwin Ltd. London, 1969.  
LLORENTE, A. «Gramática General y Lingüística». Gredos, Madrid 1963.  
MALMBERG, B. «Los nuevos caminos de la lingüística». Siglo XXI, Madrid, 1971.  
MARTINET, A. «Elementos de Lingüística General». Gredos, Madrid, 1972.  
MARTINET, A. «La lingüística sincrónica». Gredos, Madrid, 1971.  
MILLET, L. & VARIN, M. «Le Structuralisme». Editions Universitaires, Paris, 1970.  
NIVETTE, J. «Principios de Gramática Generativa» (Trad. esp.) Fragua, Madrid, 1973.  
PORZIG, W. «El maravilloso mundo del lenguaje». Gredos, Madrid, 1970.  
RODRIGUEZ ADRADOS, F. «Historia de la lingüística». Textos de la U.N.E.D. Madrid, 1976.  
SAPIR, E. «El lenguaje». Fondo de Cultura Económica. México, 1975.  
SAUSSURE, F. de. «Curso de lingüística general». Losada, Buenos Aires, 1967.  
TRUBETZKOY, N. «Principios de Fonología». Cincel, Madrid, 1973.  
WHORF, B. LEE «Lenguaje, Pensamiento y Realidad». Barral, Barcelona, 1971.

### b) Algunos aspectos parciales

- BALDINGER, K. «La formación de los dominios lingüísticos en la Península Ibérica», Gredos, Madrid, 1972.  
BAUGH, A. «A History of the English Language». Rotledge & Kegan Paul Londons, 1951.  
JUNGEMANN, F.H. «La teoría del sustrato y los dialectos hispano-romances y gascones». Gredos, Madrid, 1955.  
MARTINET, A. «Function, Structure, and Sound Change», Word 8: 1-32 (1952).  
MICHLENA, L. «Zenbait Hitzaldi». Etorbidean Kultura, Bilbao, 1972.  
MENEDEZ PIDAL, R. «Modo de obrar el sustrato lingüístico», RFE XXXIV: 1-8 (1950).  
WOLFF, Ph. «Origen de las lenguas occidentales (100-1500 d.C.)» Guadarrama, Madrid, 1971.

## TEORIA SEMANTICA

- GEORGE, F.H. «Introducción a la semántica». Fundamentos, Madrid, 1974.  
LOTMAN, W. «Semiótica y praxis». Redondo Ed. Madrid, 1971.  
MOUNIN, G. «Claves para la semántica». Anagrama, 1974.  
SCHAFF, A. «Introducción a la semántica». Fondo de Cultura Económica. México, 1973.  
ULLMANN, S. «The Principles of Semantics». Glasgow University Publications, 1967.

## PEDAGOGIA DE UNA SEGUNDA LENGUA

- CARROL, J.B. «Research on Teaching Foreign Languages», The University of Michigan, 1961.
- CHRISTOPHERSEN, P. «Second Language Learning», Penguin, 1973.
- GARMENDIA, M.C. «Euskaraz zenbait perpausa trakets». Elgoibar, 1977.
- LAMBERT, W.E. «Teaching English as a Second Language», Mac Graw-Hill 1965.
- LASA, M. «Objetivos lingüísticos de las escuelas bilingües». En *La Problemática del Bilingüismo en el Estado Español*, Universidad del País Vasco, Lejona, 1980.
- LAZARO, C.M. «Report on Foreign Language Teaching in British Primary School», Nuffield Foundation, London, 1963.
- Mc NAMARA, J. «Bilingualism and Primary Education», Edinburgh University Press, 1966.
- NISBET, J. «Bilingualism and the School», Scottish Gaelic Studies, X (I), University of Aberdeen, 1961.
- TETONE, R. «Bilingüismo y educación». Fontanella, Barcelona, 1976.
- VARIOS: «El lenguaje en la educación pre-escolar y ciclo preparatorio. Vasco-castellano. Ministerio de Educación y Ciencia, Burlada, 1979.

## BIOLOGIA DEL LENGUAJE

- AJURIAGUERRA, J. de «Organización psicológica y perturbaciones en el desarrollo del lenguaje». En *Introducción a la Psicolingüística*, pp. 119-146.
- BRAIN, R. «The neurology of Language». En *Language (Selected Readings)*, pp. 309-322. Penguin Education, London, 1968.
- LENNENBERG, E.H. «Biological Foundations of Language», Wiley, New York, 1969.
- «Una perspectiva biológica del lenguaje». En *Nuevas Direcciones en el Estudio del Lenguaje*, Rev. Occ. Madrid, 1974. También en *Language*, cit. pp. 32-47.
- LURIA, A.R. «The directive function of speech in development and dissolution». Part. I (32-47) part II (353-65) en *Language*, cit.

## PSICOLINGÜISTICA

- ARSENIAN, S. «Bilingualism and Mental Development», Columbia University Press, New York, 1937.
- BRESSON, F. «La significación». En *Introducción a la Psicolingüística*, Proteo, Buenos Aires, 1969 pp. 17-50.
- BUGELSKY, B.R. «The Psychology of Learning». Holt, New York, 1956.
- DARCY, N.T. «The effect of bilingualism upon the measurement of the intelligence of children of preschool age». *Journal of Educational Psychology*, 37: 21-44 (1946).
- ERWIN, S.M. «Language and thought». En *Horizons of Anthropology Today*, George & Unwin, Ltd. London, 1965 (37-48).
- FRANCESCATO, G. «El lenguaje infantil». Península, Barcelona, 1971.
- PIAGET, J. «El juicio y el razonamiento en el niño (Estudio sobre la lógica del niño)», 2 vol. En Guadalupe, Buenos Aires, 1974.
- «El lenguaje y las operaciones intelectuales». En *Introducción a la Psicolingüística*, cit. pp. 17-50.
- TABOURET-KELLER, A. «La adquisición del lenguaje hablado en un niño creado en un medio bilingüe». En *Introducción*, cit. pp. 208-222.

## ANTROPOLOGIA

### a) Obras generales

- BEALS, R.L. & HOIJER, H. «Introducción a la antropología». Aguilar, Madrid, 1974.
- CASSIRER, E. «Antropología filosófica» F.C.E. México, 1968.
- DOUGLAS, M. «Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú». Siglo XXI, Madrid, 1973.
- EVANS-PRITCHARD, E., y OTROS. «Pueblos de la tierra». Obra colectiva en 8 tomos, San Sebastián, 1974-6.
- LEVY-BRUHL, L. «El alma primitiva». Península, Barcelona, 1974.
- LEVY-STRAUSS, C. «Anthropologie structurale», Plon, Paris, 1958.
- «El Pensamiento Salvaje». F.C.E. México, 1970.
- LOWIE, R.H. «Historia de la Etnología». F.C.E. México, 1975.

- MAIR, L. «Introducción a la antropología social». Alianza, Madrid, 1970.
- MEAD, M. «Sexo y temperamento en las sociedades primitivas». Laia, Barcelona, 1973.
- OSÉS, O. «Antropología hermenéutica». Ricardo Aguilera, Madrid, 1973.
- SERVICE, E.R. «Los cazadores». Labor, Barcelona, 1973.
- SPERBER, D. «El simbolismo en general». Promoción Cultural, Barcelona, 1975.
- VARIOS: «La Antropología (origen, desarrollo, conceptos, obras, teóricos)». Noguer, Barcelona, 1977.
- WELTER, G. «El amor en los primitivos». Caralt, Barcelona, 1975.

#### b) Otras

- BARANDIARAN, J.M. y otros. «El mundo en la mente popular vasca», 2 vol. Añamendi, San Sebastián, 1972.
- «Mitología Vasca». Txertoa, San Sebastián, 1979.
- CARO BAROJA, J. «Los vascos». Istmo, Madrid, 1972.
- «De la vida rural vasca» Txertoa, San Sebastián, 1975.
- ESTORNES LASA, B. «Mundua Euskal Erriaren Gogoan». Añamendi, San Sebastián, 1972.
- FRAKE, Ch. O. «The diagnosis of disease among the subanum of Mindanao». *American Anthropologist*, vol. 63 (1) 30-86 (1961).
- FRIEFMAN, J. «Tribus, estados, transformaciones». En *Análisis marxistas y antropología social*, pp. 191-240. Anagrama, Barcelona, 1977.
- GODELIER, M. «Modos de producción, relaciones de parentesco y estructuras demográficas». En *Análisis cit.* pp. 13-78.
- LEWIS, I.M. «Past, present and future: conservatism and conflict in social structures» en *History and Social Anthropology* Tavistock, London, 1968.
- ROMA RIU, J. «Aragón y el carnaval» (esp. cap. II «la simetría de las estaciones»). Guara Edit. Zaragoza, 1980.

#### ETNOLINGÜÍSTICA, ANTROPOLOGÍA DEL LENGUAJE

- ALISTER, Mc. «The secret languages of Ireland». Cambridge University Press, 1947.
- AGUIRREZABALTEGUI, P. «Perspectiva antropológica de la lengua». En *El Libro Blando del Euskara*, Euskaltzaindia-Syadeco, 1978, pp. 53-78.
- ARDINER, E. «Introductory Essay» en *Social Anthropology & Language* Tavistock, London, 1971 (IX-CII).
- BARANDIARAN, J.M. & SATRUSTEGUI, J.M. «Incidencia de los factores étnicos y socio-culturales sobre el euskara». En *El libro Blanco del Euskara*, cit. pp. 301-332.
- CALAME-GRIAULE, G. «La parole chez les Dogons». Gallimard, Paris, 1965.
- GOODENOUGH, W. H. «Cultural Anthropology & Linguistics». Georgetown University, Washington, 1957.
- HAUGEN, E. «Ecology of Language». Standford, California, 1972.
- HENSON, H. «Early British Anthropologist and Language» en *Social Anthropology...* cit. pp. 3-32.
- HOIJER, H. «Language and Culture». Chicago University Press, 1955.
- HYMES, D. «Sociolinguistics and the ethnography of speaking». En *Social Anthropology*, cit. pp. 47-94.
- IRIGARAY, J.A. «Aspectos de antropología socio-cultural en la evolución diacrónica del euskara». *Munibe*, 19: 275-302 (1977).
- LADO, R. «Lingüística contrastiva. Lenguas y culturas». Alcalá, Madrid, 1963.
- LARRESORO «Hizkuntza eta pentsaera». Etor, Bilbao, 1972.
- MALINOWSKY, B. «An Ethnographic Theory of Language» en *Coral Gardens and their Magic*, vol. II. George Allen & Unwin, London, 1935.
- ORTIZ-OSÉS, A. «Para una antropología de nuestros lenguajes». *Letras de Deusto*, vol. 10 (19): 61-78 (1980).
- SANCHEZ CARRION, J. M.<sup>a</sup> «Lengua y Pueblo». Elkar, San Sebastián, 1980.
- SANCHEZ CARRION, J. M.<sup>a</sup> «Malda-Erreka. Estudio antropolingüístico de una comunidad bilingüe». En prensa.
- ROBINS, R.H. «Malinowski, Firth, and the context of situation» En *Social Anthropology...* cit. pp. 33-46.
- ROHLFS, G. «Lengua y cultura». Alcalá, Madrid, 1966.
- TERRACCINI, B. «Conflictos de lengua y de cultura». Imán, Buenos Aires, 1951.

WILSON, J. «Magia y ambigüedad» cap. 3 de su obra «El lenguaje y la búsqueda de la verdad». Barcelona, 1971 (pp. 37-52).

WHORF, B.L. «Lenguaje, Pensamiento y Realidad». Barral, Barcelona, 1971.

## LENGUAS PARTICULARES: GRAMATICAS, DICCIONARIOS

AZKUE, R. M.<sup>a</sup> Morfología Vasca (gramática básica dialectal del euskera). 3 vol. La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1969.

AZKUE, R. M.<sup>a</sup> «Diccionario vasco-español-francés». 2. vol. La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1969.

BLAKELEY, L. «Old English». The English University Press, London, 1971.

BROOK, G.L. «An introduction to Old English». Manchester University Press, 1966.

COROMINAS, J. «Breve diccionario etimológico de la lengua castellana». Gredos, Madrid, 1973.

EINARSSON, S. «Icelandic, Grammar, texts and glossary». The John Hopkins Press, Baltimore, 1972.

Námskei i Islenzku». Linguaphone, London, 1961.

GLENDENING, P.J. «Icelandic». The English University Press. London, 1970.

GOENAGA, P. «Gramatika bideetan». Erein, Donostia, 1978.

HORNBY, A.S., GATENBY, E.V. WAKEFIELD, H. «The Advanced Learner's Dictionary of Current English». Oxford University Press, 1963.

KINTANA eta beste batzuk «Euskal Hiztegi Modernoa». Ekin, Bilbao, 1977.

KWEE, J.B. «Indonesian». Hoder and Stoughton, London, 1965.

LAFITTE, P. «Grammaire Basque (navarro-labourdin littéraire). Elkar, S. Sebastián, 1979.

LUDKE, H. «Historia del léxico románico». Gredos, Madrid, 1974.

MACKINNON, R. «Gaelic». The English University Press, London, 1972.

QIRK, R. «The use of English». Longman, London, 1962.

RAUTA, A. «Gramática Rumana». Universidad de Salamanca, 1947.

SULLIVAN, T.D. «Compendio de gramática nahuatl». Universidad Autónoma de México, 1970.

WILLASANTE, L. «Axular-en Hiztegia». Jakin, Oñate, 1973.

WILLIAMS, E. «Spanish-English Dictionary». Holt, Rinehart & Winston, New York, 1967.

WILSON, B.A. «Latin-English Dictionary». The English University Press, London, 1965.

## SOCIOLOGIA DEL LENGUAJE

ARACIL, L. V. «Sociolinguistics: Revolution and Paradigm». Sociolinguistics Newsletter, vol. X, numer 2 pp. 3-9.

BERNSTEIN, B. «Class, Codes and Control». 2 vol. Paladin, St. Alban, 1973.

BORDIEUX, P. & BOLTANSKY, L. «Le feticisme de la langue». Actes de la Recherche en Sciences Sociales, IX (jul.) 1975.

BRAM, J. «Lenguaje y sociedad». Paidós, Buenos Aires, 1971.

BRIGHT, W. (ed.) «Sociolinguistics». Mouton The Hague-Paris, 1966.

CALVET, L.J. «Linguistique et colonialism». Payot, Paris, 1974.

COHEN, M. «Pour une sociologie du langage». Albion Michel, Paris, 1956.

CRYSTAL, D. «Prosodic and paralinguistic correlates of social categories». *En Social Anthropology and Language*, Tavistock, London, 1971 (185-208).

FISHMAN, J.A. «Sociolinguistic perspective on the study of bilingualism». *Linguistics* 39: 21-49 (1968).

HESBACHER, P. & FISHMAN, J.A. «Language loyalty: its function and concomitances in two bilingual communities». *Lingua* XIII (1965): 145-65.

HYMES, D. «Models of the interaction of language and social setting». *Journal of Social Issues* 23 (2): 8-28 (1967).

LEVEBRE, H. «Le langage et la société». Gallimard, Paris, 1966.

MICHELENA, L. «Las lenguas y la política». Separata del volumen «Doce estudios sobre el lenguaje» (pp. 119-137). Madrid, 1974.

NINYOLÉS, R. «Idioma y poder social». Tecnos, Madrid, 1972.

«Sociología del lenguaje». *En Doce Ensayos sobre el Lenguaje*. Rioduero, Madrid, 1974.

PONZIO, A. «Producción lingüística e ideología social». Comunicación Madrid, 1973.

PRIDE, J.B. «The Social Meaning of Language». Oxford University Press, London, 1971.

VALLVERDU, F. «Sociología y lengua en la literatura catalana». Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1971.

## BILINGÜISMO

### a) Obras generales sobre bilingüismo/multilingüismo

HAUGEN, E. «Bilingualism in the Americas». A Bibliography and Research Guide. American Dialect Society, University of Alabama, 1956.

MACKEY & OTHERS. «Bibliographie Internationale sur le Bilinguisme». Les Presses de l'Université Laval, Québec, 1972.

VILDOMECH, N. «Multilingualism». A.W. Styhoff, Lyeden, 1963.

WEINREICH, U. «Languages in Contact. Findings & Problems (7th ed.)» Mouton, The Hague-Paris, 1970.

### b) diversos aspectos teóricos

AMBROSE, J. & WILLIAMS, C. «Scale as an influence on the geolinguistic analysis of minority language: the Welsh case». First International Conference on Minority Languages, The University of Glasgow, 1980. (reprint).

ARACIL, L. V. «Bilingualism as a myth». Cahiers de l'I.R.S.C.E. IV. 1ed. ed. 1966.

AZURMENDI, M.J. «Bilingüismo». En *El libro Blanco del Euskara* (621-59). Syadeco-Euskaltzaindia, 1978.

«Dependencia lingüística». En *La problemática del Bilingüismo en el Estado Español*, I.C.E. Universidad del País Vasco, Lejona, 1980 (pp. 33-44).

DENYSON, N. «Some Observations on Language Variety and Plurilingualism». En *Social Anthropology & Language*, Tavistock, London, 1971 (157-83).

FERGUSON, C.A. «Diglossia», Word 15: 325-340 (1959) (también en *Language in Culture & Society*, Harpers & Row, New York, 1964).

FERNANDEZ, M. «Bilingüismo y diglosia», Verba V (375-99), 1978.

FISHMAN, J.A. «Bilingualism with and without Diglossia: Diglossia with and without Bilingualism». Journal of Social Issues 23 (2): 29-38 (1967).

GREGORY, Mc. «Aspects of Varieties Differentiation». Journal of Linguistics, 3: 177-197 (1967).

HAUGEN, E. «Problems of bilingualism». Lingua, 2: 271-90 (1950).

KOLERS, P.A. «Bilingualism and bicodality», en *Language* Penguin Education, London, 1968 (pp. 171-7).

MACKEY, W.F. «The description of bilingualism». Canadian Journal of Linguistics VII (1962). «Toward a definition of bilingualism», Journal of the Canadian Linguistic Association, March, pp. 1-5 (1956).

MEILLET, A. «Bilingüismo» en *Psicología del Lenguaje*, Paidós, Buenos Aires, s.a. 124-51.

SANCHEZ CARRION, J. M.<sup>a</sup> «Bilingüismo, Diglosia, Contacto de Lenguas (hacia una delimitación de conceptos)». Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo» VII: 3-81 (1974) (contiene amplia bibliografía complementaria).

«El marco sociológico y espacial de una situación bilingüe». En *La problemática*, cit. supra pp. 13-32.

VOGT, H. «Language Contacts», Word X: 355-374 (1954).

WEINREICH, U. «Functional aspects of Indian bilingualism», Word XIII: 203-223 (1957).

«Unilinguisme et multilinguisme». Enc. *Le Langage*, Paris, 1968.

WEXLER, P. «Diglossia, language standardization and purism», Lingua, 27: 330-54 (1971).

### c) Situaciones bilingües diversas

ALONSO MONTERO, J. «Informe dramático sobre la lengua gallega». Akal Editor, Madrid, 1973.

ALVAREZ ENPARANTZA J. L. «Tratamiento al problema lingüístico en otros países». En *El Libro Blanco del Euskara*, cit. pp. (547-614) (situación lingüística de Cataluña, Galicia, Irlanda, Gales, Israel, Finlandia).

CONTE, A. & otros. «El aragonés: identidad y problemática de una lengua». Librería General, Zaragoza, 1977.

CAMP, D. «Social and geographical factors in Jamaican dialects». Creole Language Studies, London, Macmillan, 1961, pp. 61-84; Le Page (ed.).

- DIEBOLT, A.R. «Incipient bilingualism in a Huave Community». En *Language in Culture & Society*, Harper & Row New York, Evanston, London, 1964 (495-507).
- GUMPERZ, J. & WILSON, R. «A case from the Indo-Aryan/Dravidian Border». En *Pidginization & Creolization*, cit. infra pp. 151-167.
- FARHI, G. «La situation du sephardit à Istanbul». *Hispanic Review*, V: 151-194 (1937).
- KRAUSS, M. «On the esquimo-aleut». En *Current Trends in Linguistics*, vol. X, pp. 797-830. Mouton, The Hague-Paris 1973.
- MELIA, J. «Informe sobre la lengua catalana». Edit. Magisterio Español, Madrid, 1970.
- NINYOLÉS, R. «Conflicte lingüístic valencià». Tres i quatre, Valencia, 1969.
- OLIJF, F. «Les problèmes du bilinguisme en Belgique». *Etudes Germaniques*, 3: 289-302 (1958).
- PILCH, H. «Le bilinguisme au Pays de Galles» en *Miscelánea Homenaje a André Martinet*. Estructuralismo e Historia, La Laguna, 1957 (223-41).
- POST, P. «Bilinguisme in Nederland». Groningen, (Batavia) 1949.
- SALA, M. «Observations sur la disparition des langues». *Revue de Linguistique* VI: 185-202 (1961).
- SPENCER, J.W. & others «Language in Africa». Cambridge University Press, 1963.
- «RESTORATION OF THE IRISH LANGUAGE». Government Stationery Office, Dublin, 1965. (Publicación gubernativa del gobierno irlandés).

#### d) Aspectos sincrónicos y diacrónicos del bilingüismo vasco

- APAT-ETCHEBARNE. «Una geografía diacrónica del euskara en Navarra». Ediciones y Libros, Pamplona, 1974.
- ARZAMENDI, J. «Geografía lingüística vasca». En *Cultura vasca* (II), Erein, San Sebastián, 1978.
- EUSKALTZAINDIA: «Conflicto lingüístico en Euzkadí». Syadeco-Euskaltzaindia, Bilbao, 1979.
- GONZALEZ OLLE, F. «Vascuence y romance en la historia lingüística de Navarra». Ediciones y libros, Pamplona, 1972.
- IRIGARAY, J.A. «Euskara eta Nafarroa». Aranzadi, Pamplona, 1973.
- LACARRA, J.M. «Vasconia medieval. Historia y filología». S. Sebastián, 1957.
- MERINO URRUTIA, J.N. «El vascuence en la Rioja y Burgos». R.S.A.P. S. Sebastián, 1962.
- MICHELENA, L. «Sobre el pasado de la lengua vasca». Auñamendi, S. Sebastián, 1964.
- «El largo y difícil camino del euskara». En el *Libro Blanco del Euskara*, cit. 15-29.
- SANCHEZ CARRION, J. M.<sup>a</sup> «El estado actual del vascuence en Navarra. Factores de regresión. Relaciones de bilingüismo (1970)». Inst. Príncipe de Viana, Pamplona, 1972.
- «Navarra y el euskara (unas reflexiones críticas)». HERRIA-2000 Eliza, 30 (35-9). 1981.
- VARIOS: «Geografía histórica de la lengua vasca», 2 tomos. Auñamendi, San Sebastián, 1960.
- VILLASANTE, L. «Bosquejo de una historia externa de la lengua vasca». En el *Libro Blanco del...* pp. 139-54.
- YRIZAR, P. de. «Los dialectos y variedades de la lengua vasca (estudio lingüístico demográfico)». *Boletín de Amigos del País* 29: 7-78). (1973).

#### e) Bilingüismo e hibridación

- ALTUBE, S. «Erderismos». Reed, Indauchu Edit. Bilbao, 1975.
- BOAS, F. «Note on the Chinook Jargon». *Language* 9: 208-13 (1933).
- BROCH, O. «Russenorsk». *Archiv. für Slavische Philologie* 41: 209-62 (1927).
- COLE, D. «Fanagalo and the Bantu Languages in South Africa». En *Language in Culture & Society*, pp. 543-557. Harper & Row, New York-Evanstons-London, 1964.
- ECHAIDE, A. M.<sup>a</sup> «Castellano y vasco en el habla de Orío». Inst. «Príncipe de Viana», Pamplona, 1968.
- FRAKE, Ch. O. «Lexical origins and semantic structure in Philippine Creole Spanish» en *Pidginization and Creolization of Languages*, University Press, Cambridge, 1971.
- GARMENDIA, M.<sup>a</sup> C. «Euskaraz zenbait perpaus trakets». Elgoibar, 1977.
- GIFFORD, D. «Serrano Speech: notes on the Mestizo Dialect of S.E. Peru». *Forum for Modern Language Studies*, V (2): 162-79 (1969).
- GOODMAN, M. «The strange case of Mbugu». En *Pidginization*, cit. pp. 243-254.
- HALL, R. (Jr). «Pidgin and Creole languages». Cornell University Press, Ithaca & London, 1966.
- HAUGEN, E. «The analysis of linguistic borrowing». *Language* 26: 210-31 (1950).
- KARSTEN, J.E. «Mélange des langues et emprunts». *Scientia* 58: 182-92 (1935).
- LABOV, W. «The notion of system in Creole languages». En *Pidgin*, cit. pp. 447-72.
- ROSETTI, A. «Langue mixte et mélange des langues». *Acta Linguistica* V, 77-80 (1945-9).



- SCHUCHARDT, H. «Die Lingua Franca». Zeitschrift für Romanische Philologie 33: 441-61 (1909).
- SILVERSTEIN, M. «Language contact and the problem of convergent generative systems: Chinook Jargon». En *Pidginization...* pp. 191-3.
- TAYLOR, D. «Language Contact in West Indies». Word XII: 399-414 (1956).
- TSUZAKY, S. «Coexistent system in language variation: the case of Hawaiian English». En *Pidginization...* pp. 327-40.
- WHINNOM, K. «Linguistic hybridization and the special case of Pidgins and Creoles», en *Pidg.* cit. pp. 91-116.
- «The origin of European-based Pidgins and Creoles». Orbis, 14: 509-527.

#### OTRAS OBRAS CITADAS

- HUND, W. «Comunicación y sociedad». Comunicación, Madrid, 1972.
- MICHELENA, L. «Lan Hautatuak». Etor, Bilbo, 1972.
- OLZA ZUBIRI, M. «Psicosociología de una población rural vasca». Inst. «Príncipe de Viana», Pamplona, 1979.
- PLATON. «Diálogos». Bruguera, Barcelona, 1979.
- STEBBING, S. «A Modern Elementary Logic». Methuen, London, 1963.
- ZUKAV, G. «La Danza de los Maestros». Argos V., Barcelona, 1981.



“El espacio bilingüe” es, a pesar de su concisión, una obra densa que recoge el fruto maduro de muchos años de estudio del hecho bilingüe. Igualmente distante de la sociolingüística estadístico-mecanicista de inspiración americana como de las interpretaciones ideológicas brutalmente simplificadoras, Sánchez Carrión intenta responder desde una perspectiva nueva al viejo problema de por qué y cómo viven y mueren las lenguas. “El espacio bilingüe” propone así una respuesta diferente a alguna de las múltiples interrogantes que la delicada situación actual del euskara suscita. Pero también una pregunta abierta a muchas afirmaciones tenidas por incuestionables. Es, sobre todo, una síntesis atrevida de lengua y antropología; una concepción original y atrayente del multilingüismo; y una invitación, en suma, a recorrer horizontes vírgenes fuera de los trillados caminos que ya no llevan a parte alguna. Todo ello en un estilo que combina el rigor metodológico con la claridad expositiva, al punto de hacerlo útil y accesible tanto al lector culto como al investigador especializado.



**EUSKO IKASKUNTZA**